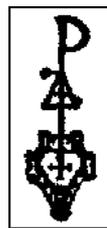


CURZIO MALAPARTE

**LA
PIEL**



EDICIONES G.P. BARCELONA

Título original:

LA PELLE

Traducción de

M. BOSCH BARRETT

Portada de

GRACIA

© Ediciones G. P., 1969

Enrique Granados, 86-88, Barcelona

Depósito Legal: B. 29.361-1969

Difundido por

PLAZA & JANÉS, S. A.

Barcelona: Enrique Granados, 86-88

Buenos Aires: Montevideo, 333

México D. F.: Ayuntamiento, 162-B.

Bogotá: Carrera 8.^a Núms., 17-41

LIBROS RENO son editados por

Ediciones G. P., Apartado 519, Barcelona,

e impresos por Gráficas Guada, S. R. C.,

Virgen de Guadalupe, s/n.

Esplugas de Llobregat (Barcelona) - ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

La peste

Eran los días de la «peste» de Nápoles. Todas las tardes, a las cinco, después de media hora de *punchingball* y una ducha caliente en el campo de deportes de la Peninsular Base Section, el coronel Jack Hamilton y yo bajábamos a pie hacia San Fernando, abriéndonos paso a codazos entre la muchedumbre que, del alba a la hora de la queda, se arremolinaba alborotando en Via Toledo.

Jack y yo nos encontrábamos limpios, lavados y bien nutridos, en medio de aquella terrible muchedumbre de napolitanos escuálidos, sucios, hambrientos y vestidos de harapos, a quienes los grupos de soldados de los ejércitos liberadores, compuestos por individuos de todas las razas de la tierra, injuriaban en todas las lenguas y dialectos del mundo. El honor de ser liberado antes que a otro le correspondió en suerte al pueblo napolitano; y para festejar un tan merecido premio, mis pobres napolitanos, después de tres años de hambre, epidemias y feroces bombardeos, habían aceptado de todo corazón, por piedad hacia la patria, la codiciada y envidiada gloria de recitar el papel de un pueblo vencido, de cantar, palmotear y saltar de alegría entre las ruinas de sus casas destruidas, de hacer ondear banderas extranjeras enemigas hasta el día anterior, y arrojar por las ventanas flores sobre los vencedores.

Pero, pese al universal y sincero entusiasmo, no había en toda Nápoles un solo napolitano que se sintiese vencido. No sabría decir cómo pudo nacer ese extraño sentimiento en el corazón del pueblo. No cabía la menor duda de que Italia, y por consiguiente Nápoles, había perdido la guerra. Es indudablemente más difícil perder una guerra que ganarla. Para ganar una guerra todo el mundo sirve, pero no todo el mundo es capaz de perderla. Sin embargo, no basta perder una guerra para sentirse un pueblo vencido. Esto era, sin duda alguna, una grave falta de tacto. Pero, ¿podían acaso los aliados pretender liberar a los pueblos y obligarlos al propio tiempo a sentirse vencidos? O libres o vencidos. Sería injusto culpar al pueblo napolitano de que no se sintiese ni libre ni vencido.

Mientras caminaba al lado del coronel Hamilton, me sentía maravillosamente ridículo con mi uniforme inglés. Los uniformes del Cuerpo Italiano de Liberación eran viejos uniformes ingleses de color kaki, cedidos por el Mando Británico al mariscal Badoglio, y teñidos — acaso para ocultar las manchas, de sangre y los agujeros de las balas — de un verde oscuro, color de lagarto. Eran, en una palabra, uniformes de los que se había despojado a los soldados británicos caídos en El Alamein y en Tobruk. En mi guerrera se veían tres agujeros de proyectiles de ametralladora. Mi camiseta, mi camisa y mis calzoncillos estaban manchados de sangre. Incluso mis zapatos habían sido quitados al cadáver de un soldado inglés. La primera vez que me los puse noté algo que se me clavaba en la planta del pie. Pensé, de momento, que hubiese quedado algún huesecillo del muerto incrustado en la suela. Era un clavo. Hubiera sido mejor, quizá, que hubiese quedado un huesecillo del muerto; me hubiese sido más fácil quitarlo. No había nada que decir; para nosotros había acabado bien aquella estúpida guerra. No podía ciertamente haber acabado mejor. Nuestro amor propio de soldado vencido estaba a salvo; ahora combatíamos al lado de los aliados para ganar juntos su guerra después de haber perdido la nuestra, y era, por consiguiente, natural que fuésemos vestidos con los uniformes de los soldados aliados matados por nosotros.

Cuando finalmente conseguí arrancar el clavo y ponerme los zapatos, la compañía cuyo mando debía asumir hacía ya rato que estaba reunida en el patio del cuartel. El cuartel era un antiguo convento de las cercanías de Torretta, detrás de Margellina, obstruido por los siglos y los bombardeos. El patio, en forma de claustro, estaba circundado por tres lados por un pórtico sostenido por delgadas columnas de piedra caliza gris, y por el otro por un alto muro amarillo cubierto de manchas de moho y grandes lápidas de mármol, en las cuales, bajo grandes cruces negras, había grabadas largas columnas de nombres. El convento había sido, durante alguna epidemia de cólera, un lazareto, y aquéllos eran los nombres de los que habían muerto del cólera. Sobre el muro se veía escrito con grandes letras negras: *Requiescat in Pace*.

El coronel Palese había querido presentarme él mismo a mis soldados, con una de esas simples ceremonias que tan arraigadas están en el corazón de los viejos militares. Era un hombre alto, delgado, con el cabello enteramente blanco. Me estrechó la mano en silencio y sonrió suspirando tristemente. Los soldados (casi todos ellos muy jóvenes, que se habían batido bien contra los aliados en África y en Sicilia, y por este motivo los aliados los habían elegido para formar el primer núcleo del Cuerpo Italiano de liberación) estaban alineados en medio del patio, delante de nosotros y me miraban fijamente. También ellos iban vestidos con los uniformes de los soldados ingleses caídos en Tobruk y El Alamein, y sus zapatos eran zapatos de muerto. Tenían el rostro pálido y demacrado, los ojos blancos y vagos, como hechos de una sustancia blanca y opaca. Me pareció que se fijaban en mí sin parpadear.

El coronel Palese hizo un movimiento con la cabeza; el sargento gritó: « ¡Compañía, firmes! » La mirada de los soldados pasó sobre mí con una intensidad dolorosa, como la mirada de un gato montes. Sus miembros se pusieron rígidos, como si se hubiesen disparado bajo la orden. Las manos que estrechaban los fusiles eran blancas, exangües; la piel, floja, pendía en la punta de los dedos como la piel de un guante demasiado grande.

El coronel Palese tomó la palabra y dijo:

—Os presento a vuestro capitán...

Y mientras hablaba, yo miraba aquellos soldados italianos vestidos con uniformes arrancados a los cadáveres ingleses, aquellas manos exangües, aquellos labios pálidos y aquellos ojos vagos. Aquí y allá, sobre el pecho, sobre el vientre, sobre las piernas se veían sobre sus uniformes grandes y negras manchas de sangre. De repente me di cuenta con horror de que aquellos soldados estaban muertos. Despedían un tenue olor de ropa enmohecida, de cuero podrido, de carne secada al sol. Miré al coronel Palese; también él estaba muerto. La voz que brotaba de sus labios era húmeda, fría, viscosa; parecía ese horrible rumor que brota de la boca de un muerto si se le apoya la mano sobre el vientre.

—Mande descanso —dijo al sargento el coronel Palese cuando hubo terminado su breve discurso.

— ¡Compañía, descanso! —gritó el sargento.

Los soldados se apoyaron sobre el pie izquierdo en una actitud de abandono y desmadejamiento y me miraron ahora fijamente con una mirada más dulce y humana.

—Y ahora —dijo el coronel Palese— vuestro nuevo capitán os hablará brevemente.

Yo abrí la boca y de mis labios salieron unos sonidos horribles; eran palabras sordas, hinchadas y flojas. Dije:

—Somos los voluntarios de la Libertad, los soldados de la nueva Italia. Debemos luchar contra los alemanes, echarlos de nuestra casa, rechazarlos más allá de nuestras fronteras. Los ojos de todos los italianos están fijos sobre nosotros; debemos levantar de nuevo la bandera caída en el fango; ser el ejemplo de todos en medio de tanta vergüenza, mostrarnos dignos de la hora que ha sonado, de la tarea que la Patria nos confía.

Cuando hube terminado de hablar, el coronel dijo a los soldados:

—Ahora uno de vosotros repetirá lo que ha dicho el capitán. Quiero estar seguro de que habéis comprendido. Tú —dijo indicando un soldado—, repite lo que ha dicho vuestro capitán.

El soldado me miró; tenía los labios delgados y sin vida de los muertos. Con un horrendo tono de voz, dijo:

—Debemos mostrarnos dignos de la vergüenza de Italia.

El coronel Palese se acercó a mí y me dijo en voz baja:

—Han comprendido.

Y se alejó en silencio. Bajo su sobaco izquierdo, una gran mancha se extendía sobre el paño del uniforme.

Yo miraba aquella mancha de sangre negra extenderse lentamente; seguía con los ojos a aquel viejo coronel

italiano vestido con el uniforme de un soldado inglés muerto, y el nombre de Italia meapestaba en la boca como un trozo de carne podrida.

—*This bastard people!* —decía entre dientes el coronel Hamilton, abriéndose paso entre la muchedumbre.

— ¿Por qué dices eso, Jack?

Llegados a la altura del Augusteo nos metíamos de repente, cada día, por la Via Santa Brígida, donde la multitud era menos espesa, y nos deteníamos un instante para tomar aliento.

—*This bastard people* —repetía Jack, componiéndose el uniforme arrugado por los apretujones de la muchedumbre.

—No digas eso, Jack, *don't say that*.

—*Why not? This bastard, dirty people.*

— ¡Oh, Jack! También yo soy un bastardo, también yo soy un puerco italiano. Pero me siento orgulloso de ser un cerdo italiano. No es culpa nuestra no haber nacido en América. Estoy seguro de que seríamos un *bastard dirty people* aunque hubiésemos nacido en América. *Don't you think so, Jack?*

—*Don't worry, Malaparte* — me decía Jack —; no te lo tomes a mal. *Life is wonderful.*

—Sí, la vida es una cosa magnífica, Jack, ya lo sé. Pero no digas eso, *don't say that*.

—Perdóname —decía Jack, dándome golpecitos en la espalda—, no quería ofenderte. Es una manera de hablar. Me gusta el pueblo italiano. *I like this bastard, dirty wonderful people.*

—Lo sé, Jack; sé que quieres a este pueblo infeliz, pobre y maravilloso. Ningún pueblo sobre la Tierra ha sufrido tanto como el pueblo napolitano. Sufre el hambre y la esclavitud desde hace veinte siglos, y no se queja. No maldice a nadie, no odia a nadie; ni aun su miseria. Cristo era napolitano.

—No digas tonterías —decía Jack.

—No es una tontería. Cristo era napolitano.

—¿Qué tienes hoy, Malaparte? —decía Jack, mirándome con sus bondadosos ojos.

—Nada. ¿Qué quieres que tenga?

—Estás de un humor negro —decía Jack.

—¿Por qué quieres que esté de mal humor?

—*I know you, Malaparte.* Hoy estás de un humor negro.

—Estoy disgustado por lo de Cassino, Jack.

—¡Al diablo Montecassino; *The hell with Cassino!*

—Estoy disgustado, verdaderamente disgustado por lo que le pasa a Montecassino.

—*The hell with you* — decía Jack.

—Es verdaderamente un pecado lo que estáis haciendo en Cassino.

—*Shut up, Malaparte.*

—Perdón, no quería ofenderte, Jack. Me gustan los americanos. *I like the pure, the clean, the wonderful American people.*

—Lo sé, Malaparte. Sé que quieres a los americanos. *But, take it easy, Malaparte. Life is wonderful.*

—¡Al diablo Montecassino, Jack!

—*Oh, yes!* ¡Al diablo Nápoles, Malaparte, *the hell with Naples!*

Un extraño olor flotaba en el aire. No era el olor que, hacia el crepúsculo, baja por las callejuelas de Toledo, Piazza delle Carrette, de Santa Teresella degli Spagnoli, No era el olor de las freidurías, de las hospederías, de los urinarios, anidados en los fétidos y oscuros callejones del barrio, que desde la Via Toledo trepan hacia San Martino. No era ese hedor amarillo, opaco, viscoso, hecho de mil efluvios, de mil turbias exhalaciones, de *mille délicates puanteurs*, como decía Jack, que las flores marchitas, amontonadas a los pies de la Virgen en los tabernáculos de las esquinas de los callejones trascendían a ciertas horas del día por toda la ciudad. No era el olor del *sirocco*, que sabe a queso de oveja y pescado podrido. No era ni siquiera olor de carne cocida que, hacia el caer de la tarde, se difunde por Nápoles saliendo de los burdeles, ese olor en el cual Jean Paul Sartre, caminando un día por Via Toledo, *sombre comme une aisselle, pleine d'une ombre chande vaguement obscene*, husmeaba *la parenté inmonde de l'amour et de la nourriture*. No, no era ese olor de carne cocida, que se esparcía por Nápoles durante el crepúsculo, cuando la *chair des femmes à l'air bouillie sous la crasse*. Era un olor de una pureza y de ingravidez extraordinarias; un olor ligero, leve, transparente, un olor de mar polvoriento, de noche salada, el olor de una antigua floresta de árboles de papel.

Una turbamulta de mujeres despeinadas y rostros compuestos, seguidas de multitudes de soldados negros de manos pálidas, subían y bajaban por Via Toledo, hendiendo el gentío con agudos gritos de «¡Eh, Joe! ¡Eh, Joe!» A la entrada de los callejones había una larga hilera de mujeres, cada una de pie detrás del respaldo de una silla; eran las peinadoras públicas, las *capere*. Sobre las sillas, con la cabeza apoyada sobre el respaldo y los ojos cerrados, o reclinada sobre el pecho, estaban sentados atletas negros de cabeza pequeña y zapatos amarillos y relucientes como los pies de las estatuas doradas de los ángeles de la iglesia de Santa Chiara. Las *capere*, aullando, llamándose unas a otras con extraños gritos guturales, o cantando o peleando hasta enloquecerse con las comadres asomadas a las ventanas y balcones como al palco de un teatro, hundían sus peines en el lanudo cabello de los negros, tirando del pelo con ambas manos, escupiendo entre los dientes del peine para hacerlo más escurridizo, vertiéndose ríos de brillantina en la palma de la mano, restregando y alisando como masajistas las selváticas cabelleras de los pacientes.

Bandadas de chiquillos andrajosos, arrodillados delante de sus cajas de madera incrustadas de trozos de madreperla y de conchas marinas, de fragmentos de espejo, golpeaban con el dorso de sus cepillos la superficie de la caja gritando: «¡Limpio, limpio! *shoe shine! shoe shine!*», mientras con sus manos ávidas agarraban al vuelo por el borde de los pantalones a los soldados negros que pasaban contoneándose. Grupos de soldados marroquíes estaban agazapados a lo largo de los muros, envueltos en sus oscuras capas, el rostro picado por la viruela, los ojos amarillos reluciendo en el fondo de sus órbitas rodeadas de arrugas, aspirando con las narices encendidas el olor graso y vagabundo en el aire polvoriento.

Mujeres lívidas, deshechas, con los labios pintados, los rostros desencajados y cubiertos de afeites, horribles y lamentables, estaban paradas en las esquinas de los callejones ofreciendo a los pasantes su miserable mercancía; chiquillas y muchachos de ocho, de diez años, que los soldados marroquíes, hindúes, argelinos, malgaches, palpaban levantándoles las faldas o metiendo las manos por entre los botones de los calzones. Las mujeres gritaban: «*Two dollars the boys, three dollars the girls!*»

—¿Te gustaría, di la verdad, una chiquilla de tres dólares? — le pregunté a Jack.

—*Shut up*, Malaparte.

—No es cara una chiquilla por tres dólares; cuesta mucho más un kilo de carne de cordero. Estoy seguro de que en Londres o en Nueva York una chiquilla cuesta más que aquí, ¿no es verdad, Jack?

—*Tu me dégoutes* — decía Jack.

—Tres dólares son apenas trescientas liras. ¿Cuánto puede pesar una chiquilla de ocho o diez años? ¿Veinte kilos? Piensa que un kilo de cordero, en el mercado negro, cuesta quinientas liras; es decir, cinco dólares y cincuenta centavos.

—*Shut up* — gritaba Jack.

Desde hacía algunos días los precios de las chiquillas y los muchachos estaban en baja y continuaban bajando. Mientras el precio del azúcar, del aceite, de la harina, de la carne y del pan subían y continuaban aumentando, el precio de la carne humana bajaba de día en día. Una muchacha de veinte o veinticinco años que una semana antes costaba hasta diez dólares, ahora apenas valía cuatro, huesos comprendidos. La razón de

tal baja de la carne humana en el mercado de Nápoles era quizá debida a que acudían a la ciudad las mujeres de toda la Italia meridional. Durante las últimas semanas, los mayoristas habían lanzado al mercado una fuerte partida de mujeres sicilianas. No todo era carne fresca, pero los especuladores sabían que los soldados negros tienen gustos refinados y prefieren la carne no demasiado fresca. Sin embargo, la carne siciliana no tenía mucha demanda y por fin los negros acabaron rechazándola; a los negros no les gustaban las mujeres blancas demasiado negras. De la Calabria, de las Apulias, de la Basilicata, del Molise llegan todos los días a Nápoles en carretas tiradas por pobres borriquillos, en autocares aliados, y la mayor parte a pie, chiquillas fuertes y robustas, casi todas ellas campesinas, atraídas por el espejuelo del oro. Y así el precio de la carne humana en el mercado napolitano iba descendiendo precipitadamente, y se temía que esto pudiese traer consecuencias graves para toda la economía de la ciudad. No se había visto jamás una cosa semejante en Nápoles. Era una vergüenza de la cual la mayor parte del buen pueblo napolitano se sonrojaba. Pero, ¿por qué las autoridades aliadas, que eran los dueños de Nápoles, no se sonrojaban? Como compensación, la carne de negro subía de precio y este hecho contribuía, por fortuna, a restablecer un cierto equilibrio en el mercado.

—¿Cuánto cuesta hoy la carne de negro? — le preguntaba a Jack.

—*Shut up* — me contestaba.

—¿Es verdad que la carne de un americano negro cuesta más que la de un americano blanco?

—*Tu m'agaces* — me respondía Jack.

No tenía ciertamente intención de ofenderlo, ni de burlarme de él, ni aún de faltar al respeto al ejército americano, *the most lovely, the most kind, the most respectable Army of the world*. ¿Qué me importaba a mí que la carne de un americano negro costase, o no, más que la de un americano blanco? Yo quiero a los americanos cualquiera que sea el color de su piel y lo he demostrado cien veces durante la guerra. Blancos o negros, tienen el alma clara, mucho más clara que la nuestra. Quiero a los americanos porque son buenos cristianos, sinceramente cristianos. Porque creen que Cristo está siempre de parte de los que tienen razón. Porque creen que es una culpa no tener razón, que es inmoral no tenerla. Porque creen que sólo ellos son honrados y que todos los pueblos de Europa son, más o menos, deshonestos. Porque creen que un pueblo vencido es un pueblo culpable, que la derrota es una condena moral, un acto de justicia divina.

Quiero a los americanos por estas razones y por muchas otras que no digo. Su sentido de humanidad, su generosidad, la honradez y pura simplicidad de sus ideas, durante aquel terrible otoño de 1943, tan lleno de humillaciones y de luchas para mi pueblo, me hicieron concebir la ilusión de que los hombres odian el mal, me hicieron creer en la esperanza de una Humanidad mejor y en la certeza de que tan sólo la bondad (la bondad y la inocencia de aquellos magníficos muchachos del otro lado del Atlántico, desembarcados en Europa para castigar a los malvados y premiar a los buenos) hubiera podido rescatar de sus pecados a los pueblos y a los individuos.

Pero, de entre todos mis amigos americanos, el coronel de Estado Mayor Jack Hamilton me era el más querido. Jack era un hombre de treinta y ocho años, alto, delgado, pálido, elegante, de aspecto señorial, casi europeo. A primera vista, quizá, parecía más europeo que americano, pero no lo quería por esta razón: lo quería como un hermano. Porque, poco a poco, conociéndolo íntimamente, su naturaleza americana se revelaba firme y decisiva. Era oriundo de Carolina del Sur («he tenido por nodriza —decía Jack— *une négresse par un démor secouée*»), pero no era en absoluto lo que en América se entiende por un hombre del Sur. Era un espíritu culto, refinado y, al propio tiempo, de una simplicidad y de una inocencia casi pueriles. Era, quiero decir, un americano en el sentido más noble de la palabra; uno de los hombres más dignos de respeto que jamás he encontrado en la vida. Era un *christian gentleman*. ¡Ah, cuán difícil es expresar lo que quiero precisar como *christian gentleman*! Todos aquellos que conocen y aman a los americanos lo comprenderán cuando digo que el pueblo americano es un pueblo cristiano y que Jack era un *christian gentleman*.

Educado en la Woodberry Forest School, en la Universidad de Virginia, Jack se había dedicado con igual ardor al griego, al latín y al deporte, entregándose con igual fidelidad en manos de Horacio, Virgilio, Simónides y Jenofonte o en las de los *masseur* de las palestras universitarias. Había sido en 1928 *sprinter* del American Olympic Track Team de Amsterdam, y se sentía más orgulloso de sus victorias olímpicas que de sus títulos académicos. Después de 1929 había pasado algunos años en París por cuenta de la United Press y

estaba orgullosísimo de su francés casi perfecto.

—He aprendido el francés en los clásicos — solía decir—; mis profesores de francés han sido La Fontaine y Madame Bonnet, la portera de la casa que habitaba en la rue Vaugirard. *Tu ne trouves pas que je parle comme les animaux de La Fontaine?* Él me ha enseñado que en *un chien peut bien regarder un évêque*.

—¿Y has venido a Europa —le preguntaba yo — para aprender estas cosas? Incluso en América *un chien peut bien regarder un évêque*.

—¡Oh, no —me contestaba Jack—, en América son los obispos los que pueden mirar a los perros!

Jack conocía asimismo muy bien lo que él llamaba *la baulieue de Paris*; es decir, Europa. Había recorrido Suiza, Bélgica, Alemania y Suecia con ese espíritu humanista y esa avidez de saber con la cual los estudiantes de carrera inglesa, antes de la reforma del doctor Arnold, recorrían Europa durante su *grand tour* estival. De aquellos viajes Jack había regresado a América con el manuscrito de un ensayo sobre el espíritu de ciudadanía europeo y un estudio sobre Descartes, que le había valido el nombramiento de profesor de literatura de una gran universidad americana. Pero los laureles académicos no son tan verdes sobre la frente de un atleta como los laureles olímpicos; y Jack no sabía consolarse de que un esguince en la rodilla no le consintiese ya correr, por la bandera estrellada, en las competiciones internacionales. Para tratar de olvidar esta desventura suya, Jack se consagraba a leer su querido Virgilio o su dilecto Jenofonte en el vestuario del campo de deportes de su universidad, en medio de los olores de goma, de toallas mojadas, de jabón y de linóleo que es la mezcla característica de la cultura clásica universitaria en los países anglosajones.

Una mañana, en Nápoles lo sorprendí en el vestuario, en aquella hora desierta, de la Peninsular Base Section, leyendo a Píndaro. Me miró y esbozó una sonrisa, sonrojándose ligeramente. Me preguntó si me gustaba la poesía de Píndaro. Y añadió que en las odas olímpicas de Píndaro no se siente la dura, la larga fatiga del jadear, que en aquellos versos divinos resuena el aullar de la muchedumbre y los aplausos triunfales, no el ronco silbido, el estertor que sale de los labios de los atletas en el esfuerzo supremo.

—Yo entiendo de eso — decía—; sé lo que son los últimos veinte metros. Píndaro no es un poeta moderno; es un poeta inglés de la época victoriana.

Pese a que de todos los poetas prefiriese a Horacio y Virgilio por su serenidad melancólica, sentía por la poesía griega y por la Grecia antigua una gratitud no de escolar, sino de hijo. Sabía de memoria rapsodias enteras de la *Iliada*, y acudían las lágrimas a sus ojos cuando declamaba en griego los hexámetros de la rapsodia «Juegos Fúnebres en honor de Patroclo». Un día, sentados sobre las riberas del Volturno, en Capa, esperando que el sargento de guardia en el puente nos diese la señal de tránsito, discutíamos sobre Winckelmann y del concepto de belleza acerca de los antiguos helenos. Recuerdo que Jack vino a decirme que a las taciturnas, fúnebres y misteriosas imágenes de la Grecia arcaica, austera y bárbara, o, como decía él, gótica, prefería las alegres, claras y armónicas imágenes de la Grecia helenística, joven, espiritual y moderna, porque todo aquello definía a una Grecia del siglo xviii. Y al preguntarle yo cuál sería, a su juicio, la Grecia americana, me respondió riendo: «La Grecia de Jenofonte»; y riendo se puso a dibujar un singular e ingenioso retrato de Jenofonte que era una disimulada sátira, dentro del gusto del doctor Johnson, de ciertos helenistas de la escuela de Boston.

Jack sentía por los helenistas de Boston un desprecio indulgente y malicioso. Una mañana lo encontré sentado bajo un árbol, con un libro sobre las rodillas, al lado de una batería pesada instalada frente a Montecassino. Eran los tristes días de la batalla de Cassino. Llovía; desde hacía dos semanas no hacía otra cosa que llover. Columnas de camiones cargados de soldados americanos cosidos en mortajas de blanca tela de grueso Uno, iban bajando hacia los pequeños cementerios militares diseminados a lo largo de la Via Apia y la Via Cassilina. Para resguardar de la lluvia las páginas de su libro (era una crestomatía del setecientos, de la poesía griega, encuadrada en cuero, con cantos dorados que el buen Gaspare Casella, el famoso librero anticuario napolitano amigo de Anatole France, le había regalado), Jack estaba sentado con el cuerpo doblado hacia delante, cubriendo el precioso libro con los faldones del impermeable.

Recuerdo que me dijo que, en Boston, Simónides no era considerado un gran poeta. Y añadió que Emerson, en su elogio fúnebre de Thoreau, afirma que *his classic poem in Smoke suggest Simonides, but is better than any poem of Simonides*. Se reía de todo corazón, diciendo: «*Ah, ces gens de Boston! Tu vois ça?*» Thoreau, en Boston, es más grande que Simónides, y la lluvia le entraba en la boca mezclándose con sus palabras y su risa.

Su poeta americano preferido era Edgar Allan Poe. Pero a veces, cuando había bebido un whisky más de la cuenta, confundía los versos de Horacio con los de Edgar Poe y se maravillaba al encontrar a Annabel Lee y a Lydia en el mismo verso arcaico. Ó le ocurría confundir la «Feuille parlante» de Madame de Sevigné con algún animal parlante de La Fontaine.

—No era un animal —le decía yo—, era una hoja, una hoja de árbol.

Y le citaba el fragmento de aquella carta en la cual Madame de Sevigné escribía que hubiera deseado que en su parque no hubiese más que una hoja parlante.

—*Mais cela est absurde* —decía Jack—, *une feuille qui parle! Un animal ça se comprend, mais une feuille!*

—Para comprender a Europa — le decía yo — la razón cartesiana no sirve para nada. Europa es un país misterioso, lleno de secretos inviolables.

— ¡Ah, Europa! ¡Qué país tan extraordinario! — exclamaba—. Necesito Europa para sentirme americano.

Pero Jack no era de esos *américains* de París que se encuentran en cada página de *The sun also rises*, de Hemingway, que alrededor del 1925 frecuentaba el Select de Montparnasse y desdeñaban el té de Ford Madox Ford y la librería de Sylvia Beach; y de quienes Sinclair Lewis, a propósito de ciertos personajes de Eleonor Green, dice que eran «como los prófugos intelectuales de la Rive Gauche hacia el 1925, o como T. E. Eliot, Ezra Pound o Isadora Duncan, *iridescent flies caught in the black web an ancient and amoral European culture*». Jack no era siquiera uno de esos jóvenes decadentes de la otra parte del Atlántico, reunidos en torno de la revista americana *Transición*, que se imprimía en París hacia el 1925. No, no era ni un *déraciné* ni un decadente. Era un americano enamorado de Europa.

Sentía por Europa un respeto mezcla de amor y admiración. Pero, a pesar de su cultura y su afectuosa experiencia de nuestras virtudes y nuestros pecados, cuando se enfrentaba con Europa había también en él, como en casi todos los verdaderos americanos, una delicada especie de complejo de inferioridad que se revelaba no ya en la incapacidad de comprender y de perdonar las miserias de las vergüenzas nuestras, sino en el miedo de comprender, en el pudor de admitir. Este complejo de inferioridad, este candor, este maravilloso pudor, quedaban quizá más al descubierto en Jack que en muchos otros americanos. Cada vez que en una calle de Nápoles o en un pueblecito cercano a Capua, o Caserta o en la carretera de Cassino asistía a algún doloroso episodio de nuestra miseria, de nuestra humillación física y moral, de nuestra desesperación (de la miseria, de la humillación, de la desesperación, no de Nápoles y de Italia tan sólo, sino de toda Europa), Jack se ruborizaba.

Por esta manera de ruborizarse yo quería a Jack como a un hermano. Por este maravilloso pudor tan profundamente, tan auténticamente americano, yo le estaba agradecido a Jack, a todos los G. I. del general Clark, a todos los chiquillos, a todas las mujeres y a todos los hombres de América. (¡Oh, América, luminoso y remoto horizonte, inalcanzable ribera, feliz y vedado país!) Acaso para intentar ocultar su pudor decía, sonrojándose: «*This bastard, dirty people.*» Y se me ocurría entonces reaccionar ante su maravilloso rubor con sarcasmos, con palabras amargas, llenas de una risa dolorosa y malvada, de la cual me arrepentía en seguida y guardaba en mi corazón el remordimiento durante toda la noche. Él hubiera acaso preferido que me echase a llorar; mis lágrimas le hubieran parecido seguramente más naturales que mis sarcasmos, menos crueles que mi amargura. Pero también yo tenía que ocultar algo. También nosotros, en esta miserable Europa nuestra, tenemos miedo y vergüenza de nuestro pudor.

Por otra parte, no era culpa mía que la carne de negro aumentase de valor cada día. Un negro muerto no costaba nada: mucho menos que un blanco muerto. ¡Incluso menos que un italiano vivo! Costaba aproximadamente lo mismo que veinte chiquillos italianos muertos de hambre. Era verdaderamente extraño que un negro muerto costase tan poco. Un negro muerto es un muerto bellissimo; es lúcido, macizo, inmenso, y cuando está tendido en el suelo ocupa casi dos veces el sitio de un blanco muerto. Aunque el negro vivo, en América, no hubiese sido más que un pobre limpiabotas de Harlem, o un descargador de carbón del puerto, o un maquinista de ferrocarriles, una vez muerto ocupa el terreno que ocupaban los grandes y espléndidos cadáveres de los héroes de Homero. Me causaba placer, en el fondo, pensar que el cadáver de un negro ocupaba tanto terreno como Aquiles muerto, Héctor muerto, Ajax muerto. Y no sabía resignarme a la idea de que un negro muerto costase tan poco.

Pero un negro vivo costaba muchísimo. El precio de un negro vivo, en Nápoles, había subido en pocos días de doscientos dólares a mil dólares, y tendía a aumentar todavía. Bastaba observar con qué ojos golosos la gente pobre contemplaba a un negro vivo, para comprender que el precio de los negros vivos fuese muy alto y continuase aumentando. El sueño de todos los napolitanos pobres, especialmente de los «scugnizzi», los chiquillos, era poder comprarse un *black*, aunque fuese por pocas horas. La caza al soldado negro era un juego favorito de los chiquillos. Nápoles, para los chiquillos, era una inmensa selva ecuatorial saturada de un denso olor de buñuelos dulces, donde unos negros estáticos caminaban cimbreándose sobre la cintura con los ojos fijos en el cielo. Cuando un «scugnizzo» conseguía agarrar un negro por la manga de la guerrera y arrastrarlo tras él de bar en bar, de hostería en hostería, de burdel en burdel, por el dédalo de las callejuelas de Toledo y de Forcella, desde todas las ventanas, todos los umbrales y todas las esquinas, cien bocas, cien ojos, cien manos, gritaban: «¡Véndeme tu *black*! ¡Te doy veinte dólares! ¡Treinta dólares! ¡Cincuenta dólares!» Era lo que se llamaba *el flymg market*, el mercado libre. Cincuenta dólares era el precio máximo que se pagaba por comprarse un negro para la jornada, es decir, por pocas horas; el tiempo necesario para embriagarlo, despojarlo de todo lo que llevaba encima, desde el gorro a los zapatos, y después, cerrada la noche, abandonarlo desnudo sobre el pavimento de un callejón.

El negro no sospechaba nada. No se daba cuenta de que era comprado y vendido cada cuarto de hora y caminaba inocente y feliz, orgulloso de sus zapatos relucientes, de su pulcro uniforme, de sus guantes amarillos, de sus sortijas y sus dientes de oro, de sus grandes ojos blancos, viscosos y transparentes como ojos de pulpo. Caminaba sonriendo con la cabeza inclinada sobre el hombro y la mirada perdida en el vagar remoto de una nube verde sobre el cielo de color de mar, cortando, con la cándida tijera de sus dientes, agudos, la franja azul que festoneaba los tejados, las piernas desnudas de las muchachas apoyadas en las barandas de las azoteas, los claveles rojos que desbordaban de las macetas de barro cocido en los antepechos de las ventanas. Caminaba como un sonámbulo, saboreando con delicia todos los olores, los colores, los sabores, los sonidos, las imágenes que embellecen la vida; el olor de los buñuelos, del vino, del pescado frito, una mujer encinta sentada a la puerta de su casa, una chiquilla que se rasca las nalgas, otra que se busca una pulga en el seno, el

llanto de un chiquillo en la cuna, la risa de un «scugnizzo», el rayo del sol sobre el cristal de una ventana, el canto de un gramófono, las llamas del Purgatorio de cartón piedra en las que arden los condenados al pie de la Virgen en las hornacinas de las esquinas de las callejuelas, un rapaz que, con el cuchillo deslumbrante de sus dientes de nieve, arranca de la raja curva de una sandía como de una armónica, una media luna de sonidos verdes y rosa, centelleando sobre el cielo gris de un muro; una muchacha que se peina asomada a la ventana, cantando el «¡Oh, Mari...!», y mirándose en el cielo como en un espejo.

El negro no se daba cuenta de que el chiquillo que lo llevaba de la mano, que le acariciaba el pulso, hablándole dulcemente y mirándolo a la cara con ojos cariñosos cambiaba de vez en cuando. (Cuando el chiquillo vendía su *black* a otro «scugnizzo» confiaba la mano del negro a la mano del comprador y se perdía entre la muchedumbre.) El precio de un negro en el «mercado libre» era calculado según la largueza y generosidad en el gastar, según su gula en el beber y comer, según su manera de sonreír, de encender un cigarrillo, de mirar a una mujer. Cien ojos expertos y ávidos seguían los ademanes del negro, contaban el dinero que llevaba en el bolsillo, espiaban sus dedos negros y rosa, sus uñas pálidas. Había chiquillos habilísimos en este rápido cálculo. (Un muchacho de diez años, Pasquale Mele, comprando y revendiendo negros en el «mercado libre», se había ganado en el espacio de dos meses cerca de seis mil dólares, con los cuales había comprado una casa cerca de la Piazza Olivella.) Mientras vagabundeaba de bar en bar, de hostería en hostería, de burdel en burdel, mientras sonreía, bebía, comía y acariciaba los brazos de una muchacha, el negro no se daba cuenta de que se había convertido en mercancía de cambio, en un esclavo.

Ciertamente no era muy digno para los pobres soldados negros del ejército americano, *so kind, so black, so respectable*, haber ganado la guerra, ser desembarcados en Nápoles como vencedores y ser comprados y vendidos como pobres esclavos. Pero en Nápoles estas cosas ocurren cada mil años; les ocurrió a los normandos, a los angevinos, a los aragoneses, a Carlos VIII de Francia, al propio Garibaldi y al mismo Mussolini. El pueblo napolitano se hubiera muerto de hambre hace ya muchos siglos si de vez en cuando no le cayese la fortuna de poder comprar y revender todos aquellos, italianos o extranjeros, que pretenden desembarcar en Nápoles como dueños y vencedores.

Si comprar por algunas horas un negro en el «mercado libre» costaba sólo algunas docenas de libras, comprarlo por un mes, dos meses, costaba caro: de los trescientos a los mil dólares, y aún más. Un negro americano era una mina de oro. Ser propietario de un esclavo negro representaba tener una renta segura, una fácil fuente de ingresos; resolver el problema de la vida, a menudo llegar a ser rico. El riesgo, es cierto, era grave, porque los M.P., que no comprendían nada de Europa, sentían una inexplicable aversión contra la trata de negros. Pero, a pesar de los M.P., el comercio de negros gozaba de gran predicamento en Nápoles. No había familia napolitana, por pobre que fuese, que no poseyera su esclavo negro.

El dueño de un negro trataba a su esclavo como un huésped querido. Le ofrecía comida y bebida, lo hinchaba de buñuelos y de vino, lo hacía bailar, incluso lo hacía dormir en su propio lecho, junto con toda la familia, varones y hembras, en aquel inmenso lecho que ocupa la mayor parte de todo «basso» napolitano. Y el negro, cada noche, regresaba trayendo a cambio azúcar, cigarrillos, *span*, tocino ahumado, pan, harina, camisetas, medias, zapatos, uniformes, mantas, capotes y montañas de caramelos. Al *black* le gustaba aquella vida tranquila y familiar, aquella afectuosa y honesta acogida, la sonrisa de las mujeres y los chiquillos, la mesa puesta bajo la lámpara, el vino, el queso y los buñuelos dulces. Al cabo de unos cuantos días, el afortunado negro convertido en esclavo de aquella pobre y cordial familia napolitana, se prometía con una de las hijas de su dueño y cada noche regresaba trayendo a la prometida latas de carne, sacos de azúcar y harina, cartones de cigarrillos, toda clase de tesoros de toda especie que robaba en los almacenes militares y que el padre y los hermanos de su prometida vendían a los traficantes del mercado negro. En la selva de Nápoles podían comprarse incluso esclavos blancos; pero rendían poco y por esto costaban menos. Sin embargo, un blanco de P. X. costaba tanto como un *driver* de color.

Lo más raro eran los conductores. Un *driver* negro costaba hasta dos mil dólares. Había *driver* que llevaba a su prometida camiones enteros de harina, azúcar, neumáticos y bidones de bencina. Un *driver* negro le regaló un día a su prometida, Concetta Espósito, del Vicolo della Torretta, al fondo de la Rivera di Chiaia, un carro blindado pesado, un «Sherman». En dos horas el carro blindado, oculto dentro de un patio, fue desmontado y descuartizado. En dos horas escasas no quedó rastro de él; tan sólo una mancha de aceite sobre

las losas del patio. En el puerto de Nápoles, una noche, fue robado un *Liberty ship*, llegado pocas horas antes de América en convoy con diez embarcaciones más; fue robado no sólo el cargamento, sino la nave. Desapareció, y no se ha sabido nunca nada de ella. Todo Nápoles, desde Capodimonte a Posillipo, al saber la noticia, fue presa de una formidable explosión de risa como un terremoto. Se vieron las Musas, las Gracias, Juno, Minerva, Diana y todas las diosas del Olimpo que cada noche se ocultaban tras las nubes sobre el Vesubio para contemplar Nápoles y tomar el fresco, reírse a carcajadas agarrándose la barriga. Y Venus hizo temblar el cielo con el relámpago de sus dientes.

—Jack, ¿cuánto cuesta un *Liberty ship* en el mercado negro?

—*Oh, ça ne coute pas cher, you dammend fool!* — respondía Jack, sonrojándose.

—Habéis hecho bien en poner centinela en el puente de vuestro acorazado. Si no vigiláis os robarán la flota.

—*The hell with you*, Malaparte.

Cuando, como cada tarde, llegábamos al final de la Via Toledo, frente al famoso «Café Caflish» que los franceses habían requisado para convertirlo en el *Foyer du Soldat*, moderábamos el paso para escuchar a los soldados del general Juin hablar francés entre ellos. Nos gustaba oír hablar francés en labios franceses.

Jack hablaba siempre francés conmigo. Cuando, inmediatamente después del desembarco aliado en Salerno, fui nombrado oficial de enlace entre el Corpo Italiano di Liberazione y el Gran Cuartel General de la Peninsular Base Section, Jack, el coronel de Estado Mayor Jack Hamilton, me había preguntado si hablaba francés, y a mi «oui, mon Colonel», se sonrojó de júbilo.

—*Vous savez* — me dijo — *il fait bon de parler français. Le français est une langue très, très respectable. C'est très bon pour la santé.*

A todas las horas del día, en la terraza del «Café Caflish», se reunía un grupo de soldados y marineros argelinos, malgaches, marroquíes, senegaleses, tahitianos y siameses, pero su francés no era el de La Fontaine y no conseguíamos entender una sola palabra. Algunas veces, sin embargo, aguzando el oído, pescábamos al vuelo palabras pronunciadas con acento parisiense o marsellés. Jack se sonrojaba de júbilo y agarrándome por el brazo me decía:

—Escucha, Malaparte, *écoute, voilà du véritable français.*

Nos deteníamos los dos, conmovidos al escuchar aquellas voces francesas, aquel acento de Ménilmontant o de la Canebière, y Jack decía:

—*Ah, que c'est bon! Ah, que ça fait du bien!*

A menudo nos dábamos ánimos mutuamente y franqueábamos el umbral del «Café Caflish». Jack se acercaba tímidamente al sargento francés que dirigía el *Foyer du Soldat* y le preguntaba sonrojándose:

—*Est-ce que par hasard... est-ce qu'on a vu par ici le commandant Syantey.*

—*Non, mon Colonel* —respondía el sargento —, *on ne l'a pas vu depuis quelques jours.*

—*Merci* —decía Jack —, *merci, mon ami.*

—*Au, revoir, mon Colonel* — decía el sargento.

—*Ah, que ça fait du bien d'entendre parler français* —decía Jack, rojo de satisfacción saliendo del «Café Caflish».

Jack y yo íbamos a menudo, con el capitán Jimmy Wren, de Cleveland, Ohio, a comer los *taralli* calientes, recién salidos del horno, a una panadería del Pendino di Santa Barbara, esa larga y suave escalinata que del Sedile di Porto trepa hacia el monasterio de Santa Chiara.

El Pendino es una callejuela lúgubre, no tanto por su angostura cortada como entre dos muros, verde de moho, de antiguas y sórdidas casas, ni por la oscuridad que eternamente reina en ella, como por la extrañeza de sus habitantes.

Famoso es en verdad el Pendino di Santa Barbara por la gran cantidad de mujeres enanas que viven en él. Son seres pequeños, que llegan apenas a la altura de la rodilla de un hombre de estatura normal. Son repulsivas y arrugadas, las enanas más feas que existen en el mundo. En España hay muchas enanas muy bellas, bien proporcionadas de formas y líneas. Y he visto alguna en Inglaterra, verdaderamente bellísima, rosada y rubia, casi una Venus en miniatura. Pero las enanas del Pendino di Santa Barbara son horrendas, y todas, aun las más jóvenes, tienen el aspecto de antiquísimas viejas, tan envilecido tienen el rostro y tan rugosa la frente, tan escasa y descolorida la enmarañada cabellera.

Lo que más maravilla en medio de aquel fétido callejón, en medio de aquella horrenda población de enanas, es la belleza de los hombres; son altos, de ojos y cabello negros, y tienen nobles y lentos ademanes, la voz es clara y sonora. No se ven hombres enanos en el Pendino di Santa Barbara; lo que induce a creer, o que los enanos mueren en la cuna o que la brevedad de sus miembros es una monstruosa herencia que ha correspondido solamente a las mujeres.

Estas enanas se pasan todo el día sentadas en el umbral del zaguán o acurrucadas sobre minúsculos escabeles al lado de la puerta de sus antros, parlotando entre ellas con voz de rana. Su pequenez se destaca todavía más al lado de los muebles que llenan sus guaridas; canteranos, arcones, armarios inmensos y lechos que parecen camastros de gigante. Para alcanzar estos muebles, se encaraman en las sillas, en los bancos, se izan a fuerza de brazos ayudándose con los plafones de las altas camas de hierro. Y quien sube por vez primera por el Pendino di Santa Barbara se cree Gulliver en el país de Lilibut, o un cortesano de Madrid entre los enanos de Velázquez. La frente de estas enanas está surcada por las mismas horrendas arrugas que excavan la frente de las horribles viejas de Goya. No parezca arbitraria esta evocación, porque españolizado es el barrio en el que viven todavía los recuerdos de la larga dominación castellana sobre Nápoles, y donde aún se advierte un aire de la vieja España en las calles, callejones, casas, palacios, olores densos y empalagosos, voces guturales, y en esos largos y musicales lamentos de la llamada y respuesta de balcón a balcón, y en el canto ronco de los gramófonos en el fondo de los antros oscuros.

Los *taralli* son como unos roscones de pasta dulce, y la tahona que, situada a media escalinata del Pendino, saca del horno cada hora los *taralli* olorosos y piñotada, es famosa en todo Nápoles. Cuando el panadero hunde la larga pala de madera en la boca del horno ardiente, las enanas acuden tendiendo sus pequeñas manos, oscuras y arrugadas como manos de mona, chillando fuerte con sus voces roncadas, agarrando los delicados *taralli*, calientes y humeantes, y diseminándose luego por el callejón para depositar los *taralli* dentro de vasijas

de latón reluciente; después se sientan en el umbral, con la vasija sobre las rodillas, en espera del comprador gritando: «*Oh, li taralli! Oh li taralli belli cauril!*» El olor de los *taralli* se esparce por todo el Pendino di Santa Barbara, las enanas chillan y se ríen entre ellas. Y una, acaso joven, canta asomada a una ventana y es como araña que asomase su cabeza peluda por una grieta del muro.

Las enanas calvas y desdentadas suben y bajan por los resbaladizos escalones, apoyándose en bastones, en muletas, balanceándose sobre sus piernas cortas, levantando la rodilla hasta la barbilla para poder subir el peldaño, y arrastrándose a gatas, gañiendo y babeando; parecen los engendros monstruosos de Breughel o de Bosch, y un día Jack y yo vimos una sentada en el umbral de su tugurio con un perro enfermo en brazos. En aquel regazo, entre aquellos brazuelos, el perro parecía un animal gigantesco, una fiera monstruosa. Acudió una compañera y entre las dos, agarrando al animal una por las patas posteriores y la otra por la cabeza, lo transportaron con gran fatiga dentro del tugurio, y daba la impresión de que transportaban un dinosaurio herido.

Las voces que salen del fondo de aquellos antros son voces estridentes, guturales, y el lloro de las horrendas chiquillas, minúsculas y arrugadas como viejas muñecas, parecían maullidos de gatitos moribundos. Si se entra en uno de esos tugurios, se ve a esos gruesos escarabajos de enorme cabeza arrastrarse sobre el pavimento, en la fétida penumbra, y hay que andarse con cuidado para no aplastarlos con la suela del zapato.

A veces veíamos a algunas de aquellas enanas subir las escaleras del Pendino conduciendo agarrados por el borde de los pantalones a gigantescos soldados americanos, blancos o negros, de ojos infantiles, y empujarles dentro de sus tugurios. (Los blancos, gracias a Dios estaban borrachos.) Yo me estremecía, imaginando los extraños acoplamientos de aquellos hombres enormes con aquellas monstruosidades sobre los altos e inmensos lechos.

Y le decía a Jimmy Wren:

—Me gusta ver que esas enanas y vuestros bellos soldados se quieren. ¿No te alegra a ti también, Jimmy?

—Naturalmente, me alegra a mí también — respondía Jimmy rabiosamente masticando el *chewing-gum*.

—¿Crees que se casarán?

—¿Por qué no? —respondía Jimmy.

—Jimmy es un buen muchacho — decía Jack —, pero no hay que provocarle. Se encoleriza en seguida.

—También yo soy un buen muchacho — decía yo — y me gusta pensar que habéis venido de América a mejorar la raza italiana. Sin vosotros, esas pobres enanas hubieran permanecido solteras. Nosotros, pobres italianos, solos no lo hubiéramos hecho. Menos mal que vosotros habéis venido de América a casaros con algunas de nuestras enanas.

—Serás invitado al banquete de bodas —decía Jack—, *tu pourras prononcer un discours magnifique*.

—*Oui, Jack, un discours magnifique*. Pero, ¿no crees, Jack —decía yo—, que las autoridades militares aliadas deberían favorecer los matrimonios entre estas enanas y vuestros bellos soldados? Sería un gran bien que vuestros soldados se casasen con esas enanitas. Sois una raza de hombres demasiado altos. América tiene necesidad de situarse a nuestro nivel, *don't you think so, Jimmy?*

—*Yes, I think so* —respondía Jimmy, mirándome de través.

—Sois demasiado altos — decía yo —, y demasiado bellos. Es inmoral que en el mundo exista una raza de hombres tan altos, tan bellos, tan sanos. Me gustaría que todos los soldados americanos se casasen con esas enanitas. Esas *italian brides* tendrían un éxito enorme en América. La ciudadanía necesita tener las piernas más cortas.

—*The hell with you* —decía Jimmy escupiendo a tierra.

—*Il va te caresser la figure*, si tú insistes — decía Jack.

—Sí, ya lo sé. Jimmy es un buen muchacho — decía yo, riéndome por dentro.

Me dolía reír así. Pero hubiera sido feliz, verdaderamente feliz, si todos los soldados americanos hubiesen regresado un día a América del brazo de todas las enanas de Nápoles, de Italia, de Europa.

La «peste» se había declarado en Nápoles el 1 de octubre de 1943, el mismo día en que los ejércitos aliados habían entrado como liberadores en la infortunada ciudad. El 1 de octubre de 1943 es una fecha memorable en la historia de Nápoles, porque señala el comienzo de la liberación de Italia y de Europa de la angustia, de la vergüenza y de los sufrimientos de la esclavitud y de la guerra, y porque aquel mismo día se declaró la terrible peste que de aquella infeliz ciudad se extendió poco a poco por toda Italia y Europa.

La atroz sospecha de que el espantoso morbo hubiese sido llevado a Nápoles por los mismos liberadores era ciertamente injusta; pero se convirtió en certeza en el ánimo del pueblo cuando, con maravilla, mezclada de supersticioso terror, se dio cuenta de que los soldados aliados permanecían extrañamente inmunes al contagio. Éstos se movían tranquilos, sonrientes, sanos, en medio de la muchedumbre de apestados, sin encontrar el repugnante morbo que elegía a sus víctimas únicamente entre la población civil, no solamente en la ciudad, sino del propio campo, extendiéndose como una mancha de aceite por el territorio liberado a medida que los ejércitos aliados iban rechazando fatigosamente a los alemanes hacia el Norte.

Pero estaba severamente prohibido, con amenaza de las más graves penas, insinuar siquiera en público que el germen de la peste hubiese sido llevado a Italia por los liberadores. Y era peligroso repetirlo en privado, aun en voz baja, porque entre tantos y tan repugnantes efectos de aquella peste el más repulsivo era la loca furia, la glotona voluptuosidad de la delación. Apenas atacado por el morbo, cada uno se convertía en el espía del padre y de la madre, de los hermanos, de los hijos, del esposo, del amante, del cónyuge, de los amigos más caros; pero jamás de sí mismo. Una de las características más sorprendentes y repulsivas de aquella extraordinaria peste, era, en realidad, la de transformar la conciencia humana en un horrendo y fétido bubón.

Para combatir el morbo, las autoridades militares inglesas y americanas no habían encontrado otro remedio que prohibir a los soldados aliados las zonas más infestadas de la ciudad. Sobre todas las paredes se leía *Off limits*, *Out of bounds* coronados por el áulico emblema de la peste; un círculo negro dentro del cual estaban inscritas dos barras negras cruzadas, similares a las dos tibias cruzadas de las tapicerías y gualdrapas de los coches fúnebres.

En breve tiempo, a excepción de algunas pocas calles del centro, la ciudad entera fue declarada *Off limits*. Pero las zonas más frecuentadas por los liberadores eran precisamente aquellas *Off limits*, es, decir, las más infestadas y por ello prohibidas, porque está en la naturaleza del hombre, especialmente de los soldados de todos los tiempos y de cualquier ejército, preferir las cosas vedadas a las permitidas. Y así, el contagio, ya hubiese sido llevado a la ciudad por los liberadores o transportada por éstos de la zona infestada a la zona sana, alcanzó en poco tiempo una violencia terrible, a la cual daba un carácter nefasto, casi diabólico, su macabro y obsceno aspecto de fiesta popular, de kermés fúnebre, aquellas danzas de negros ebrios y mujeres casi desnudas del todo, en las plazas y las calles, entre las ruinas de las casas destruidas por los bombardeos; aquel furor de beber, comer, gozar, cantar, reír y entregarse a la orgía en medio del hedor horrendo que exhalaban los centenares y centenares de cadáveres sepultados bajo los escombros.

Era aquella una peste totalmente distinta, pero no menos horrible, de las epidemias que devastaron a

Europa de vez en cuando durante el medievo. El extraordinario carácter de aquel novísimo morbo era éste: que no corrompía el cuerpo, sino el alma. Los miembros permanecían aparentemente intactos, pero dentro de la envoltura de la carne el alma se pudría, se desmoronaba. Era una especie de peste moral contra la cual no parecía haber defensa alguna. Las primeras en ser contagiadas fueron las mujeres, que, en casi todas las naciones, son el baluarte más débil contra el vicio y la puerta abierta a todo mal. Y esto parecía una cosa maravillosa y dolorosísima, porque durante los años de la esclavitud de la guerra hasta el día de la prometida y esperada liberación, las mujeres, no sólo en Nápoles, sino en toda Italia, en toda Europa, habían dado prueba, en medio de aquella miseria y aquel infortunio universal, de mayor dignidad y mayor fuerza de carácter que los hombres. Ni en Nápoles, ni en los demás países de Europa, las mujeres se entregaron a los alemanes. Tan sólo las prostitutas habían consentido en el comercio con el enemigo; y ni siquiera públicamente, sino a hurtadillas, sea por no tener que sufrir la dura reacción del sentimiento popular, sea porque tal comercio aparecía incluso ante ellas como el delito de mayor oprobio que una mujer pudiese cometer durante aquellos años.

Y he aquí que, por efecto de aquella repugnante peste, que como primera manifestación corrompía el sentido del honor y la dignidad femenina, la más espantosa prostitución había llevado la vergüenza a cada tugurio y a cada palacio. Pero ¿por que decir vergüenza? Tanta era la inicua fuerza del contagio, que prostituirse había llegado a ser un acto digno de alabanza, casi una prueba de amor a la patria, y todos, hombres y mujeres, lejos de sonrojarse por ello, parecían vanagloriarse de la propia y de la universal abyección. Muchos, es cierto, a quienes la desesperación hacía injustos, casi excusaban la peste; insinuaban que las mujeres tomaban el pretexto del morbo para prostituirse, buscaban en la peste justificar su vergüenza. Pero un más profundo conocimiento del morbo reveló en el acto que tal sospecha era maligna. Porque las primeras en desesperarse de su suerte eran las mismas mujeres; y a muchas he oído incluso llorar y maldecir aquella cruelísima peste que las empujaba con irresistible violencia, contra la cual nada podía ser débil virtud, a prostituirse como perras. Así están hechas desgraciadamente, las mujeres. Tratan de comprar con sus lágrimas la justificación de su infamia y la piedad Pero esta vez es necesario justificarlas y compadecerlas.

Si tal era la suerte de las mujeres, no menos horrenda y digna de piedad era la de los hombres. Apenas contagiados, perdían todo respeto de sí mismos; se entregaban al más inmundo comercio, cometían las más sucias vilezas, se arrastraban a gatas por el fango besando los zapatos de sus «liberadores» (asqueados de tanta y no solicitada abyección), no sólo para ser perdonados por los sufrimientos y humillaciones pasados durante los años de la esclavitud y de la guerra, sino para tener el honor de ser pisoteados por los nuevos dueños; escupían sobre la bandera de su propia patria, vendían públicamente a la mujer, las hijas y la madre. Todo esto, decían, para salvar la patria. E incluso aquellos que al parecer permanecían inmunes al morbo, enfermaban de una nauseabunda dolencia que les llevaba a sonrojarse de ser italianos e incluso de pertenecer al género humano. Hay que reconocer que hacían todo lo posible por ser indignos del nombre de hombre. Poquísimos eran los que se conservaban intactos, como si el morbo nada pudiese contra su conciencia; y se agitaban tímidos, amedrentados, despreciados de todo, como inoportunos testigos de una vergüenza universal.

La sospecha, convertida más tarde en certeza, de que la peste hubiera sido llevada a Europa por los mismos liberadores, había suscitado en el pueblo un profundo y sincero dolor. Pese a que sea antigua tradición de los vencidos odiar a los vencedores, el pueblo napolitano no odiaba a los aliados. Los había esperado con ansia, los acogía con júbilo. Su milenaria experiencia de la guerra les había enseñado que es costumbre de los vencedores reducir a los vencidos a la esclavitud. Y en lugar de la esclavitud los aliados les habían concedido la libertad. Y el pueblo había amado en el acto a aquellos magníficos soldados, tan jóvenes, tan bellos, tan bien peinados, con unos dientes tan blancos y unos labios tan rojos. En tantos siglos de invasiones, de guerras perdidas y ganadas, Europa no había visto nunca soldados tan elegantes, tan limpios, tan corteses, siempre recién afeitados, con uniformes impecables, corbatas anudadas con perfecto cuidado, camisas recién salidas de la colada, zapatos enteramente nuevos y lustrosos. Ni una desgarradura en los pantalones ni en los codos, ni un botón que faltase en aquel maravilloso ejército salido, como Venus, de la espuma del mar. Ni un soldado que tuviese un furúnculo, un diente cariado, un simple grano en la cara. No se habían visto jamás, en toda Europa, soldados tan desinfectados, sin el más leve microbio ni en los pliegues de la piel ni en los pliegues de la conciencia. ¡Y qué manos! Blancas, bien cuidadas, siempre protegidas por immaculados guantes de piel a

escamas. Pero lo que más conmovía al pueblo napolitano era la gentileza de carácter de los liberadores, especialmente de los americanos, su desenvuelta urbanidad, su sentido de la humanidad, su sonrisa inocente y cordial de honradez, la bondad e ingenuidad de aquellos muchachotes. Si jamás ha sido un honor perder una guerra, era ciertamente un gran honor para los napolitanos y para todos los demás pueblos vencidos de Europa, haber perdido la guerra frente a soldados tan corteses, apuestos, buenos y generosos.

Y, no obstante, cuanto aquellos magníficos soldados tocaban, en el acto se corrompía. Los infelices habitantes de los países liberados apenas estrechaban la mano de sus liberadores, comenzaban a mustiarse, a apestar. Bastaba que un soldado aliado se inclinase en su jeep para sonreír a una mujer, o acariciarle fugazmente el rostro, para que esta mujer, conservada hasta aquel momento digna y pura, se convirtiese en una prostituta. Bastaba que un chiquillo se metiese en la boca un caramelo ofrecido por un soldado americano, para que su alma inocente se corrompiese.

Los propios liberadores estaban aterrados y conmovidos de tanto azote. *Umana cosa e aver compassione degli afflitti*, escribe Boccaccio en su introducción del *Decamerone*, hablando de la terrible peste de Florencia de 1348. Pero los soldados aliados, especialmente los americanos, ante el mísero espectáculo de la peste de Nápoles, no tenían compasión solamente del infeliz pueblo napolitano; tenían compasión de sí mismos. Porque desde hacía ya algún tiempo se había infiltrado en su alma ingenua y buena la sospecha de que el terrible contagio estaba en su sonrisa honrada y tímida, en su mirada llena de humana simpatía, en sus afectuosas caricias. La peste estaba en su propia piedad, en su propio deseo de ayudar a aquel desventurado pueblo, de aliviar sus miserias, de socorrerlo en aquella tremenda desventura. El morbo estaba en su misma mano, tendida francamente a aquel pueblo vencido.

Quizás estuviese escrito que la libertad de Europa tenía que nacer, no de la liberación, sino de la peste. Quizás estuviese escrito que, como la liberación había nacido de los sufrimientos de la esclavitud y de la guerra, la libertad debiese nacer de nuevos y terribles sufrimientos, de la peste traída por la liberación. La libertad cuesta cara, mucho más cara que la esclavitud. Y no se paga con oro ni con sangre ni con los más nobles sacrificios, sino con la infamia, la prostitución, la traición, con toda la podredumbre y la abyección del alma humana.

También aquel día franqueamos el umbral del *Foyer du Soldat*, y Jack, acercándose al sargento, le preguntó tímidamente, casi en tono confidencial, *si on avait vu par là, le Commandant Lyautey*.

—*Oui, mon Colonel, je l'ai vu tout à l'heure* — respondió sonriendo el sargento—, *attendez un instant, mon Colonel, je vais voir'il, est toujours là!*

—*Voilà un sargent bien aimable* —me dijo Jack, ruborizándose de placer —, *les sargents français son les plus aimables du monde*.

—*Je regrette, mon Colonel* —dijo el sargento, regresando a los pocos instantes—, *le Commandant Lyautey vient justement de partir*.

—*Merci, vous êtes bien aimable* —dijo Jack—, *au revoir, mon ami*.

—*Ah, qu'il fait bon d'entendre parler français!*— dijo Jack mientras salíamos del «Café Caflish».

Tenía el rostro iluminado por un júbilo infantil y en aquel momento comprendí cuánto le quería. Me gustaba poder querer a un hombre mejor que yo; siempre había sentido rencor contra los hombres mejores que yo, y ahora, por primera vez, me causaba placer querer a un hombre mejor que yo.

—Vamos a ver el mar, Malaparte.

Atravesamos la plaza Real y nos apoyamos en el parapeto que hay en el fondo de la Scesa del Gigante.

—*C'est un des plus anciens parapets d'Europe* — dijo Jack, que se sabía todo Rimbaud de memoria.

Era el crepúsculo y el mar iba tomando poco a poco color de vino, que es el color del mar, según Homero. Pero allá abajo, entre Sorrento y Capri, las aguas y las altas riberas acantiladas, y los montes y las sombras de los montes, se encendían lentamente con un color de coral, como si las selvas de coral que cubren el fondo del golfo emergiesen lentamente de los abismos marítimos, tiñendo el cielo con sus reflejos de sangre antigua. El acantilado de Sorrento, coronado de jardines de naranjos y limoneros, emergía, alejado del mar, como una dura encía de mármol verde que el sol poniente hería oblicuamente desde el horizonte opuesto con sus cansadas saetas, arrebatándole el cálido y dorado resplandor de las naranjas, y los fríos y lívidos rayos de los limones.

Como un viejo oso antiguo, encanecido y bruñido por el viento y la lluvia, estaba el Vesubio solitario y desnudo sobre el inmenso cielo sin nubes, iluminándose poco a poco de una rojiza luz secreta, como el íntimo fuego de su seno transparente a través de la dura costra de lava, pálida y reluciente como el marfil, hasta que la luna rompió el borde del cráter como un cascarón de huevo y se levantó, clara y estática, maravillosamente remota, en el abismo azulado de la noche. Se elevaban en el extremo horizonte, casi llevadas por el viento, las primeras sombras de la noche.

Y fuese por la mágica transparencia lunar o por la fría crueldad de aquel paisaje espectral y astrífico, la hora estaba saturada de una delicada y melancólica tristeza, casi de la sospecha de una muerte feliz.

Muchachos andrajosos, sentados sobre el parapeto de piedra cortado a pico sobre el mar, cantaban levantando los ojos en alto y con la cabeza ligeramente inclinada sobre el hombro. Tenían el rostro pálido y demacrado y los ojos turbios por el hambre. Cantaban como cantan los ciegos, los ojos en alto e inclinada la cabeza. El hambre humana tiene una voz maravillosamente dulce y pura. En la voz del hambre nada hay

humano. Es una voz que nace en una zona misteriosa de la naturaleza del hombre, donde radica ese sentido profundo de la vida que es la vida misma, nuestra vida más secreta y más viva. El aire era terso y dulce a los labios. Una leve brisa profunda de algas y de sal brotaba del mar, el grito doliente de las gaviotas hacía temblar el dorado reflejo de la luna sobre las olas, y allá abajo, en el fondo, sobre el horizonte, el pálido espectro del Vesubio iba hundiéndose paulatinamente en la plateada caligine de la noche. El canto de los muchachos hacía más puro, más astral, aquel cruel paisaje inhumano, tan ajeno al hombre y a la desesperación de los hombres.

—No hay bondad — decía Jack —, no hay misericordia en esta maravillosa naturaleza.

—Es una naturaleza malvada — dije yo —, nos odia, es nuestra enemiga. Odia a los hombres.

—*Ella aime nous voir souffrir* —dijo Jack en voz baja.

—Fija en nosotros sus ojos fríos, llenos de gélido odio y de desprecio.

—Frente a esta naturaleza —dijo Jack—, me siento culpable, lleno de vergüenza, miserable. No es una naturaleza cristiana. Odia a los hombres porque sufren.

—Está celosa de los sufrimientos de los hombres.

Yo quería a Jack porque era el único de mis amigos americanos que se sentía culpable, avergonzado y miserable frente a aquella cruel e inhumana belleza del cielo, de aquel mar, de aquellas islas remotas del horizonte. Era el único capaz de comprender que aquella naturaleza no era cristiana y estaba fuera de las fronteras del cristianismo, que aquel paisaje no era el rostro de Cristo, sino la imagen de un mundo sin Dios en el que los hombres son abandonados para sufrir sin esperanzas; el único capaz de comprender cuánto hay de misterioso en la historia del pueblo napolitano y cuan poco depende esto de la voluntad del hombre. Había, entre mis amigos americanos, muchos jóvenes inteligentes, cultos, sensibles; pero despreciaban Nápoles, Italia, Europa; nos despreciaban porque creían que sólo nosotros éramos responsables de nuestras traiciones, de nuestras vergüenzas. No comprendían lo que hay de misterioso, de inhumano, en nuestras vergüenzas y en nuestras desventuras. Algunos decían: «Vosotros no sois cristianos, sois paganos.» Y ponían una punta de desprecio en la palabra «pagano». Yo quería a Jack porque era el único que comprendía que la palabra «pagano» no bastaba para explicar las profundas, antiguas y misteriosas razones de nuestro sufrimiento; que nuestras miserias, nuestras desventuras, nuestras vergüenzas, nuestra manera de ser miserable o feliz, los mismos motivos de nuestra abyección y de nuestra grandeza, son ajenos a la moral cristiana.

Pese a que se dijese cartesiano y afectase fiar tan sólo y por siempre de la razón, creer que la razón puede penetrarlo y esclarecerlo todo, su actitud frente a Nápoles, Italia, y Europa entera era de un efecto sospechoso y respetuoso a la vez. Como para todos los americanos, Nápoles había sido para él una inesperada y dolorosa revelación. Había creído poner la proa hacia unas riberas de un mundo dominado por la razón, regido por la conciencia humana; se había encontrado de improviso en un país misterioso, en el que ni la razón, ni la conciencia, sino unas oscuras fuerzas subterráneas parecían gobernar a los hombres y el sino de sus vidas.

Jack había viajado por toda Europa, pero no había estado nunca en Italia. Había desembarcado en Palermo el 19 de setiembre de 1943 de la cubierta de un LST, de un pontón de desembarco, en medio del fragor y el humo de las explosiones, entre los gritos roncos de los soldados, precipitándose sobre las orillas arenosas de Pesto bajo el fuego de las ametralladoras alemanas. En su ideal Europa cartesiana, en el *alte Kontinent* goethiano, gobernado por el espíritu y la razón, Italia era siempre, sin embargo, la patria de su Virgilio, de su Horacio, y ofrecía a su imaginación el mismo sereno paisaje verde turquesa de su Virginia donde había realizado sus estudios, donde había transcurrido la mejor parte de su vida, donde tenía su casa, su familia, sus libros. En aquella Italia de su corazón, los peristilos de las casas georgianas de Virginia y las columnas marmóreas del Foro, Vermont Hill y el Palatino, formaban a sus ojos un paisaje familiar en el que el verde resplandor de los prados y los bosques desposaba al candido resplandor de los mármoles bajo un límpido cielo azul parecido al que se curva sobre el Capitolio.

Cuando el alba del 9 de setiembre de 1943, Jack saltó de la cubierta de un LST a la playa de Pesto, cerca de Salerno; vio aparecer ante sus ojos — maravillosa aparición en medio de la nube roja de polvo levantada por la columna de carros armados, de las granadas alemanas, del tumulto de los hombres y de los automóviles saliendo del mar— las columnas del Templo de Neptuno en el borde de una llanura cubierta de mirtos y de cipreses, sobre el fondo de los desnudos montes del Cuento parecidos a los montes del Lacio. ¡Ah, aquélla era

Italia, la Italia de Virgilio, la Italia de Eneas! Y había llorado de júbilo, había llorado de religiosa emoción, cayendo de rodillas sobre la arena de la playa, como Eneas cuando desembarcó de la trirreme troyana sobre la de una arenosa de las bocas del Tíber, frente a los montes del Lacio sembrados de castillos y de templos blancos sobre el verde profundo, de las antiguas selvas latinas.

Pero el clásico panorama de las columnas dóricas del templo de Pesto ocultaba a sus ojos una Italia secreta, misteriosa; ocultaba Nápoles, aquella primera imagen terrible y maravillosa de una Europa desconocida, situada más allá de la razón cartesiana, de aquella *otra* Europa de la cual no había tenido, hasta aquel día más que una vaga sospecha y cuyos misterios, cuyos secretos, ahora que comenzaba a penetrarlos lentamente, maravillosamente, lo aterraban.

—Nápoles —le decía yo— es la ciudad más misteriosa de Europa, es la única ciudad del mundo antiguo que no ha perecido como Ilion, como Nínive, como Babilonia. Es la única ciudad del mundo que no se ha sumergido en el cruel naufragio de la civilización antigua. Nápoles es una Pompeya que no ha sido nunca sepultada. No es una ciudad, es un mundo. El mundo antiguo, precristiano, conservado intacto en la superficie de un mundo moderno. No podíais escoger un sitio más peligroso que Nápoles para desembarcar en Europa. Vuestros carros blindados corren el peligro de hundirse en el cieno negro de la antigüedad como en unas arenas movedizas. Si hubieseis desembarcado en Bélgica, en Holanda, en Dinamarca o en la misma Francia, vuestro espíritu científico, vuestra técnica, vuestra inmensa riqueza de medios materiales, os habría dado la victoria, no sólo sobre el Ejército alemán, sino sobre el mismo espíritu europeo, sobre esa *otra* Europa de la cual Nápoles es la misteriosa imagen, el desnudo espectro.

»Pero aquí, en Nápoles, vuestros carros blindados vuestros cañones, vuestros automóviles, hacen sonreír. Chatarra. ¿Recuerdas, Jack, las palabras de aquel napolitano que el día de vuestra entrada en Nápoles vio pasar por Via Toledo vuestra interminable columna de carros blindados? *Che bella ruggine!*, exclamó. ¡Cuánta chatarra! Vuestra humanidad americana particular, aquí se revela descubierta, indefensa, peligrosamente vulnerable. No sois más que unos grandes chiquillos, Jack. No podéis comprender a Nápoles, no lo comprenderéis nunca.

—*Je crois* —decía Jack— *que Naples n'est pas impénétrable a la raison. Je suis cartésien, hélas!*

—¿Crees acaso que la razón cartesiana puede ayudar a comprender, por ejemplo, a Hitler?

—¿Por qué al propio Hitler?

—Porque Hitler es también un elemento del misterio de Europa, porque también Hitler pertenece a la *otra* Europa que la razón cartesiana no puede penetrar. ¿Crees acaso poder explicar a Hitler con la sola ayuda de Descartes?

—*Je l'explique parfaitement* — respondía Jack.

Entonces yo le narraba aquel *witz* de Heidelberg que todos los estudiantes de las universidades alemanas se transmitían riendo. En un congreso de hombres de ciencia alemanes celebrado en Heidelberg, después de largas discusiones, se pusieron de acuerdo en afirmar que el mundo se puede explicar con la sola ayuda de la razón. Al final de la discusión, un viejo profesor que hasta entonces había permanecido en silencio, con un sombrero de copa hundido hasta la frente, se levantó y dijo: «Vosotros que lo explicáis todo, ¿podríais decirme cómo me ha salido esta noche esto de la cabeza?»

Y quitándose lentamente el sombrero, mostró un cigarro, un auténtico cigarro de La Habana, que le salía del cráneo calvo.

—*Ah, ah, c'est merveilleux!* —exclamó Jack, riéndose—. ¿Querrás decir entonces que Hitler es un cigarro de La Habana?

—No, quiero decir que Hitler es *como* un cigarro de La Habana.

—*C'est merveilleux! Un cigare!* —decía Jack. Y añadía, como presa de imprevista inspiración — : *Have a drink*, Malaparte. — Pero se corregía y decía, en francés —: *Allons boire quelque chose*.

El bar de la P. B. S. estaba atestado de oficiales que llevaban ya muchas copas de ventaja sobre nosotros. Nos sentamos en un rincón y comenzamos a beber.

Jack se reía mirando el fondo de su vaso, golpeándose la rodilla con el puño, y de cuando *en* cuando exclamaba:

—*C'est merveilleux! Un cigare!*

Hasta que sus ojos se pusieron opacos, y riendo me dijo:

—*Tu crois vraiment que Hitler...?*

—*Mais oui, naturellment.*

Después fuimos a cenar, y nos sentamos en la gran mesa de los *seniors officiers* de la P. B. S. Los oficiales estaban alegres y me sonreían porque yo era el *bastard italian liason officer, this bastard son of a gun*. Al llegar un cierto momento, Jack comenzó a contar la historia del congreso de hombres de ciencia de la Universidad de Heidelberg y todos los *seniors officiers* de la P. B. S. me miraban maravillados, exclamando:

—*What, a cigar? Do you mean that Hitler is a cigar?*

—*He means that Hitler is a cigar Havana* — decía Jack riendo.

Y el coronel Brand, ofreciéndome un cigarro a través de la mesa, me decía con una sonrisa de simpatía:

—¿Le gustan a usted los cigarros? Aquí tiene usted un auténtico habano.

CAPÍTULO SEGUNDO

La Virgen de Nápoles

—¿No has visto nunca una virgen? —me preguntó un día Jimmy, mientras salíamos de la panadería del Pendino di Santa Barbara, mordisqueando los sabrosos *taralli* calientes.

—Sí, pero de lejos.

—No, *I mean*, de cerca. ¿No has visto nunca una virgen de cerca?

—No, de cerca nunca.

—*Come on*, Malaparte — dijo Jimmy.

Al principio no quise seguirlo; sabía que me mostraría algo doloroso, humillante, algún atroz testimonio de la humillación física y moral a la que puede llegar el hombre en su desesperación. No me gusta asistir al espectáculo de la bajeza humana; me repugna estar sentado como un juez o como un espectador, contemplando a los hombres descender los últimos peldaños de la abyección; temo siempre que se vuelvan y me sonrían.

—*Come on, come on, don't be silly* — decía Jimmy caminando delante de mí por el dédalo de callejuelas de Forcella.

No me gusta ver hasta qué punto puede el hombre envilecerse para vivir. Prefería la guerra a la peste que después de la liberación nos había ensuciado, corrompido, humillado a todos, hombres y mujeres y chiquillos. Antes de la liberación habíamos luchado y sufrido *para no morir*. Ahora luchábamos y sufríamos *para vivir*. Hay una profunda diferencia entre la lucha para no morir y la lucha para vivir. Los hombres que luchan para no morir conservan toda su dignidad, la defienden celosamente, todos, hombres, mujeres y chiquillos, con una obstinación feroz. Los hombres no humillaban la frente. Huían a las montañas, a los bosques, vivían en las cavernas, luchaban como lobos contra el invasor. Luchaban para no morir. Era una lucha noble, digna. Las mujeres no arrojaban su cuerpo al mercado negro para comprarse colorete para los labios, medias de seda, cigarrillos o pan. Sufrían hambre, pero no se vendían. No vendían a su hombre al enemigo. Preferían ver a sus hijos morir de hambre antes de venderse o vender a su hombre. Sólo las prostitutas se vendían al enemigo. Los pueblos de Europa, antes de la liberación sufrían con maravillosa dignidad. Luchaban con la frente alta. Luchaban *para no morir*. Y los hombres, cuando luchan para no morir, se agarran con la fuerza de la desesperación a todo aquello que constituye la parte viva, eterna, de la vida humana, la esencia, el elemento más noble y más puro de la vida: la dignidad, el orgullo, la libertad de la propia conciencia. Luchan para salvar su alma.

Pero después de la liberación los hombres habían tenido que luchar *para vivir*. Es una cosa humillante, horrible, es una necesidad vergonzosa, luchar para vivir. Sólo para vivir. Sólo para salvar el pellejo. No es ya la lucha contra la esclavitud, la lucha contra el hombre. Es la lucha por un mendrugo de pan, por un poco de fuego, por un harapo con el cual cubrir a sus hijos, por un poco de paja sobre la que tenderse. Cuando los hombres luchan para vivir, todo, un tarro vacío, una colilla, una mondadura de naranja, una corteza de pan duro recogida en la inmundicia, un hueso descarnado, tiene un valor inmenso, decisivo. Los hombres son capaces de cualquier villanía, de todas las infamias, de todos los delitos, para vivir. Por un mendrugo de pan

cualquiera de nosotros está dispuesto a vender la propia mujer, la propia hija, a mancillar a su propia madre, a vender a los hermanos y a los amigos, a prostituirse a otro hombre. Y dispuesto a arrodillarse, a doblar la espalda bajo la fusta, a secarse sonriendo la mejilla sucia de un salivazo; y tiene una sonrisa humilde, dulce, una mirada llena de una esperanza famélica, bestial, una esperanza maravillosa.

Yo prefería la guerra a la peste. De un día a otro, todos, hombres, mujeres, chiquillos, habían quedado contaminados por el horrible y misterioso morbo. Lo que maravillaba y aterraba al pueblo era el carácter imprevisto, violento y fatal, de aquella espantosa epidemia. La peste había podido, en pocos días, más de lo que hubiera conseguido la tiranía de veinte años de humillación universal y la guerra en tres años de hambre, de luchas y de atroces sufrimientos. Aquel pueblo que en las calles hacía comercio de sí mismo, del propio honor, del propio cuerpo y de la carne de sus propios hijos, ¿podría acaso ser el mismo pueblo que pocos días antes, en aquellas mismas calles, había dado tan grandes y tan horribles pruebas de valor y odio contra los alemanes?

Cuando los liberadores, el 1 de octubre de 1943, llegaron a las primeras casas de los suburbios, hacia Torre del Greco, el pueblo napolitano, con una lucha feroz que duró cuatro días, había echado ya a los alemanes de la ciudad. Los italianos se rebelaron contra los alemanes a principio de setiembre, durante los días que siguieron al armisticio; pero aquella primera revuelta fue sofocada en sangre con implacable ferocidad. Los liberadores, que el pueblo esperaba con ansia, habían sido en algunos puntos rechazados al mar; en otros, cerca de Salerno, resistían aferrados al litoral, y los alemanes habían recuperado ánimo y furor. Hacia finales de setiembre, cuando los alemanes comenzaron a hacer «razzias» de hombres por las calles y cargarlos en sus camiones para llevárselos a Alemania como manadas de esclavos, el pueblo napolitano, inducido y capitaneado por bandas de mujeres enfurecidas que gritaban *li ommene no!*, se habían arrojado, sin armas, contra los alemanes, los habían acorralado y destrozado por las callejuelas, arrojándolos desde lo alto de los tejados, de las terrazas y de las ventanas bajo una avalancha de tejas, de piedra, de muebles, de agua hirviendo.

Grupos de animosos muchachos se arrojaban contra los *panzers* sosteniendo en los brazos cestos de paja encendida y morían prendiendo fuego a aquellas tortugas de acero.

Muchachitas con aire inocente mostraban sonriendo racimos de uvas a los alemanes sedientos encerrados en los carros blindados candentes por el sol; y apenas éstos levantaban la cubierta de la torrecilla y se inclinaban para recibir el dulce donativo del racimo, bandadas de chiquillos al acecho los exterminaban con una lluvia de granadas de mano quitadas a los enemigos muertos. Muchos fueron los muchachos y las chiquillas que perdieron la vida en aquella cruel y generosa estratagema.

Carros y tranvías volcados por las calles impedían el paso de las columnas alemanas que acudían a prestar ayuda a las tropas que resistían en Eboli y en Cava del Tirreni. El pueblo napolitano no agredió por la espalda a los alemanes en retirada; pero los afrontó, sin armas, mientras duraba todavía la batalla de Salerno, y en un pueblo inerme, extenuado por tres años de hambre y de bombardeos feroces e ininterrumpidos, era locura oponerse al paso de las columnas germánicas que atravesaban Nápoles para avanzar contra los aliados desembarcados en Salerno. Durante aquellas cuatro jornadas de lucha sin cuartel, las mujeres y los chiquillos fueron los más feroces. Muchos cadáveres alemanes que yo mismo vi aún insepultos dos días después de la liberación de Nápoles, aparecían con los rostros destrozados, la garganta abierta a mordiscos y eran todavía visibles las marcas de los dientes en la carne. Muchos estaban desfigurados a tijeretazos. Muchos yacían en un charco de sangre con largos clavos clavados en el cráneo. A falta de otras armas, los chiquillos clavaban aquellos clavos con gruesas piedras en la cabeza de los alemanes sujetos sobre el suelo por diez o veinte chiquillos enfurecidos.

—*Come on, come on, don't be silly* — decía Jimmy caminando delante por el dédalo de callejones de Forcella.

Prefería la guerra a la peste. En pocos días Nápoles se había convertido en un abismo de vergüenza y de dolor, en un infierno de abyecciones. Y, sin embargo, el horrendo morbo no conseguía apagar en el corazón de los napolitanos aquel sentimiento maravilloso, sobrevivido en ellos a tantos siglos de hambre y esclavitud. Nadie conseguirá jamás apagar la antigua, la maravillosa piedad del pueblo napolitano. No sentía tan sólo piedad de los demás, sino de sí mismo. No puede existir en un pueblo el sentimiento de la libertad si no experimenta el sentimiento de la piedad. Porque incluso aquellos que vendían a la propia esposa, las propias

hijas, incluso las mujeres que se prostituían por un paquete de cigarrillos, los chiquillos que se entregaban por una caja de caramelos, sentían piedad de sí mismos. Era un sentimiento extraordinario, una maravillosa piedad. Por ese sentimiento, sólo por esta antigua e inmortal piedad, los hombres serán un día libres.

—*Oh, Jimmy, they love freedom* — decía yo —, aman la libertad, *they love freedom so much! They love American boys, too. They love freedom, American boys and cigarettes, too.* También los chiquillos, aman la libertad y los caramelos. Es una cosa magnífica, Jimmy, comer caramelos en lugar de morir de hambre. *Don't you think so too, Jimmy?*

—*Come on* — decía Jimmy escupiendo a tierra.

Así fui con Jimmy a ver la «virgen». Era en un *basso*, en el fondo de un callejón cerca de Piazza Olivella. Delante de la puerta del tugurio había un grupo de soldados aliados, la mayoría negros. Había también tres o cuatro soldados americanos y algunos polacos y marineros ingleses. Nos pusimos en fila y esperamos nuestro turno.

Al cabo de media hora de cola, avanzando un paso cada dos minutos nos encontramos en el umbral del tugurio. El interior de la habitación estaba velado a nuestra vista por una cortina roja, llena de remendados y manchas de grasa. En el umbral había un hombre de media edad vestido de negro, demacradísimo, con el rostro pálido lleno de pelos; sobre sus escasos cabellos grises llevaba un sombrero mugriento de fieltro negro, cuidadosamente planchado. Tenía las manos juntas sobre el pecho y entre los dedos estrujaba un puñado de billetes.

—*One dollar each* —decía—, cien liras por persona.

Entramos y miramos alrededor. Era el usual *interno* napolitano; una habitación sin ventanas, con una portezuela al fondo, un inmenso lecho apoyado en la pared de enfrente y junto a las demás paredes un espejo, un tosco lavabo de hierro barnizado de blanco, una cómoda y, entre la cómoda y la cama, una mesa. Sobre la cómoda había una ancha campana de cristal que cubría las figurillas de cera de colores de una Sagrada Familia. De los muros pendían oleografías populares representando escenas de *Tosca* y *Cavalleria Rusticana*, un Vesubio empenachado de humo como un caballo para la fiesta de Piedigrotta y fotografías de mujeres, de chiquillos, de viejos, no ya retratos de vivos, sino de muertos, tendidos sobre los lechos fúnebres y con guirnaldas de flores. En el rincón, entre el techo y el espejo, había un altarcito con la imagen de la Virgen iluminada por una mariposa de aceite. Sobre el lecho se veía extendido un inmenso cubrecama de seda celeste cuya franja dorada lamía el pavimento de mayólica verde y roja. En el borde de la cama estaba sentada una muchacha, fumando.

Estaba con las piernas pendiendo del lecho y fumando, absorta, en silencio, con los codos apoyados sobre las rodillas y el rostro sujeto entre las manos. Parecía muy joven, pero tenía unos ojos antiguos, cansados. Iba peinada con ese arte barroco de las *capere* de los barrios populares, inspirado en el atavío de las Madonnas napolitanas del siglo XVII; los negros cabellos, encrespados y relucientes, rellenos de crin, de lazos y embutidos de estopa, se alzaban a guisa de castillo como si fuesen una alta mitra negra puesta sobre la frente. Su rostro tenía algo de bizantino, estrecho y largo, cuya palidez transparentaba bajo la espesa capa de afeites; bizantino era el corte de los grandes ojos oblicuos y negrísimos en la frente alta y lisa. Pero los labios carnosos, agrandados por un violento empleo de rojo, daban un algo de sensual y de insolente a la delicada tristeza de icono de su rostro. Iba vestida de seda roja, sobriamente escotada. Llevaba medias de seda de color carne y sus pies oscilaban embutidos en un par de zapatillas de fieltro negro, descosidas y deformadas. El traje tenía las mangas largas, estrechas en las muñecas, y del cuello pendía uno de esos collares de coral pálido antiguo que en Nápoles son el orgullo de toda muchacha pobre.

La muchacha fumaba en silencio, mirando fijamente hacia la puerta, con una indiferencia orgullosa. A

pesar de la insolencia de su vestido de seda roja, el peinado barroco del cabello, los gruesos labios carnosos y las zapatillas descosidas, su vulgaridad no tenía nada de personal. Parecía más bien un reflejo de la vulgaridad del ambiente, de esa vulgaridad que la envolvía por todas partes, desfloriándose apenas. Tenía orejas pequeñísimas y delicadas, tan blancas y transparentes que parecían postizas, de cera. Cuando entré, la muchacha fijó sus ojos en mis tres estrellas de capitán, y sonrió con desprecio, volviendo ligeramente el rostro hacia el muro.

—En Europa sois todos un hatajo de locos y de cerdos —dijo Jimmy—. Eso es lo que sois.

—Dime la verdad, Jimmy. Cuando regreses a América, ¿te gustará contar que vuestro dedo de vencedor ha pasado bajo el arco de triunfo de las piernas de las pobres muchachas italianas?

—No digas esto — dijo Jimmy en voz baja.

—Perdóneme, Jimmy, lo siento por ti y por mí. No es culpa vuestra, ni nuestra, lo sé. Pero me hace daño pensar en ciertas cosas. Me siento miserable y villano. Vosotros, los americanos, sois buenos muchachos y ciertas cosas las comprendéis mejor que muchos otros. ¿No es cierto, Jimmy, que algunas cosas hasta tú las comprendes?

—Yes, *I understand* — dijo Jimmy en voz baja estrujándome con fuerza el brazo.

Me sentía mucho más canalla y vil que aquel 8 de setiembre de 1943 que tuvimos que arrojar nuestras armas y nuestra bandera a los pies del vencedor. Eran viejas armas enmohecidas, es cierto, pero eran queridos recuerdos de familia y todos nosotros, oficiales y soldados, sentíamos afecto por aquellos queridos recuerdos de familia, Eran viejos fusiles, viejos sables, viejos cañones de los tiempos en que las mujeres llevaban crinolina y los hombres altos sombreros de copa, *redingote* color tórtola y botines abrochados. Con aquellas escopetas, con aquellos sables llenos de orín, con aquellos cañones de bronce, nuestros abuelos habían combatido con Garibaldi, con Vittorio Emmanuele, con Napoleón III, contra los austríacos por la libertad y la independencia de Italia. Incluso las banderas eran antiguas, *démodées*. Algunas, antiquísimas; y eran las banderas de la República de Venecia que habían ondeado en los mástiles de las galeras de Lepanto, sobre las torres de Famagosta y de Candia. Eran los estandartes de la República de Genova, los de los Comunes de Milán, de Cremona, de Bolonia, que habían ondeado sobre el Carroccio en las batallas contra el emperador alemán Federico Barbarroja. Eran los estandartes pintados por Sandro Boticelli, que Lorenzo *el Magnífico* había donado a los arqueros de Florencia; eran los estandartes de Siena, pintados por Luca Signorello. Eran las banderas romanas del Capitolio, pintadas por Miguel Ángel. Había también la bandera ofrecida a Garibaldi por los italianos de Valparaíso y la bandera de la República Romana de 1849. Había también las banderas de Vittorio Véneto, de Trieste, de Fiume, de Zara, de Etiopía, de la guerra de España. Eran banderas gloriosas, entre las más gloriosas de la tierra y del mar. ¿Por qué tenían que ser gloriosas sólo las banderas inglesas, americanas, rusas, francesas y españolas? También las banderas italianas son gloriosas. Si no tuviesen gloria, ¿qué gusto hubiéramos encontrado en arrojarlas al fango? No hay pueblo en el mundo que no se haya permitido, siquiera una vez el gusto de arrojar sus banderas al pie del vencedor. Aun a las más gloriosas banderas les ocurre ser arrojadas una vez al fango. La gloria, eso que los hombres llaman gloria, pesa a menudo a causa del fango.

Para nosotros había sido un día magnífico aquel 8 de setiembre de 1943, cuando arrojamos nuestras armas y nuestras banderas, no sólo a los pies del vencedor, sino también a los pies del vencido. No solamente a los pies de los ingleses, americanos, franceses, rusos y polacos, sino también a los pies del rey, de Badoglio, de Mussolini, de Hitler. A los pies de todos, vencedores y vencidos. Incluso a los pies de los que no, tenían nada que ver con aquello, los que estaban allá, sentados, gozando del espectáculo. Incluso a los pies de los transeúntes y de cuantos tenían el capricho de asistir al insólito y divertido espectáculo de un Ejército que arrojaba sus armas y sus banderas a los pies del primer llegado. Y no porque nuestro ejército fuera mejor ni peor que tantos otros. En aquella gloriosa guerra no les había ocurrido sólo a los italianos, seamos justos, volver la espalda al enemigo, sino a todos, ingleses, americanos, alemanes, rusos, franceses, yugoslavos, a todos, vencedores y vencidos. No había un Ejército en el mundo que, durante aquella espléndida guerra, no se hubiese dado el gusto un día, de arrojar sus banderas al fango.

En la orden firmada por su Graciosa Majestad, el rey y el mariscal Badoglio había escrito lo que sigue: «¡Oficiales y soldados italianos, arrojad vuestras armas y vuestras banderas heroicamente a los pies del

primero que venga!» No había error posible. Estaba escrito *heroicamente*. Incluso las palabras *primero que venga* estaban escritas de un modo clarísimo de manera que no dejase lugar a dudas. Desde luego, hubiera sido mucho mejor para todos, vencedores y vencidos, y mucho mejor incluso para nosotros, haber recibido la orden de arrojar las armas y las banderas no ya en 1943, sino en el 1940 ó el 41, cuando estaba de moda en Europa arrojar las armas a los pies del vencedor. Todos nos hubieran dicho: «¡Bravo!» Ciertamente es que todos nos habían dicho también «¡Bravo!» el 8 de setiembre de 1943. Pero nos habían dicho: «¡Bravo!» porque, en conciencia, no podían decirnos otra cosa.

Hubiera sido verdaderamente un espectáculo bellísimo y divertido. Todos nosotros, oficiales y soldados, nos hacíamos la competencia en ver quién arrojaría más heroicamente las armas y las banderas al fango, a los pies de todos, vencedores y vencidos, amigos y enemigos, incluso a los pies de los transeúntes, incluso a los pies de los que, sin saber siquiera de qué se trataba, se detenían para mirar, maravillados. Arrojàbamos riendo nuestras armas y nuestras banderas al fango e inmediatamente corríamos a recogerlas para volverlas a arrojar. «¡Viva Italia!», gritaba la muchedumbre entusiasta, la pacífica, la riente, la rumorosa, la alegre muchedumbre italiana. Todos, hombres, mujeres, niños, parecían embriagados de alegría, todos batían las manos gritando: *Bis, bravo, bravo, bis!* Y nosotros, cansados, sudorosos, jadeantes, con los ojos relucientes de viril orgullo, el rostro iluminado de patriótica arrogancia, arrojàbamos heroicamente las armas y las banderas a los pies de los vencedores y vencidos, y súbitamente corríamos a recogerlas de nuevo para volver a arrojarlas. Los mismos aliados ingleses, americanos, franceses, rusos y polacos, batían las manos, nos arrojaban a la cara puñados de caramelos y gritaban: *Bis, bis, viva Italia!* Y nosotros, riendo a carcajadas, arrojàbamos las armas y las banderas al fango y corríamos a recogerlas para arrojarlas de nuevo.

Fue una bellísima fiesta, una fiesta inolvidable. En tres años de guerra no nos habíamos divertido tanto. Por la noche estábamos muertos, teníamos la boca dolorida de tanto reír, pero nos sentíamos orgullosos de haber cumplido con nuestro deber. Terminarla la fiesta formamos en columnas y así, sin armas, sin banderas, nos dirigimos al nuevo campo de batalla para ir a ganar con los aliados aquella misma guerra que habíamos perdido ya con los alemanes. Caminábamos con la cabeza alta, cantando, satisfechos de haber enseñado al pueblo de Europa que no hay otra manera de ganar las guerras que arrojar las armas y las banderas, heroicamente, al pie del «primero que venga».

Me sentía canalla y vil como aquel día que subía los Gradoni di Chiaia, en Nápoles. Los Gradoni forman esa larga escalinata que de la Via Chiaia sube hasta San Teresella degli Spagnoli, el miserable barrio donde en otros tiempos estuvieron los cuarteles y las casas de lenocinio de los soldados españoles. Era un día de *sirocco* y las ropas, puestas a secar sobre las cuerdas tendidas de casa a casa, azotaban al aire como banderas; Nápoles no había arrojado sus banderas a los pies de vencedores y vencidos. Durante la noche, un incendio había destruido gran parte del magnífico palacio de los duques de Cellamare, en la Via Chiaia, a poca distancia de los Gradoni, y en el aire húmedo y cálido flotaba aún un olor seco de madera quemada, de humo frío. El cielo era gris, parecía un cielo de papel sucio, sembrado de manchas de moho.

En los días de *sirocco*, bajo aquel cielo enmohecido y tinoso, Nápoles adquiere un aspecto miserable y protervo a la vez. Las casas, las calles, la gente, ostentaban una insolencia envilecida y maligna. Allá abajo, en el mar, el cielo parecía la piel de una luciérnaga, manchado de verde y de blanco, empapado en esa humedad fría y opaca que tiene la piel de los reptiles. Nubes grises, orladas de verde, maculaban el azul sucio del horizonte, que las cálidas ráfagas del *sirocco* estriaban de amarillentas franjas oleosas. Y el mar tenía el color verde y pardo de la piel del sapo, y olor del mar era el olor acre y dulce que despide la piel del sapo. De la boca del Vesubio salía un denso humo amarillo que, rechazado por la baja bóveda del cielo nebuloso, se abría como la cabellera de un inmenso pino, salpicada de sombras negras, de verdes grietas. Y las viñas diseminadas sobre los purpúreos campos de lava fría, los pinos y los cipreses con sus raíces hundidas en los desiertos de cenizas, donde destacaban con opaca violencia los grises, los rosas y los azules de las casas encaramadas en los flancos del volcán, adquirían unas tonalidades tristes y muertas en aquel paisaje sumido en una penumbra verdosa hundida por resplandores amarillos y purpúreos.

Quando sopla *el sirocco* la piel humana trasuda, los pómulos relucen en el rostro por el que se extiende una capa sucia y blanda que produce una sombra alrededor de los ojos, los labios y las orejas. Incluso las voces tienen un timbre graso y pegajoso, y las palabras un sentido no habitual, un significado misterioso: parecen

casi palabras de una jerga prohibida. La gente camina en silencio, como presa de una secreta angustia, y los chiquillos pasan largas horas sentados en el suelo, sin hablar, mordisqueando una corteza de pan o una fruta negra de moscas, o contemplando el muro resquebrajado en el que están dibujados los inmóviles lagartos que el moho graba sobre el revoque antiguo. Sobre los antepechos de las ventanas arden y humean los claveles de los tiestos, y una voz de mujer brota de vez en cuando, cantando; el canto vuela lento de ventana en ventana, deteniéndose en el alféizar como un pájaro cansado.

El olor a humo frío del incendio del palacio de Cellamare vagaba por el aire denso y viscoso, y yo respiraba tristemente ese aire de ciudad invadida, saqueada, entregada a las llamas, el olor antiguo de aquella Ilión humeante de incendios y de hogueras fúnebres, postrada sobre la ribera del mar atestado de navíos enemigos, bajo un cielo salpicado de manchas de musgo, en el que las banderas de los pueblos vencedores que acudían de todos los puntos de la tierra al largo asedio, ondeaban bajo el graso viento fétido que soplabla ronco del fondo del horizonte.

Iba bajando hacia el mar por la Via Chiaia, en medio de las turbas de soldados aliados que se aglomeraban en las aceras, se empujaban, se golpeaban gritando en cien extrañas y desconocidas lenguas a lo largo del furioso río de automóviles que recorría tumultuoso la estrecha vía. Y yo me sentía maravillosamente ridículo con mi uniforme verde, agujeado por las balas de nuestros fusiles, arrancado al cadáver de un soldado inglés muerto en El Alamein o en Tobruk. Me sentía perdido en medio de aquella multitud hostil de soldados extranjeros, que me empujaban hacia delante a golpes, me apartaban a un lado con los codos y los hombros y daban media vuelta para mirar hacia atrás con desprecio los galones de oro de mi uniforme, diciéndome con voz rabiosa:

—*You bastard, you son of a bitch, you dirty italian officer.*

Y yo, caminando, pensaba:

«¿Quién sabe cómo se traduce al francés *you bastard, you son of a bitch, you dirty italian officer?* ¿Y cómo se traduce al ruso, al servio, al polaco, al danés, al holandés, al noruego, al árabe? ¿Quién sabe —iba pensando— como se traduce al brasileño? ¿Y en chino? ¿Y en hindú, en bantú, en malgache? ¿Quién sabe cómo se traduce en alemán?»

Y me reía pensando que aquel lenguaje de los vencedores se traducía seguramente muy bien incluso al alemán, porque la lengua alemana, al contrario de la italiana, era la lengua de un pueblo vencedor. Me reía pensando que en todas las lenguas de la Tierra, incluso el bantú y el chino, incluso el alemán, eran lenguas de pueblos vencedores y que solamente nosotros, los italianos, en la Via Chiaia de Nápoles y en todas las calles de todas las ciudades de Italia, hablábamos una lengua que no era la lengua de un pueblo vencedor. Y me sentía orgulloso de ser un pobre *italian bastard*, un pobre *son of a bitch*.

Buscaba con la mirada en torno a mí en la multitud a alguien que se sintiese como yo orgulloso de ser un pobre *italian bastard*, un pobre *son of a bitch*; me fijaba en el rostro de todos los napolitanos que pasaban, perdidos ellos también en la turbamulta de los vencedores, también rechazados de un lado a otro a empujones, a codazos en los flancos; pobres hombres pálidos y delgados, mujeres de rostro descarnado y blanco, ligeramente avivado por el carmín, chiquillos frágiles, de ojos enormes, ávidos y aterrorizados, y me sentía orgulloso de ser un *italian bastard*, un *son of a bitch*, como ellos.

Pero algo en sus rostros, en sus miradas, me humillaba. Había en ellos alguna cosa que me hería profundamente. Era un orgullo insolente, el orgullo vil, horrible orgullo del hambre, el orgullo protervo y a la vez humilde del hambre. No sufrían en el alma; sólo en la carne. No sufrían otra clase de pena que la de la carne. Y de repente me sentí solo, forastero en medio de aquella muchedumbre de vencedores y pobres napolitanos hambrientos. Me avergoncé de no tener hambre. Me sonrojé de no ser más que un *italian bastard*, un *son of a bitch*, y nada peor. Sentí vergüenza de no ser yo también un pobre napolitano hambriento; y, abriéndome paso a codazos, salí de la multitud y puse el pie en el primer peldaño de Fradoni di Chiaia.

La larga escalinata estaba atestada de mujeres sentadas una al lado de la otra como en las gradas de un anfiteatro, y parecía que estuviesen allí para gozar de algún maravilloso espectáculo. Se reían, hablaban en voz alta una con otra, comiendo fruta, fumando o chupando caramelos o masticando *chewing-gum*; algunas inclinadas hacia delante, con los codos sobre las rodillas; el rostro apoyado sobre las manos juntas; otras echadas hacia atrás, con los brazos apoyados sobre el peldaño superior; otras aun levemente inclinadas, y todas

gritaban y se llamaban por el nombre, cambiando voces y sonidos informes con la boca, más que palabras, con las compañeras sentadas más arriba o más abajo, o con el público de viejas asomadas a los balcones y ventanas de las casas que daban al callejón que, desmelenadas, asquerosas, con las desdentadas bocas abiertas en una risa obscena, agitaban los brazos haciendo muecas y vociferando insultos. Las mujeres sentadas sobre los peldaños se arreglaban unas a otras el pelo que llevaban todas recogido formando grandes castillos de cabello y estopa, reforzados con horquillas y peinetas de concha, engalanadas con guirnaldas de flores o de falsas trenzas, de la manera como van peinadas las Madonnas de cera en las hornacinas de las esquinas.

Aquella multitud de mujeres, sentadas en la escalinata como los ángeles en el sueño de Jacob, parecían reunidas para alguna fiesta, o para algún espectáculo del cual fuesen actrices y espectadoras a la vez. Por momentos alguna de ellas entonaba un canto, uno de esos cantos melódicos de la plebe napolitana, súbitamente intercalado de risas, de voces roncadas, de quejas guturales que parecían invocaciones de ayuda o gritos de dolor. Pero había una cierta dignidad en aquellas mujeres, en aquel estafalario accionar ahora obsceno, ahora cómico, ahora solemne, en aquella misma desordenada disposición escénica. Una cierta nobleza, no obstante, que aparecía en ciertos ademanes, en el modo de alzar los brazos para tocarse las sienes con la punta de los dedos, para arreglarse el cabello con las dos manos regordetas y ágiles, en la manera de volver la cara, de doblar la cabeza sobre el hombro, como si fuese para escuchar mejor las voces obscenas que caían de los balcones y ventanas, e incluso en su mismo modo de hablar, de sonreír. De repente, en cuanto puse el pie sobre el primer peldaño, todas enmudecieron y un extraño silencio se posó levemente, palpitando, como una inmensa mariposa policromada, sobre la escalinata atestada de mujeres.

Y yo continuaba subiendo por la angélica escala triunfal que trepaba directa al cielo, a aquel cielo purulento del cual el *sirocco* arrancaba jirones de piel verdosa y bramaba ronco sobre el mar.

CAPÍTULO TERCERO

Las «pelucas»

La primera vez que tuve miedo de haberme contagiado, de haber sido también yo atacado de la peste, fue cuando fui con Jimmy a casa del vendedor de «pelucas». Me sentí humillado del repugnante morbo precisamente en el punto en que un italiano es más sensible, en el sexo. Los órganos genitales han tenido siempre una gran importancia en la vida de los pueblos latinos, y especialmente en la vida del pueblo italiano, en la vida de Italia. La verdadera bandera italiana no es la tricolor, sino el sexo masculino. El patriotismo del pueblo italiano está todo allí, en el pubis. El honor, la moral, la religión católica, el culto de la familia, está todo allí, entre las piernas, allí, en el sexo; que en Italia es bellissimo, digno de nuestras antiguas y gloriosas tradiciones de civismo. Apenas franqué el umbral del almacén de «peluquería» sentí que la peste me humillaba en lo que, para todo italiano, es la sola, la verdadera Italia.

El vendedor de «pelucas» tenía su tugurio en un miserable y sórdido barrio de Nápoles.

—Estáis todos podridos en Europa — me decía Jimmy, mientras caminábamos por el laberinto de callejuelas que se desenvuelven como un ovillo de intestinos alrededor de la plaza Olivella.

—Europa es la patria del hombre —decía yo—; no hay en el mundo hombre más hombre que los que nacen en Europa.

—¿Hombres? ¿Os llamáis hombres vosotros? — decía Jimmy, riéndose y golpeándose el muslo.

—Sí, Jimmy, no hay hombres más nobles en el mundo que los que nacen en Europa.

—Un montón de bastardos corrompidos, eso es lo que sois —decía él.

—Somos un maravilloso pueblo de vencidos, Jimmy — decía yo.

—*A lot of dirty bastard* —decía Jimmy—. En el fondo estáis contentos de haber perdido la guerra, ¿no es verdad?

—Tienes razón, Jimmy, es una verdadera suerte para nosotros haber perdido la guerra. Lo único que nos fastidia un poco es que nos tocará gobernar el mundo. Son los vencidos los que gobiernan el mundo, Jimmy. Siempre ocurre así después de una guerra. Son siempre los vencidos quienes aportan la civilización al país de los vencedores.

—*What?* ¿Pretenderíais acaso llevar la civilización a América? —dijo Jimmy, maravillado y furioso.

—Así es, Jimmy. Incluso Atenas, cuando tuvo la suerte de ser vencida por los romanos, se vio obligada a llevar la civilización a Roma.

—*The hell with your Athens, the hell with your Rome!*— decía Jimmy, mirándome de través.

Jimmy caminaba por aquellas sucias callejuelas, por medio de aquella miserable plebe, con una elegancia y una desenvoltura propias solamente de los americanos. No hay en esta tierra nadie como los americanos capaz de moverse con tan libre y sonriente gracia en medio de la gente sucia hambrienta e infeliz. No es un signo de insensibilidad; es un signo de optimismo y a la vez de inocencia. Los americanos no son cínicos, son optimistas. Y el optimismo es, de por sí, un signo de inocencia. Quien no hace ni piensa mal es llevado, no ya a negar la existencia del mal, sino a negarse a creer en la fatalidad del mal, a negarse a admitir que el mal sea inevitable e incurable. Los americanos creen que la miseria, el dolor, todo puede combatirse, que se puede

curar de la miseria, del hambre, del dolor, que hay remedio para todos los males. No saben que el mal es incurable. No saben, pese a que sean, bajo muchos aspectos, la nación más cristiana del mundo, que sin el mal no puede existir Cristo. *No love no nothin'*. No hay mal, no hay Cristo. A menos cantidad de mal en el mundo, menos cantidad de Cristo en el mundo. los americanos son buenos. Frente a la miseria, al hambre y al dolor, su primer movimiento instintivo es ayudar a los que sufren miseria, hambre o dolor. No hay pueblo en el mundo que tenga tan fuerte, tan puro, tan sincero, el sentido de la solidaridad humana. Pero Cristo exige de los hombres la piedad, no la solidaridad. La solidaridad no es un sentimiento cristiano.

Jimmy Wren, de Cleveland, Ohio, teniente del *Signal Corps*, era, como la inmensa mayoría de los oficiales americanos, un buen muchacho. Cuando un americano es bueno, es el mejor hombre del mundo. No era culpa de Jimmy que el pueblo napolitano sufriese. Aquel terrible espectáculo de dolor y de miseria no ensuciaba ni sus ojos ni su corazón. Jimmy tenía la conciencia tranquila. Como todos los americanos, él era idealista. Al mal, a la miseria, al hambre, a los sufrimientos físicos, él les atribuía una naturaleza moral. No veía las remotas causas históricas y económicas, sino sólo las razones de apariencia moral. ¿Qué hubiera podido hacer para aliviar los atroces sufrimientos físicos del pueblo napolitano, de los pueblos europeos? Todo lo que Jimmy podía hacer era tomar para sí una parte de la responsabilidad moral de aquellos sufrimientos; no como americano, sino como cristiano. Acaso sería mejor decir no solamente como cristiano, sino también como americano. Y ésta es la verdadera razón por la cual yo amo a los americanos, estoy profundamente agradecido a los americanos, y los considero el más generoso, el más puro, el mejor y el más desinteresado pueblo de la Tierra; un pueblo maravilloso.

Jimmy no conseguía ciertamente, comprender las profundas razones morales y religiosas que lo inducían a sentirse, en parte, responsable de los sufrimientos de los demás. Acaso no tuviese siquiera conciencia de que el sacrificio de Cristo alcanza también la responsabilidad de todos los hombres, de cada uno de nosotros, en los sufrimientos de la Humanidad; que ser cristiano obliga a cada uno de nosotros a sentirse un Cristo de todos nuestros semejantes. ¿Por qué hubiera debido saber todas estas cosas? *Sa chair n'était pas triste, hélas! et il n'avait pas lu tous les livres*. Jimmy era un muchacho honrado, de media consideración social, de media cultura. En la vida civil era empleado de una compañía de seguros. Su cultura era de un nivel muy por debajo de la de cualquier europeo de su categoría. No se podía ciertamente pretender que un empleado americano desembarcado en Italia para combatir contra los italianos y hacerles pagar sus pecados y sus delitos, se hiciese el Cristo del pueblo italiano. No se podía siquiera pretender que conociese algunas cosas esenciales de la civilización moderna; que la sociedad capitalista, por ejemplo (si no se tiene en cuenta la piedad cristiana, ni el cansancio y la desazón de la piedad cristiana, que son sentimientos propios del mundo moderno), es la forma más posible del cristianismo. Que sin la existencia del mal no se puede gozar enteramente de los propios bienes y de la propia felicidad. Que el capitalismo, sin la coartada del cristianismo, no podría subsistir.

Pero a cualquier europeo de su misma condición, e incluso, aun de mi condición, Jimmy le era superior en esto: que respetaba la dignidad y la libertad del hombre, que no hacía ni pensaba el mal, y que se sentía moralmente responsable de los sufrimientos de los demás.

El sonreía y yo me sentía frío y grave.

Soplaba del mar el fresco viento gregal y un olor fresco de sal cortaba el aire fétido de las callejuelas. Me parecía oír correr por encima de las azoteas y las terrazas el temblor de las hojas, el largo relincho de los potros, las inefables, risas de las muchachas, los mil sonidos jóvenes y felices que corren sobre la cresta de las olas cuando sopla el gregal. El viento empuja las ropas puestas a secar en las cuerdas que iban de un balcón a otro como si fuesen velas. Se levantaba por doquier un estrépito de alas de paloma, o el canto de una codorniz por entre el trigo.

Sentada en el umbral de su tugurio, la gente nos miraba en silencio siguiéndonos a lo lejos con los ojos; había chiquillos medio desnudos, había viejos blancos como setas de cultivo, había mujeres de barriga hinchada, de rostro desencajado de color de ceniza, muchachas pálidas y descarnadas de seno mustio, de flancos escuchimizados. Todo en torno a mí era un centelleo de ojos en la penumbra verde, un reír silencioso, un brillo de dientes, un accionar calado; unos ademanes que hendían aquella luz de agua sucia, esa luz espectral de acuario que es la luz de las callejuelas de Nápoles a la hora del crepúsculo. La gente nos miraba en silencio, abriendo y cerrando la boca como hacen los peces.

Grupos de hombres vestidos con andrajoso uniformes militares, dormían tendidos sobre el suelo al lado de la puerta de sus tugurios. Eran soldados italianos, la mayor parte sardos o lombardos, casi todos aviadores del próximo aeródromo de Capodichino, que después de la derrota del ejército habían buscado refugio en los tugurios de Nápoles para no caer en manos de los alemanes o de los aliados, y allí vivían de la generosidad de aquel pueblo, tan pobre como generoso. Perros vagabundos, atraídos por el olor acre del sueño, de cabellos sucios y de sudores ácidos, andaban husmeando a los durmientes, royendo los zapatos destrozados, los uniformes en andrajos, lamiendo sus sombras echados contra el muro de los cuerpos encogidos por el sueño.

No se oía una voz, ni siquiera el llanto de un chiquillo. Un extraño silencio pesaba sobre la ciudad hambrienta, empapada en el acre sudor del hambre, parecido a ese maravilloso silencio que se esparce por la poesía griega cuando la luna se levanta lentamente sobre el mar. Y ya del remoto cinturón del horizonte se levanta pálida y transparente la luna, igual a una rosa, y el cielo embalsamaba como un jardín. Del umbral de los tugurios la gente levantaba la vista para contemplar la luna que se alzaba sobre el mar. Aquella rosa recamada en el manto de seda azul del cielo. En un borde del manto, a la izquierda, un poco bajo, había recamado un Vesubio en amarillo y rojo, y en lo alto un poco a la derecha, sobre la sombra vaga de la isla de Capri, se veían recamadas también en oro las palabras de la plegaria, *Ave María maris stella*. Cuando el cielo parece el manto de seda azul, como un cubrecama, recamado como el manto de la Madonna, todo napolitano es feliz; ¡sería tan bello morir en una noche tan serena...!

De repente, al doblar una esquina, vimos llegar y detenerse un carro negro, tirado por dos caballos cubiertos de gualdrapas de plata y empenachados como los corceles de los paladines de Francia. Dos hombres estaban sentados en el pescante; el que guiaba hizo restallar la fusta, el otro se puso de pie, sopló en una trompeta curvada que lanzó un lamento agudo y áspero y con voz ronca gritó: «Poggioreale! Poggioreale!», que es el nombre del cementerio y a la vez de las prisiones de Nápoles. Había estado varias veces preso en la

prisión de Poggioreale y aquel nombre me heló la sangre. El hombre repitió el grito varias veces hasta que, primero un vago ruido, y después, poco a poco, un estrépito, un clamor, se levantaron de la callejuela y un llanto altísimo se difundió de tugurio en tugurio.

Era la hora de los muertos, la hora en la cual los carros de la Limpieza Pública, los pocos carros salvados de los continuos, de los terribles bombardeos de aquel año, andaban de callejuela en callejuela, de tugurio en tugurio, recogiendo los muertos, de la misma manera como antes de la guerra iban a recoger las inmundicias. La miseria de los tiempos, el desorden público, la gran mortalidad, la avidez de los espectadores, la incuria de la autoridad y la corrupción universal eran tales, que enterrar cristianamente a un muerto había llegado a ser una cosa casi imposible, sólo asequible a poquísimos privilegiados. Llevar un muerto a Poggioreale en un carrito tirado por un borrico costaba diez mil, quinientas mil liras. Y como se estaba todavía en los primeros meses de la liberación aliada y el pueblo no había tenido tiempo todavía de cosechar un poco de dinero con el ilícito tráfico del mercado negro, la plebe no podía permitirse el lujo de dar a sus muertos aquella cristiana sepultura de que, aunque pobres, eran dignos. Cinco, diez, hasta quince días permanecían los muertos en las casas esperando el carro de las inmundicias; lentamente se descomponían en los lechos, bajo la cálida y humeante luz de los cirios, escuchando las voces de los familiares, el borbollar de la cafetera y de la olla de habichuelas sobre el fogón de carbón encendido en medio de la estancia, los gritos de los chiquillos que se revolcaban desnudos por el suelo y el gemido de los viejos acurrucados sobre los orinales, en el olor cálido y viscoso de los excrementos, parecido al que despiden los muertos ya putrefactos.

Al grito del «monatto», al son de la trompa, se levantó del callejón un murmullo, un gritar frenético, un ronco himno de llantos y plegarias. Un grupo de hombres y mujeres salió de un cubil llevando sobre los hombros una caja tosca (había escasez de madera y los ataúdes estaban hechos de viejas tablas sin cepillar, de puertas de armario, de postigos carcomidos) y corrían, llorando y gritando en voz alta, como si algún grave e inminente peligro les amenazase, se abrazaban a la caja con celosa furia, como temiendo que alguien viniese a disputarles el cadáver, a arrebatárselo de sus brazos, de su afecto. Y aquellas carreras aquel griterío, aquel celoso temor, aquel volverse para mirar hacia atrás con recelo, como alguien perseguido, daban al extraño entierro el oscuro sentido de un hurto, la sensación de un rapto, un color de cosa prohibida.

Por una de las callejuelas, llevando en brazos un chiquillo muerto envuelto en un sudario, venía casi corriendo un hombre barbudo seguido y apretado por una bandada de mujeres que, arrancándose los cabellos, golpeándose con fuerza el pecho, el vientre, los muslos, elevaban un ronco y desgarrador lamento; un lamento que más que humano parecía bestial, un aullido de bestia herida. La gente se asomaba a los umbrales, gritando y agitando los brazos, y al través de las puertas abiertas se veían incorporarse sobre el lecho o yacer con el rostro hacia la puerta chiquillos atemorizados, mujeres desmelenadas y flacas, o parejas lúbricamente enlazadas aún, y todos seguían con los ojos abiertos el estrépito del entierro que pasaba por la calle. En torno al carro, lleno ya, se encendía entretanto la contienda entre los últimos llegados que se peleaban para conquistar un poco de sitio para su muerto. Y aquella pelea en torno al carro levantaba un rumor de motín en los miserables callejones de Forcella.

No era la primera vez que asistía a una pendencia en torno a un cadáver. Durante el terrible bombardeo de Nápoles del 28 de abril de 1943, me había refugiado en la inmensa gruta que se abre en los flancos del Monte Echia, detrás del antiguo Albergo di Russia en la Via Santa Lucia. Una inmensa muchedumbre se refugiaba gritando en la gruta. Me encontraba al lado del viejo Marino Canale que desde hacía cuarenta años mandaba el barquichuelo que hacía la travesía entre Nápoles y Capri, y del capitán Cannavale, también de Capri, que desde hacía tres años hacía la travesía entre Nápoles y Libia en los transportes militares. Cannavale había regresado aquella mañana de Tobruk y ahora se iba a su casa con licencia. A mí me daba miedo aquella terrible muchedumbre napolitana.

—Salgamos de aquí, se está más seguro al aire libre, bajo las bombas, que aquí dentro, en medio de toda esta gente —les dije a Canale y a Cannavale.

—¿Por qué? Los napolitanos son buena gente — dijo Cannavale.

—No digo que sean malos; pero, cuando tienen miedo, cualquier muchedumbre es terrible. Nos aplastarán —respondí.

Cannavale me miró de un modo extraño.

—Me han hundido seis veces y no he muerto en el mar. ¿Por qué tendría que morir aquí? — dijo.

—¡Nápoles es peor que el mar! —respondí, y salí, arrastrando por el brazo a Marino Canale que iba gritándome al oído:

— ¡Está usted locol ¡Quiere hacerme morir!

La calle desnuda, desierta, inmóvil, estaba sumergida en aquella misma luz lívida y helada que iluminaba al sesgo algunos fotogramas de las películas documentales. El azul del cielo, el verde de los árboles, el turquesa del mar, el amarillo, el ocre, el rosa de las fachadas de las casas estaban apagados; todo era blanco y negro, anegado en un polvo gris, parecido a la ceniza que cae lentamente sobre Nápoles durante las erupciones del Vesubio. El sol era una mancha sobre una inmensa tela de color gris sucio. Algunos centenares de *Liberators* pasaban altísimos sobre nuestras cabezas; las bombas caían acá y allá sobre la ciudad con un ruido sordo, las casas se derrumbaban con un fragor horrendo. Echamos a correr por medio de la calle hacia el Chiatamone, cuando cayeron dos bombas, una después de otra, detrás de nosotros, justamente a la entrada de la gruta de donde acabábamos de salir momentos antes; la fuerza expansiva de la explosión nos derribó en tierra. Me volví sobre la espalda siguiendo con la vista a los *Liberators* que se alejaban hacia Capri. Miré el reloj; eran las doce y cuarto. La ciudad era como una boñiga de vaca aplastada por el pie de un transeúnte.

Nos sentamos en el bordillo de la acera y permanecimos silenciosos durante unos instantes. Se oía un grito terrible salir de la gruta, pero sordo, lejano.

—Pobre hombre —dijo Marino Canale—; volvía a casa con licencia. Cien veces en tres años ha atravesado el mar y ha muerto ahogado bajo la tierra.

Nos levantamos, acercándonos a la boca de la caverna. La bóveda de la gruta se había hundido, un aullido confuso salía de bajo tierra.

—Allá dentro se matan —dijo Marino Canale.

Nos tendimos en el suelo, acercando el oído a las ruinas. No gritos de ayuda, sino el clamor de una feroz batalla salía de aquel inmenso sepulcro.

— ¡Se matan, se matan! —gritaba Marino Canale, y lloraba, golpeando con el puño el montón de tierra y escombros. Yo me senté en el bordillo de la acera y encendí un cigarrillo. No había otra cosa que hacer.

Entretanto, por la callejuela del Pallonetto llegaban grupos de gente aterrorizada que se arrojaban sobre los escombros excavando con las uñas. Parecían una manada de perros que buscasen un hueso. Finalmente llegaron los socorros. Una compañía de soldados sin herramientas, pero, en cambio, armados con fusiles y ametralladoras. Los soldados estaban muertos de fatiga; se arrojaron al suelo blasfemando y se quedaron dormidos.

—¿Qué han venido ustedes a hacer? —pregunté al oficial que mandaba la compañía.

—Estamos en servicio de orden público.

—Ah, bien. Supongo que cuando hayáis sacado de aquí a estos imbéciles que se han dejado enterrar ahí dentro los fusilaréis a todos.

—Tenemos orden de mantener alejada la muchedumbre — respondió el oficial, mirándome fijamente.

—No; tenéis orden de fusilar a los muertos en cuanto los hayáis sacado de la tumba.

—¿Qué quiere usted de mí? —dijo el oficial, llevándose la mano a la frente—. Hace tres días que mis soldados no duermen y dos que no comen.

Hacia las cinco llegó un auto ambulancia de la Cruz Roja con algunos enfermeros y una compañía de zapadores con palas y picos. Hacia las siete aparecieron los primeros cadáveres. Estaban hinchados, amoratados, irreconocibles. Todos mostraban extrañas heridas; tenían el rostro, las manos, el pecho llenos de mordiscos y arañazos muchos mostraban heridas de cuchillo. Un comisario de policía, seguido de algunos agentes, se acercó a los muertos y comenzó a contarlos en voz alta: «Treinta y siete... cincuenta y dos... sesenta y uno...» mientras los agentes registraban los bolsillos de los cadáveres en busca de documentos. Creía que querían detenerlos. No me hubiera ciertamente extrañado que los detuviesen. Su tono era el de un comisario de policía que se enfrenta con un malhechor para ajustarle las esposas. Gritaba: «¡Documentos!, ¡documentos!» Yo pensaba en el mal rato que hubieran pasado aquellos pobres si no hubiesen tenido sus papeles en regla.

A medianoche habían desenterrado más de cuatrocientos cadáveres y un centenar de heridos, Sobre la una llegaron algunos soldados con reflectores. Un haz de luz blanca, cegadora, iluminó el fondo de la caverna. En

un momento dado me dirigí a un hombre que parecía dirigir los trabajos de socorro.

—¿Por qué no manda usted venir otra ambulancia? Una sola no sirve de nada —le dije.

Era un ingeniero del Ayuntamiento, una buena persona.

—En todo Nápoles no han quedado más que doce ambulancias. Las demás han sido mandadas a Roma, donde no las necesitan para nada. ¡Pobre Nápoles! Dos bombardeos diarios y una ambulancia. Hoy hay millares de muertos y los más castigados son, como siempre, los barrios bajos. Y con doce ambulancias, ¿qué quiere usted que haga? Necesitaría mil.

—Requise algunos millares de bicicletas —le dije yo—. Los heridos podrían ir al hospital en bicicleta, ¿no cree usted?

—Ya, pero, ¿y los muertos? —dijo el ingeniero.

—Los muertos pueden ir a pie —dije—, y si no tienen ganas de andar se les da una patada en las posaderas. ¿No le parece?

El ingeniero me miró extrañamente y dijo:

—Usted quiere bromear, yo no. Pero acabará como usted dice. Mandaremos a los muertos al cementerio dándoles patadas en el culo.

—Se lo merecen. Ya nos están fastidiando los muertos. ¡Siempre los muertos, los muertos, los muertos! Por todas partes muertos. Hace tres años que por las calles de Nápoles no se ven más que muertos. ¡Y el aire que se dan! ¡Como si no hubiese nada más que ellos en el mundo! ¡Que acaben de una vez! Si no, ¡al cementerio a patadas en el culo, y a callar!

— ¡Eso mismo! ¡A callar! —dijo el ingeniero mirándome de un modo extraño.

Encendimos un cigarrillo y empezamos a fumar observando los cadáveres alineados sobre la acera bajo la luz cegadora del reflector. De repente oímos un clamor terrible. La muchedumbre había asaltado la ambulancia arrojando piedras contra las enfermeras y soldados.

—Acaba siempre así — dijo el ingeniero —. La gente pretende que los muertos sean llevados al hospital. Creen que los médicos podrán resucitar los cadáveres con alguna inyección o la respiración artificial. Pero los muertos, muertos están. ¡Más muertos que eso...! ¿No ve a qué están reducidos? Tienen la cabeza aplastada, el cerebro fuera del cráneo saliéndole por los oídos; los intestinos en los calzones. Pero el pueblo es así; quiere que sus muertos sean llevados al hospital, no al cementerio. El dolor enloquece a la gente.

Me di cuenta de que hablaba y lloraba. Lloraba como si no fuese él, sino alguien que estuviese a su lado. Parecía que no se diese cuenta de que lloraba, y estuviese seguro de que alguien, a su lado, era quien lloraba por él.

Yo le dije:

—¿Por qué llora usted? Es inútil.

—Es mi única diversión, llorar.

—¿Diversión? Querrá usted decir consuelo.

—No, no, quiero decir diversión. También nosotros tenemos derecho a divertirnos de vez en cuando —dijo el ingeniero, echándose a reír—. ¿Por qué no prueba?

—No puedo. Cuando veo ciertas cosas me vienen ganas de vomitar. Mi diversión es el vómito.

—Es usted más afortunado que yo —dijo el ingeniero—. El vómito aligera el estómago; el llanto, no. ¡Si yo pudiese vomitar!

Y se alejó abriéndose paso con los codos entre la muchedumbre que aullaba y gritaba amenazadora.

Entretanto iba llegando gente de los más alejados barrios, de Forcella, del Vomero, de Mergellina, reclamadas por la feroz fama del inmenso sepulcro de Santa Lucia, bandadas de mujeres arrastrando carretones de toda especie, incluso carretillas de mano. Y sobre aquellas carretillas amontonaban, mezclados, los muertos y los heridos. El cortejo de carretillas avanzó por fin y yo eché a andar tras él.

Entre aquellos desgraciados estaba también el infeliz Cannavale y me dolía dejarlo entre aquel montón de muertos y heridos. Era un buen hombre, había sentido siempre mucha simpatía por mí y era de los pocos que acudieron a mi encuentro a estrecharme la mano públicamente cuando regresé de la isla de Lípári. Pero ahora estaba muerto y, ¿es acaso posible saber lo que piensa un muerto? Acaso me hubiese guardado rencor durante toda la eternidad si lo hubiese dejado solo, si no lo hubiese acompañado al hospital ahora que estaba muerto.

Todo el mundo sabe lo egoísta que es la raza de los muertos. No hay más que ellos en el mundo, los demás no cuentan. Son celosos, están llenos de envidia y lo perdonan todo menos que se esté vivo. Querrían que todos fuésemos como ellos, llenos de gusanos y con los ojos vacíos. Son ciegos y no nos ven; si no fuesen ciegos verían que también nosotros estamos llenos de gusanos. ¡Ah, malditos! Nos tratan como esclavos, querrían que estuviésemos allí, a sus órdenes, siempre dispuestos a satisfacer sus caprichos, a inclinarnos, a quitarnos el sombrero, decirles «su humilde servidor...». Intentad decirle que no a un muerto, que no tenéis tiempo que perder con él, que tenéis otras cosas que hacer, que los vivos tienen sus quehaceres que solventar, que tienen deberes que cumplir acerca de los vivos también, y no solamente acerca de los muertos; intentad decirles que el muerto al hoyo y el vivo al bollo; intentad decirle esto a un muerto y veréis qué ocurre. Se volverá contra vosotros como un perro rabioso y tratará de morderos, de destrozarnos la cara con las uñas. La policía tendría que esposar a los muertos en lugar de obstinarse en esposar a los vivos. Debería encerrarlos bien esposados en los ataúdes y hacer seguir el entierro con un buen vergajo en la mano para proteger a la gente decente de la rabia de aquellos malditos; porque los muertos tienen una fuerza terrible; serían capaces de romper las esposas, destrozarse el ataúd, salir de él y empezar a morder y arañar la cara a todos, parientes y amigos. Deberían enterrarlos bien esposados, cavar profundísimas tumbas; llenar las fosas de gruesas piedras, meter el ataúd bien clavado y apretar bien la tierra sobre el túmulo para que esos malditos no salgan a morder a la gente. ¡Ah, dormir en paz, malditos! ¡Dormid en paz, si podéis, y dejad tranquilos a los vivos! Dormid, dormid en paz y dejadlos tranquilos...

En esto pensaba mientras iba siguiendo el cortejo de carretones por Santa Lucia, San Ferdinando, Toledo y Piazza de la Carita, muchedumbre andrajosa y agotada seguía el cortejo llorando y lanzando imprecaciones; y las mujeres se arrancaban el cabello, se laceraban el rostro con las uñas y, desnudando su pecho, alzaban los ojos al cielo aullando como perras. Aquellas a quienes el gran rumor arrancaba de improviso al sueño se asomaban a las ventanas agitando los brazos y gritando, y por todas partes había llanto, maldiciones, invocaciones a la Virgen y a san Jenaro. Todo el mundo lloraba, porque un duelo, en Nápoles, no es un duelo de uno solo, ni de pocos ni de muchos, sino de todos, y el dolor de cada uno es el dolor de toda la ciudad, el hambre de uno es el hambre de todos. En Nápoles no hay dolor privado ni miseria privada; todos sufren y lloran unos por los otros y no hay angustia, no hay hambre, no hay cólera ni estrago que este pueblo bueno, infeliz y generoso no considere un tesoro común, un común patrimonio de lágrimas. *Tears are the chewing-gum of Naples*, «las lágrimas son el *chewing-gum* del pueblo napolitano», me había dicho un día Jimmy. Y Jimmy no sabía que si las lágrimas fuesen no solamente el *chewing-gum* del pueblo napolitano sino del americano, América sería verdaderamente un país grande y feliz, un gran país humano.

Cuando el fúnebre cortejo llegó finalmente al Hospital dei Pellegrini, los muertos y los heridos fueron descargados en montón en el patio, ya atestado de gente llorando (los parientes y los amigos de los muertos y los heridos de los demás barrios de la ciudad), y, del patio, transportados a brazos al depósito.

Era ya el alba y una leve coloración verde nacía en los rostros, sobre el estucado de los muros, sobre el cielo frío, lacerado aquí y allá por el viento acerbo de la mañana, y por los desgarrones aparecía un algo rosado parecido a la carne nueva en el fondo de las heridas. La sangre permanecía en el patio, esperando, orando en alta voz e interrumpiendo de vez en cuando la plegaria para dar rienda suelta a las lágrimas.

Sobre las diez de la mañana se produjo el alboroto. Cansada de tan larga espera, impaciente por tener noticias de los suyos y saber si estaban realmente muertos o había esperanza de salvación, sospechando ser traicionada por los médicos y las enfermeras, la muchedumbre comenzó a gritar, a lanzar imprecaciones, a arrojar piedras contra los cristales de las ventanas; y con la violencia de su propio peso atacó las puertas. Apenas las pesadas puertas cedieron, aquel clamor altísimo y feroz cesó; y en silencio, como una manada de lobos, corriendo con la cabeza baja por los vericuetos de aquel edificio, sucio y fétido por obra del tiempo y del abandono, la multitud invadió el hospital.

Pero al alcanzar el umbral de un claustro, del cual partía una hilera de corredores oscuros, lanzó un grito terrible y se detuvo, petrificada de horror. Arrojados sobre el pavimento, hacinados sobre montones de inmundicias, de ropas ensangrentadas de paja podrida, yacían centenares y centenares de cadáveres desfigurados, con las cabezas enormemente hinchadas por la asfixia, verdes, azulados, amarillentos, con los rostros lacerados, los miembros mutilados y desarticulados por la violencia de la explosión. En un rincón del

claustro se alzaba una pirámide de cabezas con los ojos arrancados, las bocas destrozadas. Y entonces, con fuertes gritos y furiosos llantos y feroces gemidos, la muchedumbre se arrojó sobre aquellos muertos llamándolos por sus nombres con terribles voces, disputándose uno a otro aquel tronco sin cabeza, aquellos miembros desprendidos, aquellas cabezas arrancadas al busto, aquellos míseros restos que la piedad y el afecto se ilusionaban en reconocer.

Jamás el hombre vio una lucha más feroz, más lamentable. Cada fragmento de cadáver era disputado por diez, veinte de aquellos exaltados, enloquecidos por el dolor, y más aún por el temor de ver a su muerto llevado por otra persona, verse robado por un rival. Y lo que no había podido el bombardeo lo consiguió aquel macabro furo aquella alocada piedad. Porque descuartizado lacerados, hechos pedazos por cien ávidas manos cada cadáver fue presa de diez, de veinte forajidos que, seguidos de la multitud aullante, huían estrechando contra su pecho los míseros restos que habían conseguido arrancar a la ferocidad de los demás. La furibunda turbamulta, saliendo de los claustros y los corredores del Hospital dei Pellegrini, se dispersó por las calles y los callejones hasta que se perdió en el fondo de los tugurios donde la piedad y el afecto pudieron por fin saciarse de lágrimas y de ritos fúnebres en torno a aquellos mutilados cadáveres.

El entierro había desaparecido ya en el oscuro dédalo de los callejones de Forcella, y el lamento de los familiares que seguían el lúgubre carro iba apagándose en lontananza. Soldados negros se deslizaban junto a los muros o se detenían en el umbral de los *bassi*, comparando el precio de una muchacha con el de un paquete de cigarrillos o una lata de carne. De todas partes aparecían en las sombras susurros de voces roncas y suspiros o un cauto rumor de pasos. La luna encendía de reflejos plateados el borde de los tejados, demasiado baja todavía para iluminar el fondo de los callejones.

Jimmy y yo caminábamos en silencio por aquella densa y fétida sombra, hasta que llegamos a una puerta entornada. Empujamos la puerta y nos detuvimos en el umbral.

El interior del tugurio estaba iluminado por la luz blanca y cegadora de una lámpara de acetileno puesta sobre el mármol de una cómoda. Dos muchachas vestidas con trajes de seda muy brillante, de colores llamativos, estaban de pie al lado de la mesa que había en medio de la estancia. Sobre la mesa había un montón de «pelucas», o cuando menos lo parecían a primera vista, de todas clases y medidas. Eran mechones de pelo negro y rubio peinados con esmero, no sé si de estopa, de seda o de verdadero cabello de mujer, reunidos alrededor de una especie de gran ojal de raso rojo. Algunas de aquellas «pelucas» eran de un rubio oro, otras de un rubio pálido, algunas de color de orín, otras de ese rojo llamado tizianesco; una era crespa, otra ondulada, otra aún rizada como la cabellera de una chiquilla.

Las muchachas discutían vivamente, con agudos gritos, acariciando aquellas extrañas «pelucas» pasándoselas de una mano a otra y arrojándoselas bromeando a la cara, como si manejaran un matamoscas o una cola de caballo.

Las dos muchachas eran bonitas, y su rostro oscuro, oculto bajo una espesa capa de polvos blanquísimos y afeites, se destacaba sobre el cuello como una máscara de yeso. Tenían el cabello encrespado y reluciente, de un color amarillento que revelaba el uso del agua oxigenada, pero la raíz del cabello que se entreveía a través del falso oro era negra. También las cejas eran negras, y negro igualmente el vello esparcido por la cara que, lleno de polvos, se oscurecía sobre el labio superior y a lo largo del maxilar hasta las orejas donde, tomando improvisadamente el color de la estopa, se confundían con la cabellera de oro falso. Tenían unos ojos vivos y negrísimos y los labios, naturalmente, de color de coral, a los cuales el carmín quitaba aquel resplandor rojo de la sangre haciéndolos opacos. Se reían, y a nuestra aparición se volvieron, bajando la voz casi avergonzadas; y, súbitamente, dejando caer aquellas «pelucas», adoptaron una fingida indiferencia, alisándose con la palma de la mano los pliegues del vestido y componiéndose con púdicos ademanes el cabello.

Un hombre estaba de pie detrás de la mesa; apenas nos vio entrar se inclinó hacia delante apoyando las dos manos sobre la mesa, descansando sobre ella todo su peso como si escudara a su mercancía. Y, entretanto, hizo un signo con las cejas a una mujer gorda y despeinada que estaba sentada en una silla delante de un hornillo encendido, sobre el cual roncaba una cafetera. La mujer, levantándose sin prisa, puso el montón de «pelucas» en el hueco de su falda y rápidamente las encerró en la cómoda.

—*Do you want me?* — preguntó el hombre, volviéndose hacia Jimmy.

—No —dijo Jimmy—. *I want one of those strange things.*

—*That's for women* —dijo el hombre— es artículo de mujer, sólo para mujeres, *only for women. Not for gentlemen.*

—*Not for what?* — dijo Jimmy.

—*Not for you. You american officers. Not for american officers.*

—*Get out those things*— dijo Jimmy.

El hombre lo miró fijo un instante, pasándose la mano por la boca. Era un hombre pequeño, delgado, enteramente vestido de negro, con unos ojos oscuros y firmes en medio de su rostro de color ceniza. Lentamente dijo:

—Yo soy un hombre honrado. *What do you want of me?* ¿Qué quieren ustedes de mí?

—*Those strange things* —dijo Jimmy.

—*Sti fetiente* —dijo el hombre sin parpadear, casi hablando para sí mismo—, *sti fetiente!* — Y sonriendo añadió—: *Well. I'll show you. I like americans. Tutti fetiente. I'll show you.*

Hasta aquel momento yo no había dicho una palabra.

—¿Cómo está tu hermana? —le pregunté de repente en italiano.

El hombre me, miró, reconoció mi uniforme y sonrió. Parecía contento y tranquilizado.

—Está bien, gracias a Dios, señor capitán — respondió, sonriendo con aire entendido —; usted no es americano, sino un hombre como yo, y me comprende. *Ma sti fetientel*

E hizo un signo con la cabeza a la mujer que había permanecido de pie delante de la cómoda en actitud de defensa.

La mujer abrió la cómoda, sacó de ella las «pelucas» y las puso cuidadosamente sobre la mesa. Tenía una mano gorda, teñida hasta la muñeca de un amarillo vivo, color de azafrán.

Jimmy cogió una de aquellas *strange things* y la observó atentamente.

—¿Para qué sirven? —dijo Jimmy.

—Son para vuestros negros — dijo el hombre—; a vuestros negros les gustan las rubias, y las napolitanas son morenas.

La muchacha se reía, diciendo:

—*For negros, for american negros.*

—*For what?* — dijo Jimmy, abriendo desmesuradamente los ojos.

—También las mujeres han perdido la guerra — dijo el hombre con una sonrisa extraña, pasándose la mano por la boca.

—No —dijo Jimmy, mirándolo fijamente—; sólo los hombres han perdido la guerra. *Only men.*

—*Women too* —dijo el hombre, entornando los ojos.

—No, sólo los hombres — dijo Jimmy con voz dura.

De repente, la muchacha, mirando a Jimmy a la cara con una expresión triste y malvada, gritó:

— ¡Viva Italia! ¡Viva América! —y estalló en una risa convulsiva que le torcía de un modo brutal la boca.

—*Let's go, Jimmy* —le dije yo.

—*That's righth* —dijo Jimmy. Se metió en el bolsillo la «peluca», arrojó sobre la mesa un billete de mil liras y, tocándose el codo, dijo —: *Let's go.*

En el fondo de la callejuela encontramos una patrulla de M. P. armada con sus bastones. Caminaban en silencio; se dirigían sin duda a dar una batida por el corazón del barrio de Forcella, dentro del mercado negro. Y de terrado en terrado, de ventana en ventana, volaba sobre nuestras cabezas el grito de alarma que de callejón en callejón anunciaba al ejército del mercado negro la aproximación de los M. P. *Mamma e Papa! Mamma e Papa!* Ante aquel grito nacía un rumor en el fondo de los tugurios, ruido de pasos, abrir y cerrar de puertas y chirriar de ventanas.

—*Mamma e Papa! Mamma e Papa!*

El grito volaba alegre y ligero bajo el resplandor argentino de la luna, y el *Mamma e Papa!* se deslizaba en silencio a lo largo de los muros, haciendo oscilar en las manos los bastoncitos blancos.

En el umbral del «Hotel du Parc», donde estaba el refectorio de los oficiales americanos de la P. B. S., yo le dije a Jimmy: «¡Viva Italia! ¡Viva América!»

—*Shut up!* —dijo Jimmy, escupiendo rabiosamente en el suelo.

Cuando me vio entrar en el refectorio, el coronel Jack Hamilton me hizo seña de que fuese a sentarme junto a él, en la gran mesa de los *senior officers*. El coronel Brand levantó la vista del plato para responder a mi saludo y me sonrió gentilmente. Tenía un buen rostro sonrosado de cabellos blancos; y sus ojos azules, su sonrisa tímida, aquella manera suya de mirar en torno suyo sonriendo daban a su rostro sereno un aire ingenuo y bondadoso, casi pueril.

—Hace una luna maravillosa esta noche —dijo el coronel Brand.

—Verdaderamente maravillosa —dije yo sonriendo de placer.

El coronel Brand creía que a los italianos les causaba un gran placer oír a un extranjero que dijese: «Esta noche la luna es maravillosa», porque se imaginaba que los italianos aman la luna como si fuese un fragmento de Italia. No era un hombre muy inteligente ni culto, pero tenía una extraordinaria gentileza de ánimo y yo le estaba agradecido por la manera afectuosa como había dicho «la luna es maravillosa esta noche», por que me daba cuenta de que con estas palabras había querido expresarme su simpatía por las desventuras, sufrimientos y humillaciones del pueblo italiano. Habría querido decirle «gracias», pero temía que no comprendiese por qué se las daba. Habría querido estrecharle la mano a través de la mesa y decirle: «Sí, la verdadera patria de los italianos es la luna, la única patria, ya.» Pero temía que los demás oficiales sentados en torno a nuestra mesa, fuera de Jack, no comprendiesen el sentido de mis palabras. Eran buenos muchachos, honrados, sencillos, puros, como sólo saben serlo los americanos; pero estaban persuadidos de que yo, como todos los europeos, tenía la mala costumbre de dar un doble sentido a todas mis palabras y temía que buscasen en mis palabras un significado distinto de aquel que tenían.

—Verdaderamente maravillosa —repetí.

—Su casa de Capri debe de ser un encanto, con esta luna — dijo el coronel Brand, ruborizándose ligeramente, y todos los demás oficiales me miraron sonriendo con simpatía. Todos conocían mi casa de Capri. Cada vez que bajaban de los tristes montes de Cassino los invitaba a mi casa y, con ellos, a algunos de nuestros compañeros franceses, ingleses, polacos; el general Guillaume, el mayor André Lichwitz, el comandante Pierre Lyautey, el comandante Marchetti, el coronel Gibson, el coronel príncipe Lubomirski, ayudante de campo del general Anders, el coronel Michailowski, que había sido oficial de ordenanza del mariscal Pilsudski y era ahora oficial del ejército americano, y pasábamos dos o tres días sentados sobre los escollos, pescando o bebiendo en el vestíbulo al lado del fuego o tendidos en la terraza contemplando el cielo azul.

—¿Dónde has estado hoy? Te he buscado toda barde —me preguntó Jack en voz baja.

—He ido a pasear con Jimmy.

—Te sucede algo. ¿Qué te pasa? — dijo Jack, mirándome fijamente.

—Nada, Jack.

En los platos humeaba la habitual sopa de tomate, el habitual *spam* frito, el habitual maíz hervido. Los vasos estaban llenos del habitual café, del habitual té, del habitual jugo de ananas. Yo sentía un nudo en la garganta y no tocaba nada.

— El pobre rey —decía el mayor Morris, de Savannah, Georgia — no esperaba ciertamente una recepción parecida. Nápoles ha sido siempre una ciudad muy afecta a la monarquía.

—¿Estabas en Via Toledo, hoy, cuando el rey ha sido silbado? —me preguntó Jack.

—¿Qué rey? — dije yo.

—El rey de Italia — dijo Jack.

—Ah, el rey de Italia...

—Lo han silbado hoy en Via Toledo —dijo Jack.

—Han hecho bien —dije yo—. ¿Qué esperaba? ¿Una lluvia de flores?

—¿Qué puede esperar hoy de su pueblo un rey?—dijo Jack —. Ayer flores, hoy silbidos, mañana de nuevo flores. Me pregunto si el pueblo italiano está en condiciones de saber qué diferencia hay entre las flores y los silbidos.

—Me alegro de que hayan sido los italianos los que lo hayan silbado — dije yo —. Los americanos no tienen derecho a silbar al rey de Italia. No tienen derecho a fotografiar a un soldado negro sentado en el trono

del rey de Italia en el Palacio Real de Nápoles y publicar la fotografía en sus periódicos.

—No puedo censurarlos — dijo Jack.

—Los americanos no tienen derecho a orinar en un rincón del salón del trono del Palacio Real. Lo han hecho. Estaba yo contigo cuando lo vi. Ni aun nosotros los italianos, tenemos derecho hacer una cosa así. Tenemos el derecho de silbar a nuestro rey, pero no de orinar en el salón del trono.

—Y tú, ¿no le has arrojado nunca flores al rey de Italia? —dijo Jack con afectuosa ironía.

—No, Jack; tengo la conciencia limpia frente al rey. No le he arrojado jamás una sola flor.

—¿Lo habrías silbado hoy, si te hubieses encontrado en Vía Toledo?

—No, Jack, no lo hubiera silbado. Es una vergüenza silbar a un rey vencido, aunque sea el propio rey. Todos, incluso el rey, hemos perdido la guerra en Italia. Todos, incluso aquellos que ayer le arrojaban flores y hoy lo silban. Yo no le he arrojado nunca una sola flor. Por esto, si me hubiese encontrado hoy en Vía Toledo, no lo hubiera silbado.

—*Tu as raison, a peu pres* — dijo Jack.

—*Your poor King* —dijo el coronel Brand—, lo siento mucho por él. — Y, añadió sonriéndome gentilmente—: Y por usted también.

—*Thank a lot for him* —respondí. Pero algo debía desentonar en el tono de mis palabras, porque Jack me miró de un modo extraño y me dijo en voz baja—: *Tu me caches quelque chose. Ça ne va pas, ce soir, avec toi.*

—No, Jack, no tengo nada — dije; y me eché a reír.

—¿De qué te ríes? —dijo Jack.

—De vez en cuando hace bien reírse —dije yo.

—También a mí me gusta reírme de vez en cuando.

—*What? Les américains ne pleurent jamais!* — dijo Jack maravillado.

—*Americans never crie* —repetí.

—No lo había pensado nunca —dijo Jack— ¿Tú crees verdaderamente que los americanos no lloran nunca?

—*They never crie* —dije.

—*Who never cries?* —preguntó el coronel Brand.

—Los americanos — dije — no lloran nunca.

—Los americanos —dijo Jack riéndose—. Malaparte dice que los americanos no lloran nunca.

Todos me miraron maravillados y el coronel Brand dijo:

—*Very funny idea.*

—Malaparte tiene siempre ideas divertidas — dijo Jack, como para excusarme, mientras los otros reían.

—No es una idea divertida —dije—; es una idea muy triste. Los americanos no lloran nunca.

—Los hombres fuertes no lloran — dijo el mayor Morris.

—Los americanos son hombres fuertes —dije, echándome a reír.

—*Have you never been in the States?* —me preguntó el coronel Brand...

—No, nunca. No he estado nunca en América —respondí.

—Por eso cree usted que los americanos no lloran nunca —dijo el coronel Brand.

—*Good Gosh!* —exclamó el mayor Thomas, de Kalamozoo, Michigan—, *good Gosh!* Está de moda en América llorar. *Tears are fashionable.* El célebre optimismo americano sería ridículo, sin lágrimas.

—Sin lágrimas — dijo el coronel Eliot, de Nantucket, Massachussets —el optimismo americano no sería ridículo, sería monstruoso.

—Yo creo que es monstruoso incluso con las lágrimas —dijo el coronel Brand—; es lo que pienso desde que he venido a Europa.

—Creía que en América estaba prohibido llorar — dije yo.

—No, en América no está prohibido llorar — dijo el mayor Morris.

—Ni aún los domingos — dijo Jack riendo.

—Si en América estuviese prohibido llorar — dije —, sería un país maravilloso.

—No, en América no está prohibido llorar — dijo el mayor Morris, mirándome con aire severo—, y acaso

América sea un país maravilloso precisamente por esto.

—*Have a drink*, Malaparte —dijo el coronel Brand, sacando del bolsillo un frasquito de plata y echándome un poco de whisky en el vaso. Después vertió un poco de whisky en el vaso de los demás y en el suyo propio y, volviéndose hacia mí con aire afectuoso, dijo—: *Don't worry*, Malaparte. Aquí está usted entre amigos. *We like you. You are a good chap. A very good one.* —Alzó la copa y, guiñando maliciosamente el ojo, pronunció el brindis de los bebedores americanos —*Mud in your eye*, lo cual quiere decir: fango en tus ojos.

—*Mud in your eye* —dijeron todos a coro, levantando sus vasos.

—*Mud in your eye* — dije yo, mientras las lágrimas acudían a mis ojos.

Bebimos y nos quedamos mirándonos unos a otros, sonriendo.

—Son ustedes, los napolitanos, un pueblo extraño — dijo el coronel Eliot.

—Yo no soy napolitano y lo siento — dije yo — el pueblo napolitano es un pueblo maravilloso.

—Un pueblo muy extraño—repitió el coronel Eliot.

—Todos en Europa — dije — somos más o menos napolitanos.

—Se meten ustedes en el embrollo y después lloran —dijo el coronel Eliot.

—Hay que ser fuerte —dijo el coronel Brand—. *God helps...* —y quería seguramente decir que Dios ayuda a los hombres fuertes, pero se interrumpió y, volviendo el rostro hacia el aparato de radio que había en una esquina, dijo —: Escuchen...

La emisora de radio de la P. B. S. transmitía una melodía que parecía de Chopin. Pero no era Chopin.

—Me gusta Chopin — dijo el coronel Brand.

—¿Cree usted que es realmente Chopin? —le pregunté.

—*Of course it's Chopin* —exclamó el coronel Brand con acento de auténtico asombro.

—¿Qué quiere usted que sea? — dijo el coronel Eliot con un leve tono de impaciencia en la voz —. Chopin es Chopin.

—Espero que no sea Chopin — le dije.

—Yo, al contrario, espero que lo sea — dijo el coronel Eliot—; sería muy extraño que no lo fuese.

—Chopin es muy popular en América —dijo el mayor Thomas—; algunos *blues* son magníficos.

—Escuchen, escuchen... —dijo el coronel Brand —; ¡claro que es Chopin!

—Sí, es Chopin —dijeron los otros, mirándome con aire de reprobación.

Jack se reía, entornando los ojos.

Era una especie de Chopin, pero no era Chopin. Era un concierto para piano y orquesta como lo hubiera escrito un Chopin que no fuese Chopin, o un Chopin que no hubiese nacido en Polonia, sino en Chicago, o en Cleveland, Ohio, o acaso como lo hubiera escrito un primo, un cuñado, un tío de Chopin, pero no Chopin.

La música se calló y la voz del locutor de la emisora de la P.B.S. anunció: «Acabamos de radiar el *Warsaw Concerto* de Addinsell, ejecutado por la Filarmónica de Los Ángeles bajo la dirección del maestro Alfred Wallenstein.»

—Me gusta el Concierto de Varsovia, de Addinsell — dijo el coronel Brand, sonrojándose de orgullo—, Addinsell es nuestro Chopin. *He's our american Chopin.*

—¿Quizá no le guste a usted ni siquiera Addinsell?— me preguntó el coronel Brand con cierto desprecio en la voz.

—Addinsell es Addinsell —respondí.

—Addinsell es nuestro Chopin —repitió el coronel Brand con pueril acento de triunfo.

Yo callaba, mirando a Jack. Después, humildemente, dije:

—Perdóneme...

—*Don't worry, don't worry*, Malaparte —dijo el coronel Brand, dándome golpecitos en la espalda—; *have a drink.*

Pero su frasquito de plata estaba vacío y, riendo, propuso ir a beber algo al bar. Se puso de pie y todos lo seguimos hacia el bar.

Jimmy estaba sentado en una mesa cercana a la ventana con algunos jóvenes oficiales de aviación y mostraba a sus amigos un objeto rubio que en el acto reconocí.

—Lo siento... —dijo el coronel Brand, mientras todos me miraban en silencio.

—No es culpa nuestra — dijo el mayor Thomas.

—No es culpa de ustedes, lo sé —dije—; no es culpa suya. Toda Europa no es más que esto: un mechón de pelo rubio. Una corona de pelo rubio para vuestra frente de vencedores.

—*Don't worry*, Malaparte —dijo el coronel Brand con voz afectuosa, tendiéndome un vaso—; *have a drink*.

—*Have a drink* —dijo el mayor Morris, golpeándome la espalda.

—*Mud in your eye* — dijo el coronel Morris, levantando el vaso. Tenía los ojos húmedos de lágrimas y me miraba sonriendo.

—*Mud in your eye*, Malaparte —dijeron los demás, alzando el vaso.

—*Mud in your eye* — dije llorando en silencio, con aquella horrenda cosa apretada en la mano.

CAPÍTULO CUARTO

Las rosas de carne

A la primera noticia de la liberación de Nápoles, como llamados por una voz misteriosa, como guiados por aquel dulce olor de cuero nuevo y tabaco de Virginia, aquel olor de mujer rubia que es el olor del ejército americano, los lánguidos escuadrones de los homosexuales, no de Roma ni de Italia solamente, sino de toda Europa, habían franqueado a pie las líneas alemanas sobre las nevadas montañas de los Abruzzos, atravesando los campos de minas, desafiando los fusilamientos de las patrullas de Fallschirmjager, y habían acudido rápidamente a Nápoles al encuentro de los ejércitos liberadores.

La internacional de los invertidos, trágicamente destrozada por la guerra, se reorganizaba en aquel primer fragmento de la Europa liberada por los bellos soldados aliados. No había transcurrido todavía un mes de su liberación cuando Nápoles, noble e ilustre capital del antiguo Reino de Sicilia, se había convertido en la capital del homosexualismo europeo, el más importante *carrefour* mundial del vicio prohibido, la gran Sodoma a la cual acudían desde París, Nueva York, El Cairo, Río de Janeiro, Venecia y Roma todos los grandes invertidos del mundo. Los homosexuales desembarcados de los transportes militares ingleses y americanos, y aquellos que acudían en bandadas, atravesando las montañas de los Abruzzos, de todos los países de Europa, aún en manos de los alemanes, se reconocían por el olor, por un acento, por una mirada; y con un fuerte grito de júbilo se arrojaban unos en brazos de otros, como Virgilio y Sordello en el *Infierno* del Dante, haciendo resonar en las calles de Nápoles sus mórbidas y un poco roncas voces femeninas. *Oh, dear, oh sweet, oh darling!* En Cassino, la batalla se enfurecía, columnas de heridos bajaban a tropes hacia la Via Apia, día y noche batallones de enterradores negros cavaban fosas en los cementerios de guerra; y por las calles de Nápoles las gentiles escuadras de Narcisos se paseaban contoneándose y volviéndose a mirar golosamente los bellos soldados americanos de anchas espaldas, de rostro sonrosado, que se abrían paso entre la muchedumbre con aquella suelta ligereza de atleta apenas salido de manos del masajista.

Los invertidos acudidos a Nápoles a través de las líneas alemanas eran la flor y nata del refinamiento europeo, la aristocracia del amor prohibido, los *upper ten thousand* del esnobismo sexual; y eran testimonio de todo lo que de más selecto y exquisito moría en la trágica decadencia de la civilización europea. Eran los dioses de un Olimpo situado fuera de la naturaleza, pero no fuera de la historia.

Eran, en realidad, los tardíos sobrinos de aquellos espléndidos sobrinos del tiempo de la Reina Victoria que con sus angélicos rostros, sus blancos brazos y sus largos muslos, habían tendido un puente ideal entre el prerrafaelismo de Rossetti y de Burne Jones y las nuevas teorías estéticas de Ruskin y de Walter Peter, entre la moral de Jane Austen y la de Oscar Wilde. Muchos pertenecían a la extraña progenie abandonada sobre las aceras de París por la noble *roture* americana que había ido la Rive Gauche en 1920, cuyo rostros desencajados por las drogas y el alcohol parecen incrustados uno en otro, como en un mosaico bizantino, en la galería de personas de las primeras novelas de Hemingway y en las páginas de la revista *Transition*. Su flor no era ya el lirio de los gantes del «pobre Lelian», sino la rosa de Gertrude Stein, *a rose is a rose is a rose is a rose*.

Su lenguaje, el lenguaje que hablaban con maravillosa dulzura y delicadísimas inflexiones de voz, no era

aquel inglés de Oxford, ya en decadencia durante los años que van de 1930 a 1939, y ni aun aquel curioso idioma que suena como una música antigua en los versos de Walter de la Mare y de Rupert Brooke; es decir, el inglés de la última tradición humanística de la Inglaterra eduardiana; sino el inglés elisabetiano de los *Sonetos*, aquel mismo inglés hablado por ciertos personajes de las comedias de Shakespeare. De Teseo al comienzo de *El sueño de una noche de verano* cuando se lamenta del tardo morir de la vieja luna e invoca el surgir de la nueva, *O methinks how slow this old moon wanes!* O de Hipólita, cuando abandona al río de sueño las cuatro noches que la separan aún de la felicidad nupcial, *four nights Hill quickly dream away the time*. O de Orsino de la *Duodécima noche*, cuando bajo la indumentaria masculina de Viola, adivina la gentileza del sexo. Era ese lenguaje elevado, distraído, etéreo, más leve que el viento, más oloroso que la brisa sobre un prado primaveral, el lenguaje de ensueño, esa especie de hablar rimado que es el propio de los amantes felices en las comedias de Shakespeare, de aquellos maravillosos amantes entre los cuales Porcia, en *El mercader de Venecia*, envidia la armoniosa muerte del cisne, *a swan-like end, fading in music*.

O bien aquel mismo lenguaje alado que de los labios de René vuela a los de Giradoux, y es el mismo lenguaje de Baudelaire en la transcripción strawinskiana de Proust, llena de esa cadencia afectuosa y maligna que evoca el tibio clima de ciertos «interiores» proustianos, de ciertos pasajes morbosos, todo ese otoño del que es tan rica la fatigada sensualidad de los homosexuales modernos. Éstos desentonan, no ya como se desentona en el canto, sino como se desentona hablando en sueños. Al hablar en francés ponían el acento entre una palabra y otra, como hacen Proust, Giradoux, Valéry. En sus voces agudas y mórbidas se advertía esa especie de sensación golosa de celos en la cual se gusta el sabor descanecido de rosa deshecha, de fruto podrido. Pero acaso hubiese una cierta dureza en su acento; algo de orgulloso. Pero es verdad que el peculiar orgullo de los invertidos no es sino el reverso de la humillación. Retan orgullosamente la fragilidad humillada y sometida de su naturaleza femenina. Tienen la crueldad de la mujer, el cruel exceso de lealtad de las heroínas de Tasso, ese patetismo, ese sentimiento, ese no sé qué de dulce y de falso que la mujer introduce a hurtadillas en la naturaleza humana. No se contentan con ser, en la naturaleza, héroes rebeldes a las leyes divinas; pretenden ser algo más: héroes disfrazados de héroes. Son como Amazonas *déguisées en femme*.

Los vestidos que usaban, descoloridos por la intemperie, desgarrados por el fatigoso camino a través de los bosques de las montañas de los Abruzzos, estaban en perfecta armonía con la buscada negligencia de su elegancia; con el capricho de llevar pantalones sin cinturón, zapatos sin cordones, calcetines sin ligas, de desdeñar el uso de la corbata, del sombrero, de los guantes, de andar con la chaqueta desabrochada, las manos en los bolsillos, los hombros cimbreantes, con ese andar suyo negligente, pero no negligente del empaque de vestir según las reglas, sino de un empaque de naturaleza moral.

Esas ideas de libertad que estaban en, el aire en aquellos tiempos en toda Europa, especialmente en los países todavía en manos de los alemanes, parecía haberlos, no exaltado, sino humillado. El resplandor de su vicio se había vuelto opaco. En medio de esa abierta y universal corrupción, los Narcisos parecían casi, por contraste, jóvenes no quizá virtuosos, sino púdicos. Ese cierto refinamiento peculiar suyo tomaba, ante la pública y descastada impudicia, el aspecto de un elegante pudor.

Si acaso lo que arrojaba una sombra impúdica sobre la naturaleza femenina y púdica de sus maneras, sobre sus languideces, y más aún sobre sus propias, humilladas y confusas ideas de libertad, de paz, de fraternal amor entre los hombres y los pueblos era la ostensible presencia entre ellos de jóvenes de apariencia de operarios, de esos efebos proletarios de cabello rizado y negro, de labios rojos, de ojos negros y relucientes, que hasta los tiempos de la guerra no se hubieran atrevido nunca a ir acompañados públicamente por aquellos nobles Narcisos. La presencia entre ellos de estos jóvenes operarios ponía al desnudo por primera vez esa promiscuidad social del vicio que, por regla general, gusta de esconderse, como elemento más secreto del mismo vicio, y revelaba que las raíces de ese mal arraigaban profundamente en los estratos más bajos del pueblo, hasta el humus del proletariado. Los contactos, hasta ahora discretos, entre la alta nobleza de los invertidos y la homosexualidad proletaria, se revelaban impúdicamente descubiertos. Y por su misma desnudez adquirían un aspecto de ostensible reto a las buenas costumbres, a los prejuicios, a las reglas, a las leyes morales que generalmente los invertidos de las clases altas, frente a los profanos, y especialmente frente a los profanos de las clases humildes, fingen, con celosa hipocresía, respetar.

De esos abiertos contactos con las secretas y misteriosas corrupciones proletarias, nacía en ellas una

contaminación que no sólo era de naturaleza social en cuanto al modo, sino también, y por encima de todo, en cuanto a las ideas, o mejor dicho, en cuanto a las actitudes intelectuales. Esos nobles Narcisos que hasta entonces habían adoptado una actitud de estetas decadentes, de últimos representantes de una civilización cansada, saciada de placeres y sensaciones y habían preguntado a un Novalis, al Comte de Lautréamont, a Osear Wilde, a Diaghilev, a Rainer M.^a Rilke, a D'Annunzio, a Gide, a Cocteau, e incluso a Barres, los motivos de su extenuado estetismo «burgués», se disfrazaba ahora de estetas marxistas predicaban el marxismo como hasta ahora habían predicado el más agotado narcismo. Pedían prestados los motivos de su nuevo estetismo a Marx, a Lenin, a Stalin, a Schostakowich, y hablaban con desprecio del conformismo sexual burgués como de una deteriorada forma de trotskismo. Se ilusionaban creyendo haber encontrado en el comunismo un punto de contacto con los efecos proletarios, una complicidad secreta, un nuevo pacto de naturaleza moral y social, más que sexual. *De ennemis de la nature*, como los llamaba Mathurin Regnier, se habían convertido en *ennemis du capitalisme*. ¿Quién hubiera podido pensar que una de las consecuencias de esa guerra tendría que ser la pederastía marxista? La mayor parte de esos efecos proletarios habían sustituido sus trajes de trabajo por uniformes aliados, los cuales eran predilectos, por su corte atildado, los uniformes americanos, ceñidos al muslo y aún más a las caderas. Muchos de ellos endosaban todavía el mono, hacían ostentación con placer de sus manos sucias por el aceite pesado y eran, entre todos, los más corrompidos y protervos, porque había, sin duda alguna, una refinada perversión en esa fidelidad suya a la ropa de trabajo, envilecida en la función de librea, de máscara. Su íntimo sentimiento por esos nobles Narcisos que se vestían de comunistas, llevaban el cuello de la camisa de seda abierto y vuelto sobre la chaqueta de *tweed*, calzaban mocasines de piel de jabalí de casa Franceschini o Hermes y se acariciaban los labios pintados con enormes pañuelos de seda con las iniciales bordadas con punto de Burano, no era solamente un triste e insolente desprecio, sino una especie de rivalidad femenina, un rencor torvo y malvado. Había desaparecido en ellos todo rastro de ese fuerte sentimiento que induce a la juventud proletaria a odiar y al propio tiempo despreciar las riquezas, la elegancia, los privilegios ajenos. Ese viril sentimiento de naturaleza social había sido sustituido por una envidia y una ambición mujeriegas. También ellos se proclamaban comunistas, también ellos buscaban en el marxismo una justificación social a su *affranchissement* sexual; pero no se daban cuenta de que su ostentable marxismo, no era sino un inconsciente bobarismo proletario desviado de la homosexualidad.

En aquellos días había aparecido, procedente de una oscura tipografía napolitana a cargo de un editor de libros raros y preciosos, un compendio de poesías de guerra de un grupo de jóvenes poetas ingleses, desterrados en las trincheras y los *fox holes* de Cassino. La *fairy band* de los invertidos llegados a Nápoles, a través de las líneas alemanas, de todos los países de Europa y los homosexuales esparcidos por los ejércitos aliados (tampoco en los ejércitos aliados, como en cualquier ejército digno de respeto, faltaban ciertamente los homosexuales; los había de todas especies y de todas las condiciones sociales, soldados, oficiales, operarios y estudiantes), se habían arrojado sobre aquellas poesías con una avidez que revelaban que en ellos no estaba todavía apagado el antiguo estetismo «burgués», y se reunían para leerlas o, mejor dicho, declamarlas, en esos raros salones de la aristocracia napolitana, que poco a poco se abrían de nuevo en los antiguos palacios destrozados por los bombardeos y despojados por los saqueos, y en la sala del «Ristorante Baghetti», en la Via Chiaia, de la cual habían hecho su club privado. Aquellas poesías no eran aptas para ayudarlos a conciliar su todavía latente narcisismo con su nuevo estetismo marxista. Eran poemas líricos de una fría y vidriosa simplicidad, llenos de esa triste indiferencia propia de los jóvenes de todos los ejércitos, incluso de los jóvenes soldados alemanes, frente a la guerra. La tersa y helada melancolía de aquellos versos no era empañada ni enturbiada por la esperanza de la victoria, no estaba saturada por el febril escalofrío de la revuelta. Después del primer entusiasmo, los jóvenes Narcisos y sus jóvenes efecos proletarios abandonaron aquellas poesías y los últimos textos de André Gide, a quien ellos llamaban «nuestro Goethe», de Paul Eluard, de André Bretón, de Jean Paul Sartre y de Pierre Jean Jouve, esparcidos por las revistas francesas de la *Résistance* que ya comenzaban a llegar a Argelia. En aquellos textos buscaban el signo misterioso, la palabra secreta de orden que les abriese las puertas de aquella nueva Jerusalén que se estaban sin duda edificando en algún lugar de Europa y que, en sus esperanzas, hubiera reunido entre sus muros a todos los jóvenes ansiosos de colaborar con el pueblo y por el pueblo a la salvación de la civilización occidental y el triunfo del comunismo. (Ellos llamaban comunismo a su marxismo homosexual.) Pero al cabo de algún tiempo, la exigencia improvisada y

fuertemente sentida por ellos, de mezclarse de una manera más íntima con el proletario, de buscar de nuevo pasto para su insaciable hambre de novedad y de «sufrimiento» y nuevas justificaciones a su disfraz marxista, los empujó hacia nuevas búsquedas y nuevas experiencias, capaces de distraerlos del aburrimiento que la prolongada detención de los ejércitos aliados ante Cassino comenzaba a insinuarse en sus almas bien nacidas.

En las aceras de la Piazza San Ferdinando se reunían en aquellos tiempos cada mañana, una multitud de jóvenes de aspecto miserable que permanecían allí todo el día delante del «Café Van Boole e Feste» y no se disolvían hasta la hora del crepúsculo.

Eran jóvenes descarnados, pálidos, vestidos con harapos o uniformes prestados; la mayoría soldados y oficiales del disperso y humillado ejército italiano, escapados a la vergüenza y la carnicería de los campos de concentración alemanes y refugiados en Nápoles con la esperanza de encontrar trabajo o de conseguir hacerse alistar por el mariscal Badoglio para poder combatir al lado de los aliados. Casi todos eran originarios de las provincias centrales y septentrionales de Italia, todavía en manos de los alemanes; e imposibilitados, por lo tanto de poder regresar a sus hogares, habían intentado todo lo posible para sustraerse a aquella humillante e incierta situación. Pero rechazados de los cuarteles donde se presentaban para alistarse y, no encontrando trabajo, no les había quedado otra esperanza que la de no sucumbir a los sufrimientos y las humillaciones. Y, entretanto, se morían de hambre. Cubiertos por andrajosas ropas, quién por unos pantalones alemanes o americanos, quién por una harapienta chaqueta civil o por una prenda de punto descolorida y sucia, otros con algún *combatjackel*, que es una especie de camisa de soldado británico, trataban de engañar el frío y el hambre caminando de una punta a otra de las aceras de la Piazza San Ferdinando, en espera de que algún sargento aliado los contratase para las labores del puerto o cualquier otra dura fatiga.

Aquellos muchachos eran objeto de compasión, no ya de los transeúntes, también ellos miserables y hambrientos, ni de los soldados aliados, que no ocultaban un embarazoso rencor contra aquellos inoportunos testimonios de la pobreza de su victoria, sino de las prostitutas que atestaban los soportales del Teatro San Carlo y la Guillería Umberto y se arremolinaban en torno de los *pick-up points*. De vez en cuando alguna de ellas se acercaban al grupo de jóvenes hambrientos, ofreciéndoles el donativo de un cigarrillo o un bizcocho, o alguna rebanada de pan que los jóvenes, la mayoría de las veces, rechazaban con una cortesía desdeñosa o humillada.

Entre aquellos infelices andaban los jóvenes Narcisos tratando de enrolar algún nuevo recluta para su *fairy band*, pareciéndoles una gran hazaña, o acaso alguna bravura o un refinamiento, intentar corromper a aquellos muchachos sin techo, sin pan, idiotizados por la desesperación. Y acaso fuese su aspecto selvático, su hirsuta barba, sus ojos brillantes por la fiebre y el insomnio, sus vestidos hechos jirones, lo que despertaba en los nobles Narcisos extraños, deseos y refinadas concupiscencias. ¿O era quizá la angustia y la miseria de aquellos infelices que constituían el elemento «sufrimiento» que faltaba a su estetismo marxista? El sufrimiento de los demás es necesario que sirva de algo.

Fue precisamente pasando un día por en medio de aquella multitud de desgraciados, por delante de «Van Boole e Feste», cuando me pareció ver a Jeanlouis, a quien no veía desde hacía algunos meses y que reconocí, más por el aspecto, por la voz, dulcísima y un poco ronca. También Jeanlouis me reconoció y corrió a mi encuentro. Le pregunté qué hacía en Nápoles. Me respondió que se había fugado de Roma hacía un mes para escapar a las pesquisas de la policía alemana y comenzó a narrarme con gracia las peripecias y peligros de su

fuga a través de las montañas de los Abruzzos.

—¿Y qué quería de ti la policía alemana? — le pregunté bruscamente.

—¡Ah, tú no lo sabes...! —me respondió. Y me fue refiriendo que la vida en Roma se había convertido en un infierno, que todo el mundo se escondía; la gente huía por miedo a los alemanes; el pueblo esperaba con ansia la llegada de los aliados, que había encontrado en Nápoles a muchos viejos amigos entre los soldados y los oficiales ingleses y americanos, *des garçons exquis*, dijo. Y de repente se puso a hablarme de su madre, la vieja Contessa B... (Jeanlouis pertenecía a una de las más nobles y antiguas familias de la nobleza milanesa), narrándome que se había refugiado en su villa del lago de Como, que había prohibido que se hablase en su presencia de los extraordinarios acontecimientos que se desarrollaban en Italia y en Europa, y que recibía a sus amistades como si la guerra fuese tan sólo una maledicencia mundana, ante la cual, en su salón, sólo se permitía, a lo sumo, sonreír discretamente con generosa indulgencia—. Simonnetta —añadió— me ha encargado (Simonnetta era su hermana) que te dé sus mejores recuerdos.

Y de repente se calló.

Yo le miré fijamente a los ojos y se sonrojó.

—Deja tranquilos a estos pobres muchachos — dije—; ¿no te da vergüenza?

Jeanlouis parpadeó rápidamente fingiendo una ingenua sorpresa.

—¿Qué muchachos?

—Harías bien en dejarlos —dije—; es una vergüenza jugar con el hambre de los demás.

—No entiendo qué quieres decir — dijo, encogiéndose de hombros. Pero inmediatamente añadió que aquellos muchachos tenían hambre, que él y sus amigos se habían propuesto ayudarlos, que contaba con muchas amistades entre los ingleses y los americanos y que esperaba poder hacer algo por estos infelices muchachos—. Mi deber de marxista —concluyó— es tratar de impedir que aquellos infelices muchachos se conviertan en instrumentos de la reacción burguesa.

Yo lo miraba fijo y Jeanlouis me preguntó:

—¿Por qué me miras así? ¿Qué te pasa?

—¿Has conocido personalmente —dije— al conde Carlos Marx?

—¿A quién? — dijo Jeanlouis.

—Al conde Carlos Marx. Es un bonito nombre este de Marx. Más antiguo que el tuyo.

—No me tomes el pelo, deja eso — dijo Jeanlouis.

—Si Marx no fuese conde tú seguramente no serías marxista.

—No me comprendes —dijo Jeanlouis—; el marxismo... No es necesario ser operario, o ser un canalla, para ser marxista.

—Sí, es necesario ser un canalla para ser marxista como tú —dije—. Deja a esos muchachos, Jeanlouis. Tienen hambre, pero antes robarían que acostarse contigo.

Jeanlouis me miró irónicamente.

—Conmigo... o con otro —dijo.

—Ni contigo, ni con nadie. Déjalos, tienen hambre. .

—Conmigo o con otros —repitió Jeanlouis—, tú no sabes la fuerza que tiene el hambre.

—Me das asco —dije.

—¿Y por qué tengo que darte asco? —dijo Jeanlouis—. ¿Qué culpa tengo yo de que tengan hambre? ¿Les das acaso de comer a estos muchachos? Yo los ayudo, hago lo que puedo. Entre nosotros tenemos que ayudarnos. Y, además, ¿qué te importa a ti todo esto?

—El hambre no tiene ninguna fuerza — dije —. Si crees poder contar con el hambre, te equivocas. Los hombres a los veinte años, no sufren por el hambre propia, sino por la de los demás. Pregúntale al conde Marx si no es verdad que un hombre no se prostituye por hambre. Para un muchacho de veinte años el hambre no es un hecho personal.

—Tú no conoces a los jóvenes de hoy —dijo Jeanlouis—; me gustaría hacértelos conocer de cerca. Son mucho mejores o mucho peores de lo que tú puedes creer.

Y me contó que estaba citado con algunos de sus amigos en una casa de Vomero, diciéndome que le habría dado una alegría si fuese con él a aquella casa, porque en ella encontraría a algunos muchachos interesantes;

añadió que no estaba seguro de si me gustaría o no, pero que, de todos modos, me aconsejaba conocerlos de cerca porque por ellos podría juzgar a todos los demás, y por que, al fin y al cabo, yo no tenía derecho de juzgar a aquellos muchachos sin conocerlos.

—Ven conmigo —me dijo— y verás que, después de todo, no somos peores que los hombres de tu generación. En todo caso, somos como vosotros nos habéis hecho.

Y así anduvimos a una casa del Vomero donde solían reunirse algunos jóvenes intelectuales comunistas amigos de Jeanlouis. Era una vulgar casa burguesa, amueblada con el pésimo gusto de la burguesía de Nápoles. De las paredes colgaban cuadros de la escuela napolitana de finales del siglo pasado, chillones con sus densos colores al óleo y relucientes de barniz, y por las ventanas, al pie del monte Echia, más allá de los árboles del Porco Grifeo y de la Via Caracciolo, parecía lejano el mar, el Castello dell'Ovo, y remoto, en el horizonte, el espectro azul de Capri. Aquel paisaje marítimo, visto desde el interior de una casa burguesa, entonaba estúpidamente con aquellos muebles y cuadros, con los fotografías colgando de las paredes, con el gramófono, el aparato de radio, la lámpara de falso cristal de Murano, colgando del techo sobre la mesa del centro de la habitación.

También el paisaje del interior de la ventana era un paisaje burgués, el paisaje de un interior burgués incrustado en la naturaleza y poblado, en primer plano, por muchachos que, fumando cigarrillos americanos y sorbiendo diminutas tazas de café, estaban sentados en el diván y en las butacas tapizadas de raso rojo y hablaban de Mary, de Gide, de Eluard, de Sartre mirando a Jeanlouis con extática admiración. Yo me había sentado en un ángulo de la habitación y observaba los rostros las manos y los ademanes destacarse sobre el fondo de aquella remota perspectiva de agua y de cielo.

Eran todos muchachos de dieciocho a veinte años, de apariencia estudiantil, y la pobreza de las familias a las cuales pertenecían era visible no solamente en sus trajes sucios, desharrapados, llenos de manchas de grasa, y aquí y allá, remendados con precipitada pulcritud, sino en lo abandonado de las personas, en las barbas sin afeitar, en las uñas sucias, en los largos cabellos enmarañados que cubrían las orejas y caían metiéndose dentro del cuello de la camisa. Y en aquella dejadez que era entonces y sigue siendo todavía de moda entre los jóvenes intelectuales comunistas de origen burgués, yo me preguntaba cuál era la parte de la miseria y cuál era la de la coquetería.

Había entre aquellos muchachos algunos de apariencia obrera y una muchacha de no más de dieciséis años extraordinariamente gorda y de piel blanca llena de pecas rojas que me pareció, no sé por qué, embarazada. Estaba sentada en una butaquita baja al lado del gramófono, con los codos apoyados en las rodillas y el rostro en las manos, y fijaba su mirada ahora sobre uno, ahora sobre otro, sin pestañear. No recuerdo que en todo el tiempo que pasamos en aquella habitación tomase parte en el debate, salvo al final, cuando dijo a sus compañeros que eran una banda de trotskistas, y bastó aquello para dispersar la reunión.

Aquellos jóvenes me conocían de nombre y, naturalmente, hacían ostentación de despreciarme tratándome como un ser indigno ajeno al mundo de sus ideas y de sus sentimientos, a su mismo lenguaje. Hablaban entre ellos como si usasen una lengua para mí desconocida, y las raras veces que se volvían hacia mí hablaban lentamente, como si trataran de encontrar las palabras en una lengua que no era la suya propia. Cruzaban miradas de complicidad como si existiese entre ellos sabe Dios qué extraños secretos y yo fuese, no sólo un profano, sino un infeliz digno de compasión. Discutían sobre Eluard, Gide, Aragón, Youve, como si se tratase de íntimos amigos con quienes tuviesen una antigua familiaridad. Y yo estaba a punto de recordarles que probablemente habrían leído aquellos nombres en las páginas de mi revista *Prospettive*, en la cual durante aquellos tres años de guerra, yo había venido publicando los versos prohibidos de los poetas del *maquis* francés, y dé los que ahora fingían no recordar siquiera el título, cuando Jeanlouis, empezó a hablar de la literatura y la música soviéticas.

Jeanlouis estaba de pie, apoyado contra la mesa, y su pálido rostro, en el cual resplandecía aquella delicada y, no obstante, viril belleza propia de los muchachos de las grandes familias nobles italianas, formaba un singular contraste con la afectada dulzura del acento, con la amanerada gracia de sus ademanes, con todo lo que había de maravillosamente femenino en su actitud, en su voz, en el sentido vago y ambiguo de sus propias palabras. Aquella belleza de Jeanlouis era la belleza viril que gustaba a Stendhal, la belleza de Fabricio del Dongo. Tenía la cabeza del Antínoo esculpida en un mármol marfileño y el largo cuerpo del efebo de las

estatuas alejandrinas, las manos breves y blancas, los ojos ardientes y suaves, la negra mirada reluciente, los labios rosados y la sonrisa vil, esa sonrisa que Winckelmann pone como extremo límite de rencor y de lamento a su puro ideal de la belleza griega. Y yo me preguntaba con estupor cómo, de aquella mi generación fuerte, animosa, viril, de hombres formados en la guerra, en la lucha civil, en la oposición individual a la tiranía de los dictadores y de la masa, una generación de machos, no resignada a morir y ciertamente no vencida, pese a los sufrimientos y las humillaciones, de la derrota, había podido nacer una generación tan corrompida, cínica y afeminada, tan tranquila y dulcemente desesperada, de la cual los muchachos como Jeanlouis representaban la flor y nata, asomados al extremo límite de la conciencia de nuestro tiempo.

Jeanlouis había empezado a hablar del arte soviético, y yo, sentado en un rincón, sonreía irónicamente oyendo en aquellos labios los nombres de Prokofiev, Konstantin Simonov, Essenin, Bulgakov, pronunciados con el mismo lánguido acento con el cual, hasta pocos meses antes, le había oído pronunciar los de Proust, Apollinaire, Cocteau, Valéry. Uno de aquellos muchachos dijo que el tema de la sinfonía de Schostakowich, *El asedio de Leningrado*, repetía maravillosamente el motivo de un acento de guerra de la S S alemanas, el bronco son de sus voces crueles, el ritmo cadencioso de su paso pesado sobre la sagrada tierra rusa. (Las palabras «sagrada tierra rusa» pronunciadas con ese mórbido y lánguido acento napolitano, sonaban falsas en aquella estancia llena de humo, frente al espectro exangüe del Vesubio destacado en el cielo muerto de la ventana.) Yo observé que el tema de la sinfonía de Schostakowich era el mismo que el de la *Quinta Sinfonía* de Tchaikowski y todos protestaron diciendo, que, naturalmente, no entendía nada de música proletaria de Schostakowich, de su «romanticismo musical» y de sus voluntarias semejanzas con Tchaikowski.

—O, mejor dicho — dijo yo —, a la música burguesa de Tchaikowski.

Mis palabras suscitaron en aquellos muchachos un grito de dolor e indignación y todos, todos se volvieron hacia mí hablando confusamente a la vez y cada uno tratando de dominar las voces de los demás.

—¿Burguesa? —decían—. ¿Qué tiene que ver Schostakowich con la música burguesa? Schostakowich es un proletario y un hombre puro. No, se tiene ya el derecho, hoy, de tener ciertas ideas sobre el comunismo. Es una vergüenza.

Aquí Jeanlouis acudió en ayuda de sus amigos y comenzó a recitar una poesía de Jaime Pintor, joven muerto pocos días antes al tratar de franquear las líneas alemanas para regresar a Roma. Jaime Pintor había ido a verme a Capri y habíamos hablado largamente de Benedetto Croce, de la guerra, del comunismo, de la joven literatura italiana y de las extrañas ideas de Croce sobre la literatura moderna. (Benedetto Croce, que se había refugiado en Capri con su familia, había descubierto a Marcel Proust aquellos días y no hacía más que hablar de *Du cote de Guermantes*, que leía por primera vez.)

—Es desesperar — dijo uno de aquellos muchachos, mirándome de una manera arrogante — que no juzgará usted a Jaime Pintor un poeta burgués. No tiene usted derecho a insultar a un muerto. Jaime Pintor era un poeta comunista. Uno de los mejores.

Yo contesté que Jaime Pintor había escrito aquellas poesías cuando era fascista y miembro de la Comisión Militar de Armisticio en Francia.

—¿Qué tiene que ver? —dijo el muchacho—; fascista o no fascista, Pintor ha sido siempre tm comunista puro. Basta leer sus poesías para darse cuenta.

Yo repliqué que los versos de Pintor, como de tantos otros jóvenes poetas como él, no eran fascistas ni comunistas.

—Me parece —añadí— que éste es el mejor elogio que se puede hacer de él si se quiere respetar su memoria.

—La literatura italiana está podrida — dijo Jeanlouis, alisándose el cabello con su mano pequeña y blanca de uñas relucientes.

Uno de aquellos muchachos dijo que todos los escritores italianos, excluyendo los escritores comunistas, eran falsos y bellacos.

Yo respondí que el único, el verdadero mérito de los jóvenes escritores comunistas o fascistas, era el de ser hijos de su tiempo, de aceptar la responsabilidad de su edad y de su ambiente; es decir, de estar podridos como los otros.

— ¡No es verdad! —gritó el muchacho con rabia fijando en mi rostro una mirada airada y amenazadora—.

La fe en el comunismo salva de toda corrupción; es, en todo caso, una expiación.

Yo respondí que lo mismo daba ir a misa.

—¿Cómo dice? —gritó el joven operario, vestido con el traje azul de trabajo.

—Lo mismo da ir a misa — repetí.

—Se comprende —dijo uno de aquellos muchachos— que pertenezca a una generación vencida.

—Sin duda —respondí—, y me gusta. Una generación vencida es algo mucho más serio que una generación de vencedores. En cuanto a mí — añadí—, no me avergüenzo en absoluto de pertenecer a una generación vencida, en una Europa vencida y destruida. Lo que me desagrade es haber sufrido cinco años de cárcel y confinamiento. ¿Y para qué? Para nada.

—Sus años de prisión no merecen ningún respeto.

—¿Y por qué no? —pregunté.

—Porque no los ha sufrido por una causa noble.

Respondí que había sufrido la cárcel por la libertad del arte.

— ¡Ah, por la libertad del arte, pero no por la libertad del proletariado!

—¿No es acaso lo mismo?

—No, no es lo mismo — dijo el otro.

—En efecto —repliqué—, no es lo mismo; ahí está el mal.

En aquel momento entraron en la habitación dos jóvenes soldados ingleses y un cabo americano. Los dos soldados ingleses eran muy jóvenes y tímidos y contemplaban a Jeanlouis con púdica admiración. El cabo americano era un estudiante de Harvard de origen mejicano y hablaba de Méjico, de los indios, del pintor Díaz, y de la muerte de Trotsky.

—Trotsky era un traidor — dijo Jeanlouis.

Yo me eché a reír.

—Piensa en lo que diría tu madre — le dije — si te oyera hablar mal de una persona a quien no conoces y, además, está muerta. Piensa..., ¡tu madre!

Y me reía. Jeanlouis se sonrojó.

—¿Qué tiene que ver aquí mi madre? —dijo.

—Tu madre — dije —, ¿no es acaso trotskista?

Jeanlouis se puso a mirarme de una manera extraña. De repente la puerta se abrió y Jeanlouis se precipitó con los brazos abiertos al encuentro de un joven teniente inglés que acababa de aparecer el umbral.

— ¡Oh, Fred! —gritó Jeanlouis, abrazando al recién llegado.

Como hace el viento cuando gira, que levanta las hojas y las manda de un lado para otro, así lo hizo Fred al entrar; todos se levantaron y comenzaron a caminar de un lado a otro por la habitación, presa de una extraña excitación, pero apenas oyeron la voz de Fred que respondía alegremente al saludo de Jeanlouis, todos se calmaron y, silenciosamente, volvieron a sentarse. Fred era el séptimo conde de W..., miembro *tory* de la Cámara de los Lores y amigo íntimo, se decía, de Anthony Eden. Era un joven alto, rubio, rosado, ligeramente calvo. No podía tener más de treinta años. Hablaba con voz lenta y grave que de vez en cuando se transformaba en acentos estridentemente femeninos y se apagaba con ese delicado susurro o, como dice Gerard de Nerval de la voz de Silvia, en ese *frissom modulé* que tanto forma parte de la gracia, desgraciadamente hoy pasada de moda, del acento de Oxford.

Apenas Fred hubo aparecido en el umbral, la actitud de Jeanlouis cambió radicalmente y, como él, había cambiado también la de sus jóvenes amigos, que parecían inquietos y miraban a Fred no tanto con respeto como con una especie de celos y mal disimulada rabia. La conversación entre Jeanlouis, Fred y yo tomó, con gran estupor y contrariedad por mi parte, un tono mundano. Fred se obstinaba en convencerme que yo tenía que haber conocido a su padre, que era imposible que no lo conociese. «¿Conoce usted al duque de Blair Atholl?» «Sí, ciertamente.» «Entonces es imposible que no haya conocido usted a mi padre, porque es carne y uña de Blair Atholl.»

Yo había sido huésped del duque de Blair Atholl en su castillo de Escocia, hacía muchos años, pero no recordaba haber conocido en aquella ocasión al padre de Fred, el viejo Lord N..., sexto conde de W... El recuerdo de mi estancia en el castillo del duque de Blair Atholl estaba todavía vivo en mi memoria a causa de

un singular incidente ocurrido mientras tomábamos el té después de una batida a las grouses. Estábamos reunidos en el prado que hay delante del castillo cuando, de repente, una familia de ciervos, asustados no sé de qué, desembocó al galope saliendo del parque y se arrojó sobre el grupo de invitados, sembrando el pánico, derribando mesas y sillas y haciendo caer a la anciana Lady Margaret S.

—¡Ah, ah, *the poor old sweet Margaret!* —dijo Fred, riendo.

Y se puso a contar no sé ya qué anecdota en la que el nombre de Lady Margaret corría parejas con el de Edward Marsh, que había sido durante muchos años secretario de Winston Churchill y ha legado su nombre, con un bello y afectuoso prefacio, al compendio, hoy ya clásico, de las poesías de Rupert Brooke.

Al llegar a un cierto punto, Fred se volvió hacia Jeanlouis y con voz extrañamente dulce se puso a hablar de Londres, de actores, de oscuras aventuras teatrales y mundanas, de Noel Coward, de Ivor Novello y de G. de A. de W. de L., intercalando las iniciales de los nombres propios con los de aquellos nombres misteriosos y bordando en el aire, como en una tela invisible, con ademanes leves y lentos de sus manos transparentes, el perfil de personajes para mí desconocidos, vagando en la niebla de un Londres fabuloso donde ocurren los hechos más extraordinarios y las más maravillosas aventuras. Después, volviéndose de nuevo hacia mí como si reanudase un discurso interrumpido, me preguntó si la cena de Torre del Greco estaba fijada para el día siguiente o para otro día. Jeanlouis le hizo una seña con las cejas y Fred se calló, sonrojándose ligeramente y mirándome maravillado.

—Creo que es para mañana, ¿verdad Jeanlouis? — dije, sonriendo irónicamente.

—Sí, para mañana — respondió Jeanlouis, lanzándome una mirada de ira y con voz turbada como si quisiera decirme: «Pero, ¿a ti qué te importa?»—. Tenemos un solo automóvil —prosiguió—, un *jeep*, y somos ya nueve. Lo siento, pero no hay sitio para ti.

—Iré en el auto del coronel Hamilton — dije —: no pretenderás hacerme ir a pie hasta Torre del Greco.

—Harías bien en ir a pie —dijo Jeanlouis—, desde el momento en que nadie te ha invitado.

—Si tiene usted otro coche, habrá sitio para todos —dijo Fred con voz contrariada—. Con usted seremos diez. Jeanlouis, Charles, yo, Zizi, Georges, Lulú... —y continuó contándolos con los dedos, citando los nombres de algunos célebres Coridones de Roma, París, Londres y Nueva York—. Naturalmente —añadió—, no será culpa nuestra si se siente un poco... ¿cómo diré yo...?, intruso.

—Seré su invitado —respondí—; ¿cómo podría encontrarme a disgusto?

Había oído ya muchas veces hablar de *la figliata*, la famosa ceremonia sacra que se celebra cada año secretamente en Torre del Greco y a la cual acuden, desde todos los puntos de Europa, los más altos sacerdotes de la religión de los uranianos; pero no había conseguido nunca asistir a aquel extraño rito. La celebración de aquella antiquísima ceremonia (el culto asiático de la religión uraniana fue introducido en Europa, procedente de Persia, poco antes de Jesucristo y ya durante el reinado de Tiberio la ceremonia de *la figliata* era celebrada en la misma Roma en muchos templos secretos, de los cuales el más antiguo era el de Suburra) había sido suspendida durante la guerra y ahora era la primera vez, después de la liberación, que aquel misterioso rito volvía a celebrarse. La situación me favorecía y la aprovechaba. Jeanlouis parecía irritado y casi ofendido por mi impudicia, pero no osaba cerrarme a la cara las puertas del templo prohibido, confiando más en mi curiosidad satisfecha que en mi curiosidad defraudada. Fred, que al principio me había tomado por un iniciado y ahora descubría en mí al profano, parecía divertirse con aquel equívoco y se mostraba *good sport*; gozaba, en el fondo, del embarazo de Jeanlouis y sonreía con esa malignidad, propia de su sexo, que es el sentimiento más noble del alma uraniana. Pero los jóvenes amigos de Jeanlouis, que, no conociendo el inglés, no habían captado el sentido de nuestras palabras, nos miraban con recelo y, así me pareció, incluso con aire de maldad.

—¿No hay nada para beber? —preguntó Jeanlouis en voz alta y con forzada alegría para tratar de desviar la atención de sus amigos de aquel enojoso incidente.

El cabo americano había llevado una botella de whisky y todos comenzamos a beber, pero, acabada aquella botella, el joven se volvió hacia Jeanlouis y con aire insolente le dijo:

—Saca los cuartos, tú que tienes; aquí falta bencina.

Jeanlouis sacó dinero del bolsillo, se lo entregó al joven y le recomendó que no tardase. El muchacho salió y regresó al poco rato con cuatro botellas más de whisky que nos apresuramos a hacer pasar de mano en mano y de vaso en vaso. Aquellos muchachos estuvieron bien pronto alegres; su timidez, y al propio tiempo su aire

de envidia y de rencor maligno, había desaparecido y se sonreían, se hablaban, se acariciaban uno a otro sin pudor.

Jeanlouis se había sentado en el sofá al lado de Fred y le hablaba al oído acariciándole una mano.

Un cierto momento ocurrió algo que no esperaba, pese a que tuviera la oscura sensación de que tenía que ocurrir algo semejante de un momento a otro. La muchacha, que se había sentado junto al gramófono fijando en Jeanlouis sus ojos llenos de odio, de repente se puso de pie gritando:

—¡Asquerosos, bellacos! ¡Sois una banda de trotskistas y de asquerosos!

Y lanzándose contra Fred lo abofeteó en pleno rostro.

La noche del 25 de julio de 1943, sobre las once, el secretario de la Reggia Ambasciata d'Italia en Berlín, Michele Lanza, estaba tumbado en un sillón junto a la ventana abierta del piso de soltero del agregado de Prensa, Cristiano Ridomi.

Hacía un calor asfixiante y los dos amigos, apagada la luz y abierta de par en par la ventana, estaban sentados fumando y discutiendo entre ellos. Angela Lanza había salido para Italia hacía algunos días con la chiquilla, a fin de ir a pasar el verano en su villa del lago de Como. (Las familias de los diplomáticos extranjeros habían abandonado Berlín a primeros de julio para huir no tanto del calor horrible del verano berlinés, como de los bombardeos que cada día se hacían más duros.) E incluso Michele Lanza, como los demás funcionarios de la Embajada, había adquirido la costumbre de pasar la noche ora en casa de éste, ora en casa del otro colega, por no permanecer solo, encerrado en una habitación, durante las horas nocturnas, las más lentas de todas, y para compartir con un amigo, con un ser humano, la angustia y los peligros de un bombardeo.

Aquella noche Lanza estaba en casa de Ridomi y los dos amigos estaban sentados en la oscuridad, hablando de los destrozos de Hamburgo. Las Memorias del cónsul general de Italia en Hamburgo, narraban hechos terribles. Las bombas de fósforo habían prendido fuego a barrios enteros de la ciudad, haciendo gran número de víctimas. Hasta aquí nada de extraño; también los alemanes son mortales. Pero millares y millares de desgraciados, chorreando fósforo ardiendo, esperando apagar de esa manera el fuego que los devoraba vivos, se habían arrojado a los canales que atraviesan Hamburgo en todos sentidos y en el río, el puerto y los estanques, incluso en las tazas de las fuentes de los jardines públicos, o se habían hecho cubrir de tierra en las trincheras abiertas para inmediato refugio en caso de inesperado bombardeo por las calles y las plazas; donde, agarrados a la ribera o a las barcas, con el agua hasta la boca o sepultados hasta el cuello, esperaban que la autoridad encontrase por fin algún remedio contra aquel fuego traidor. Porque el fósforo es tal que se agarra a la piel como una lepra viva y quema sólo al contacto del aire. Apenas aquellos desgraciados sacaban un brazo del agua o de la tierra, el brazo se encendía como una antorcha. Para resguardarse de ello, aquellos desgraciados se veían obligados a permanecer sumergidos en el agua o sepultados bajo tierra como los condenados del *Infierno* del Dante. Patrullas de socorro iban de un condenado a otro, llevándoles bebidas y alimentos, atando con cuerdas a la ribera a los sumergidos para que al abandonarse, vencidos por el cansancio, no se ahogasen, y probando un ungüento tras otro, pero en vano, porque mientras untaban un brazo, una pierna, un hombro, sacados por un instante del agua o de la tierra, las llamas se despertaban de nuevo como serpientes encendidas, y nada bastaba para detener aquella horrible lepra ardiente.

Durante algunos días, Hamburgo ofreció el aspecto de Dite, la ciudad infernal. Aquí y allá en las plazas, en las calles, en los canales, en el Elba, millares y millares de cabezas emergían del agua o de la tierra, y aquellas cabezas, que parecían fruto del hacha del verdugo, lívidas de espanto y dolor, movían los ojos, abrían la boca, hablaban. En torno a aquellas horribles testas, incrustadas en el pavimento de las calles y flotando en la superficie del agua, andaban y acudían de día y de noche los familiares del condenado, una muchedumbre

sucia y desharrapada que hablaba en voz baja como para no turbar la horripilante agonía y les llevaban alimentos, bebida, ungüentos; quién un almohadón que poner bajo la nuca de su desgraciado familiar; otros, sentados al lado del sepulcro, le daban aire con un abanico para aliviarlo del calor del día; quiénes protegían la cara del sol bajo una sombrilla y le secaban la frente empapada de sudor, o le humedecían los labios con un pañuelo mojado o le arreglaban el cabello con un peine, o quién inclinándose desde una barca o desde la ribera del canal o del río, reconfortaba a los condenados arracimados en las cuerdas o flotando al amor de la corriente. Numerosos perros corrían aquí y allá ladrando, lamiendo el rostro del dueño enterrado o se arrojaban a nado para socorrerlo. Acaso alguno de aquellos condenados, movido por la impaciencia o por la desesperación, lanzaba un agudo grito, tratando de salir fuera del agua o la tierra y poner fin al sufrimiento de aquella inútil espera; pero en el acto, al contacto del aire, los miembros se inflamaban y llamas horrendas se encendían entre aquellos desesperados y sus familiares que a puñetazos, o pedradas o bastonazos, o con todo el peso de su propio cuerpo, se esforzaban en volver a meter en el agua o en la tierra aquella horrenda testa.

Los más valientes, los más pacientes, eran los chiquillos que no gritaban, no lloraban, que volvían los ojos para mirar serenamente el horrendo espectáculo, sonriendo a sus familiares, con esa maravillosa resignación del chiquillo que perdona la impotencia del adulto y siente piedad de los que no pueden ayudarle. Apenas caía la noche, nacía por doquier un suspiro, un murmullo, como el viento en la hierba, y esos millares y millares de cabezas miraban al cielo con ojos encendidos de terror.

Al séptimo día se dio orden de alejar a la población civil de aquellos lugares donde los condenados estaban sepultados en la tierra o sumergidos en el agua. La multitud de parientes se alejó en silencio, rechazada con dulzura por los soldados y enfermeros. Los condenados permanecían solos. Un balbuceo de terror, un rechinar de dientes, un llanto sofocado, brotaba de aquellas horribles cabezas emergiendo del agua o de la tierra, a lo largo de las riberas del río, en las calles y las plazas desiertas. Durante todo el día aquellas cabezas hablaron entre ellas, lloraron, gritaron, con la boca a flor de tierra, haciendo horrendas muecas, mostrando la lengua a los *schupos* de guardia en las esquinas, y parecía que se comiesen la tierra y escupiesen los guijarros. Después cayó la noche, y sombras misteriosas rondaban en torno a los condenados y se inclinaban sobre ellos, en silencio. Columnas de camiones con los faros apagados llegaban y se detenían. Se alzaba de todas partes un estrépito de palas y azadones, ruido de agua, el golpe seco de los remos en las barcas y gritos rápidamente apagados, lamentos y secos pistoletazos.

Lanza y Ridomi estaban sentados hablando de los estragos de Hamburgo, y Lanza se espeluznaba, cerca de la ventana, contemplando el cielo. En un momento dado, Ridomi se levantó y encendió la radio para oír las últimas noticias de Roma. Una voz de mujer cantaba en una sonora soledad metálica acompañada de algunos instrumentos de cuerda. La voz era cálida y vibraba sobre un gélido susurro de violines y violoncelos de aluminio, de cuerdas de acero. De repente el canto se interrumpió, los instrumentos se callaron y en el improvisado silencio una voz ronca gritó: «¡Atención! ¡Atención! Esta tarde, a las dieciocho horas, por orden de Su Majestad el rey, ha sido detenido el jefe del Gobierno, Mussolini. Su Majestad el rey ha encargado al mariscal Badoglio de formar nuevo gobierno.»

Lanza y Ridomi se pusieron en pie y permanecieron unos instantes en silencio, uno frente a otro, en la oscuridad de la estancia. La voz reanudó su canto. Ridomi se acercó, cerró la ventana y encendió la luz.

Los dos amigos se miraron. Estaban pálidos y jadeantes. Lanza corrió al teléfono y llamó a la Embajada de Italia. El funcionario de servicio no sabía nada. «Si es una broma — dijo —, es una broma de pésimo gusto.» Lanza le preguntó si el embajador Alfieri, que estaba en Roma desde hacía algunos días para tomar parte en la reunión del Gran Consejo, había telefonado a la Embajada. El funcionario de servicio respondió que el embajador había telefonado a las cinco, como cada día, para saber si había algo nuevo. «Gracias», dijo Lanza, y telefoneó al Ministerio de propaganda. Scheffer no estaba. Telefoneó al ministro Schmidt; no estaba. El ministro Braum von Stum, tampoco estaba. Los dos diplomáticos italianos se miraron. Era necesario tener noticias más precisas; había que obrar de prisa. Si la noticia de la detención de Mussolini era cierta, la reacción alemana sería inmediata y brutal. Había que refugiarse en algún lugar seguro para escapar a las primeras violencias, siempre las más peligrosas. Ridomi propuso refugiarse en la Embajada de España, o en la Legión Suiza; pero, ¿y si la noticia era falsa? Se reiría todo Berlín. Finalmente los dos diplomáticos italianos decidieron telefonar a una común amiga berlinesa: Gerda von H..., que tenía muchas relaciones con el cuerpo

diplomático extranjero y en los círculos nazis. Acaso Gerda pudiese aconsejarlos, ayudarlos, ofrecerles asilo durante algunos días, algunas horas hasta que la situación estuviese esclarecida.

—*Oh, lieber Lanza* —respondió Gerda von H... —, estaba a punto de telefonarle. Estoy aquí con algunas amigas muy lindas; venga y dígame a Ridomi que no haga el ogro, pasaremos una agradable velada. Venga en seguida, le espero.

Lanza había dejado el automóvil delante de la puerta, los dos amigos se precipitaron escaleras abajo, saltaron al coche y se dirigieron a gran velocidad a casa de Gerda von H... Huían como si hubiesen tenido la Gestapo a los talones. Gerda habitaba en el barrio Oeste. Las calles estaban oscuras y desiertas. Mientras se iban acercando al barrio Oeste el aire se iba haciendo brumoso, las verdes copas de los tilos se cimbreaban sobre el cielo estrellado y mil rumores de la ciudad brotaban de la azulada oscuridad como una gota de color en un vaso de agua, y una leve tonalidad sonora quedaba en el tejido transparente de la niebla.

Gerda von H... vestía una larga túnica celeste que le caía hasta los pies desnudos, formando mórbidos pliegues como el acanalado de una columna dórica. Llevaba el cabello rubio recogido sobre las sienes y alzado encima de la cabeza como Nausica al salir del mar. En todo su aspecto, en aquella manera suya de levantar, caminando, las rodillas y de echar a cada paso la cabeza atrás como si caminase verdaderamente por el borde del mar había algo de marino. Gerda von H..., había permanecido fiel al ideal de la belleza que estaba en boga en Berlín en 1930; había sido discípula de Curtius en Bonn, había frecuentado durante algún tiempo el pequeño mundo de los intelectuales y de los estetas iniciados en el culto de Stephan George, y parecía moverse y respirar en aquel paisaje convencional de la poesía de dicho poeta, donde las arquitecturas neoclásicas de Winckelmann y las escenas del Segundo Fausto sirven de fondo a las espectrales musas de Holderlin y de Rainer María Rilke. Su casa, para usar su lenguaje anticuado, era un templo, donde recibía a sus huéspedes echada sobre un montón de almohadones, en medio de un grupo de mujeres jóvenes tendidas sobre las mullidas alfombras, *comme un betail pensif sur le sable couché*. Una sonrisa reluciente erraba sobre sus labios tristes; tenía unos ojos grandes, una mirada cálida y grávida.

Gerda von H... cogió de la mano a Lanza y caminando levemente con sus pies desnudos entró en el salón donde estaban reunidas cinco muchachas de largo cuerpo de efebo, de rostro demacrado, de frente iluminada por el resplandor firme y sereno de los ojos azules. Tenían los labios rojos, apenas oscurecidos por esos tenues reflejos verdes que algunas veces tienen los labios de las mujeres rubias; las orejas eran chiquitas y rosadas, parecidas a las ramificaciones del coral. Pero en su rostro había un algo incierto, ese aire vago y nebuloso que aparece en un rostro reflejado en un espejo donde el contraste con la gélida luminosidad del cristal hace la imagen opaca y lejana. Iban vestidas de seda; por el vasto escote aparecían los hombros dorados por el sol, mórbidos, lisos, color de miel. Tenían los tobillos un poco gruesos como los tienen las muchachas alemanas, pero la pierna era bien modelada, ágil y alargada, con la rodilla un poco prominente y delgada. La que, de entre ellas, parecía la más audaz y recordaba a Diana entre las ninfas cazadoras, dijo que habían pasado el día en la barca sobre el Wansee, y que estaban todavía embriagadas de sol. Se reía, echando la cabeza atrás, y este ademán descubría su garganta enjuta, su pecho ancho y musculado de amazona.

El champaña estaba tibio en aquella habitación con las ventanas cerradas por el *black out* donde reinaba un bochorno húmedo, saturado de acre olor de tabaco. Las muchachas y los diplomáticos italianos hablaban de Roma, de Venecia, de París. Aquella que se parecía a Diana había regresado hacia pocos días de París y hablaba de los franceses con un tono que sorprendió desagradablemente a Lanza y a Ridomi; era un acento de afectuoso rencor, de malvados celos. Parecía que, enamorada de Francia, al propio tiempo la odiase. No ama de una manera diferente una mujer que ha sido traicionada.

—Los franceses nos odian —decía Gerda von H... —, ¿por qué nos odian?

Lanza y Ridomi conversaban con la mente lejana, aferrada al pensamiento que los turbaba y cambiaban de vez en cuando una mirada inquieta. Ya diez veces Lanza, había estado a punto de revelar a Gerda y a sus amigos el motivo de su turbación, pero un oscuro sentido del temor lo detenía cada vez. Entretanto, pasaba el tiempo, y la incertidumbre, en el ánimo de los dos diplomáticos italianos, se convertía en angustia.

Ya Lanza estaba a punto de levantarse, de llevarse a Gerda a un rincón y confiarle la verdad, pedirle consejo y ayuda, ya se levantaba, ya se acercaba, cuando Gerda, abriéndole los brazos y apoyando una mano sobre su hombro, le dijo:

—¿Quieres bailar?

—Sí, sí —exclamaron las demás muchachas, mientras una de ellas encendía la radio.

—Es tarde — dijo Ridomi —, todas las emisoras han terminado.

Pero la muchacha, haciendo girar el botón, encontró en un cierto punto la emisora de Roma y la melodía de una orquesta de baile difundió por la estancia. *Una noche contigo*, cantaba una voz de mujer.

—*Wunderbar* —dijo Gerda—. Roma canta todavía.

—Cantará poco tiempo ya — dijo Ridomi.

—¿Por qué? —preguntó Gerda.

—Porque... —respondió Ridomi, pero se calló por ese oscuro sentimiento de temor que en él y su compañero iba convirtiéndose en miedo.

A los oídos de los dos diplomáticos italianos aquella voz sonaba lejanísima y leve, apenas una niebla sonora ondulante en la noche; y los dos amigos temblaban a coro, temiendo que de un momento a otro aquella voz dulcísima se hiciese ronca y dura y gritase la terrible noticia.

—Baila con mi amiga —dijo Gerda, empujando a Lanza en brazos de aquella que parecía Diana, y arrastrando de la mano para sí, con gracia inocente, al gordo e indolente Ridomi.

Las otras cuatro muchachas habían formado parejas entre ellas y bailaban lánguidamente, estrechándose fuertemente una a otra por el seno y los muslos. La compañera de Lanza se estrechaba contra su pecho y lo miraba fijamente y sonriendo en los ojos, con un frecuente parpadeo. Lanza sentía contra su propio pecho el latir de aquel seno pequeño y masculino, el ondear de aquellos flancos contra sus propios flancos, aquel vientre firme contra su vientre; pero su pensamiento estaba en otro sitio, y en su mente las confusas imágenes de Mussolini, del rey y de Badoglio se mezclaban entre ellas, se unían y se desunían, se revolcaban por el suelo, tratando de sujetarse una a otra, como los saltimbanquis cuando hacen cabriolas sobre la alfombra.

De repente, la música se interrumpió; se desvaneció aquella dulcísima voz de mujer, y una voz agitada y ronca anunció: «Antes de leer la proclama del mariscal Badoglio vamos a dar un resumen de las últimas noticias. Sobre las 17 horas, el jefe de Gobierno, Mussolini, ha sido detenido por orden de Su Majestad el rey. El nuevo jefe de Gobierno, mariscal Badoglio, ha dirigido al pueblo la siguiente proclama...»

Al oír aquella voz, aquellas palabras, la compañera de Lanza se apartó de él rechazándolo con un movimiento de la mano que le pareció un puñetazo. Las demás parejas se separaron también del abrazo, y ante los ojos atónitos de los dos diplomáticos italianos ocurrió la cosa más inesperada del mundo. Los ademanes, la indumentaria, la sonrisa, la voz, la mirada de aquellas muchachas fueron sufriendo paulatinamente una maravillosa metamorfosis: los ojos azules se oscurecieron, la sonrisa se apagó en los labios que se habían vuelto repentinamente pálidos y acerados, las voces se lucieron profundas y ásperas, los ademanes, pocos momentos antes lánguidos, se hicieron bruscos; los brazos, poco antes carnosos y mórbidos, se endurecieron, se volvieron sarmentosos, como le ocurre a la rama de un árbol arrancada por el viento que, al irse secando paulatinamente, su linfa vital pierde su verde resplandor, el brillo de la corteza, esa ternura de la naturaleza arbórea, y se vuelve dura y áspera. Pero esto que en la rama del árbol se produce poco a poco, en aquellas muchachas se produjo de repente. Lanza y Ridomi estaban frente a aquellas muchachas con el mismo atónito temor de Apolo delante de Dafne, al verla metamorfosearse de joven en laurel. Aquellas muchachas tan rubias y suaves, en pocos instantes se convirtieron en hombres.

Eran hombres.

—*Ach so!* —dijo aquella que pocos momentos antes se parecía a Diana, fijando en los dos diplomáticos sus ojos con una mirada amenazadora —, *ach so!* ¿Creéis que os quedaréis tan tranquilos? ¿Creéis que el Führer os va a dejar detener a Mussolini sin partiros la cabeza? — Se volvió a su compañera para añadir—: Vamonos en seguida al campo. Sin duda, nuestra escuadrilla ha recibido ya la orden de marcha. Dentro de pocas horas bombardearemos Roma.

—*Jawohl, mein Hauptmann* —respondieron los cuatro oficiales de aviación, haciendo chocar con fuerza los tacones.

El capitán y sus compañeros se inclinaron en silencio delante de Gerda von H..., y, sin diluir ni una mirada a los dos estupefactos italianos, se marcharon precipitadamente con paso viril, haciendo resonar sus tacones sobre el pavimento.

Ante el imprevisto grito de la muchacha, ante sus palabras, su actitud y el chasquido de la bofetada, todos aquellos muchachos deshicieron su abrazo, y dejando caer de su rostro la máscara femenina, despojados de aquella languidez, de aquel abandono, del femenino disfraz de los ademanes, de la mirada, de la sonrisa, y vueltos a ser hombres en pocos instantes, rodearon amenazadoramente a la muchacha que, pálida y jadeante, de pie en medio de la habitación, fijaba en Fred sus ojos con mirada llena de odio.

— ¡Bellacos! —repitió—. ¡Sois una banda de bellacos asquerosos y trotskistas, eso es lo que sois!

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué ha dicho? —gritaban ellos—. ¿Trotskistas nosotros? ¿Por qué? ¿Qué diablos se te ocurre? ¡Estás loca!

—No, no está loca —dijo Fred—, está celosa. — Y estalló en una risa tan histérica y convulsiva, que yo esperaba de un momento a otro que se convirtiese en llanto.

— ¡Ja, ja, ja! —rieron a coro los demás—. ¡Está celosa, ja, ja, ja!

Jeanlouis, entretanto, se había acercado a la muchacha, y con una actitud llena de ternura le acariciaba un hombro, susurrándole entretanto algo al oído, a lo cual la muchacha, palideciendo, asentía con un simple movimiento de cabeza. Yo me había levantado y observaba sonriendo la escena.

—¿Y ése, qué quiere de nosotros ése? —gritó de repente la muchacha, rechazando a Jeanlouis y mirándome descaradamente a los ojos —; ¿quién lo ha dejado entrar? ¿No le da vergüenza estar entre nosotros?

—No me avergüenzo en absoluto — dije yo —. ¿Por qué me avergonzaría? Me gusta la compañía de bravos muchachos. ¿No es verdad que, en el fondo, son todos buenos muchachos?

—No comprendo a qué puede usted querer aludir — dijo con aire provocativo uno de ellos, acercándose a mí hasta casi tocarme.

—¿No sois acaso buenos chicos? —dije, apoyándole mi mano abierta sobre el pecho—, pero sí..., sois todos buenos muchachos, y si no fuese por todos vosotros nadie habría podido ganar la guerra.

Y, riéndome, salí y bajé la escalera.

Jeanlouis se reunió conmigo en la calle.

Estaba un poco turbado, y durante algún tiempo no nos dijimos nada. En un momento dado me dijo:

—No hubieras debido insultarlos. Sufren...

—No los he insultado —respondí.

—No hubieras debido decir que son los únicos que han ganado la guerra.

—¿No han ganado acaso la guerra?

—Sí, en cierto modo, sí —dijo Jeanlouis—, pero sufren.

—¿Sufren? ¿De qué?

—Sufren —dijo Jeanlouis— por todo lo que ha ocurrido estos años.

—¿Quieres decir por el fascismo, por la guerra, por la derrota?

—Sí, también por eso —dijo Jeanlouis.

—Es un buen pretexto —dije—. ¿No podíais encontrar un pretexto mejor?

—¿Por qué finges no comprender?

—Pero sí..., comprendo muy bien. Os habéis puesto a hacer de puta por desesperación, por el dolor de haber perdido la guerra. ¿No es eso?

—No, no es exactamente así, pero da lo mismo —dijo Jeanlouis.

—¿Y Fred? ¿También Fred sufre? ¿Se ha metido a hacer de puta porque Inglaterra ha ganado la guerra?

—¿Por qué lo insultas? ¿Por qué lo llamas puta? —dijo Jeanlouis con un tono de despecho.

—Porque si sufre, sufre como una puta.

—No digas tonterías —dijo Jeanlouis—; sabes perfectamente que en estos últimos años los jóvenes han sufrido más que los otros.

—¿Incluso cuando aplaudían a Hitler y Mussolini y escupían sobre quienes iban a la cárcel?

—Pero, ¿no comprendes que sufrían? ¿No comprendes que sufren? —gritó Jeanlouis—. ¿No comprendes que todo lo que hacen lo hacen porque sufren?

—¡Valiente excusa! —dije—. Afortunadamente no todos los muchachos jóvenes son como tú. No todos los jóvenes hacen de puta.

—No es culpa nuestra si ahora nos vemos reducidos a eso —dijo Jeanlouis.

Me había cogido del brazo y caminaba a mi lado, apoyando contra mí todo el peso de su cuerpo, exactamente como hace una mujer cuando quiere hacerse perdonar o un chiquillo cansado.

—Y, además, ¿por qué nos llamas putas? No somos putas, ya lo sabes, es injusto que nos llames putas.

Hablaba con voz plañidera, con la voz de una mujer que quiere hacerse compadecer, con la voz de un chiquillo cansado.

—¿Te vas a echar a llorar ahora? ¿Cómo quieres que os llame?

—No es culpa nuestra, lo sabes muy bien; no es culpa nuestra...

—No, no es culpa vuestra —dije—. Si fuera sólo culpa vuestra, ¿crees que te hablaría de ciertas cosas? Es la historia de siempre, después de una guerra. Los jóvenes reaccionan al heroísmo, a la retórica del sacrificio, de la muerte heroica, y reaccionan siempre de la misma manera. Por desabrimiento del heroísmo, de los ideales heroicos, de los ideales nobles, ¿sabes qué hacen los jóvenes como tú? Eligen siempre la revuelta más fácil, la de la vileza, de la indiferencia moral, el narcisismo. Sé creen rebeldes, *blasés*, *affanchis*, nihilistas, y no son más que putas.

—No tienes derecho a llamarnos putas —gritó Jeanlouis—. Los jóvenes merecen respeto.

—Es una cuestión de palabras. He conocido millares como tú, después de la otra guerra, que creían ser dadaístas o surrealistas y no eran más que putas. Verás, después de esta guerra, cuántos jóvenes se figurarán ser comunistas. Cuando los aliados hayan liberado a toda Europa, ¿sabes qué encontrarán? Una masa de jóvenes desilusionados, corrompidos, desesperados, que jugarán a hacer el pederasta como podrían jugar al tenis. Es lo de siempre en la historia, después de una guerra. Los jóvenes como tú, por cansancio o indiferencia del heroísmo, acaban casi siempre en la pederastía. Se ponen a hacer el Narciso y el Coridón para demostrarse a sí mismos que no tienen miedo de nada, que han superado los prejuicios y las convenciones burguesas, que son verdaderamente libres, hombres libres, y no se dan cuenta de que también ésta es una manera de hacer el héroe. ¡Ah, ah, ah, siempre los héroes a los pies! ¡Y todo esto con la excusa de que están asqueados del heroísmo!

—¡Si a todo lo que ha ocurrido durante estos años lo llamas heroísmo...! —dijo Jeanlouis en voz baja.

—¿Y cómo quisieras llamarlo? ¿Qué crees que es el heroísmo?

—El heroísmo es vuestra bellaquería burguesa.

—También ocurre siempre así después de las revoluciones proletarias —dije—; los jóvenes como tú creen que hacerse pederasta es una manera de ser revolucionario.

—Si te refieres al trotskismo, te equivocas —dijo Jeanlouis—; nosotros no somos trotskistas.

—Sé que no sois trotskistas —dije—, sois unos pobres muchachos que os avergonzáis de ser burgueses y no tenéis valor para haceros proletarios. Creéis que haceros pederastas es un medio como otro de haceros comunistas.

—¡Deja eso! Nosotros no somos pederastas —gritó Jeanlouis—. ¡No somos pederastas! ¿Has

comprendido?

—Hay mil maneras de ser pederasta — dije —; muchas veces la pederastía no es más que un pretexto. Un bello pretexto, no hay que negarlo. No hay duda de que encontraréis quien inventará una teoría literaria, política o filosófica para justificaros. Los rufianes no faltan nunca.

—Queremos ser hombres libres —dijo Jeanlouis —; ¿es eso a lo que tú llamas ser pederasta?

—Lo sé — dije —, sé que os sacrificáis por la libertad de Europa...

—Eres injusto; si somos lo que dices, es culpa vuestra. Sois vosotros quienes nos habéis hecho así. ¿Qué habéis sido capaces de hacer? ¡Bonito ejemplo nos habéis dado! No habéis sido capaces más que haceros meter en la cárcel por ese bufón de Mussolini. ¿Por qué no habéis hecho la revolución si no queríais la guerra?

—La guerra y la revolución es lo mismo. Es siempre la misma fábrica de pobres héroes como tú, como vosotros.

Jeanlouis rió con aire malvado y perverso.

—Nosotros no somos héroes —dijo— los héroes nos dan asco. Madre, patria, bandera, honor, patria, gloria, todo inmundicia. Nos llaman putas, pederastas; sí, quizá seamos putas, pederastas y aún quizá peor; pero no nos damos cuenta. Y esto basta, queremos ser libres, eso es todo. Queremos dar un sentido, un objeto a nuestra vida.

—Lo sé —dije sonriendo y en voz baja—, sé que sois unos buenos muchachos...

De la colina del Vomero habíamos, entretanto, bajado a la Piazza dei Martiri y de allá dimos la vuelta hacia el callejón de la Cappella Vecchia para subir al Calascione. Al pie de la Rampa Caprioli se abre la plazuela de la Cappella Vecchia, una especie de gran patio dominado por un lado por los flancos escarpados del Monte di Dio, y por otro, por el muro de la Sinagoga y la alta fachada del palacio donde durante largos años habitó Emma Hamilton. Desde aquella ventana, allí arriba, Horacio Nelson, con la frente apoyada en los cristales, contemplaba el mar de Nápoles, la isla de Capri, errante por el horizonte, los palacios de Monte di Dio, la colina del Vomero, verde de pinos y de viñas. Esas altas ventanas, allí arriba, a pico sobre el Chiatamone, eran las ventanas de las habitaciones de Lady Hamilton. Vestida ora con el traje de las insulares de Chipre, ora el de las mujeres de Nauplia, ora los anchos calzones rojos de las muchachas del Epiro, ora con el traje greco-veneciano de Corfú, el cabello envuelto en un turbante de seda celeste como el retrato de Angélica Kauffmann, Emma danzaba ante Horacio; y el grito plañidero de los vendedores de naranjas subía del abismo verde y azul de los callejones del Chiatamone.

Me había detenido en el centro de la plazuela de la Cappella Vecchia, y miraba hacia arriba las ventanas de Lady Hamilton, estrechando con fuerza el brazo de Jeanlouis. No quería bajar los ojos, mirar en torno a mí. Sabía lo que habría visto allá, delante de nosotros, al pie del muro que sirve de fondo al patio de la parte de la Sinagoga. Sabía que allí, delante de nosotros, a pocos pasos de mí (oía las risas pálidas de los chiquillos, la ronca voz de los *goumiers*) estaba el mercado de los chiquillos, que incluso aquel día, a aquella hora, en aquel momento, chiquillos de ocho a diez años, semidesnudos, estaban sentados delante de los soldados marroquíes, que los observaban atentamente, los elegían, contrataban el precio con las horribles mujeres desdentadas, con el rostro descarnado y flaccido cubierto de afeites, que hacían el comercio de aquellos pequeños esclavos.

Jamás, en tantos siglos de miseria y de esclavitud, se habían visto en Nápoles cosas semejantes. Siempre, en Nápoles, se había vendido de todo, pero nunca chiquillos. En Nápoles se había hecho comercio de todo, pero jamás de los chiquillos. En Nápoles no se habían vendido nunca chiquillos por las calles. En Nápoles los chiquillos eran sagrados. Son la única cosa sagrada que puede haber en Nápoles. El pueblo napolitano es un pueblo generoso, el más humano de todos los pueblos de la tierra, el único pueblo de la tierra que aun la familia más pobre, entre sus chiquillos, sus diez, sus doce chiquillos, cría un huérfano recogido en el Ospedale deglo Innocenti; y era entre todos el más sagrado, el mejor vestido, el mejor alimentado, porque era «il figlio della Madonna» y trae fortuna a los demás chiquillos. Se podía decir todo de los napolitanos, todo, pero no que vendiesen a sus chiquillos por las calles.

Y ahora, en la plazuela de la Cappella Vecchia, en el corazón de Nápoles, al pie de los nobles palacios de Monte di Dio, del Chiatamone, de la Piazza dei Martiri, al lado de la Sinagoga, los soldados marroquíes iban a comprar por muy poco dinero los chiquillos napolitanos.

Los sobaban, les alzaban la ropa, metían sus largos y expertos dedos negros por entre los botones de los pantaloncitos y contrataban el precio mostrando los dedos de la mano.

Los chiquillos estaban sentados a lo largo del muro contemplando los compradores; se reían masticando

caramelos, pero no tenían esa habitual tranquilidad alegre de los chiquillos napolitanos, no se hablaban entre sí, no gritaban, no cantaban, no gastaban bromas ni burlas. Era evidente que tenían miedo. Las madres, o aquellas mujeres huesudas y pintadas que se decían madres, los tenían agarrados por un brazo, casi temerosas de que los marroquíes se los llevasen sin pagarlos; después tomaban el dinero, lo contaban, se alejaban con el chiquillo agarrado del brazo y un *goumier* los seguía con el rostro agujereado por las viruelas, los ojos centelleantes de lujuria bajo la punta de su capote pardo puesto sobre la cabeza.

Yo miraba hacia arriba, a las ventanas de Lady Hamilton, y no quería bajar la vista. Miraba el borde del cielo azul que adornaba la alta terraza de la casa de Lady Hamilton, y Jeanlouis, a mi lado, se callaba. Pero yo me daba cuenta de, que callaba, no por sugestión mía, sino porque una oscura fuerza le trabajaba, porque la sangre le subía a las sienes, le agarraba de la garganta. Y de repente, Jeanlouis dijo:

—Me inspiran piedad estos pobres chiquillos.

Y yo me volví y le lancé a la cara:

— ¡Eres un bellaco!

—¿Por qué me has llamado bellaco? —dijo Jeanlouis.

—Te inspiran piedad, ¿no es cierto? ¿Estás seguro de que sea piedad? ¿No será acaso otra cosa?

—¿Qué quieres que sea? —dijo Jeanlouis, mirándome con aire vil y maligno.

—Casi, casi te comprarías también tú uno de estos chiquillos, ¿verdad?

—¿Y a ti qué te importaría que me lo comprase? — dijo Jeanlouis —. Soy mejor yo que uno de estos soldados marroquíes. Le daría de comer, le vestiría, le compraría un par de zapatos; no le faltaría nada. Sería una obra de caridad.

— ¡Ah! Sería una obra de caridad, ¿no es cierto? — dije yo, mirándolo fijamente a los ojos—; eres un hipócrita y un bellaco.

—Contigo no se puede siquiera bromear. Y, además, ¿qué te importa a ti que sea un hipócrita o un bellaco? ¿Te crees acaso con derecho de hacerte el moralista, tú y otros como tú? ¿Crees acaso que no eres también tú un bellaco y un hipócrita?

—Sí, es cierto, también yo soy un bellaco y un hipócrita como tantos otros —dije—, ¿y qué? No me avergüenzo en absoluto de ser un hombre de mi tiempo.

—Y entonces, ¿por qué no tienes el valor de repetir para estos chiquillos todo lo que has dicho sobre mí? —dijo Jeanlouis, agarrándome por el brazo y mirándome con los ojos húmedos de lágrimas—. ¿Por qué no dices que estos chiquillos se han puesto a hacer de puta con el pretexto del fascismo, de la guerra y de la derrota? Vamos, adelante, ¿por qué no dices que esos chiquillos son trotskistas?

—Un día estos chiquillos llegarán a ser hombres — dije —, y si Dios quiere nos romperán las narices a ti, a mí y a todos los que son como nosotros. Te romperán las narices, y tendrán razón.

—Tendrán razón —dijo Jeanlouis—, pero no lo harán. Estos chiquillos, cuando tengan veinte años, no le abrirán la cabeza a nadie. Harán como nosotros, harán como tú y como yo. También nosotros hemos sido vendidos a su edad.

—Mi generación ha sido vendida a la edad de veinte años. Pero no por hambre, por algo peor. Por miedo.

—Los jóvenes como yo hemos sido vendidos cuando éramos todavía chiquillos —dijo Jeanlouis—, y hoy no le partimos la cabeza a nadie. Éstos harán lo que hemos hecho nosotros; se arrastrarán a nuestros pies y nos lamerán los zapatos. Y creerán ser hombres libres. Europa será un país de hombres libres; eso será Europa.

—Afortunadamente, aquellos chiquillos recordarán siempre haber sido vendidos por hambre y perdonarán. Pero nosotros no olvidaremos que hemos sido vendidos por algo peor: por miedo.

—No digas estas cosas. No hay necesidad de decir estas cosas — dijo Jeanlouis estrujándome el brazo.

Y yo sentí que su mano temblaba.

Quería decirle: «Gracias, Jeanlouis, te doy las gracias de que sufras»; quería decirle que comprendía las razones de muchas cosas y que sentía piedad por él cuando por casualidad levanté los ojos y vi el cielo. Es una vergüenza que haya en el mundo un cielo así. Es una vergüenza que el cielo, en ciertos momentos, sea como era aquel día, en aquel momento. Lo que me hacía correr por el espinazo un escalofrío de miedo y de asco no eran aquellos pequeños esclavos apoyados contra el muro de la Cappella Vecchia, ni aquellas mujeres de rostro descarnado y pálido cubierto de afeites, ni aquellos soldados marroquíes de ojos brillantes y largos

dedos huesudos, sino el cielo, aquel cielo azul y límpido sobre los tejados, sobre los escombros de las casas, sobre los árboles verdes, hinchados de pájaros. Era aquel cielo alto de seda cruda, de un azul frío y lúcido, en el que él mar ponía un vago y remoto resplandor verde. Aquel cielo delicado y cruel que, curvándose dulcemente sobre la colina del Posillipo, se hacía rosado y tierno como la piel de un chiquillo.

Pero donde aquel cielo parecía más delicado y cruel era allá abajo, a lo largo del borde del muro al pie del cual estaban sentados los pequeños esclavos. El muro que sirve de fondo al patio de la Cappella Vecchia es un alto muro con el revoque desconchado por el paso del tiempo y las estaciones, que un día fue sin duda del color rojizo de las casas de Pompeya y Herculano, que los pintores napolitanos llamaban rojo borbónico. Los años, la lluvia, el sol, el abandono, han cansado y suavizado ese rojo vivo, dándole el color de la carne, aquí rosado, allá más claro, más lejos transparente como una mano delante de la llama de una vela. Y fuesen los desconchados, fuesen las verdes manchas de moho, aquellos blancos, aquellos marfiles, aquellos amarillos que aparecían aquí y allá por debajo del revoque antiguo, o fuese el juego de luz, cambiante a cada momento por el variado reflejo del continuo movimiento del mar antiguo o por la errante inquietud del viento que según sople de tierra o del mar tiñe diferentemente la luz, me parecía que aquel alto y antiguo muro tuviese vida, fuese una cosa viva, un muro de carne, donde apareciesen todas las aventuras de la carne humana, desde la rosada inocencia de la infancia a la verde y amarillenta melancolía de la edad declinante, me parecía que aquel muro de carne se ajase lentamente, y paulatinamente iban apareciendo aquellos blancos, aquellos tonos marfileños, rosados, amarillentos pálidos, propios de la carne humana ya cansada, ya vieja, ya socavada por las arrugas, ya próxima a la última y maravillosa aventura de la desintegración. Grandes moscas erraban lentamente sobre aquel muro de carne, zumbando. El fruto maduro del día se mustiaba, se pudría, y en el aire cansado, ya corrompido por las primeras sombras de la noche, el cielo, aquel cielo cruel de Nápoles, tan puro y tan tierno, emitía un lamento, una queja, una felicidad triste y fugitiva. Una vez más mordía la tarde. Y uno tras otro volvían a refugiarse en la tibieza de la noche, conio ciervos, gamos y jabalíes en la selva, los sonidos, los colores, las voces, aquel sabor de mar, aquel olor de laurel y mieles que es el sabor y olor de la luz de Nápoles.

De repente se abrió una ventana en aquel muro y una voz me llamó por mi nombre. Era Pierre Lyautey, que me llamaba desde la ventana de la Comandancia de la División marroquí del general Guillaume. Subimos, y Pierre Lyautey, alto, atlético, huesudo, el rostro curtido por el hielo de las montañas de Cassino, vino a nuestro encuentro en la escalera, abriendo sus inmensos brazos.

Pierre Lyautey era un viejo amigo de la madre de Jeanlouis, la condesa B. Cada vez que venía a Italia no dejaba nunca de ir a pasar algunos días, o algunas semanas, en la villa de la condesa B. en las orillas del lago de Como, obra egregia de Piermarini, donde tenía reservada, por derecho de antigüedad, la cámara de Napoleón, la del ángulo, que mira hacia Bellagio; el lecho en el cual Stendhal había pasado una noche con Angela Pietragrua, y el pequeño escritorio de caoba donde el poeta Parini había escrito su famoso poema *Il giorno*.

—*Ah, que vous êtes beau!* —exclamó Pierre Lyautey, abrazando a Jeanlouis, a quien hacía años no había visto. Y añadió, que había dejado a Jeanlouis cuando éste *il n'était qu'un Eros* y lo encontraba ahora *qu'il était un...* Yo esperaba que dijese «*¿...un héros*», pero se corrigió a tiempo y dijo «*...un Apollon*».

Era la hora del refectorio y el general Guillaume nos invitó a su mesa.

Con su perfil apolíneo, sus labios rojos, sus ojos negros y brillantes en la tersa palidez del rostro, con su voz dulcísima, Jeanlouis produjo una profunda impresión sobre los oficiales franceses. Era la primera vez que venían a Italia, por primera vez la belleza viril se les aparecía en todo el esplendor del antiguo ideal griego. Jeanlouis era un ejemplo perfecto de cuanto la civilización italiana en largos siglos de cultura, de riqueza, de refinamiento, de selección física e intelectual, de indiferencia moral y libertad aristocrática habían podido producir en cuanto a belleza viril. En el rostro de Jeanlouis, unos ojos ejercitados en la lenta y continua evolución del clásico ideal de la belleza en la pintura y la escultura italianas del cuatrocientos al ochocientos, hubieran percibido, sobrepuesta a la sensualidad del *ritratti d'uomo* del renacimiento, la noble y melancólica máscara del romanticismo italiano, especialmente lombardo (Jeanlouis pertenecía a una de las más antiguas e ilustres familias de la nobleza lombarda), de principios del siglo XIX, que incluso en Lombardía fue liberal y romántico por nostalgia napoleónica: Aquellos oficiales franceses eran Stendhal frente a Fabricio del Dongo. Y tampoco éstos, como Stendhal, se daban cuenta de que la belleza de Jeanlouis era, como la de Fabricio, una belleza sin ironía y sin inquietud de naturaleza moral.

La maravillosa aparición (en aquel interior napolitano de vulgares muebles burgueses, delante de aquella mesa) de aquel Apolo vivo, de un tan perfecto modelo de la belleza viril, era para aquellos oficiales franceses la revelación de un misterio prohibido. Todos contemplaban a Jeanlouis en silencio. Y yo me preguntaba con una turbación cuya razón no podía explicarme, si se daban cuenta de que aquel admirable «espectro» de la civilización clásica italiana en su triunfo extremo, ya corrompida y humillada por los fermentos de una morbosa sensualidad femenina, ya con la aridez de la carencia de nobles sentimientos, de fuertes pasiones y de altos ideales, era la imagen del mal secreto que sufría gran parte de la juventud europea en todos los países, vencedores y vencidos; la oscura tendencia a transformar los ideales de libertad, que parecían ser los ideales de

toda la juventud europea, en ansia de satisfacciones sensuales, las exigencias morales en rechazo de la propia responsabilidad, los deberes sociales y políticos en vanas lucubraciones intelectuales y los nuevos mitos proletarios en mitos ambiguos de un narcisismo desviado hacia el autocastigo. (Lo que parecía extraño era que Barrès estaba tan lejos de Jeanlouis y de los jóvenes de su generación como Gide; el Gide de *moi, cela m'est égal, parce que j'écris «Paludes»*.)

Los criados marroquíes que servían a la mesa no apartaban la mirada de Jeanlouis, encantados, y yo veía en aquellos ojos brillar un lascivo deseo. Para aquellos hombres venidos del Sahara y de las montañas del Atlas, Jeanlouis no era más que un objeto de placer. Y yo me reía en mi interior (no podía menos que reírme; era más fuerte que yo; por otra parte, no había nada malo en reírse de una idea tan extraña, tan triste), imaginándome a Jeanlouis y a todos los jóvenes «héroes» como él, sentados entre los pequeños esclavos en la plazuela de la Cappella Vecchia, al pie de aquel muro de carne que poco a poco iba deshaciéndose en la luz declinante, hundiéndose paulatinamente en la noche como un pedazo de carne putrefacta.

A mis ojos Jeanlouis era la imagen de lo que son en demasía ciertas *élites* de las jóvenes generaciones en esta Europa no purificada, pero corrompida por los sufrimientos, no exaltada, sino humillada por la encontrada libertad; una juventud en venta. ¿Por qué no tenía que ser aquélla también una «juventud en venta»? También nosotros, cuan, do fuimos jóvenes, habíamos sido vendidos. En esta Europa el destino de los jóvenes es ser vendidos por hambre o por miedo. Es necesario que la juventud se prepare, o se acostumbre, a hacer su papel en la vida, en el Estado. Un día u otro, si todo va bien, los jóvenes serán vendidos por las calles por algo muchísimo peor que el hambre o el miedo.

Y como si la fuerza de mis pensamientos reclamase al mismo tema la mente de los demás comensales, el general Guillaume me preguntó de repente por qué razón las autoridades italianas no sólo no prohíben el mercado de chiquillos, sino que parecen no darse cuenta siquiera de tal inmundicia.

—Es una vergüenza —añadió—. He echado de aquí cien veces a esas desvergonzadas y sus desgraciados chiquillos; he advertido cien veces a las autoridades italianas, he hablado yo mismo incluso con el arzobispo de Nápoles, el cardenal Ascalesi. Todo inútil. He prohibido a mis *goumiers* tomar esos chiquillos, los he amenazado con hacerlos fusilar si no obedecían. La tentación es demasiado fuerte para ellos. Un *goumier* no podrá jamás comprender que pueda estar prohibido comprar lo que se vende en el mercado público. Pertenece a las autoridades italianas evitarlo, detener a estas madres desnaturalizadas, encerrar estos chiquillos en un colegio. Yo no puedo hacer nada.

Hablaba lentamente; me parecía que las palabras le doliesen en la boca.

Yo me eché a reír. ¡Detener a esas madres desnaturalizadas! ¡Encerrar a los chiquillos en un colegio! ¡No quedaba ya nada en Nápoles, nada en Europa; todo podrido, todo destruido, todo derrumbado, casas, iglesias, hospitales, padres, madres, hijos, tíos, abuelos, primos, todos *kaputt!* Me reía, y esta risa fuerte y dolorosa me daba dolor de estómago. ¡Las autoridades italianas! ¡Un hatajo de ladrones y de bellacos que hasta el día anterior habían metido en la cárcel a la gente en nombre de Mussolini y ahora la metían en nombre de Roosevelt, de Churchill y de Stalin! ¡Unos granujas que hasta el día anterior habían hecho de amos en nombre de la tiranía y ahora lo hacían en nombre de la libertad! ¿Qué les importa a las autoridades italianas que ciertas madres desnaturalizadas vendiesen a sus chiquillos por las plazas? Un hatajo de bellacos, todos del primero al último, demasiado ocupados en limpiar los zapatos del vencedor para poder ocuparse de tonterías. «¿Detener a las madres? — decía yo—. ¿Qué madres? ¿Prohibirles vender a sus hijos? ¿Y por qué? ¿No son suyos los chiquillos? ¿Son acaso del Estado, del Gobierno, de la política, de los sindicatos, de los partidos políticos? Son de sus madres, y las madres tienen derecho a hacer con ellos lo que les parezca. Tienen hambre y tienen también el derecho de vender a sus hijos para saciarla. Es mejor venderlos que comérselos. Tienen derecho a vender uno o dos chiquillos entre diez para saciar el hambre de los demás. Y, además, ¿qué madres? ¿De qué madres quiere usted hablar?»

—No sé —dijo el general Guillaume, profundamente asombrado —, hablo de esas desgraciadas que venden a sus hijos por las calles.

—¿Qué madres? —dije yo—. ¿de qué madres me habla? ¿Son acaso madres esas mujeres? ¿Son mujeres? ¿Y los padres? ¿No tienen padres esos chiquillos? ¿Son acaso hombres estos padres? ¿Y nosotros? ¿Somos acaso hombres nosotros?

—*Ecoutez* — dijo el general Guillaume —, *je me fous de vos mères, de vos autorités, de votre sacré pays*. Pero los chiquillos, ¡ah, eso no! Si hoy se venden los chiquillos quiere decir que se han vendido siempre. ¡Y es una vergüenza para Italia!

—No —dije yo—, en Nápoles no se han vendido nunca los chiquillos. No hubiera creído jamás que el hambre pudiese llegar a tanto. Pero la culpa no es nuestra.

—¿Quiere usted decir que es nuestra? —preguntó el general Guillaume.

—No, no es culpa de ustedes; es culpa de los chiquillos.

—¿De los chiquillos? ¿De qué chiquillos?

—De los chiquillos, de esos chiquillos. Ustedes no saben la raza terrible que son los chiquillos de Italia. Y no en Italia sólo, sino en toda Europa. Son ellos quienes obligan a sus padres a venderlos en el mercado público. ¿Y saben ustedes por qué? Para hacer dinero, para poder mantener a sus amantes y llevar una vida de lujo. Hoy día no hay chiquillo en toda Europa que no tenga amantes, caballos, automóviles, castillos y cuenta en el Banco. Todos Rotschild. Ustedes no imaginan siquiera hasta qué punto de degradación moral han llegado los chiquillos, nuestros chiquillos, en toda Europa. Naturalmente, nadie quiere que sea dicho. En Europa está prohibido decir estas cosas. Pero es así. Si las madres no vendiesen a sus chiquillos, ¿sabe usted lo que pasaría? Que los chiquillos, para hacer dinero, venderían a sus madres.

Todos me miraron estupefactos.

—No me gusta oírle hablar así —dijo el general Guillaume.

—¡Ah! ¿No le gusta que diga la verdad? Pero ¿qué saben ustedes de Europa? Antes de desembarcar en Italia, ¿dónde estaban ustedes? En Marruecos, o en cualquier otra parte de África del Norte. ¿Qué saben de eso los americanos ni los ingleses? Estaban en Inglaterra, en América, en Egipto. ¿Qué pueden saber de Europa los aliados desembarcados en Salerno? ¿Creen acaso que hay todavía chiquillos en Europa? ¿Qué haya todavía madres, padres, hijos, hermanos, hermanas? Un montón de carne putrefacta, eso es lo que encontrarán ustedes en Europa cuando la hayan liberado. Nadie quiere que sea dicho, nadie quiere oírlo decir, pero es la verdad. He aquí lo que es Europa hoy día: un montón de carne putrefacta.

Todos callaban, y el general Guillaume me miró fijo con los ojos opacos. Tenía compasión de mí; no sabía ocultarme que sentía compasión de mí y de tantos otros, de todos los demás como yo. Era la primera vez que un vencedor, un enemigo sentía compasión de mí y de todos los que eran como yo. Pero el general Guillaume era un francés, un europeo, un europeo como yo, y, también su ciudad, allá en alguna región de Francia, estaba destruida como la mía, también su casa estaba en ruinas, también su familia vivía en el terror y la angustia, también sus hijos tenían hambre.

—Desgraciadamente — dijo el general Guillaume, después de un largo silencio —, no es usted el único en hablar así. También el arzobispo de Nápoles, el cardenal Ascalesi, dice lo mismo que usted. Deben haber ocurrido cosas terribles en Europa para que estén reducidos a eso.

—No ha ocurrido nada en Europa — dije yo.

—¿Nada? —preguntó el general Guillaume—. ¿Y el hambre, los bombardeos, los fusilamientos, las matanzas, la angustia, el terror, todo eso no es nada para usted?

— ¡Oh, eso no es nada! —dije—. Son cosas de risa; el hambre, los bombardeos, los fusilamientos, las matanzas, la angustia, el terror, los campos de concentración son cosa de risa, tonterías, viejas historias. En Europa estas cosas ya hace siglos que las conocemos. Hoy ya estamos acostumbrados. No son estas cosas lo que no han reducido a esto.

—¿Qué es, pues, lo que les ha hecho así? — dijo el general Guillaume con la voz un poco ronca.

—La piel.

—¿La piel? ¿Qué piel? —dijo el general Guillaume.

—La piel — respondí en voz baja—, nuestra piel, esta maldita piel. No puede usted imaginarse siquiera de cuántas cosas es capaz un hombre, de qué heroísmos y de qué infamias, para salvar la piel. Esta, esta asquerosa piel, ¿la ve usted? (Y al decir esto agarraba con dos dedos la piel del dorso de la mano y tiraba de ella.) Un día se sufría hambre, tortura, sufrimientos, los dolores más terribles, se mataba y se moría, se sufría y se hacía sufrir, para salvar el alma, para salvar el alma propia y la de los demás. Para salvar el alma se era capaz de todas las grandezas y de todas las infamias. No solamente la propia, sino las de los demás. Hoy se

sufre y se hace sufrir, se mata y se muere, se realizan cosas maravillosas y horrendas, no ya para salvar la propia alma, sino para la propia piel. Se cree luchar y sufrir por la propia alma, pero, en realidad, se lucha y se sufre por la piel, por la propia piel tan sólo. Todo lo demás no cuenta. Hoy se es héroe por una cosa bien pequeña. Por una cosa asquerosa. La piel humana es una cosa asquerosa. ¡Fíjese! Es una cosa repulsiva. ¡Y pensar que el mundo está lleno de héroes dispuestos a sacrificar la propia vida por una cosa semejante!

—*Tout de même...* —dijo el general Guillaume.

—No pueden ustedes negar que, en comparación con todo lo demás... Hoy, en Europa, se vende todo: honor, patria, libertad, justicia... Deberá usted reconocer que es una cosa insignificante vender los propios chiquillos.

—Usted es un hombre honrado — dijo el general Guillaume —, no vendería usted a sus hijos.

—¿Quién sabe? —respondí en voz baja—. No se trata de ser honrado, no quiere decir nada ser un hombre de bien. No es una cuestión de honradez personal. Es la civilización moderna, esta civilización sin Dios, la que obliga a los hombres a dar tal importancia a la piel. Hoy día no cuenta nada más que la piel. Seguro, tangible, innegable, no hay más que la piel. Es lo único que poseemos. Que sea nuestro. La cosa más mortal del mundo. No hay más que el alma que sea inmortal. Pero, ¿qué cuenta hoy el alma? No hay más que la piel que cuente. Todo es cuestión de piel humana. Nadie se bate ya por la justicia, por la libertad, por el honor. Se bate por la piel, por la asquerosa piel.

— ¡Usted no vendería a sus hijos! —repitió el general Guillaume, mirándose el dorso de la mano.

—¿Quién sabe? —dije—. Si tuviese un hijo quizá me lo vendería para poder comprar cigarrillos americanos. Hay que ser hombre al mismo tiempo. Cuando se es un bellaco, hay que ser bellaco hasta el fondo.

CAPÍTULO QUINTO

El hijo de Adán

Al día siguiente, el coronel Hamilton me llevó en su automóvil hasta Torre del Greco. La idea de asistir a una *figliata*, la antigua ceremonia sacra del culto uraniano, lo divertía y al propio tiempo lo turbaba. Su conciencia puritana le daba cierta suspicacia, pero yo había acabado aletargando sus escrúpulos. ¿No era acaso un americano, un vencedor, un liberador? ¿Qué temía entonces? Era su deber no despreciar ninguna ocasión de conocer la misteriosa Europa que los americanos habían venido a liberar.

—*Cela t'aidera a mieux comprendre l'Amerique quand tu retourneras là-bas* —le decía.

—*Comment veux-tu que cela m'aide a comprendre l'Amerique?* —respondió Jack—, esto no tiene ninguna relación con América.

—No te hagas el ingenuo —le decía—. ¿De qué os serviría la liberación de Europa si no os ayudase a comprender América?

En el «Plymouth» de Jack se habían instalado también Jeanlouis y Fred. Georges hacía poco que había llegado a Nápoles y traía noticias frescas de Roma y de París; no había, como otros tantos, atravesado las líneas alemanas sobre los montes de los Abruzzos; había venido por mar en una lancha inglesa que lo recogió en la costa adriática frente a Ravena.

Yo había conocido al conde Georges de la V... hacía muchos años, en París, en casa de la duquesa de Clermont-Tonnerre, que vivía entonces en la rue Reynouard, en Passy, donde hacía su aparición de vez en cuando en compañía de Max Jacob, de quien era íntimo. Georges era uno de los más famosos Coridones de Europa, y había sido, de joven, uno de los más bellos *mignons* de París, uno de esos que, en las crónicas mundanas del joven Marcel Proust, hacían cabriolas tras los respaldos de los sillones de los salones del Faubourg, como a espaldas de las ninfas los pastorcillos de bucles de oro adornados con cintas de seda en las fiestas campestres de los cuadros de Boucher y de Watteau. Emparentado por línea paterna con Robert Montesquieu y por parte de madre con la nobleza napoleónica, Georges no sólo conciliaba en sí mismo la espléndida tradición de un cierto libertinaje del siglo XVIII con aquella sensibilidad soez y severa que desde el Imperio, a través de Luis Felipe, baja por las ramas hasta los *grands bourgeois* de M. Thiers, sino que casi excusaba, y en cierto modo corregía los excesos de virilidad tan frecuentes en la historia de la Tercera República. Tales personajes, hay que convenir en ello, son más útiles para comprender la evolución de las costumbres de una sociedad que los hombres políticos. Nacido durante el reinado de Fallières, crecido bajo la resplandeciente estrella de Diaghilev, salido de la adolescencia bajo el signo de Jean Cocteau, no testimoniaba la decadencia de las costumbres de la Francia republicana, sino el extremo esplendor, el exquisito refinamiento de espíritu, de modales y de costumbres que hubiera alcanzado Francia sin la Tercera República. El conde Georges de la V..., cerca de los cuarenta años ya, pertenecía, por universal reconocimiento, a esa selecta *élite* de espíritus refinados y, puede con razón decirse, libres, que después de haber excusado y mitigado ante los ojos de Europa la *muflerie* de los hombres de la Tercera República, parecían hombres de la Cuarta República, que fatalmente tenía que nacer de la liberación de Francia y Europa.

—¿También es marxista Georges? —murmuré al oído de Jeanlouis.

—Naturalmente — me respondió.

Aquel «naturalmente» me dejó perplejo, y me turbó un poco: No podía acostumbrarme a la idea de que el marxismo no fuese otra cosa que el pretexto para justificar la libertad de costumbres de la joven generación europea. Este pretexto debía ocultar una razón más poderosa. Después de cada guerra, después de cada revolución, lo mismo que después de una carestía o una peste, se sabe que las costumbres decaen. En los jóvenes la corrupción de costumbres es tanto un hecho moral como fisiológico y linda fácilmente con la anormalidad. Su aspecto más frecuente es el homosexualismo, en su forma, de ordinario más difusa entre los jóvenes, *d'un edonisme de l'esprit*; transcribo aquí las palabras de un escritor católico que ha considerado el problema con un delicado pudor, *d'un dandysme à l'usage d'anarchistes intellectuels, d'une méthode pour se preter aux enrichissements de la vie et pour jouir de soi-même*.

Esta vez, sin embargo, la corrupción de las costumbres en la juventud europea había precedido, no seguido, a la guerra; había sido un anuncio, una premisa de la guerra, casi una preparación de la tragedia de Europa, no su consecuencia. Ya mucho antes de los dolorosos acontecimientos de 1939, parecía que la juventud europea obedeciese a una palabra de orden, fuese víctima de un plan, de un programa preparado de antemano y dirigido con frío cálculo por una mente cínica. Se hubiera dicho que existía un Plan Quinquenal de la homosexualidad para la corrupción de la juventud europea. Ese cierto aire equívoco de gestos, de indumentaria, de frases, del tono de la amistad, en la promiscuidad social entre jóvenes burgueses y los jóvenes operarios, ese connubio entre la corrupción burguesa y la corrupción proletaria, eran fenómenos ya dolorosamente conocidos mucho antes de la guerra, especialmente en Italia (donde, en ciertos círculos de jóvenes intelectuales y artistas, máxime pintores y poetas, se practicaba la pederastía creyendo practicar el comunismo), y denunciados ya a la pública opinión de los observadores, los estudiosos e incluso de los hombres políticos, generalmente indiferentes a los hechos ajenos a la vida política.

Lo que por encima de todo me sorprendía era el hecho de que tal corrupción juvenil, tanto en la clase burguesa como en la clase proletaria (pero más en aquélla que en ésta, donde hay que tener en cuenta el natural bovarysismo de cierta juventud obrera más en contacto con la juventud burguesa), adviniese con el pretexto del comunismo, casi como si la inversión sexual fuese no consumada y sí sólo mimada, fingida, fuese una indispensable iniciación a la idea comunista. Y me había ya preguntado muchas veces (puesto que el problema me parecía de fundamental importancia) si esto ocurría espontáneamente, por íntima corrupción moral o fisiológica, como reacción contra las costumbres, los modales, los prejuicios, los declinantes ideales burgueses, y no más bien como consecuencia de una propaganda sutil, cínica y perversa conducida desde lejos y tendiendo a disolver la trama social europea en previsión de aquello que los espíritus débiles de nuestro tiempo saludan como la gran revolución de la edad moderna.

Podrá objetarse que tal fenómeno es sólo aparente, que el comunismo de los jóvenes, como su afectada y proclamada, pero más mimada que consumada, inversión sexual, no es otra cosa que una forma de dandysmo intelectual, de «dilettantismo» más de maneras que de hechos, de «snobístico» reto a las buenas costumbres y a los prejuicios burgueses, y que los jóvenes hacen el papel de invertidos como en los tiempos de Byron y de Busset hacían los de héroes románticos, o más tarde los de poetas malditos o más recientemente el de los refinados Des Esseintes. En todo caso estos pensamientos me turbaban acrecentando mi deseo de asistir a una *figliata*, no tanto por simple curiosidad como para poder darme cuenta de hasta qué punto el mal fuese, de temer, cuál fuese su espíritu y lo que pudiera haber de nuevo en el espíritu de aquel mal.

Cuál no fue mi sorpresa cuando, más tarde, Jeanlouis me reveló que Georges era una especie de personaje político (incluso, añadió Jeanlouis, un héroe) que en el transcurso de la guerra había rendido y rendía todavía preciosos servicios a los aliados y que, habiéndose encontrado en Londres en 1940, se había lanzado en paracaídas sobre territorio francés, que tres veces, desde 1940 hasta ahora, había conseguido llegar a Inglaterra a través de España y Portugal, y tres veces había regresado a Francia en paracaídas para llevar a cabo misiones de delicada importancia y que los aliados lo tenían en tan alta consideración que lo habían puesto a la cabeza del *maquis* de los invertidos de Europa.

La imagen de Georges, descendiendo balanceándose del cielo en la sombra blanca del inmenso parasol abierto sobre su cabeza, agitando sus rosadas manos y sus redondas caderas sobre el cielo azul, la imagen de aquel rubio Cupido que descendía sobre la tierra tocando la hierba con la punta de sus pies ligeros, como un

ángel al borde de las nubes, me hacía, me avergüenzo de decirlo, me hacía reír. Lo sé, es irreverente reírse de un héroe; pero hay héroes que hacen reír, aun cuando sean héroes de la libertad. Hay otros que hacen llorar; y no sé si son mejores o peores que los otros. Hoy día en Europa no hacemos más que reír o llorar unos de otros; es mala señal. Pero añado, para excusarme, que en mi manera de reír no había, por fortuna, nada de malvado.

Los invertidos diseminados por toda Europa, y, naturalmente, incluso en Alemania y en la URSS, se habían revelado elementos preciosísimos para el servicio de información inglés y americano, desarrollando desde el inicio de la guerra un trabajo político y militar particularmente delicado y peligroso. Los invertidos como es sabido, constituyen una especie de confraternidad internacional, una sociedad secreta gobernada por las leyes de una amistad profunda y tierna, que no está a merced de las debilidades y de la proverbial inconstancia del sexo. El amor de los invertidos está, gracias a Dios, por encima de uno y otro sexo, y sería un sentimiento perfecto, totalmente libre de toda especie de esclavitud humana, tanto de las virtudes como de los vicios del hombre, si no lo dominasen los caprichos, los histerismos y cierta mezquina y triste perversidad, natural en su alma de vieja solterona. Pero el famoso general Donovan, del cual Georges había llegado a ser el brazo derecho para cuanto concernía al maquis de los homosexuales, había sabido sacar ventajas de las mismas debilidades de la inversión sexual, hasta llegar a hacer de ellas un maravilloso instrumento de lucha. Un día, acaso, cuando los secretos de esta guerra puedan ser revelados a los profanos, será posible saber cuántas vidas humanas han sido salvadas gracias a las caricias secretas de los *mignons* esparcidos por todos los países de Europa. En esta terrible y extraña guerra toda ha sido puesto en juego para los fines de la victoria, todo, incluso la pederastía, la cual merece, por este motivo, el respeto de todo sincero amante de la libertad. Tal vez ciertos moralistas no serán de este parecer; pero no se puede exigir que todos los héroes sean de costumbres inmaculadas, de un sexo bien definido. No existe un sexo obligatorio para los héroes de la libertad.

La idea del *maquis* de los invertidos había sido idea de Georges; a él pertenecía el mérito de haber organizado en todos los países ocupados por los alemanes, incluso en Alemania, ese *réseau* de jóvenes *mignons* que tantos y tan preciosos servicios han prestado a la noble causa de la libertad europea. Durante aquellos días de noviembre de 1943, Georges había venido clandestinamente de París a Nápoles para concertar con el Alto Mando aliado de Caserta el plan a desarrollar en Italia. Se debe a Georges que el famoso coronel Dolmann, verdadera cabeza política de Hitler en Roma, haya acabado más tarde por caer en las redes de los jóvenes *mignons*, que Georges había pacientemente tendido alrededor de él.

Dolmann era cruel y bellísimo, dos cualidades que lo destinaban a caer en las sutiles artes de Georges; enamorado de un joven de la más alta nobleza romana, fue por aquella imprudente pasión arrastrado a traicionar. Fue Dolmann, en realidad, quien llegó en Suiza a la conclusión, a espaldas de Hitler y de Mussolini, de aquellos acuerdos secretos que salvaron de la destrucción las industrias de Italia del Norte y llevaron a la fracasada resistencia y a la rendición de las tropas alemanas durante la ofensiva aliada de abril de 1945 en Italia. En aquellas negociaciones, Georges llevó la parte decisiva, comportándose como el héroe corneliano que eran y, espero, es todavía. Porque enamorado también del joven amante de Dolmann, ha sabido sacrificar su amor a la causa de la libertad europea. ¡De qué sacrificio no es capaz un invertido por la causa de la libertad! Georges era, pues, también un héroe de la libertad. ¡A cuánta gente, y a qué gente debe agradecer Europa su liberación!

Georges, sentado al lado de Jack, le había apoyado una mano sobre el brazo y le estaba hablando de París, de Francia, de la vida parisiense durante la ocupación, de los oficiales y los soldados alemanes de paseo por los Campos Elíseos, o sentados en las mesas de «Maxim's», de «Larue», de «Deux Magots». Hablaba de París, de los amores, de los chismes y habladurías, de los escándalos de París, y Jack, de vez en cuando, se volvía hacia mí para decirme.

—*Tu entends? On parle de Paris!*

Jack era feliz de poder charlar en francés con un verdadero francés, pese a que algunas veces se encontrase en la situación de François de Sérèuse frente a Mrs. Wayne en el *Bal du Comte d'Orgel*; Georges *faisait des mots que Jack prenait pour des fautes de français*. Georges hablaba de la joven y bella condesa de V..., su prima, con hastío y celos, de André Gide con secreto rencor, de Jean Cocteau con afectuoso desprecio, de Jean-Paul Sartre y de sus *mouches* con afectada indiferencia, y de la vieja duquesa de P... como una solterona habla de su perro; que había tenido la gripe, que ahora estaba mejor, que hacía pipí regularmente y que ladraba delante de los espejos. Aquella vieja duquesa de P., que ladra delante de los espejos, impresionó profundamente a Jack, que de vez en cuando se volvía para decirme:

—*Tu entends? C'est marrant, n'est-ce pas?*

Al llegar a un cierto punto, Georges empezó a hablar de los *zazous* de París.

—*What?* —dijo Jack—, *les zazous? qu'est-ce que c'est que les zazous?*

Primero riéndose de la ingenua ignorancia de Jack, oscureciéndose paulatinamente su rostro, Georges le dijo que los *zazous* eran muchachos excéntricos de entre los diecisiete y los veinte años, vestidos de un modo extraño, con zapatos de golf, pantalones exagerados y remangados hasta media pantorrilla, chaqueta muy larga, a menudo de terciopelo, y una camisa de cuello alto y estrecho. Llevaban, decía, el cabello largo hasta el cuello sobre la frente y las sienes, peinado de una manera que recordaba el peinado de María Antonieta. Los *zazous* habían comenzado a aparecer en París hacia fines de 1940, más numerosos en el barrio llamado de la Muette, por los alrededores de la Place Victor Hugo (en un bar de aquella plaza habían establecido su cuartel general), esparciéndose poco a poco, en grupos sueltos, por la Rive Gauche; pero sus barrios favoritos siguieron siendo los elegantes de la Muette y los Campos Elíseos.

Pertenecían, por regla general, a familias de la burguesía acomodada y parecían desprendidos de las preocupaciones de toda especie que angustiaban por aquellos tiempos el ánimo de los franceses. No mostraban interés particular ni por el arte, ni por la literatura, ni por el deporte, y menos aún por la política, si es que se puede dar este nombre a la sucia política de aquellos años. Por todo lo que la palabra *flirt* pueda sobrentender, o indicar, afectaban indiferencia, pese a que anduviesen habitualmente acompañados, o mejor dicho, seguidos de las *zazous* femeninas, también éstas de muy juvenil edad y vestidas también de un modo excéntrico, con un suéter largo hasta el pubis y una falda corta hasta encima de las rodillas. No hablaban nunca, en público, en voz alta, sino siempre con voz apagada, como si se hablasen al oído, y siempre de cine; pero no, sin embargo, de actores ni de actrices, sino de productores y de películas. Pasaban las tardes en el cine y en la sala oscura no

se oía más que su susurrar apagado, y el llamarse unos a otros con breves signos guturales.

Que hubiese algo poco claro en ellos, en sus secretos conciliábulos, en sus misteriosas andanzas, podría probarse por el hecho de que la policía de vez en cuando invadía sus puntos de reunión habituales. *Allez, allez travailler les fils à papa*, decían benévolutamente los *flics*, empujando a los *zazous* hacia la puerta. La policía francesa, en aquellos años, no sentía grandes deseos de mostrarse severa y la policía alemana no daba gran importancia a los *zazous*. No podría decirse si, en cuanto a la policía francesa, se trataba de ingenuidad o de tácita complicidad; pero era sabido de todos que los *zazous* se proclamaban, acaso someramente degaullistas. Con el andar del tiempo, muchos *zazous* se entregaron a pequeños tráficos, especialmente al mercado negro de cigarrillos ingleses y americanos. Y hacia finales de 1942 ocurría frecuentemente que la policía conseguía confiscar en los bolsillos de los *zazous*, no sólo cigarrillos «Camel» o «Players», sino manifiestos de propaganda degaullista impresos en Inglaterra. «Chiquilladas», decían muchos, y éste era también el parecer de la policía francesa, que no quería complicaciones.

Que detrás de los *zazous* estuviese o no el famoso general americano Donovan no era cosa fácil, entonces, establecerlo; hoy no cabe la menor duda. Los *zazous* formaban una *réseau* en estrecho contacto con la *Intelligence* inglesa y americana. Pero en aquel tiempo los *zazous* aparecían, a los ojos de los parisienses, como unos jóvenes excéntricos que, como reacción natural contra la severidad de la vida durante aquellos años, habían inventado una moda fácil y divertida, y a quienes, todo lo más, se podía reprochar hacer el papel de *dandyes* o de *lyons*, indiferentes a los sufrimientos y a las angustias comunes, como a la soberbia y la brutalidad de los alemanes, en una sociedad burguesa empobrecida, envilecida y sólo deseosa de no tener disgustos ni con los alemanes ni con los aliados pero más con aquellos que con éstos. En cuanto a los trajes de los *zazous*, no se podía decir nada preciso y, sobre todo, nada malo. Sus actos, indumentaria, estaban acaso también inspirados en ese mito de la libertad individual que es una grandísima parte de la mitología de los homosexuales. Pero, más que el vestir, los distinguía de los invertidos su tendencia política; porque los *zazous* se decían degaullistas y los homosexuales se proclamaban comunistas.

—*Ah, ah, les zazous! Tu entends?* —decía Jack, volviéndose hacia mí—. *Les zazous! Ah, ah, les zazous!*

—*Je n'aime pas les zazous* —dijo Georges—, *ce sont des réactionnaires*.

Yo me eché a reír; murmuré al oído de Jeanlouis.

—Tiene celos de los *zazous*.

—¿Celos de esos imbéciles? —respondió Jeanlouis con profundo desprecio—. Mientras ellos hacían el héroe en París, nosotros moríamos por la libertad.

Yo me callé, no sabiendo qué responder. No se sabe nunca qué responder a la gente que muere por la libertad.

—¿Y Matisse? ¿Qué hace Matisse? —decía Jack—. ¿Y Picasso?

Georges respondía sonriendo, con su voz de tórtola. Todo, en sus labios, era pretexto de chismografía; y de Picasso, de Matisse, del cubismo, de la pintura francesa durante la ocupación alemana, Georges sacó la trama de un maravilloso arabesco de chismes y perfidias.

—¿Y Roualt? ¿Y Bonnard? ¿Y Jean Cocteau? ¿Y Serge Lifar? —decía Jack.

Al nombre de Serge Lifar el rostro de Georges se ensombreció, de sus labios escapó un sordo lamento; su frente se inclinó sobre el hombro de Jack.

—*Ah, ne m'en parlez, je vous en supplie!* —dijo en voz baja alterada por la emoción.

—*Oh, sorry* —dijo Jack—, *est-ce qu'il lui est arrivé quelque malheur? Est-ce qu'on l'a arrêté, fusillé?*

—*Pire que ça* —dijo Georges.

—*Pire que ça?* —dijo Jack, profundamente turbado.

—*Il danse!* —dijo Georges.

—*Il danse?* —dijo Jack, no consiguiendo comprender cómo para un bailarín, bailar en París fuese una desgracia tremenda.

—*Hélas, il danse!* —repitió Georges con una voz llena de angustia, de pena y de rencor.

—*Vous l'avez vu danser?* —dijo Jack en el mismo tono en que hubiera podido preguntar: *Vous l'avez vu mourir?*

—*Hélas, oui!* —dijo Georges.

—*Il y a longtemps de cela?* —preguntó Jack en voz baja.

—*Le soir avant de quitter Paris* —dijo Georges—. *Je vais le voir danser tous les soirs, hélas! Tout Paris court le voir danser. Car il danse, hélas!*

—*Il danse, hélas!* —repitió Jack; y volviéndose hacia mí, dijo con voz triunfante—: *Il danse, hélas! Tu entends?*

Cuando llegamos a Torre del Greco eran las cuatro de la tarde. Nos dirigimos hacia el mar y nos detuvimos delante de una cancela en el fondo de una callejuela encerrada entre altos muros, en un punto donde los viñedos y los jardines de naranjos y limones descienden hasta el mar. Empujamos la verja y entramos en un huerto que rodeaba una pobre casa de pescadores, con los muros pintados de un apagado rojo pompeyano. En la fachada de la casa se abría el arco de una galería y delante de ella corría, por toda la longitud del huerto, una pérgola vestida aún con los pámpanos de una parra quemados por los primeros fríos del otoño, y entre ellos relucía algún racimo blanco de uva, madurada por el último fuego del verano muerto. Bajo la pérgola estaba dispuesta una mesa rústica cubierta por un mantel de hilo grueso sobre el cual había la vajilla de basta mayólica, los cubiertos de mango de hueso y algunas botellas de vino del Vesubio, ese vino blanco que de la negra lava del volcán y de la limpidez del aire marítimo saca una maravillosa fuerza, recia y delicada.

Los amigos de Jeanlouis, que nos esperaban sentados en los bancos de mármol diseminados por el huerto (las casas, los jardines, los huertos de aquella parte de la campiña napolitana que se extiende al pie del Vesubio están llenos de mármoles desenterrados en las excavaciones de Herculano y de Pompeya), acogieron a Georges, Fred y Jeanlouis con grandes gritos de júbilo, y vinieron a su encuentro con los brazos abiertos, contoneándose y moviendo la cabeza con suaves ademanes amorosos. Se abrazaron, se hablaron al oído; se miraron tiernamente a los ojos; parecía que no se habían visto desde hacía cien años, cuando, en realidad, acababan de dejarse. Todos, uno a uno, besaron la mano de Georges, que acogía graciosamente aquel homenaje, sonriendo, sin embargo, con orgulloso desprecio. Cuando la ceremonia de los abrazos terminó, Georges quedó transfigurado; parecía despertarse, abrió los ojos, miró a su alrededor con fingida sorpresa y comenzó a balbucear, a sacudir las plumas, a andar con aquellos pasitos cortos suyos que le daban una semejanza con un gorrión saltando de rama en rama. Sobre las sombras que el emparrado de la pérgola dibujaba en el suelo, daba la sensación de saltar de un travesaño a otro, y parecía picotear aquí y allá con su gracia de pajarito, los dorados granos de uva que parecían mirar por entre los pámpanos rojos.

Jack y yo estábamos aparte en un banco de mármol, para no turbar aquellos honrados y graciosos amores, y Jack sacudía la cabeza.

—*Do you really think...* —decía—, *tu crois vraiment...*

—Naturalmente —decía yo.

—*Ah, ah, ah!* —decía él—, *c'est done comme ça, ce que vous appelez des héros en Europe?*

—Sois vosotros —respondía yo— quienes habéis hecho de ellos unos héroes. ¿Teníais acaso necesidad de nuestros pederastas para ganar la guerra? Afortunadamente, en materia de héroes, tenemos algo mejor en Europa.

—¿No creéis que tenéis algo mejor, incluso en materia de pederastas?

—Empiezo a creer que los pederastas son los únicos que han ganado la guerra.

—*Go on, Malaparte, go on!* —balbuceaba Jack—. ¡Oh, *go on*, Malaparte! Empréndelos a patadas. ¡Arréales patadas en el culo, Malaparte! No puedo más, Malaparte, dales de patadas en el culo, *go on* Malaparte, *go on!*

—No puedo, Jack —respondía yo—, no puedo, no soy más que un italiano, un pobre vencido, no puedo andar a patadas con un héroe. Georges es un héroe, Jack; un héroe de la libertad; yo no soy más que un pobre desgraciado, un infeliz vencido, y no tengo derecho a darle de patadas en el culo a un héroe de la libertad. No lo tengo, Jack; te juro que no tengo.

—Oh, *go on*, Malaparte! —balbuceaba Jack, pálido y tembloroso —, *je m'en fous des héros*, Malaparte! ¡Oh *je t'en supplie, jette lui ton pied dans le derrière* Malaparte! *Jette ton pied dans le derrière à tous ces héros!* Yo no puedo, soy coronel americano del Estado Mayor, no puedo dar un escándalo, pero tú, Malaparte... ¡Oh, Malaparte!, *toi, tu peux, tu es un italien, tu es chez toi, oh*, Malaparte, *go on*, Malaparte, *go on!*

—No puedo, Jack —le decía—, no puedo dar de patadas en el culo a los héroes de la libertad; también yo *me ne fotto* de los héroes de la libertad, pero no puedo, Jack...

—¡Ah, tienes miedo! —balbuceaba Jack, estrechándome el brazo con fuerza.

—Sí, tengo miedo, Jack, lo confieso, tengo miedo. Tú no sabes cuánto hemos sufrido ya por esta bella raza de héroes... tú no sabes hasta dónde es bellaca y vil esta raza de héroes... Se vengarían, me mandarían a la cárcel, me arruinarían, Jack; tú no sabes lo malvados y viles que son los pederastas cuando se ponen a hacer de héroes.

—¡Tienes miedo! ¡También tú eres un bellaco! *Go on, you bastard!* —balbuceaba Jack, mirándome con ojos centelleantes.

—Tengo miedo, Jack, lo confieso, pero no soy un bellaco; soy un pobre desgraciado, un vencido, y tengo miedo, Jack. También yo me muero de ganas de darles de patadas en el culo, pero tengo miedo. Tú no sabes, Jack, la carroña que es esta raza de héroes.

—¡Oh, *go on*, Malaparte! —balbuceaba Jack, clavándome las uñas en el brazo —, *oh, je t'en supplie*, Malaparte, *go on, go on!*

—No puedo, Jack, no puedo, tengo miedo. Tú eres americano, eres un coronel americano, tú puedes hacer todo lo que quieras, pero yo no soy más que un italiano, un pobre italiano vencido y humillado, y no puedo, Jack. ¡Tú no sabes cuan bellacos y viles son los pederastas cuando se ponen a hacer de héroes de la libertad! ¡Perdóname, Jack, pero no puedo, no puedo!

—*Go on*, Malaparte! *Je t'en supplie, go on!* — balbuceaba Jack. Y, de repente, apartándome a un lado de un puñetazo, se arrojó sobre Georges y le arreó un formidable puntapié en las nalgas grasas y rosadas.

—*Salaudds! Cochons!* —gritaba repartiendo patadas a ciegas, como enloquecido, Jack parecía poseído de un tan loco furor que tuve miedo por él. Mientras, Georges y sus amigos, con agudos chillidos femeninos, se habían acurrucado en el suelo al pie de la cama. Agarré a Jack por los hombros, lo estreché entre mis brazos y casi levantándolo en vilo traté de arrastrarlo, de llevármelo. Finalmente, conseguí dominarlo y lo metí en el automóvil. Me puse al volante, puse en marcha el motor, y embocando la callejuela, avancé.

— ¡Oh, Malaparte! —gemía Jack, cubriéndose el rostro con las manos—, *on ne peut pas voir ces choses là, non, on ne peut pas...!*

— ¡Dichoso tú, Jack —le dije—, dichoso tú, que eres un hombre honrado! *I like you, Jack, I like you very much.* Eres verdaderamente un americano valiente, honrado e inocente, Jack. *You are a wonderful american, Jack!*

—Lo siento, Malaparte —dijo Jack, sonrojándose —, no hubiera debido hacer lo que he hecho.

—Has hecho perfectamente, Jack —dije—; eres un buen muchacho, Jack.

—Quizá no tenía el derecho de hacer lo que he hecho, no tenía el derecho de insultarlos.

—Has hecho muy bien, Jack — dije.

—No, no tenía derecho, no tenía el derecho de patearlos.

—¡Tú eres un vencedor, Jack! ¡Un vencedor! *A winner!*

—*A winner?* —dijo Jack—. ¿Un vencedor? No te burles de mí, Malaparte... *A winner!*

CAPÍTULO SEXTO

El viento negro

El viento negro comenzó a soplar hacia el alba y me desperté bañado en sudor. Había reconocido en mi sueño su voz triste, su voz negra. Me asomé a la ventana, busqué por los muros sobre los tejados, sobre el pavimento de la calle, en las hojas de los árboles y en el cielo del Posillipo las señales de su presencia. Como un ciego, caminando a tientas, acariciando el aire y rozando los objetos con las manos estiradas, así hace el viento negro; que es ciego y no ve dónde va, y ahora toca aquella pared, ahora esta rama, ahora aquel rostro humano, ahora la ladera de un monte, dejando en el aire y en las casas la negra huella de su leve caricia.

No era la primera vez que oía la voz del viento negro y en el acto la reconocí. Me desperté bañado en sudor y, asomándome a la ventana, contemplé las casas, el mar, el cielo, las nubes sobre el mar.

La primera vez que oí su voz fue en Ucrania, durante el verano de 1941. Me encontraba en las tierras cosacas del Dniéper y una noche los viejos cosacos del pueblo de Constantinowka, sentados fumando sus pipas en el umbral de sus casas, me dijeron: «Mira el viento negro, allá abajo.» La tarde moría, el sol iba hundiéndose en la tierra allá lejos, en el horizonte. Los últimos resplandores del sol tocaban, rojos y transparentes, las altas ramas de los blancos abedules, y fue durante aquella hora triste, al morir el día, cuando vi por primera vez el viento negro.

Era como una sombra negra, como la sombra de un caballo negro que vagaba incierta aquí y allá por la estepa, y ahora se acercaba cautamente a la población, ahora se alejaba llena de miedo. Algo parecido al ala de un pájaro nocturno rozaba los árboles, los caballos, los perros, dispersos en torno al pueblo, que súbitamente adquirían un color oscuro, se teñían de noche. Las voces de los hombres y de los animales parecían trozos de papel negro que revoloteasen en el aire rosado del crepúsculo.

Me fui hacia el río y el agua era oscura y densa. Alcé los ojos hacia la copa de un árbol y las hojas eran relucientes y negras. Cogí una piedra y en mi mano la piedra era negra y pesada, impenetrable a la mirada, como un coágulo de noche. Las muchachas que regresaban del campo hacia los largos *koljoses* de techos bajos tenían los ojos negros y relucientes; sus risas ingenuas y frescas se alzaban en el aire como pájaros nocturnos. Y, no obstante, el día era todavía claro. Aquellos árboles, aquellas voces, aquellos animales, aquellos hombres, negros ya en el día claro, me llenaban de un sutil terror.

Los viejos cosacos de rostro rugoso y altos gorros de piel sobre el cráneo afeitado, dijeron:

—Es el viento negro, el *chiorni vetier* —y movían la cabeza contemplando el viento negro vagar aquí y allá por la estepa como un caballo desbocado. Yo dije:

—Quizás es la sombra de la noche que tiñe de negro el viento.

Pero los viejos cosacos movían la cabeza, diciendo:

—No, no es la sombra de la noche que tiñe al viento. Es el *chiorni vetier* que tiñe de negro todo lo que toca.

Y me enseñaron a reconocer la voz del viento negro y su color y sabor. Cogían en brazos un cordero, soplaban sobre la lana negra, y la raíz del pelo aparecía blanca. Cogían un pajarito con la mano, soplaban sobre las plumas negras y suaves y el interior aparecía teñido de rosa, de amarillo, de azul, de colorado. Soplaban sobre el estucado de una casa y bajo la negra pelusa dejada por la caricia del viento aparecía la blancura de la cal. Hundían sus dedos entre la negra crin de un caballo y, bajo los dedos, aparecía el pelo bayo. Los perros negros que rondaban por la plazuela del poblado, cada vez que pasaban por detrás de una empalizada o de una pared a espaldas del viento, se encendían con aquel color leonado que es el color de los perros cosacos y se apagaban súbitamente en cuanto salían a la acción del viento. Un viejo arrancó con los dedos una piedra blanca hundida en la tierra abonada, la puso en la palma de la mano y la arrojó al río del viento: parecía una estrella apagada, una estrella negra que se hundiese en la clara corriente del día. Así aprendí a reconocer el viento negro por el olor, que es el olor de la hierba seca; por el sabor, que es el sabor

amargo y fuerte como el de las hojas de laurel, y por la voz, que es maravillosamente triste, llena de una noche profunda.

Al día siguiente fui a Dorogó, a tres horas de Constantinowka. Era ya tarde y mi caballo estaba cansado. Iba a Dorogó a visitar aquel famoso *koljós* donde se crían los mejores caballos de toda Ucrania. Había salido de Constantinowka a las cinco y esperaba estar en Dorogó antes de la noche. Pero las recientes lluvias habían convertido aquel camino en un lodazal y arrastrado los puentes que cruzan los riachuelos muy frecuentes en aquellas regiones, obligándome a subir y bajar constantemente las márgenes en busca de un vado. Y estaba todavía lejos de Dorogó cuando el sol se hundió en las tierras detrás del horizonte como un golpe sordo. El sol, en la estepa, se pone rápidamente, cae en la hierba como una piedra, con el golpe de una piedra que choca contra la tierra. Apenas salido de Constantinowka, había ido acompañado durante largo rato de un grupo de soldados de caballería húngaros que se dirigían a Stalino. Cabalgaban fumando largas pipas y de vez en cuando se detenían hablando entre ellos. Tenían unas voces mórbidas y melodiosas. Yo creía que discutían sobre el camino a seguir, pero en un momento dado el sargento que los mandaba me preguntó si quería venderles mi caballo. Era un caballo cosaco que conocía todos los olores, los sabores y las voces de la estepa.

—Es mi amigo —respondí—; yo no vendo a mis amigos.

El sargento húngaro me miró sonriendo.

—Es un buen caballo — dijo, sonriendo —, pero no le debe de haber costado mucho dinero. ¿Puede decirme dónde lo ha robado?

Sabía cómo se responde a los ladrones de caballos, y respondí:

—Sí, es un buen caballo, corre como el viento todo el día sin cansarse, pero tiene lepra.

—¿Tiene lepra? —preguntó el sargento.

Lo miré a la cara riéndome.

—¿No me crees? —dije yo—. Si no me crees, prueba de tocarlo y verás cómo te dará la lepra.

Y acariciando las ijares del caballo con los tacones me marché lentamente sin volverme. Les oí gritar e insultarme durante algún tiempo y después a hurtadillas encontré un grupo de jinetes romanos que andaban pillando y llevaban echados a través de las sillas montones de piezas de seda y pieles de cordero, robadas en algún poblado tártaro. Me preguntaron adonde iba.

—A Dorogó —respondí.

Hubieran querido acompañarme, dijeron, hasta Dorogó para defenderme en el caso de algún desagradable encuentro; la estepa, añadieron, estaba infestada de bandidos húngaros, pero tenían los caballos cansados. Me auguraron buen viaje y se alejaron, volviéndose de vez en cuando para hacerme signos con la mano.

Era ya de noche cuando apareció ante mí un resplandor de fuego. Era, sin duda alguna, el pueblo de Dorogó. En el acto reconocí el olor del viento y la sangre se me heló. Me miré las manos: eran negras, secas, casi carbonizadas. Y negros eran los árboles escuálidos, esparcidos aquí y allá por la estepa, negras las piedras, negra la tierra; pero el aire era todavía claro y parecía de plata. El último resplandor del cielo moría a mi espalda, y los salvajes caballos de la noche corrían galopando a mi encuentro desde el horizonte, levantando nubes de polvo.

Sentía sobre mi rostro pasar la negra caricia del viento, la negra noche del viento llenarme la boca. Un silencio denso y viscoso como el agua cenagosa se extendía por la estepa. Me incliné sobre el cuello del caballo, le hablé al oído en voz baja. El caballo escuchaba mis palabras relinchando dulcemente y volviendo hacia sí su gran ojo clínico, aquel ojo grande y oscuro lleno de una locura melancólica y casta. La noche había cerrado ya, los fuegos del pueblo de Dorogó estaban cercanos, cuando de improviso oí una voz humana pasar en lo alto sobre mi cabeza.

Alcé los ojos y me pareció que una doble hilera de árboles bordeasen en aquel punto el camino curvando sus ramas sobre mi cabeza. Pero no veía los troncos ni las ramas, ni las hojas; me daba tan sólo cuenta de la presencia de árboles a mi alrededor, una presencia extraña, algo fuerte en medio de la noche, algo vivo emparedado en el negro humo de la noche. Detuve el caballo y agucé el oído. Oí verdaderamente hablar sobre mi cabeza, voces humanas pasar por el aire negro, altas sobre mi cabeza:

—*Wer da?* —dije en alemán—. ¿Quién va?

Frente a mí, allá lejos, en el fondo del horizonte, un leve resplandor rosado se difundía en el cielo. Las

voces pasaban altas sobre mi cabeza, eran verdaderamente palabras humanas, palabras alemanas, rusas, hebraicas. Las voces eran fuertes, hablaban entre ellas, pero un poco estridentes; acaso duras, quizá frías y frágiles como el cristal, y a veces parecían romperse con ese ruido de cristal que choca con una piedra. Hablaban entre sí, discutiendo las cosas simples y humanas, negocios, la esposa, los hijos, los amigos, viajes, dinero, asuntos... Entonces grité de nuevo:

—*Wer da?* ¿Quién va?

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Quién es? ¿Quién es?—respondían algunas voces corriendo sobre mi cabeza.

La línea del horizonte era rosada y transparente como la cascara de un huevo; parecía, en efecto, que un huevo allá, en el fondo del horizonte, comenzase a salir lentamente del mismo seno de la tierra.

—Soy un hombre, un cristiano — dije.

Una risa estridente resonó en el cielo y se perdió en la lejanía de la noche. Y una voz, más fuerte que las otras, gritó:

—¡Ah! ¿Conque tú eres cristiano?

Yo respondí:

—Sí, soy cristiano.

Y la voz gritó:

—¡Ah, ah, ah! ¿Y no te avergüenzas de ser cristiano?

Y yo respondí:

—No, no me avergüenzo de ser cristiano.

Una risa sarcástica acogió mis palabras, y corriendo alta sobre mi cabeza se alejó, fue apagándose poco a poco en la lejanía de la noche.

—¿No te avergüenzas de ser cristiano? —gritó la voz.

Yo callaba. Inclinado sobre el cuello del caballo, el rostro hundido en sus crines, callaba.

—¿Por qué no respondes? —dijo la voz.

Yo callaba, mirando el horizonte lejano aclararse poco a poco. Una luz dorada, parecida a la transparencia de una cascara de huevo, sé extendía lentamente por el cielo. Era verdaderamente un huevo que iba naciendo, que apuntaba poco a poco en la tierra, que surgía lentamente de la profunda y negra tumba de la tierra.

—¿Por qué callas? —gritó la voz.

Y yo sentía sobre mi cabeza un rumor como de ramas agitadas por el viento, un murmullo como de hojas en la brisa, y una risa de rabia y palabras duras, que corrían por el cielo negro, y algo, como un ala, que acariciaba mi rostro.

Eran seguramente pájaros, grandes pájaros negros, acaso fuesen cuervos que, arrancados al sueño, emprendían el vuelo, huían graznando con sus pesadas alas negras.

—¿Quiénes sois? —grité—. ¡Por el amor de pios, contestadme...!

El resplandor de la luna se difundía por el cielo. Era verdaderamente un huevo que nacía allá lejos, del seno de la noche; era un huevo que nacía del seno de la tierra levantándose lentamente del horizonte. Y poco a poco vi los árboles que orillaban el camino salir de la noche, destacarse contra el cielo dorado, y negras formas que se movían allá, en lo alto, entre las ramas.

Un grito de horror escapó de mi garganta. Eran hombres crucificados. Eran hombres clavados en los troncos de los árboles, con los brazos abiertos en cruz, los pies juntos, fijados en el tronco por gruesos clavos o con alambres atados alrededor de sus tobillos. Algunos tenían la cabeza abandonada sobre el pecho, otros sobre el hombro, otros levantaban el rostro para mirar la luna naciente. Casi todos iban vestidos con la negra hopalanda de los hebreos, algunos estaban desnudos, y su carne relucía castamente en la tibieza fría de la luna. Como el huevo preñado de vida que en los sepulcros etruscos de Turquinia los muertos levantan entre dos dedos, como símbolo de fecundidad y vida eterna, la luna se levantaba de bajo tierra, se elevaba en el cielo, blanca y fría como un huevo, iluminando los rostros barbudos, las negras orejas, las bocas abiertas de los hombres crucificados.

Me incorporé sobre los estribos, tendí la mano hacia uno de ellos y traté de arrancar con las uñas el clavo que sujetaba sus pies. Pero voces de desdén se elevaron en torno a mí y el crucificado gritó:

—¡No me toques, maldito!

—No quiero hacerte daño —dijo—. ¡Por el amor de Dios, dejadme que vaya en ayuda vuestra!

Una xisa horrenda corrió por los árboles, de cruz en cruz, y vi las cabezas moverse de un lado para otro, las barbas agitarse, las bocas abrirse y cerrarse; y oí el rechinar de los dientes.

—¿Venir en nuestra ayuda? —gritó la voz desde lo alto—. ¿Y por qué? ¿Acaso porque tienes piedad de nosotros? ¿Porque eres un cristiano? ¿Y crees que ésta es una buena razón? ¿Tienes piedad de nosotros porque eres cristiano? —Yo me callaba, y la voz prosiguió con más fuerza—: Los que nos han clavado en la cruz, ¿no son acaso cristianos como tú? ¿Son acaso perros, caballos o ratas los que nos han clavado en este árbol? ¡Ah, ah, ah, un cristiano! —Yo inclinaba la cabeza sobre el caballo y callaba—. ¡Vamos, responde! ¿Con qué derecho pretendes venir en nuestra ayuda? ¿Con qué derecho pretendes tener piedad de nosotros?

—¡No he sido yo! —grité—. ¡No he sido yo quien os ha clavado en estos árboles!

—Lo sé —dijo la voz con un indecible acento de dulzura y de odio—, lo sé; han sido los otros, los otros como tú.

En aquel momento llegó hasta mí, desde lejos, un gemido, un lamento alto y fuerte. Era un llanto joven, roto por el sollozo de la muerte, y un murmullo corrió de árbol en árbol. Voces angustiadas gritaban: «¿Quién es? ¿Quién muere allá?» Y otras voces lamentables respondían, siguiéndose hasta nosotros de cruz en cruz: «Es David, David de Samuel, David hijo de Samuel, David, David...»

Y con ese nombre repetido de árbol en árbol llegaba a nosotros un sollozo entrecortado, un llanto frágil y ronco, y gemidos, imprecaciones, aullidos de dolor y de rabia.

—Era aún un chiquillo —dijo la voz.

Entonces levanté los ojos, e iluminado por la luna ya alta, por el blanco reflejo de aquel huevo incrustado en el cielo oscuro, vi aquel que me hablaba; era un hombre desnudo, de rostro plateado, descarnado y barbudo. Tenía los brazos abiertos en cruz, las manos clavadas a dos gruesas ramas que arrancaban del tronco. Me miraba fijamente, con los ojos centelleantes, y de improviso gritó:

—¿Qué piedad es la vuestra? ¿Qué quieres que hagamos de vuestra piedad? Escupimos sobre vuestra piedad, *ja naplivaiu!*, *ja naplivaiu!*

Y voces llenas de rabia resonaron por doquier:

—*Ja naplivaiu! Ja naplivaiu!* ¡Escupimos encima, escupimos encima!

—¡Por el amor de Dios —grité—, no me echéis de aquí! ¡Dejadme que os desclave de vuestras cruces! ¡No rechacéis mi mano, es la mano de un hombre!

Una risa de maldad se levantó en torno a mí; oía las ramas gemir sobre mi cabeza, un horrible temblor se propagaba por las hojas.

—¡Ah, ah, ah! —gritó el crucificado—. ¿Habéis oído? ¡Quiere quitarnos de la cruz! ¡Y no le da vergüenza! ¡Raza inmundada de cristianos, nos torturáis, nos claváis en los árboles y después venís a ofrecernos vuestra piedad! Queréis salvar vuestras almas, ¿verdad? ¡Tenéis miedo del infierno...! ¡Ah, ah, ah...!

—¡No me echéis! —gritaba yo—. ¡No rechacéis mi mano, por el amor de Dios!

—¿Quieres quitarnos de la cruz? —dijo el crucificado con voz grave y triste—. ¿Y después, qué? Los alemanes nos matarán como perros. Y a ti también te matarán como un perro rabioso.

«Nos matarán como perros», repetí dentro de mí, bajando la cabeza.

—Si quieres ayudarnos, si quieres abreviar nuestros tormentos, dispáranos un tiro en la cabeza, uno a uno. ¡Vamos! ¿Por qué no disparas? Si tienes verdaderamente piedad de nosotros, mátanos, danos el golpe de gracia. Vamos, ¿por qué no disparas? ¿Temes acaso que los alemanes te maten porque has tenido piedad de nosotros?

Y al decir esto me miraba fijo y yo sentía que aquellos ojos negros y relucientes me atravesaban.

—¡No, no! —grité—. ¡Tened piedad de mí, no pidáis esto, por el amor de Dios! ¡No me pidáis una cosa semejante, jamás he disparado contra un hombre, no soy un asesino! ¡No quiero volverme asesino!

Y agitaba la cabeza llorando y gritando sobre el cuello del caballo.

Los crucificados callaban, los oía respirar, oía su mirada pesar sobre mí, sus ojos de fuego abrasarme el rostro inundado de lágrimas, atravesarme el pecho.

—¡Si tienes piedad de nosotros, mátanos! —gritó el crucificado—. ¡Oh, dispara contra mi cabeza, dispara

contra mi cabeza, ten piedad de mí! ¡Por el amor de Dios, mátame! ¡Mátame, por el amor de Dios!

Entonces, dolorido y llorando, y moviendo con terrible esfuerzo los brazos grávidos por un enorme peso, llevé mi mano a mi costado y empuñé la pistola. Lentamente levanté el codo y, alzándome sobre los estribos, con la mano izquierda agarrada a las crines para no resbalar de la silla, tan débil y aturdido estaba por la opresión del horror, levanté la pistola y apunté al rostro del crucificado; y en aquel instante lo miré. Vi su boca negra, cavernosa, desdentada, su nariz afilada con los agujeros llenos de coágulos de sangre, la barba alborotada, sus negros ojos relucientes.

—¡Ah, maldito! —gritó el crucificado—. ¿Es esta vuestra piedad? ¿No sabéis hacer otra cosa, villanos? Nos claváis en los árboles y después nos matáis de un tiro en la cabeza... ¿Es esta vuestra piedad, villanos?

Y dos, tres veces, me escupió en la cara.

Yo caía sobre la silla, mientras una risa horrible corría de árbol en árbol. Herido por las espuelas el caballo avanzó, tomó el trote y yo, con la cabeza baja y agarrado con las dos manos al arzón de la silla, pasé bajo aquella doble hilera de crucificados y cada uno de ellos me escupió gritando: «¡Villano! ¡Cristiano maldito!» Sentía sus escupitajos flagelarme el rostro, las manos, y apretaba los dientes, inclinado sobre el cuello del caballo, bajo aquella lluvia de escupitajos.

Así llegué a Dorogó y caí de la silla en brazos de algunos soldados italianos del presidio, en aquel poblado perdido en la estepa. Eran soldados de caballería del regimiento de Lodi y los mandaba, un teniente lombardo sumamente joven, casi un chiquillo. Por la noche me atacó la fiebre y hasta el alba deliré, velado por el joven oficial. No sé qué grité en mi delirio, pero cuando recobré el conocimiento, el oficial me dijo que yo no tenía ninguna culpa de la horrible suerte caída sobre aquellos infelices, y que aquella misma mañana una patrulla alemana había fusilado a un campesino sorprendido dando de beber a los crucificados. Yo comencé a gritar:

—¡No quiero ser más cristiano! —decía—. ¡Me da asco ser cristiano, un cristiano maldito!

Y luchaba porque me dejasen ir a dar de beber a aquellos desgraciados, pero el oficial y dos soldados me sujetaban fuertemente en el lecho. Seguí luchando hasta que me desvanecí; cuando recuperé los sentidos fui presa de nuevo de un acceso de fiebre y deliré durante todo el día y la noche siguiente.

El día siguiente lo pasé en cama, demasiado débil para poder levantarme. Miraba a través de los cristales de la ventana el cielo blanco sobre la estepa amarilla, las nubes verdes en el fondo del horizonte, escuchaba las voces de los campesinos y los soldados que pasaban delante de la verja del huerto. El oficial joven me dijo aquella noche que el deber de todos era, no pudiendo evitar aquellas atrocidades, tratar de olvidarlas para no correr el riesgo de acabar locos, y añadió que si me sentía mejor me proponía al día siguiente acompañarme a visitar el *kolhiose* de Dorogó y la famosa cría de caballos. Pero le di las gracias por su amabilidad diciéndole que quería regresar cuanto antes a Constantinowka. Al tercer día me levanté, me despedí del joven oficial (recuerdo que lo abracé y que al abrazarlo temblaba) y pese a que me sentía privado de fuerzas, monté a caballo y acompañado de dos soldados emprendí el camino de Constantinowka a primeras horas de la tarde.

Salimos del pueblo al trote corto y cuando llegamos al camino de los árboles cerré los ojos, y picando espuelas, salí al galope por entre aquellas dos terribles hileras de hombres crucificados. Cabalgaba inclinado sobre el cuello del caballo, con los ojos cerrados y apretando los dientes. Al cabo de un momento frené el caballo.

—¿Qué es este silencio? —grité—. ¿Por qué este silencio?

Había reconocido aquel silencio. Abrí los ojos y miré. Aquellos horribles Cristos pendían inertes de sus cruces, con los ojos abiertos, la boca horrenda y me miraban fijamente.

El viento negro corría acá y allá de la estepa como un caballo ciego, movía los harapos que cubrían aquellos pobres cuerpos llagados en contorsión, agitaba las hojas de los árboles, y ni el más leve murmullo corría por la fronda.

Era un silencio horrible. La luz estaba muerta, el olor de la hierba, el color de las hojas, de las piedras, de las nubes errantes por el cielo gris, todo estaba muerto en el fondo de aquel inmenso, vacío, helado silencio. Espoleé el caballo, que se empujó y arrancó al galope. Yo fui llorando y gimiendo a través de la estepa, en el viento negro que corría acá y allá en la luz clara como un caballo ciego.

Había reconocido aquel silencio. En el invierno de 1940, para huir de la guerra y de los hombres, para curarme de aquel asqueroso mal que la guerra hace nacer en el corazón de los hombres, me había refugiado en Pisa, en una casa muerta, en el fondo de una de las calles más bellas y más muertas de aquella bellísima y muerta ciudad. Llevaba conmigo a *Febo*, mi perro *Febo*, que había recogido muriéndose de hambre en la playa de Marina Corta, en la isla de Lípári, y que había cuidado, criado, en mi muerta casa de Lípári, y que había sido mi único compañero durante mis desiertos años de destierro en aquella triste isla, tan cara a mi corazón.

Jamás he querido tanto a una mujer, a una hermana, a un amigo, como a *Febo*. Era un perro como yo. Para él he escrito las páginas afectuosas de *Un cane come me*. Era un ser noble, el ser más noble que jamás he encontrado en la vida. Era de aquella raza de lebreles, raros hoy día y delicados, venidos en la antigüedad de las riberas de Asia con las primeras emigraciones jónicas, que los pastores de Lípári llamaban *cerneghi*. Son los perros que los escultores griegos esculpían en los bajorrelieves de las tumbas. «Echan a la muerte», dicen los pastores de Lípári.

Tenía el pelo del color de la luna, rojizo y dorado del color de la luna sobre el mar, del color de la luna sobre las hojas de los limoneros y naranjos, sobre las escamas de aquellos peces muertos, que el mar, después de la tormenta, dejaba sobre la arena a la puerta de mi casa. Tenía el color de la luna sobre el mar griego de Lípári, de la luna en el verso de la *Odisea*, de la luna sobre aquel salvaje mar de Lípári que Ulises navegó para alcanzar la solitaria ribera de Eolo, rey de los vientos. Del color de luna muerta poco antes del alba. Yo lo llamaba *Canetuna*.

No se alejaba nunca un paso de mí. Me seguía como un perro. *Digo que me seguía como un perro*. Su presencia en mi pobre casa de Lípári, flagelada sin reposo por el viento y el mar, era una presencia maravillosa. Por la noche, iluminaba mi desnuda estancia con la cálida tibieza de sus ojos lunares. Tenía los ojos de un azul pálido, del color del mar cuando se pone la luna. Sentía su presencia como la de una sombra, la presencia de mi sombra. Era como el reflejo de mi espíritu. Me ayudaba, con su sola presencia, a encontrar ese desprecio de los hombres que es la primera condición de la serenidad y de la cordura de la vida humana. Sentía que se parecía a mí, que no era sino la imagen de mi conciencia, de mi vida secreta. El retrato de mí mismo, de todo eso que hay de más profundo, de más íntimo, de más propio en mí; mi subconsciente mi espectro.

De él, mucho más que de los hombres, he aprendido que la moral es gratuita, que es afín a sí misma, que no se propone siquiera salvar al mundo (¡ni siquiera salvar al mundo!), sino tan sólo crear siempre nuevos pretextos a su desinterés, a su libre juego. El encuentro de un hombre y un perro es siempre el encuentro de dos espíritus libres, de dos formas de dignidad, de dos morales gratuitas. El más gratuito y el más romántico de todos los encuentros. De aquellos que la muerte ilumina con su pálido esplendor, parecido al color de la luna muerta sobre el mar en el cielo verde del alba.

Reconocía en él mis impulsos más misteriosos, mis instintos más inciertos, mis dudas, mis temores, mis esperanzas. Mía era su dignidad frente a los hombres, mío su valor y su orgullo frente a la vida, mío su

desprecio por los fáciles sentimientos del hombre. Pero era más sensible que yo a los oscuros presagios de la naturaleza, a la invisible presencia de la muerte, que siempre gira tácita y sospechosa en torno a los hombres. Él sentía venir de lejos por el aire nocturno las tristes larvas del sueño, parecidas a aquellos insectos muertos que el viento trae sin saber de dónde. Y ciertas noches, acostado a mis pies en mi desnuda estancia de Lípári, seguía en torno a mí, con los ojos, una presencia invisible que se acercaba, se alejaba, y permanecía largas horas espíandome a través del cristal de la ventana. Alguna vez, si la misteriosa presencia se me acercaba hasta rozar mi frente, *Febo* gruñía amenazador, el pelo del dorso erizado; y yo oía un grito plañidero alejarse en la noche, morir poco a poco.

Era el más querido de mis hermanos, mi verdadero hermano, el que no traiciona, el que no humilla. El hermano que ama, que ayuda, que comprende, que perdona. Sólo quien ha sufrido largos años de destierro en una isla salvaje y al volver entre los hombres se ve evitar y huir como un leproso, de todos aquellos que un día, muerto el tirano, serán los héroes de la libertad, sólo éste puede saber lo que es un perro para un ser humano. *Febo* me miró algunas veces con un reproche noble y triste en su mirada afectuosa y yo sentía entonces una extraña vergüenza, casi un remordimiento de mi tristeza, una especie de pudor delante de él. Sentía que en aquellos momentos *Febo* me despreciaba; con dolor, con tierno afecto, pero en su mirada había una sombra de piedad y, al mismo tiempo, de desprecio. Era, no sólo mi hermano sino mi juez. Era el custodio de mi dignidad y, al propio tiempo, diré con una antigua voz griega, mi *doruforema*.

Era un perro triste, de ojos graves. Todas las tardes pasábamos largas horas en el umbral ventoso de mi casa, contemplando el mar. ¡Oh, el mar griego de Sicilia, la roja peña de Escila frente a Caribdis, y la veta nevosa del Aspromonte, y la candida espalda del Etna Olimpo de Sicilia! Verdaderamente, como canta Teócrito, no hay nada más bello de contemplar en el mundo que contemplar desde, lo alto de una ribera el mar de Sicilia. Se encendían sobre los montes las hogueras de los pastores, salían las barcas al alto encuentro con la luna, y el agrio lamento de las caracolas marinas con las cuales los pescadores se llamaban en el mar, se alejaban en la argentina calígine lunar. La luna se elevaba sobre el peñasco de Escila, y el Strómboli, en lo alto, inaccesible volcán en medio del mar, flameaba como una hoguera solitaria en la profunda floresta azulada de la noche. Nosotros contemplábamos el mar, aspirando el olor amargo de la sal, el olor fuerte y embriagador de las naranjas, y el olor de leche de cabra, de las ramas de enebro encendidas en la lumbre y aquel olor cálido y profundo de mujer que es el olor de la noche siciliana, cuando las primeras estrellas se levantan pálidas en el horizonte.

Entonces, un día, fui conducido con las esposas en las muñecas de Lípári a otra isla y de allá, después de largos meses, a Toscana. *Febo* me siguió de lejos, escondiéndose entre los barriles de anchoas y los rollos de cordaje en la cubierta de la *Santa Marina*, el pequeño barco que va de vez en cuando de Lípári a Nápoles, y entre las cestas de pescado y de tomates en la barca a motor que hace el servicio entre Nápoles, Ischia y Ponza. Con ese valor propio de los bellacos y que es el único mérito que tienen los siervos para creerse con derecho a la libertad, la gente se detenía para mirarme con los ojos llenos de reproche y de desprecio, insultándome en voz baja. Sólo los «lazzaroni», tendidos al sol sobre los muelles del puerto de Nápoles, me sonreían a hurtadillas, escupiendo en el suelo entre los zapatos de los «carabinieri». Yo me daba vuelta de vez en cuando para ver si *Febo* me seguía y lo veía caminar con el rabo entre piernas, siguiendo los muros por las calles de Nápoles, de la Inmacolatella a Molo Beverello, con una maravillosa tristeza en sus ojos claros.

En Nápoles, mientras caminaba esposado entre los «carabinieri», en Via Pertenope se me acercaron dos señoras sonriendo; eran la esposa de Benedetto Croce y Minnie Casella, la esposa de mi querido Gaspare Casella. Me saludaron con la gentileza maternal de las mujeres italianas, me pusieron flores entre las esposas y las manos y la señora Casella rogó a los «carabinieri» que me llevaran a beber algo, a tomar un refrigerio. Llevaba dos días sin comer. «Háganlo caminar por lo menos por la sombra», dijo la señora Casella. Estábamos en junio y el sol me caía sobre la cabeza como un martillo. «Gracias, no necesito nada — dije—. Quisiera únicamente que diesen de beber a mi perro.»

Febo se había acercado a nosotros y miraba a la señora Croce con una intensidad casi dolorosa. Aquella era la primera vez que veía el rostro de la bondad humana, de la piedad y de la cortesía femeninas. Husmeó largo tiempo el agua antes de beber. Cuando fui trasladado a Lucca, fui encerrado en aquella prisión donde permanecí largo tiempo. Y cuando salí en medio de los guardianes para ser conducido a mi nuevo lugar de

deportación, *Febo* me esperaba delante de la puerta de la cárcel, flaco y enfangado. Sus ojos brillaban claros, llenos de una horrible dulzura.

Otros dos años duró mi destierro y durante los dos años vivimos en una pequeña casa del fondo del bosque donde en una habitación vivíamos *Febo* y yo, y en la contigua los «carabinieri» de guardia. Finalmente recuperé mi libertad, o lo que en aquel tiempo era la libertad, y para mí fue como salir de una estancia sin ventanas para entrar en una estrecha estancia sin paredes. Nos fuimos a mi casa de Roma y *Febo* estaba triste, parecía que mi humildad lo humillase. Sabía que la libertad no es un hecho humano, que los hombres no pueden, o quizá no saben, ser libres, que la libertad, en Italia, en Europa, apesta tanto como la esclavitud.

Durante todo el tiempo que pasamos en Pisa, estábamos casi constantemente encerrados en casa, y sólo hacia mediodía salíamos a dar un paseo por la orilla del río, el Arno, ese bello río pisano de color de plata, por los bellos «lugarni» claros y fríos; después íbamos hasta la Piazza dei Miracoli donde se yergue la torre inclinada que hace de Pisa la ciudad famosa en el mundo. Subíamos a la torre y desde allí contemplábamos la llanura pisana hasta Lionna, hasta Massa, y las pinedas, y el mar lejano, los párpados relucientes del mar, y los Alpes Apulinos, blancos de nieve y de mármol. Aquélla era mi tierra, mi tierra toscana, aquéllas eran mis selvas y aquél era mi mar, aquéllos eran mis montes y mis tierras y mis ríos.

Hacia la tarde íbamos a sentarnos en el parapeto del Arno (aquel estrecho parapeto de piedra sobre el cual Lord Byron, durante sus días de destierro en Pisa, galopaba sobre su bello alazán entre los gritos de horror de los pacíficos ciudadanos), y veíamos el río arrastrar en su clara corriente hojas quemadas por el invierno, y las nubes de plata del antiguo cielo de Pisa.

Febo pasaba largas horas acostado a mis pies y de vez en cuando se levantaba, se acercaba a la puerta y se volvía a mirarme. Yo iba a abrirle la puerta y *Febo* se marchaba y volvía al cabo de una hora, de dos horas, jadeante, el pelo erizado por el viento, los ojos aclarados por el frío sol del invierno. Por la noche, levantaba la cabeza para oír la voz del río; la voz de la lluvia sobre el río. Y yo, acaso despertándome, sentía sobre mí su mirada tibia y leve, aquella presencia suya viva y afectuosa en la estancia oscura y aquella tristeza suya, aquel desierto presentimiento suyo de la muerte.

Un día salió y no volvió más. Lo esperé hasta la noche y por fin me decidí a buscarlo por las calles llamándolo por su nombre. Regresé a casa a altas horas de la noche y me arrojé sobre el lecho con el rostro hacia la puerta entornada. De vez en cuando me asomaba a la ventana y lo llamaba largo rato, gritando. Al alba corrí de nuevo por las calles desiertas, por entre las mudas fachadas de las casas que, bajo el cielo lívido, parecían de papel sucio.

Apenas se hizo de día corrí al depósito municipal de perros. Entré en una estancia gris, donde, encerrados en fétidas jaulas, gemían perros con el cuello segado todavía por la correa de los laceros. El guardián me dijo que quizá mi perro había acabado bajo las ruedas de un automóvil o había sido robado o arrojado al río por alguna banda de zascandiles. Me aconsejó dar la vuelta por los canales. ¿Quién sabe si *Febo* no estaba en alguna tienda de los canales?

Toda la mañana anduve de canal en canal y finalmente, en una tiendecilla cerca de la Piazza dei Cavalieri, un esquilador me preguntó si había ido a la Clínica Veterinaria de la Universidad a la cual los ladrones de perros venden por poco dinero los animales domésticos para los experimentos clínicos. Corrí a la Universidad, pero era pasado ya mediodía y la Clínica Veterinaria estaba cerrada.

Volví a casa; sentía en los ojos ud algo frío, duro, resbaladizo; me parecía tener los ojos de cristal.

Por la tarde fui de nuevo a la Universidad y entré en la Clínica Veterinaria. El corazón me latía, no podía casi caminar, tal era mi debilidad y mi angustia. Pregunté por el médico de guardia y le di mi nombre.

El médico, un hombre joven y rubio, miope, me acogió cortésmente y me miró largamente antes de

contestarme que haría todo lo posible por ayudarme.

Abrió una puerta y entramos en una gran habitación nítida, reluciente, con el pavimento cubierto de linóleo azul. A lo largo de las paredes estaban alineadas, una al lado de otra, como las camas de una clínica para la infancia, extrañas cunas de forma de violoncelo; en cada una de aquellas cunas estaba tendido sobre la espalda un perro con el vientre abierto, o el cráneo partido o el pecho en canal.

Tenues hilos de acero, enroscados en aquella especie de clavijas de madera como en los instrumentos de cuerda, mantenían abiertos los labios de alguna horrenda herida; se veía latir el corazón al descubierto, los pulmones, las ramificaciones de los bronquios como ramas de árboles hincharse, como la copa de un árbol al respiro del viento, el hígado rojo y brillante contraerse lentamente, leves estremecimientos correr sobre la pulpa blanca del cerebro como en un espejo empañado, las circunvalaciones de los intestinos desarrollarse lentamente como los anillos de una serpiente al salir del letargo. Y ni un gemido salía de la boca de los perros crucificados.

Al entrar, todos los perros volvieron la vista hacia nosotros con una expresión imploradora y al propio tiempo llenos de una atroz sospecha; seguían con la mirada nuestros ademanes; nos espiaban con los labios temblando. Inmóvil en medio de la sala, sentía mi sangre helada recorrer mis miembros; poco a poco me iba quedando de piedra. No podía cerrar los labios, no podía dar un paso. El médico apoyó su mano sobre mi brazo y me dijo: «¡Valor!» Esta palabra me quitó el hielo de los huesos, lentamente me moví, me incliné sobre la primera cuna. Y a medida que avanzaba de una cuna a otra la esperanza renacía en mí. De repente vi a *Febo*.

Estaba tumbado sobre el dorso, el vientre abierto, una sonda metida en el hígado. Me miraba fijamente y tenía los ojos llenos de lágrimas. Tenía en la mirada una maravillosa dulzura. Respiraba levemente, con la boca medio cerrada, presa de un temblor horrible. Me miraba fijamente y un dolor atroz socavaba mi pecho. *Febo*, dije en voz baja. Y *Febo* me miraba con una maravillosa dulzura en los ojos. Vi en él a Cristo, Cristo crucificado, vi a Cristo que me miraba con una inmensa dulzura maravillosa. *Febo*, dije en voz baja inclinándome sobre él, acariciándole la frente. *Febo* me besó la mano y no emitió un gemido.

El médico se acercó a mí, me tocó suavemente el brazo.

—No puedo interrumpir el experimento —dijo—, está prohibido. Pero por usted... le daré una inyección. No sufrirá.

Yo cogí la mano del médico entre las mías y con las lágrimas corriendo por mi rostro le dije:

—¡Júreme que no sufrirá...!

—Se dormirá para siempre. Quisiera que mi muerte fuese tan dulce como la suya —dijo el médico.

—Cerraré los ojos — dije yo —. No quiero verlo morir... ¡Aprisa! ¡Aprisa!

—Un instante sólo —dijo el médico; y se alejó silenciosamente sobre el pavimento de linóleo.

Fue al fondo de la sala y abrió un armario.

Yo permanecía de pie delante de *Febo*, temblando horriblemente, el rostro bañado por las lágrimas. *Febo* me miraba fijamente y ni el más leve gemido salía de su boca; me miraba fijamente con una maravillosa dulzura en los ojos. También los demás perros, tendidos en sus cuartos me miraban fijo, todos tenían una maravillosa dulzura en los ojos y ni el más leve gemido brotaba de sus bocas.

De repente, un grito de horror escapó de mi pecho.

—¿Por qué este silencio? —grité—, ¿Qué significa este silencio?

Era un silencio horrible. Un silencio inmenso, helado, muerto, un silencio de nieve.

El médico se acercó a mí con una jeringa en la mano...

—Antes de operarlos — dijo— les cortamos las cuerdas vocales.

Me desperté bañado en sudor. Me asomé a la ventana miré las casas, el mar, el cielo sobre la colina del Posipillo, la isla de Capri, errante en el horizonte en la caligine rosada del alba. Había reconocido la voz del viento, su voz negra. Me vestí de prisa, me senté en el borde de la cama y esperé. Sabía que esperaba algo triste, doloroso, que no podía impedir que algo triste, doloroso, viniese a mi encuentro.

Sobre las seis un *jeep* se paró bajo mi ventana y oí llamar a la puerta. Era el teniente Campbell, de la P. B. S. Durante la noche había llegado un fonograma la orden del Gran Cuartel General de Casera de que fuese a reunirme con el coronel Jack Hamilton delante de Cassino. Era ya tarde, teníamos que salir en seguida. Me puse la mochila a la espalda, el fusil ametrallador al hombro y subí al *jeep*.

Campbell era un muchacho joven, alto, rubio, con ojos azules manchados de blanco. Había ido ya varias veces al frente con él y me gustaba por su flema sonriente, por su gentileza ante el peligro. Era un muchacho triste, natural de Wisconsin, y quizá sabía ya que no debía regresar a su casa, que tenía que ser muerto por una mina, algunos meses después, en la carretera de Milán a Bolonia, dos días antes de terminar la guerra. Hablaba poco, era tímido, y al hablar se sonrojaba.

Apenas pasado el puente de Capua encontramos los primeros convoyes de heridos. Eran los días de los inútiles y sangrientos ataques contra las defensas alemanas de Cassino. En un momento dado entramos en la zona de fuego. Gruesos proyectiles caían con un fragor horrendo sobre la Via Cassilina. Al llegar al *checkpoint*, a unos tres kilómetros de las primeras casas de Cassino, un sargento de la M. P. nos detuvo y nos hizo poner al resguardo de un grueso muro esperando que se calmase la tempestad de granadas.

Pero el tiempo pasaba; se hacía tarde. Para alcanzar el observatorio de la artillería donde el coronel Hamilton nos esperaba, decidimos abandonar la Via Cassilina y echar a campo traviesa, donde la lluvia de proyectiles era más pausada.

—*Good lucky* — nos dijo el sargento de la M. P.

Campbell metió el *jeep* en un foso, volvió a subir la pared, comenzó a trepar una pendiente pedregosa y atravesó el inmenso olivar que entre desnudos collados se extiende sobre las vertientes de frente a Cassino. Algún otro *jeep* había pasado por allí antes que nosotros, porque la tierra conservaba todavía frescas las huellas de las ruedas. En ciertos puntos, donde el terreno era arcilloso, las ruedas de nuestro *jeep* giraban furiosamente en el vacío y teníamos que avanzar poco a poco por entre las grandes rocas que obstruían el declive.

De repente, allá, delante de nosotros, en un angosto valle cerrado por dos gruesas rocas peladas, vimos soltar un chorro de tierra y de piedras, y el estallido sordo de una explosión repercutió de valle en valle.

—Una mina —dijo Campbell, que trataba de seguir el rastro de las ruedas para evitar las minas tan frecuentes en aquella zona.

Luego oímos voces y lamentos y entre los olivos percibimos, a un centenar de pasos de nosotros, un grupo de hombres alrededor de un *jeep* volcado. Otro *jeep* estaba parado a poca distancia, con las ruedas delanteras destrozadas por la explosión de la mina.

Dos soldados americanos heridos estaban sentados sobre la hierba, otros se juntaban en torno de un hombre tendido en el suelo sobre la espalda. Los soldados miraron con desprecio mi uniforme, y uno de ellos, un sargento, dijo a Campbell:

—*What hell is he doing here, this bastard?*

—A. F. H. Q. —respondió Campbell, o sea, Agente Italiano de Enlace.

—Baje —dijo el sargento, dirigiéndose a mí de una manera brusca—, deje el sitio al herido.

—¿Qué tiene? —pregunté saltando del *jeep*.

—Está herido en el vientre. Hay que llevarlo en seguida al hospital.

—*Let me see* —dije—. Déjemelo ver.

—*Are you a doctor?*

—No, no soy médico — dije, y me incliné sobre el herido.

Era un muchacho rubio, delgado, casi un niño, con el rostro infantil. De una enorme abertura del vientre salían los intestinos extendiéndose lentamente por las piernas, acumulándose entre las rodillas formando un grueso nudo azulado.

—Déme una manta. — dije.

Un soldado me trajo una manta que extendí sobre el vientre del herido. Después me llevé aparte al sargento y le dije que el herido no podía transportarse, que era mejor no tocarlo y entretanto mandar a Campbell con el *jeep* a buscar un médico.

—He hecho la otra guerra —dije—, he visto docenas y docenas de heridas como ésta; no hay nada que hacer. Son heridas mortales. Lo único de que debemos preocuparnos es de que no sufra. Si lo llevamos al hospital morirá por el camino entre horribles dolores. Es mejor dejarlo morir aquí, sin sufrir. No hay nada más que hacer.

Los soldados se habían reunido en torno a nosotros y me miraban en silencio.

—El capitán tiene razón —dijo Campbell—, Iré a Capua a buscar un médico y me llevaré los dos heridos leves.

—No podemos dejarlo aquí —dijo el sargento—. En el hospital quizá puedan operarlo; aquí no podemos hacer nada. Es un delirio dejarlo morir.

—Sufrirá atrocemente y morirá antes de llegar al hospital —dije yo—; hacedme caso, dejadlo donde está; no lo toquéis.

—No es usted médico —dijo el sargento.

—No soy médico —dije—, pero sé de qué se trata. He visto docenas de soldados heridos en el vientre. Sé que no hay que tocarlos, que no pueden transportarse. Dejadlo morir en paz. ¿Por qué queréis hacerle sufrir?

—No podemos dejarlo morir aquí como una bestia —dijo el sargento.

Los soldados callaban mirándome fijamente.

—No morirá como una bestia — dije —, se dormirá como un niño, sin sufrir. ¿Por qué queréis hacerle sufrir? Morirá lo mismo, aunque llegase vivo al hospital. Tened confianza en mí, dejarlo donde está; no lo hagáis sufrir. El médico vendrá y me dará la razón.

—*Let's go, vamonos* — dijo Campbell a los dos heridos.

—*Wait a moment, lieutenant* — dijo el sargento —. Espere un momento. Usted es oficial americano; le toca decidir. En todo caso, sea testigo de que si el muchacho muere no será culpa nuestra. Será culpa de este oficial italiano.

—No creo que sea culpa suya — dijo Campbell —, yo no soy médico, no entiendo en cuestión de heridas, pero conozco a este oficial italiano y sé que es un hombre correcto. ¿Qué interés puede tener en aconsejarnos no trasladar a este pobre muchacho al hospital? Si nos aconseja dejarlo aquí, creo que debemos tener confianza en él y seguir su consejo. No es médico, pero tiene más experiencia que nosotros en materia de guerras y de heridas. — Y volviéndose hacia mí, añadió —: ¿Está usted dispuesto a asumir la responsabilidad de no hacer llevar a este pobre muchacho al hospital?

—Sí —dije—. Asumo la entera responsabilidad de no hacerlo llevar al hospital. Puesto que debe morir, es mejor que muera sin sufrir.

—*That's all* —dijo Campbell—. Y ahora, vamonos.

Los dos heridos leves se encaramaron en el *jeep*, que desapareció pronto entre los olivos.

El sargento me miró largo rato en silencio entornando los ojos y al final dijo:

—¿Y ahora? ¿Qué debemos hacer?

—Hay que distraer a este pobre muchacho, contarle historias, divertirlo. No darle tiempo a pensar que está mortalmente herido, que se está muriendo.

—¿Contarle historias? —dijo el sargento.

—Sí, contarle historias divertidas, alegrarlo. Si le deja tiempo de reflexionar se dará cuenta de que está herido y sentirá dolor, sufrirá.

—No me gustan las comedias —dijo el sargento—; nosotros no somos bastardos italianos, no somos comediantes. Si quiere usted hacer el polichinela, hágalo, sin embargo. Pero si Fred se muere se las entenderá usted conmigo.

—¿Por qué insultarme? —dije—; no es culpa mía no ser un pura sangre como todos los americanos... o todos los alemanes. Le he dicho ya que el pobre muchacho morirá, pero sin sufrir. Le daré cuenta de sus sufrimientos, pero no de su muerte.

—*That's right* —dijo el sargento. Y volviéndose a los otros que me habían escuchado en silencio, mirándome fijamente, añadió—: Sois todos testigos. Este cerdo italiano pretende...

—*Shut up!* —grité—. ¡Basta ya de estúpidos insultos! ¿Habéis venido a Europa a insultarnos o a hacer la guerra a los alemanes?

—En el sitio de este pobre muchacho —dijo el sargento llevándose los puños a los ojos— debería haber uno de los vuestros. ¿Por qué no los echáis vosotros solos a los alemanes?

—¿Por qué no os habéis quedado en vuestra casa? Nadie os ha llamado. Debéis dejar que nos las entiésemos nosotros con los alemanes.

—*Take it easy* —dijo el sargento con una risa de maldad—, no sois buenos para nada en Europa; no servís más que para morir de hambre.

Los demás se echaron a reír y me miraron.

—Es cierto —dije—, no estamos bastante bien alimentados para ser héroes como vosotros. Pero yo estoy aquí con vosotros, corro los mismos peligros. ¿Por qué me insultáis?

—*Bastard people!* —dijo el sargento.

—Bonita raza de héroes la vuestra —dije—, diez soldados alemanes y un cabo bastan para haceros frente durante tres meses.

—*Shut up!* —gritó el sargento avanzando un paso hacia mí.

El herido emitió un gemido y todos nos volvimos.

—Sufré —dijo el sargento palideciendo.

—Sí —dije—, sufré. Sufré por culpa vuestra. Está avergonzado de nosotros. En vez de ayudarlo estamos aquí cubriéndonos de insultos. Pero sé por qué me insultáis. Porque sufrís. Siento haberos dicho ciertas palabras. ¿Creéis que yo no sufro también?

—*Don't worry, captain* —dijo el sargento con una sonrisa tímida que me hizo sonrojarme levemente.

—*Hello boys!* —dijo el herido incorporándose sobre los codos.

—Tiene celos de ti —dije, señalando al sargento querría estar herido como tú para poder volver a casa.

—Es una verdadera injusticia—gritó el sargento, golpeándose el pecho con las manos—, ¿se puede saber por qué tú puedes volver a casa, a América, y yo no?

El herido sonrió.

—A mi casa... —dijo.

—Dentro de poco vendrá la ambulancia y te llevará al hospital de Nápoles —le dije—. Y dentro de un par de días, en avión hacia América. ¡Eres un muchacho de suerte!

—Es una injusticia —dijo el sargento—, tú a casa y nosotros aquí, a pudrirnos. Así acabaremos todos si seguimos mucho tiempo así, delante de Cassino. —E inclinándose cogió un puñado de barro, se embadurnó el rostro y comenzó a hacer muecas. Los soldados se echaron a reír y el herido sonrió.

—Pero los italianos vendrán a ocupar nuestro sitios y nosotros nos iremos a casa —dijo un soldado avanzando hacia delante. Y agarrando mi sombrero de oficial de Alpinos con la larga pluma negra y

metiéndoselo en la cabeza comenzó a saltar delante del herido, haciendo muecas y gritando—: *Vino! Spagetti! Signorina!*

—*Go on* —dijo el sargento dándome un empujón.

Me sonrojé. Me repugnaba hacer el payaso. Pero tenía que seguir el juego; había sido yo quien había propuesto la triste comedia y no podía negarme ahora a representar mi papel. Si se hubiese tratado de hacer el payaso para salvar la patria, la humanidad, la libertad, me habría negado. En Europa todos sabemos que hay mil maneras de hacer el payaso; incluso hacer de héroe, de bellaco, de traidor, de revolucionario, de salvador de la patria, de mártir de la libertad, son maneras de hacer el payaso. Incluso colocar a un hombre al pie de un muro y dispararle en el vientre, incluso ganar o perder una guerra, son maneras como otras de hacer el payaso. Pero ahora no podía negarme a hacer el payaso para ayudar a un pobre muchacho a morir sin dolor. En Europa, seamos justos, nos ocurre muy a menudo tener que hacer el payaso por mucho menos... Y, además, aquella era una manera noble, una manera generosa, de hacer el payaso, y no podía negarme; se trataba de no hacer sufrir a un hombre. Comería tierra, masticaría guijarros, tragaría estiércol, traicionaría a mi madre, con tal de ayudar a un hombre, un animal, a no sufrir. La muerte no me da miedo; no la odio, no me disgusta, no es, en el fondo, cosa mía. Pero odio el sufrimiento, y más el de los demás hombres y animales, que el mío. Estoy dispuesto a todo, a cualquier canallada, a cualquier heroísmo, con tal de no hacer sufrir a un ser humano, con tal de ayudarlo a no sufrir, a morir sin dolor. Y así, pese a que sintiese el rubor en mi frente, me sentía feliz de poder hacer el payaso, no ya por cuenta de la patria, de la humanidad, del honor nacional, de la gloria, de la libertad, sino por cuenta mía, para ayudar a un pobre muchacho a no sufrir, a morir sin dolores.

—*Chewing-gum! Chewing-gum!* —grité poniéndome a dar saltos delante del herido; y hacía muecas, fingí masticar un enorme *chewing-gum*, hacía la parodia de tener los dientes pegados por una inmensa madeja de hilos de goma, de no poder abrir la boca, de no poder hablar, ni respirar, ni escupir. Hasta que, después de improbables esfuerzos, conseguí finalmente separar los dientes, abrir la boca, y lanzar un grito de triunfo.

—*Spam! Spam!*

A este grito, que evocaba el horrendo *spam*, la pasta de carne de cerdo, orgullo de Chicago, que es el odiado y habitual régimen alimenticio del soldado americano, todos se echaron a reír y el mismo herido repitió sonriendo:

—*Spam! Spam!*

Presa de una imprevista furia todos empezaron a saltar acá y allá, agitando los brazos, fingiendo tener los dientes pegados por una madeja de hilos de goma de *chewing-gum*, no poder respirar, no poder hablar, y agarrándose con las dos manos la mandíbula inferior fingían tratar de abrir a la fuerza la boca; y también yo saltaba con los demás, gritando a coro con ellos: «*Spam! Spam!*» Y entretanto, allá, en la colina, resonaba lúgubre, feroz, monótono, el «*spam! spam! spam!*» de la artillería de Cassino.

De repente, fresca, sonora, riente, resonó una voz en el fondo de la selva de olivos y llegó hasta nosotros danzando por entre los troncos claros manchados de sol. «*Ohoho! Ohoho!*» Nos detuvimos y miramos hacia el sitio de donde venía la voz. Por entre el argentino fondo de la selva de olivos, contra el cielo gris sembrado acá y allá de manchas verdes, por el pedregal rojizo y los enebros azulados hinchados de niebla, un negro bajaba lentamente la cuesta. Era un negro joven, alto, de piernas larguísimas. Llevaba un saco en la espalda y caminaba un poco inclinado, rozando apenas el suelo con sus suelas de goma, abriendo la boca enorme y gritando «*Ohoho! Ohoho!*» y moviendo la cabeza como si un inmenso, un alegre dolor le abrasase el corazón. El herido miró al negro y una sonrisa apareció en sus labios.

Llegado junto a nosotros, el negro se paró, dejó en tierra el saco, que produjo un ruido de botellas, y pasándose la mano por la frente, con su voz pueril, dijo:

—*Oh, you are having a good time, ins't?*

—¿Qué hay en este saco? —preguntó el sargento.

—Patatas —dijo el negro.

—Me gustan las patatas —dijo el sargento. Y volviéndose hacia el herido, añadió —: También a ti te gustan las patatas, ¿verdad?

—*Oh, yes!* — dijo Fred riendo.

—Está herido y le gustan las patatas —dijo el sargento —, espero que no negarás una patata a un herido

americano.

—Las patatas hacen daño a los heridos —dijo el negro con voz plañidera—. Las patatas son la muerte para los heridos.

—Dale una patata —dijo el sargento con voz amenazadora, mientras, volviéndose de espaldas al herido, hacía al negro con la boca y con los ojos unos signos misteriosos.

—¡Oh, no, no! —dijo el negro, tratando de entender los signos del sargento—. Las patatas son la muerte.

—Abre el saco — dijo el sargento.

El negro comenzó a lamentarse haciendo oscilar la cabeza. «*Ohoho, ohoho, ohiohio!*» y entretanto se inclinaba, abría el saco y sacaba una botella de vino tinto. La alzó, la miró contra aquel poco de sol sucio que se filtraba a través de la niebla, hizo chasquear la lengua y abriendo lentamente la boca mientras agrandaba los ojos, emitió un gruñido animal: «*Uhá!, uhá!, uhá!*», que todos imitaron con júbilo infantil.

—¡Dámela! —dijo el sargento.

Abrió la botella con la punta de su cuchillo, vertió un poco de vino en un vaso de latón que un soldado le tendía y alzando el vaso dijo al herido:

—¡A tu salud, Fred! —y bebió.

—Dame un poco —dijo el herido—. Tengo sed.

—No — dije yo —. No debes beber.

—¿Por qué no? — dijo el sargento, mirándome de través —. Un buen vaso de vino le irá bien.

—Un hombre herido en el vientre no debe beber — dije en voz baja—. ¿Quiere matarlo? El vino le abrasará los intestinos, lo hará sufrir de un modo atroz. Comenzará a gritar.

—*You bastard...* —dijo el sargento.

—Dadme un vaso —dije en voz alta—, quiero beber también a la salud de este afortunado muchacho.

El sargento me tendió el vaso lleno de vino y alzándolo dije:

—Bebo a tu salud, y a la salud de los tuyos, y de todos aquellos que estarán esperándote en el campo de aviación. ¡A la salud de tu familia!

—*Thank you* —dijo el herido sonriendo—, y a la salud de Mary también.

—Bebamos todos a la salud de Mary — dijo el sargento. Y volviéndose hacia el negro añadió—: Fuera las otras botellas.

—¡Oh, no, no, oh, no! —gritó el negro con voz plañidera—. Si queréis vino id a buscarlo como he hecho yo.

—¿No te da vergüenza negar un poco de vino a un compañero herido? Dame aquí — dijo el sargento con voz severa, sacando del saco las botellas y tendiéndolas a sus compañeros. Todos habían sacado un vaso de sus mochilas y todos levantamos el vaso.

—¡A la salud de la bella, de la querida Mary! —dijo el sargento, alzando el vaso; y todos bebimos a la salud de la bella, de la joven, de la querida Mary.

—Quiero beber yo también a la salud de Mary — dijo el negro.

—Es verdad —dijo el sargento—. Y después cantarás en honor de Fred. Porque Fred dentro de dos días saldrá en avión para América.

—¡Oho! —dijo el negro, abriendo los ojos.

—¿Y sabes quién estará esperándolo en el campo de aviación? Díselo tú, Fred —añadió el sargento, volviéndose hacia el herido.

—Mammy — dijo Fred con voz débil —. Daddy, y mi hermano Bob...

—...tu hermano Bob... —dijo el sargento.

El herido callaba, respirando con fatiga. Dijo:

—...mi hermana Dorothy, tía Leonora... —y se calló..

—Y Mary... —dijo el sargento.

El herido hizo un signo afirmativo con la cabeza y entreabriendo los labios sonrió.

—¿Y qué harías tú — dijo el sargento, volviéndose hacia el negro —, si fueses tía Leonora? Irías; tú también al campo a esperar a Fred, ¿no es, verdad?

—¡Oh, oh! —dijo el negro—. ¿Tía Leonora? Yo no soy tía Leonora.

—¡Cómo! ¿Tú no eres tía Leonora? —dijo el sargento, mirando fijamente al negro y haciéndole extraños signos con la boca.

—*I am not aunt Leonor!* —dijo el negro con voz plañidera.

—*Yes, you are aunt Leonor!* — dijo el sargento, estrechándole los puños.

—*No, I am not!* —dijo el negro moviendo la cabeza.

—¡Pues sí, tú eres tía Leonora! —dijo el herido riéndose.

—*Oh, yes!* ¡Pues claro, soy tía Leonora! —dijo el negro, alzando los ojos al cielo.

—*Of course, you are aunt Leonor!* —dijo el sargento—. *You are a very charming old lady! Look, boys!* ¿No es verdad que es nuestra querida tía Leonora?

—*Of course!*—dijeron los demás—, *he is a very charming old lady!*

—*Good morning, gentlemen* —dijo el negro, inclinándose graciosamente y cimbreándose sobre la cintura, y moviendo la cabeza a uno y otro lado comenzó a caminar por delante del herido, acariciándose el rostro con una mano, levantándose con la otra una invisible falda—. *Oh, Lord!* —decía levantando la vista al cielo como para escrutar la llegada de un avión—, *oh, Lord!*, ¡cómo me late el corazón! ¡Cuan deliciosa, cuan atroz, esta larga espera! Pero, calla..., me parece oír..., lejano..., allá entre las nubes... ¡Sí, sí, es Fred, mi querido Fred, helo ahí, helo ahí! —Y avanzaba el rostro haciendo con una mano portavoz en el oído mientras los demás imitaban con la boca el ruido lejano de un motor que se acercaba, bajaba, se posaba sobre el suelo—. *Oh, Lord!*, *oh Lord!* —decía el negro con voz aguda; y caminaba a pequeños pasos, moviéndose en torno a su rostro, con exquisita ligereza, las manos con dos dedos abiertos. Una gracia no cómica, sino triste, saturaba sus ligeros movimientos, el ritmo de su paso, el movimiento infantil de su pequeña cabeza con su pelo negro y crespo. Caminaba de un lado para otro exclamando con voz alterada: *Oh, Lord! Oh, Lord!* Y poco a poco sus pasitos fueron suavizándose, comenzaron a destacarse del suelo con un chasquido seco de sus suelas de goma, las rodillas se doblaron cada vez más altas, hasta rozar el vientre. De repente, el negro echó la cabeza atrás, alargó los brazos, pareció estrechar contra su seno todo el cielo y comenzó a cantar *oho! Oho! Oho!*, y cantando, bailaba, pateaba con fuerza haciendo oscilar la cabeza, con los ojos cerrados.

—*Look at the boy* — dijo el sargento —. Mire a Fred.

El herido fijaba en el negro sus ojos intensos y sonreía. Parecía feliz. Un rubor iluminaba su frente; gruesas gotas de sudor bañaban su rostro.

—Sufre —dijo el sargento, apretándose el brazo con fuerza.

—No, no sufre —dije yo.

—Se muere, ¿no veis que se muere? —dijo el sargento con voz conmovida.

—Muere dulcemente, sin sufrir —dije yo.

—*You bastard* —dijo el sargento, con odio.

En aquel momento, Fred lanzó un gemido y trató de incorporarse sobre los codos. Se había puesto horriblemente pálido, el color de la muerte había invadido súbitamente su frente, apagando su mirada.

Todo el mundo callaba, incluso el negro, fijando los ojos en el herido con mirada de terror.

El cañón retumbaba lúgubre y profundo allá lejos, detrás de la colina. Yo vi el viento negro vagar aquí y allá por entre los olivos, teñir con una sombra triste la fronda, las piedras y los arbustos. Vi el viento negro, oí su voz negra y sentí un escalofrío.

—¡Se muere, oh, se muere! —decía el sargento, apretando los puños.

El herido había vuelto a caer de espaldas y abría los ojos, mirando en torno suyo, sonriendo.

—Tengo frío —dijo.

Había empezado a llover. Era una llovizna fina y helada que producía sobre las hojas un largo y dulce murmullo.

Me quité el capote y envolví en él las piernas del herido. También el sargento se quitó el capote y cubrió los hombros del moribundo.

—¿Te sientes mejor? ¿Tienes frío todavía?

—Gracias, estoy mejor — dijo el herido, dándome las gracias con una sonrisa.

— ¡Canta! —dijo el sargento al negro—. ¡Canta! — repitió el sargento alzando los puños.

— ¡Oh, no! —dijo el negro—. Tengo miedo.

El negro retrocedió, pero el sargento lo sujetó por un brazo.

—¿Ah, no quieres cantar? ¡Si no cantas te mato!

El negro se sentó en el suelo y comenzó a cantar. Era una canción triste, el lamento de un negro enfermo sentado sobre la ribera de un río, bajo una blanca lluvia de copos de algodón.

El herido comenzó a gemir y las lágrimas inundaron su rostro.

—*Shut up!* — gritó el sargento al negro.

El negro se calló y miró al sargento con sus ojos de perro enfermo.

—No me gusta tu canción —dijo el sargento—, es triste y no dice nada. Canta otra.

—*But* —dijo el negro— *that's a marvellous song!*

—¡Te digo que no dice nada! Mira a Mussolini, ni a Mussolini le gusta tu canción. — Y tendió el dedo hacia mí.

Todos se echaron a reír y el herido volvió la cabeza mirándome maravillado.

—¡Silencio! —gritó el sargento—. ¡Dejad hablar a Mussolini! *Go on*, Mussolini!

El herido se reía; era feliz. Todos se agruparon en torno mío y el herido dijo:

—*You are not Mussolini, Mussolini is fat. He's an old man. You are not Mussolini!*

— ¡ Ah, tú crees que no soy Mussolini! — dije —. Pues bien, ¡mírame! — Y extendí las piernas, apoyé la cabeza atrás, hinché los carrillos y echando fuera la barbilla avancé los labios y grité—: «¡Camisas negras de toda Italia! La guerra que hemos gloriosamente perdido está finalmente ganada. Nuestros amados enemigos, escuchando el voto de todo el pueblo italiano, han desembarcado finalmente en Italia para ayudarnos a combatir a nuestros aliados alemanes. ¡Camisas negras de toda Italia! ¡Viva América!»

— ¡Viva Mussolini! —gritaron todos riendo; y el herido, sacando los brazos de bajo el capote, batió levemente sus manos.

—*Go, on, go, on!* —dijo el sargento.

— ¡Camisas negras de toda Italia! —grité. Pero me callé y seguí con la vista a un grupo de muchachas que bajaban por entre los olivares en dirección a nosotros. Algunas eran todavía chiquillas, otras eran ya mujeres. Vestidas con uniformes alemanes o americanos hechos jirones, el cabello sujeto en la frente por un pañuelo, venían hacia nosotros saliendo de las cuevas y las ruinas de las casas donde aquellos días vivía, como bestias feroces, la población de los alrededores de Cassino, atraídas por nuestras risas, el canto del negro y acaso la esperanza de algo de comida. Tenían, sin embargo, no un aspecto pordiosero, sino noble y altivo; y sentí que me sonrojaba, tuve vergüenza de mí. No ya porque su miseria y su altivez me humillasen; me daba cuenta de que habían descendido más profundamente que yo en el abismo de la humillación, que sufrían más que yo y que tenían, sin embargo, en la mirada, en la actitud, en la sonrisa un orgullo más vivo, más fuerte que el mío. Se acercaron y permanecieron en grupo contemplando ora al herido, ora a uno u otro de nosotros.

—*Go on, go on!* — dijo el sargento.

—No puedo... —dije.

—¿Por qué no puede? —dijo el sargento mirándome amenazador.

—No puedo —repetí.

Me sentía ruborizar. Tenía vergüenza de mí.

—Si no... —dijo el sargento avanzando un paso.

—¿No se avergüenza de mí? — dije.

—No comprendo..., ¿por qué debería avergonzarme de usted?

—Nos ha arruinado, nos ha arrojado al fango, nos ha cubierto de vergüenza, pero no tengo derecho de reírme de nuestras vergüenzas.

—No le entiendo. ¿De quién habla? — dijo el sargento, mirándome maravillado.

—¡Ah, no me entiende! Tanto mejor.

—*Go on* —dijo el sargento.

—No puedo —respondí.

—¡Oh, por favor, capitán! —dijo el herido—. *Go on!*

Miré sonriendo al sargento.

—Perdóneme —dije— si no consigo hacerme entender. No importa. Perdóneme. —Y avanzando los labios,

balanceándome sobre las caderas, el brazo en alto con el saludo romano, grité: «¡Camisas negras! Nuestros aliados americanos han desembarcado finalmente en Italia para ayudarnos a combatir a nuestros aliados alemanes. La sagrada llama del Fascismo no está apagada. Y es a nuestros aliados americanos a quienes he confiado la sagrada llama del Fascismo. Desde las lejanas riberas de América ésta continuará iluminando al mundo. ¡Camisas negras de toda Italia! ¡Viva la América fascista!»

Un coro de risas acogió mis palabras. El herido batía las manos e incluso las muchachas, reunidas en grupo delante de mí, aplaudían, mirándome con ojos extraños.

—*Go on, please* — dijo el herido.

—Basta de Mussolini — dijo el sargento —, no me gusta oír a Mussolini gritar: ¡Viva América! — Y volviéndose hacia mí, añadió—: *Do you understand?*

—No, no entiendo —dije yo—, toda Europa grita: ¡Viva América!

—*I don't like it* — dijo el sargento; y acercándose a las muchachas dijo —: ¡Señoritas, a bailar!

—¡Ya, ya! —dijo el negro—, vino, vino, señoritas. — Y sacó del bolsillo una pequeña armonica, se la llevó a los labios y comenzó a tocarla. El sargento enlazó una muchacha y comenzó a bailar; todos los demás lo imitaron. Yo me senté en el suelo al lado del herido y le puse la mano en la frente. Estaba fría, bañada de sudor.

—Se divierten —dije—. Para olvidar la guerra hay que bailar hoy día.

—Son buenos, chicos — dijo el herido.

—¡Oh, sí! —dije yo—, los soldados americanos son buenos muchachos. Tienen un corazón sencillo. *I like them.*

—*I like italian people* — dijo el herido; y alargando la mano me tocó la rodilla y sonrió.

Yo estreché su mano entre las mías y volví la cara. Sentía un nudo en la garganta; no podía respirar. No puedo ver sufrir un ser humano. Quisiera antes matarlo con mis propias manos que verlo sufrir. Me subía el sudor a la frente al pensar que aquel muchacho tendido allá, en el barro, con el vientre abierto, era un americano. Hubiera preferido que fuese un italiano, un italiano como yo, antes que un americano. No podía soportar la idea de que aquel pobre muchacho americano sufría por culpa nuestra, sufría incluso por culpa mía.

Volví la cara y contemplé aquella pequeña fiesta campestre, aquel Watteau pintado por Goya. Era una escena viva y delicada; un herido tendido en el suelo, un negro que tocaba la armónica apoyado en el tronco de un olivo, aquellas muchachas andrajosas, pálidas, demacradas, agarradas a aquellos bellos soldados americanos de rostro sonrosado, en medio de aquella argentina selva de olivos, entre aquellos cerros desnudos de piedras rojizas sobre la hierba verde, bajo aquel cielo gris, viejo, recorrido por sutiles venas azules, lánguido y arrugado, aquel cielo parecido a la piel de una vieja. Y poco a poco sentía la mano del moribundo enfriarse entre las mías, poco a poco se iba abandonando.

Le levanté un brazo y lancé un grito. Todos se detuvieron, mirándome; después se acercaron y se inclinaron sobre el herido. Fred estaba tumbado de espaldas y había cerrado los ojos. Una máscara blanca cubría su rostro.

—Muere — dijo el sargento en voz baja.

—Duerme. Se ha dormido sin sufrir —dije acariciando la frente del muchacho que ya estaba muerto.

— ¡No lo toque! —dijo el sargento, tirándome brutalmente de un brazo.

—Está muerto — dije —. No gritéis.

—¡Es culpa tuya que haya muerto! —gritó el sargento—, ¡Tú lo has matado, eres causa de su muerte! ¡Por culpa tuya ha muerto sobre el fango, como una bestia! *You bastard!*

Y me dio un puñetazo en la cara.

—*You bastard!* — gritaron los otros, rodeándome con aire amenazador.

—Ha muerto sin sufrir —dije—, ha muerto sin darse cuenta de que moría.

—*Shut up, you, son of a bitch!* —gritó el sargento golpeándome el rostro.

Caí de rodillas; un chorro de sangre acudió a mi boca. Se me echaron todos encima golpeándome con los puños y dándome puntapiés. Me dejé golpear sin defenderme, no grité, no dije una palabra. Fred había muerto sin sufrir. Habría dado mi vida por ayudar a aquel muchacho a morir sin sufrimientos. Había caído de rodillas y todos me golpearon a puñetazos y puntapiés. Y yo pensaba que Fred había muerto sin sufrir.

De repente oímos el ruido de un automóvil, el chirrido de los frenos.

—¿Qué hay? —gritó la voz de Campbell.

Se alejaron todos de mí y se callaron.

Yo permanecí de rodillas al lado del muerto, con el rostro inundado de sangre, y callaba.

—¿Qué ha hecho este hombre? —dijo el capitán médico Schwartz, del hospital americano de Caserta, acercándose a mí.

—Es este bastardo italiano —dijo el sargento, mirándome con odio, mientras las lágrimas anegaban su rostro—; es este cerdo italiano que lo ha dejado morir. No ha querido que lo llevásemos al hospital. Lo ha dejado morir como un perro.

Yo me levanté agotado y permanecí de pie, en silencio.

—¿Por qué ha impedido que fuese llevado al hospital? — dijo Schwartz.

Era un hombre pequeñito, pálido, de ojos negros.

—Hubiera muerto igual —dije—. Hubiera muerto por el camino, entre atroces sufrimientos. Yo no quería que sufriese. Estaba herido en el vientre. Ha muerto sin sufrir. Ni siquiera se ha dado cuenta de que se moría. Ha muerto como un niño.

Schwartz me miró fijamente en silencio; después se acercó al muerto, levantó el capote y contempló largo rato la horrible herida. Dejó caer el capote, se volvió hacia mí y me estrechó en silencio la mano.

Y entonces dijo:

—Le doy las gracias en nombre de su madre. *I thank you for his mother.*

CAPÍTULO SÉPTIMO

La cena del general Cork

—El tifus exantemático está haciendo progresos inquietantes en Nápoles —dijo el general Cork—. Si la violencia del morbo no disminuye, me veré obligado a alejar las tropas americanas de la ciudad.

—¿Por qué preocuparse tanto? —dije yo—. Se ve que no conoce Nápoles.

—Es posible que no conozca Nápoles —dijo el general Cork—, pero mis servicios sanitarios conocen el piojo que propaga el tifus exantemático.

—No es un piojo italiano —dije.

—Ni americano —dijo el general Cork—. En realidad es un piojo ruso. Ha sido traído a Nápoles por los soldados italianos que han vuelto de Rusia.

—Dentro de breves días—dije—no quedará un solo piojo ruso en Nápoles.

—*I hope so* —dijo el general Cork.

—No va usted a creer, espero, que los piojos italianos, los piojos de las callejuelas de Forcella y del Pallonetto se van a dejar pisar por cuatro miserables piojos rusos.

—Le ruego —dijo el general Cork— que no hable de esta forma de los piojos rusos.

—No hay ninguna alusión política en mis palabras; quiero decir solamente que los piojos napolitanos se comerán vivos a los piojos rusos, y el tifus exantemático desaparecerá. Ya lo verá usted; conozco Nápoles.

Todos se echaron a reír y el coronel Eliot dijo:

—Si seguimos mucho tiempo en Europa acabaremos todos como los piojos rusos.

Una risa velada recorrió la mesa.

—¿Y por qué? —preguntó el general Cork—En Europa todo el mundo quiere a los americanos.

—Sí, pero no los piojos rusos —dijo el coronel Eliot.

—No comprendo qué quiere usted decir —dijo el general Cork—; nosotros no somos rusos, somos americanos.

—*Of course we are Americans, thanks God!* —dijo el coronel Eliot—, pero los piojos europeos, una vez se hayan comido a los piojos rusos, se nos comerán a nosotros.

—*What?* —exclamó Mrs. Flat.

—Pero nosotros no somos... ¡ejem! *I mean... we are not...* —dijo el general Cork, fingiendo toser en la servilleta.

—*Of course! we are not... I mean...* naturalmente, no somos piojos —dijo el coronel Eliot, sonrojándose y mirando a su alrededor triunfalmente.

Todos se echaron a reír y, no sé por qué, me miraron. Me sentí piojo como no me había sentido en mi vida.

El general Cork se volvió hacia mí con una sonrisa amable.

—*I like italian people* —dijo—, *but...*

El general Cork en un verdadero *gentleman*, quiero decir un verdadero *gentleman* americano. Tenía esa ingenuidad, ese candor, esa limpieza moral que hacen tan queridos, tan humanos a los *american gentleman*. No era un hombre culto no poseía esa cultura humanística que da un tan noble y poético tono a los modales de

los señores europeos, pero era un «hombre». Poseía esa cualidad humana que falta a los hombres de Europa; sabía sonrojarse. Tenía un pudor delicadísimo, y un sentido preciso, viril, de los propios límites. Estaba también persuadido, como todos los buenos americanos, de que América era la primera nación del mundo y los americanos la gente más civil, más honrada de la Tierra; y, naturalmente, despreciaba a Europa; pero no despreciaba a los pueblos vencidos sólo porque eran pueblos vencidos.

Una vez le había recitado este verso del *Agamenón*, de Esquilo: «*Si respetan los templos y los dioses de los vencidos, los vencedores se salvarán*», y se quedó un momento mirándome fijamente en silencio. Después me preguntó qué dioses hubieran debido respetar los americanos en Europa para salvarse.

—Nuestra hambre, nuestra miseria, nuestra humillación —le respondí yo.

El general Cork me ofreció un cigarrillo, me lo encendió, y me dijo sonriendo:

—Hay otros dioses en Europa, y creo que los habéis callado.

—¿Cuáles? —pregunté.

—Vuestros delitos, vuestros rencores, y siento no poder añadir: vuestro orgullo.

—Ya no tenemos orgullo en Europa.

—Lo sé —dijo el general Cork—, y es verdaderamente una lástima.

Era un hombre sereno y justo. Tenía un aspecto juvenil; pese a que pasase ya de los cincuenta, no parecía tener más de cuarenta. Alto, delgado, ágil, musculado, de anchos hombros y cintura estrecha, tenía las piernas y los brazos largos, las manos finas y blancas. Su rostro era demacrado y rosado, y en él la nariz aguileña, acaso demasiado grande al lado de la boca infantilmente fina y estrecha, contrastaba con la azulada y juvenil dulzura de los ojos. Me gustaba hablar con él, y él parecía tener por mí no sólo simpatía, sino un cierto respeto. No me cabía duda de que sentía oscuramente aquello que yo, por pudor, trataba de ocultarle: que frente a mí no era un vencedor, sino, sencillamente, «otro hombre».

—*I like italian people* — dijo el general Cork—, *but...*

—*But...?* — dije yo.

—El pueblo italiano es bueno, sencillo, cordial, especialmente el napolitano. Pero espero que Europa no sea toda como Nápoles.

—Toda Europa es como Nápoles—dijo yo.

—¿Como Nápoles? —preguntó el general Cork, profundamente asombrado.

—Cuando Nápoles era una de las más ilustres capitales de Europa, una de las más ilustres capitales del mundo, había en ella de todo; Londres, París, Madrid, Viena, toda Europa... Ahora que ha decaído, en Nápoles no ha quedado más que Nápoles. ¿Qué esperáis encontrar en Londres, en París en Viena? Encontraréis Nápoles. El destino de Europa es convertirse en Nápoles. Si permanecéis mucho tiempo en Europa, os convertiréis también vosotros en napolitanos.

—*Good Gosh!* —dijo el general, palideciendo.

—*Europe is a bastard country* —dijo el coronel Brand.

—Lo que no entiendo —dijo el coronel Eliot— es qué hemos venido a hacer en Europa. ¿Teníais acaso necesidad de nosotros para echar a los alemanes? ¿Por qué no los arrojabais solos?

—¿Para que tomarnos tanto trabajo —le repliqué—, cuando vosotros no pedíais más que poder venir a Europa a hacer la guerra por cuenta nuestra?

—*What? What?* — gritaron en torno a la mesa.

—Y si seguís a este paso —dijo—, acabaréis convirtiéndoos en los mercenarios de Europa.

—Los mercenarios se pagan —dijo Mrs. Flat con voz severa—. ¿Qué nos pagaréis vosotros?

—Os pagaremos con nuestras mujeres —dije yo.

Todos se echaron a reír; después me miraron con aspecto embarazado.

—Es usted un cínico —dijo. Mrs. Flat—, un cínico y un insolente.

—Es muy desagradable para usted eso que dice —dijo el general Cork.

—Sin duda —dije—, es doloroso para un europeo decir estas cosas. Pero, ¿para qué mentir entre nosotros?

Lo extraño —dijo el general Cork como para excusarme— es que no es usted un cínico. Es usted el primero que sufre de lo que dice; pero le gusta hacerse daño usted mismo.

—¿Y de qué se maravilla? Siempre ha ocurrido así desgraciadamente; las mujeres de los vencidos se

acuestan con los vencedores. Habría ocurrido exactamente lo mismo en América si hubiesen perdido la guerra.

—*Never!* ¡Jamás! —dijo Mrs. Flat sonrojándose de desdén.

—Quizá sí —dijo el coronel Eliot—, pero prefiero pensar que nuestras mujeres se hubiesen comportado de otro modo. Debe haber alguna diferencia, de todos modos, entre nosotros y los europeos, especialmente entre nosotros y las razas latinas.

—La diferencia —dije— es ésta: que los americanos compren a sus enemigos y que nosotros los vendamos.

Todos me miraron maravillados.

—*What a funny idea!* —dijo el general Cork.

—Tengo la sospecha —dijo el mayor Morris— de que los italianos han empezado ya a vendernos para vengarse del hecho de que los hayamos comprado.

—Eso mismo —dije—, ¿recordáis aquello que se dijo de Talleyrand que había vendido a todos los que lo habían comprado? Talleyrand era un gran europeo.

—¿Talleyrand? ¿Quién era? —preguntó el coronel Eliot.

—*He was a great bastard* —dijo el general Cork.

—Despreciaba a los héroes —dije yo—; sabía por experiencia que en Europa es más fácil hacer el héroe que el bellaco, que cualquier pretexto es bueno para hacer el héroe, y que la política, en el fondo, no es más que una fábrica de héroes. La materia prima, desde luego, no falta; los mejores héroes, *the most fashionable*, son los hechos con estiércol. Muchos de los que hoy hacen el héroe gritando «¡Viva América!» o «¡Viva Rusia!» son los mismos que ayer habían gritado «¡Viva Alemania!». Toda Europa es así. Los verdaderos caballeros son los que no hacen profesión de héroe ni de bellaco, los que ayer no gritaban «¡Viva Alemania!» y hoy no gritan ni «¡Viva América!» ni «¡Viva Rusia!» No olviden ustedes nunca, si quieren comprender a Europa, que los verdaderos héroes mueren, los verdaderos héroes están muertos. Los vivos...

—¿Cree usted que hoy sean muchos los héroes en Europa? —me preguntó el coronel Eliot.

—Millones —dije.

Todos rompieron a reír, echándose hacia atrás sobre el respaldo de la silla.

—Europa es un país raro —dijo el general Cork cuando la risa hubo cesado—; comencé a comprender Europa el mismo día en que desembarcamos en Nápoles. La rendición de la gente era tal en las calles principales de la ciudad, que nuestros carros de asalto no podían pasar para correr detrás de los alemanes. La muchedumbre circulaba tranquilamente por el centro de la calle charlando y accionando como si no pasase nada. Tuve que hacer imprimir precipitadamente grandes manifiestos rogando a la gente que circulase por las aceras y dejase libre el centro de la calle para permitir a nuestros carros de asalto perseguir a los alemanes.

Un estallido de risa acogió las palabras del general Cork. No hay pueblo en el mundo que sepa reír de corazón como el americano. Ríen como chiquillos, como escolares de vacaciones. Los alemanes no ríen nunca por cuenta propia; siempre por cuenta de alguien más. Cuando están en la mesa se ríen de su vecino. Ríen como comen; tienen siempre miedo de no comer bastante, comen siempre por cuenta de alguien más. Y así se ríen también, como si temiesen no reírse bastante. Pero se ríen siempre o demasiado pronto o demasiado tarde; nunca en el momento justo. Lo cual da a su risa ese sentido de fuera de tiempo, incluso de fuera del tiempo que es tan característico de todos sus actos, de todos sus sentimientos. Parece que se ríen siempre por cuenta de alguien que no se ha reído antes que ellos, que no reirá tampoco después de ellos. Los ingleses se ríen como si no hubiese más que ellos que supiesen reír, como si fuesen los únicos que tuviesen el derecho de reírse. Ríen como ríen todos los insulares; sólo cuando están seguros de no ser vistos desde las orillas de ningún continente. Si tienen la menor duda de que desde las *falaises* de Calais o de Boulogne los franceses los ven reír, o se ríen de ellos o dan en el acto a su rostro una estudiada gravedad. La tradicional política inglesa respecto a Europa consiste toda en impedir que desde las *falaises* de Calais o de Boulogne, aquellos malditos europeos los vean reír o se ríen de ellos. Los pueblos latinos se ríen por reír, porque les gusta reírse, porque *il riso fa buon sangue*, y porque, suspicaces y vanidosos como son, creen que, en vista de que se ríen siempre de los demás, y nunca de sí mismos, es imposible reírse de ellos. No se ríen nunca para dar gusto a nadie. También ellos, como los americanos, se ríen por cuenta propia; sin embargo, de modo distinto de los americanos, su risa no es nunca gratuita. Se ríen siempre de algo. Pero los americanos... ¡ah!, los americanos,

aunque se rían siempre por cuenta propia, a veces se ríen por nada, quizá más de lo necesario, aun cuando sepan que se han reído ya lo suficiente; y no se preocupan nunca, especialmente en la mesa, en el teatro o en el cine, de saber si se ríen de lo mismo de que se ríen los demás. Se ríen juntos, sean veinte o cien mil o diez millones; pero siempre cada cual por cuenta propia. Es lo que los distingue de todos los demás pueblos de la Tierra, lo que más revela el espíritu de sus costumbres, de su vida social, de su civilización: que no se ríen nunca solos.

Pero al llegar a este punto, interrumpiendo la risa de los comensales, la puerta se abrió y aparecieron algunos camareros de librea llevando con ambas manos enormes soperas de plata maciza.

Después de la «minestrina» de crema de zanahorias, adicionada de vitamina D y desinfectada con una solución al dos por ciento de cloro, apareció en la mesa el horrendo *spam*, la pasta de carne de cerdo, orgullo de Chicago, cortada en lonjas color púrpura, puestas sobre una espesa capa de maíz hervido. Reconocí que los camareros eran napolitanos, más que en la librea azul de vueltas rojas de la casa ducal de Toledo, en la máscara de espanto y de asco dibujada en su rostro. No he visto jamás unos rostros más llenos de desprecio. Era ese antiguo, obsequioso y libre desprecio de la servidumbre napolitana por todo aquello que es basto patronaje extranjero. Los pueblos que tienen una antigua y noble tradición de esclavitud y de hambre no respetan más dueños que aquellos que tengan gustos refinados y espléndidas maneras. No consideran nada más humillante, para un pueblo reducido a la esclavitud, que un dueño de modales bastos, de gustos groseros. Entre tantos dueños extranjeros el pueblo napolitano no ha guardado buen recuerdo más que de dos franceses, Robert d'Anjou y Joachim Murat, porque el primero sabía elegir un vino y juzgar una salsa, y el segundo, no solamente lo que es una silla inglesa, sino caer con suprema elegancia del caballo. ¿De qué sirve atravesar el mar, invadir un país, ganar una guerra, ceñirse las sienes de laureles de vencedores si después no se sabe proceder en la mesa? ¿Qué raza de héroes son estos americanos que comen maíz como las gallinas?

¡*Spam* frito y maíz hervido! Los camareros sostenían las fuentes con las dos manos, volviendo la cara como si llevaran la cabeza de la Medusa. El rojo violáceo del *spam*, que frito adquiere una tonalidad negruzca, como la carne podrida al sol, y la palidez amarillenta del maíz, estriado de blanco, que con la cocción se hincha y parece el maíz de que está lleno el buche de una gallina muerta ahogada, se reflejaban muy pálidamente en los altos espejos empañados de Murano que en las paredes del comedor alternaban con los antiguos tapices de Sicilia.

Los muebles, las cornucopias doradas, los retratos de los Grandes de España, el *trionfo di Venere* pintado en el techo por Luca Giordano, toda la inmensa sala del palacio del duque de Toledo, en la cual el general Cork ofrecía aquella noche una cena a Mrs. Flat, general en jefe de las WACS de la Quinta Armada americana, se teñía poco a poco del violáceo resplandor del *spam* y del muerto reflejo lunar del maíz. Las antiguas glorias de la casa de Toledo no habían conocido jamás tan triste mortificación. Aquella sala que había acogido los triunfos aragoneses y angevinos, las fiestas reales en honor de Carlos VIII de Francia y de Fernando de Aragón, los bailes, los torneos de amor de la espléndida nobleza de las Dos Sicilias, se hundió dulcemente en el abismo de una opaca luz de alba mortecina.

Los camareros inclinaron las fuentes hacia los comensales y el horrendo refrigerio comenzó. Yo tenía los ojos fijos en el rostro de los camareros, absorto en la contemplación de su asco, de su desprecio. Aquellos camareros vestidos con la librea de la casa de Toledo me reconocieron, me sonrieron; era el único italiano sentado en aquel extraño banquete, el único que podía compartir y comprender su humillación. ¡*Spam* frito y maíz hervido! Y al contemplar la actitud de asco que se reflejaba en sus manos enguantadas de blanco, vi, de

repente, en el borde de aquellas fuentes, una corona; pero no era la corona de los duques de Toledo.

Me preguntaba de qué casa, por qué matrimonio, por qué herencia por qué alianza habían llegado aquellas fuentes de plata al palacio de los duques de Toledo cuando, al fijar los ojos en mi plato, me pareció reconocerlo. Era uno de los platos del famoso servicio de porcelana de la casa Gerace. Pensé con triste afecto en Jean Gerace, en su bello palacio de Monte di Dio, destrozado por las bombas, en sus tesoros de arte, sabe Dios por dónde dispersados. Recorrí con la mirada todo el borde de la mesa y delante de los comensales vi resplandecer las célebres porcelanas pompeyanas de Capodimonte, a las que Sir William Hamilton, embajador de Su Majestad Británica en la Corte de Nápoles, había dado el nombre de Emma Hamilton; con el nombre de *Emma*, último y patético homenaje a la infeliz musa de Horacio Nelson, se conocen en Nápoles esos platos que Capodimonte ha repetido del único modelo hallado por Sir William Hamilton de las excavaciones de Pompeya.

Yo me sentía feliz y conmovido de que aquellas porcelanas, de tan antigua e ilustre cuna, y de tanto nombre, honrasen la mesa del bravo general Cork. Y sonreía de placer al pensar que Nápoles, vencida, humillada, destruida por los bombardeos, lívida de angustia y de hambre, podía ofrecer a sus libertadores un tan exquisito testimonio de sus pasados esplendores. ¡Nápoles es una ciudad cortés! ¡Noble país, Italia! Estaba orgulloso y conmovido de que las Gracias, las Musas, las Venus, las Ninfas, los Amores, recorriesen el borde de aquellos maravillosos manteles, confundiesen el rosa delicado de sus carnes, el tenue azul de sus túnicas, el oro afectuoso de sus cabellos, con el resplandor vináceo del horrendo *spam*.

Aquel *spam* venía de América, de Chicago. ¡Cuán alejada estaba Chicago de Nápoles durante los felices años de la guerra! Y ahora América estaba allí, en aquellos platos de Capodimonte, consagrados a la memoria de Emma Hamilton. ¡Ah, que desgracia estar hecho como estoy hecho yo! Aquella cena en aquella sala, alrededor de aquella mesa, frente a aquellos platos, me parecía una merienda sobre una tumba.

Me salvó de conmovirme la voz del general Cork.

—¿Cree usted que pueda haber en Italia un vino más exquisito que este delicioso vino de Capri? —me preguntó.

Aquella noche, además del habitual café, el habitual té, la acostumbrada leche condensada y el inevitable jugo de ananas, en honor de Mrs. Flat el vino había hecho su aparición en la mesa. El general Cork sentía por Capri un afecto casi amoroso, hasta llamar *a delicious Capri wine* aquel vinillo blanco de Ischia que tomaba su nombre del Epomo, el alto volcán apagado que se elevaba en el centro de la isla.

Cada vez que la situación en el frente de Cassino daba un poco de tregua a sus ocupaciones, el general Cork me llamaba a su despacho y, después de haberme dicho que estaba cansado, que no estaba bien, que tenía necesidad de dos o tres días de reposo, me preguntaba sonriendo si no era del parecer de que el aire de Capri le sentaría bien. Yo respondía:

— ¡Pues claro! ¡El aire de Capri ha sido hecho expofeso para reparar las fuerzas de los generales americanos!.

Y así, después de aquella pequeña comedia habitual, tomábamos el barco hacia Capri con el coronel Jack Hamilton o algún otro oficial de Estado Mayor.

Seguíamos, la costa dominada por el Vesubio hasta Pompeya, cortábamos el golfo desde Castellamare hasta Sorrento y al contemplar aquellas inmensas y profundas grutas socavadas en los acantilados a pico, el general Cork decía:

—No comprendo cómo las sirenas podían vivir en estas grutas húmedas y oscuras.

Y me pedía noticias de aquellas *dear old ladies* con la misma tímida curiosidad con que, antes de invitarla a cenar, había pedido noticias de Mrs. Flat al coronel Jack Hamilton.

Mrs. Flat, aquella *dear old lady*, había discretamente dado a entender al general Cork que hubiera agradecido mucho ser invitada a una cena «estilo Renacimiento». Y el general Cork había pasado dos noches de insomnio tratando en vano de averiguar qué podía significar una cena «estilo Renacimiento». Aquella noche, poco antes de sentarnos a la mesa, el general Cork nos había llamado a Jack y a mí a su despacho y nos mostró con orgullo la minuta de la cena.

Jack había hecho observar al general Cork que en una cena estilo Renacimiento, el pescado hervido debe ser servido después del frito, no antes. En realidad, en la minuta, el pescado hervido venía después del *spam* y del maíz. Pero lo que turbó a Jack fue el nombre del pescado:

—¿Sirena con mayonesa? —dijo Jack.

—*Yes, a Syren... I mean... not an old lady of the sea... of course!* —respondió el general Cork un poco embarazado—; no se trata de una de esas sirenas con cola de pescado... *I mean... not a Syren, but a syren... I mean...* un pescado, un pescado de verdad, de esos que en Nápoles llaman sirenas.

—¿Una sirena? ¿Un pescado? —dijo Jack.

—*A fish...* un pescado — dijo el general Cork, sonrojándose—; *a very good fish*. No lo he probado nunca,

pero me dicen que es un buen pescado.

Y volviéndose hacia mí me preguntó si esa calidad de pescado era apropiada para una cena estilo Renacimiento.

—A decir verdad — respondí —, me parece que sería más adecuado para una cena estilo homérico.

—¿Estilo homérico? —dijo el general Cork.

—*I mean... yes...* estilo homérico; pero una sirena va bien con todas las salsas — respondí para quitarle el embarazo, mientras me preguntaba qué clase de pescado podía ser aquél.

—¡Claro! —dijo el general Cork, con un suspiro de alivio.

Como todos los generales de la U. S. Army, el general Cork tenía un sagrado terror a los senadores y a los Clubs Femeninos de América. Desgraciadamente, Mrs. Flat, llegaba en avión de los Estados Unidos pocos días antes para asumir el mando de las WACS del Quinto cuerpo de Ejército, era esposa del senador Flat, y presidenta del club femenino más aristocrático de Boston. El general Cork estaba aterrado.

—Estaría bien que la invitase usted a pasar algunos días en su bella propiedad de Capri — me había dicho, acaso con la secreta esperanza de alejarla durante unos días de Cuartel General.

Pero yo le había hecho observar que si mi casa le gustaba la hubiera requisado para hacer de ella un club femenino, un *rest camp* para sus WACS.

—¡Ah, no había pensado en este peligro! —respondió el general Cork, palideciendo.

El general consideraba mi casa de Capri como su *rest camp* personal y sentía por ella un afecto acaso superior al mío. Cuando tenía que redactar alguna memoria para el War Department, o algún plan de operaciones que poner a punto, o cuando necesitaba algunos días de reposo, me llamaba a su despacho y me preguntaba:

—¿No cree que un poco de aire de Capri me sentaría bien?

No quería llevarse consigo más que a Jack o a mí y alguna vez su ayudante de campo. De Sorrento seguíamos la costa hasta la altura de Massa Lubrense y de allí cortábamos a través la Bocche di Capri, poniendo proa a los Faraglioni.

Apenas salía del mar el promontorio del Masullo y en la punta extrema del promontorio aparecía mi casa, una sonrisa pueril iluminaba el rostro del general Cork.

—¡Ah, comprendo que las sirenas tuviesen su casa aquí —decía—, esta es verdaderamente la patria de las sirenas!

Y exploraba con los ojos radiantes de júbilo las cavernas horadadas en los flancos del Montedi Tiberio, los enormes escollos que se elevan de las aguas al pie del vertiginoso muro cortado a pico de Matromania; y allá lejos, a levante, las Sirenuse, los islotes a lo largo de Positano, que ahora los pescadores llaman «i Galli», donde Massine, el discípulo de Diaghilev, posee una torre antigua flagelada por las olas y los vientos, y habitada sólo por un mudo y abandonado «Pleyel» con el teclado verde de moho.

—¡Allí está Pesto! —decía, señalando la larga orilla arenosa que cierra el horizonte de oriente.

Y el general Cork gritaba:

—¡Ah, aquí, aquí quisiera vivir!

Para él no existían más que dos paraísos en el mundo: América y Capri, que él llamaba algunas veces con el afectuoso nombre de *little* América. Capri hubiera sido, sin duda alguna, un paraíso perfecto para él si aquella isla bendita no hubiese languidecido también bajo la tiranía de una selecta colección de *extraordinary women*, como las llama Compton Mackenzie, todas ellas más o menos condesas, marquesas, duquesas, princesas, casi todas poco jóvenes ya, y feas, que formaban la aristocracia femenina de Capri. Y es cosa sabida que la tiranía moral, intelectual y social de las mujeres feas y viejas es la peor del mundo.

Declinando ya hacia la edad de las nostalgias y los recuerdos, ya oprimidas por la conmiseración de sí mismas y de este complejo sentimiento suyo, el más poético entre todos, obligadas a buscar en su restringida sociedad femenina un triste consuelo del pasado, una vana recompensa del amor perdido, aquellas Venus decadentes se habían reunido en torno a una princesa romana que había obtenido durante su juventud muchos éxitos amorosos masculinos y femeninos. Tenía esta princesa cerca de cincuenta años; era alta, gorda, tenía un rostro duro, la voz ronca y una insinuación de pelo adornaba su barbilla flaccida. Por miedo a los bombardeos había huido de Roma, no fiándose de la protección prometida por el Vaticano a la ciudad de los Césares y de

San Pedro, o, como se decía entonces de que el paraguas del Papa fuese suficiente para resguardar a Roma de la lluvia de bombas. Y se había refugiado en Capri, donde había llamado en torno a ella lo que quedaba de aquella vieja escuadra de Venus, espléndidas un día y humilladas y envilecidas hoy, que durante la edad de oro de la marquesa Luisa Casat, y de Mimi Franchetti habían hecho de Capri la Acrópolis de la gracia y la belleza mujeril, y del amor para mujeres solas.

Para estabilizar su tiranía sobre la isla, la princesa había sabido aprovechar hábilmente la decadencia, sobrevenida a consecuencia de la guerra, de la condesa Edda Ciano y de su corte de bellas y jóvenes amigas, quienes, debido a la gran pobreza de hombres de que Capri sufría durante aquellos años, se veían reducidas a mimar el amor y a disputarse cuatro o cinco jovencuelos que habían acudido de Nápoles a Capri a ganar, como decían ellos, para vivir en paz durante la guerra. Pero lo que más había ayudado a la princesa a afirmar su tiranía sobre toda la isla, había sido el anuncio del inminente desembarco americano en Italia. La condesa Edda Ciano y su corte de amor habían abandonado precipitadamente Capri, refugiándose en Roma; y la princesa había quedado sola dueña de la isla.

Cada día, por la tarde, estas Venus en decadencia se reunían en una villa solitaria de Piccola Marina situada a mitad del camino entre la villa de Teddy Gerald y la de Grace Field. Lo que ocurriese en aquellas secretas reuniones no es cosa sabida. Parece que se deleitaban con la música, la poesía, la pintura y, añadían algunos, el whisky. Lo que no podía ponerse en duda era que aquellas mujeres habían permanecido, en materia de gustos y sentimientos, incluso durante aquellos años de la guerra, fieles a París, a Londres, a Nueva York, es decir, a la rué de la Paix, a Mayfair y a *Harper's Bazar*, y por esta fidelidad suya habían soportado insultos y vejaciones de todas clases. En cuanto al arte, habían permanecido fieles a D'Annunzio, a Debussy y a Zuloaga, que eran sus Schiaparelli en materia de poesía, música y pintura. Y su gusto en el vestir era anticuado, puesto que estaba todavía inspirado en la moda que la marquesa Casati había hecho célebre en Europa treinta años antes.

Vestían aquellas largas chaquetas de *tweed* color tabaco quemado, capas de terciopelo violado, y llevaban arrollados alrededor de su arrugada frente altos turbantes de seda blanca o roja, enriquecidos con cierres de oro, piedras preciosas y perlas, que les hacía parecerse a la sibila cumada del Domenichino. Algunas veces usaban, no faldas, sino anchos pantalones de terciopelo de Lyon, de color verde o azulado, de los cuales salían sus pies diminutos calzados con sandalias de oro, como los piececitos de las reinas de las miniaturas góticas de los *Libros de Horas*. Vestidas así, y gracias a su indumentaria hierática, tenían el aspecto de sibilas o de pitonisas, y por tal nombre eran comúnmente llamadas. Cuando atravesaban la plaza de Capri, rígidas y fatales, el rostro hermético, el gesto duro, orgullosas y absortas, la gente las miraba pasar con un vago sentido de inquietud. Más que respeto, inspiraban temor.

El 16 de setiembre de 1943 los americanos desembarcaron en Capri y a la primera noticia de aquel feliz acontecimiento, la plaza se llenó de gente bulliciosa; y he aquí que las severas sibilas llegaban en grupo por la calle de la Piccola Marina, penetraban en la muchedumbre, se abrían paso entre ella con sólo un movimiento de los ojos y se reunían en primera fila, alrededor de la princesa. Cuando los primeros soldados americanos desembocaron en la plaza, caminando encorvados, con los fusiles ametralladores bajo el brazo, casi como si esperasen encontrarse de un momento a otro con el enemigo y se encontraron frente al grupo de sibilas, se detuvieron asustados, y muchos dieron un paso atrás.

—¡Vivan los aliados! ¡Viva América! —gritaban las arrugadas Venus con sus voces roncadas, lanzando besos a los «liberadores» con las puntas de los dedos. Acudido a dar ánimos a sus soldados, que retrocedían ya, y avanzando imprudentemente demasiado adelante, el general Cork se vio circundado por las sibilas, envuelto en diez brazos, levantado, llevado en hombros. Desapareció y no se supo nada más de él hasta la caída de la tarde, cuando fue visto franquear el umbral del «Albergo Quisisana» con los ojos cansados, y un aspecto contrito y culpable.

La noche siguiente hubo en el «Quisisana» un gran baile en honor de los «liberadores» y en aquella ocasión el general Cork realizó un gesto digno de ser recordado. Debía abrir el baile con la *first lady* de Capri y no cabía la menor duda de que la primera señora de Capri era la princesa. Mientras la orquesta del «Quisisana» atacaba el *Star Dust*, el general Cork miró una a una a aquellas maduras Venus reunidas en torno a la princesa, que ya sonreían, ya levantaban lentamente los brazos. En el rostro del general Cork se dibujaba todavía la

sombra del espanto de la tarde anterior.

De repente su rostro se iluminó y su mirada, abandonando la banda de sibilas se posó sobre una muchacha morena, bellísima, procaz, de enormes ojos negros, con una boca grande y roja, cubiertos de negro vello el cuello y las mejillas, que gozaba de la fiesta confundida con las camareras del hotel asomadas a la puerta de la cocina. Era Antonietta, del guardarropa del «Quisisana». El general Cork sonrió se abrió paso entre las sibilas, atravesó sin verlas siquiera, la hilera de bellas y jóvenes damas de espaldas desnudas y ojos relucientes, instaladas detrás de la princesa y sus arrugadas ninfas, y abrió el baile en los velludos brazos de Antonietta.

Fue un escándalo enorme, del cual tiemblan todavía los Faraglioni. ¡Qué espléndido ejército el americano! ¡Qué general más maravilloso el general Cork! ¡Atravesar el Atlántico para acudir en auxilio de Europa, desembarcar en Italia, entrar en Nápoles como liberador, conquistar Capri, la isla del amor, y celebrar la victoria abriendo el baile con la empleada del guardarropa del «Quisisana»! Los americanos, hay que reconocerlo, son más *smart* que los ingleses. Cuando Winston Churchill, algunos meses después, desembarcó en Capri, fue a almorzar en los escollos de Tragara, justo bajo mi casa. Pero no fue tan «chic» como el general Cork. Hubiera por lo menos debido invitar a almorzar a María, mi joven y fiel ama de llaves.

Durante los días que pasaba en mi casa de Capri, el general Cork se levantaba al alba y, solo, se iba de paseo por el bosque de la parte de los Faraglioni, o trepaba por las rocas a pico sobre mi casa por la parte de Matromania o, si el mar estaba en calma, salía en barca con Jack y conmigo a pescar por entre los escollos del Salto di Tiberio. Le gustaba estar sentado a la mesa con Jack y conmigo delante de un vaso de vino de las viñas del Sordo. Mi cantina estaba bien provista de vinos y licores, pero al mejor Borgoña, al mejor Burdeos, al vino del Rin o del Mosela, al más exquisito Cognac, el general prefería el sencillo, el puro vino de las viñas del Sordo, en el Monte di Tiberio. Por la noche, después de la cena, íbamos a echarnos delante del camino sobre las pieles de gamuza que cubren las losas de piedra del pavimento; en el fondo del hogar está incrustado en la pared un cristal Zeiss. A través de las llamas se ve el mar bajo la luna, los Faraglioni saliendo de las ondas, las rocas de Matromania y el bosque de pinos y de encinas que se extiende detrás de mi casa.

—¿Quiere contar a Mrs. Flat —me dijo sonriendo el general Cork— su encuentro con el mariscal Rommel?

Para el general Cork yo no era ni el capitán Curzio Malaparte, el *Italian liason officer*, ni el autor de *Kaputt*; era Europa. Era Europa, toda Europa, con sus catedrales, sus estatuas, sus cuadros, sus poemas, su música, sus museos, sus bibliotecas, sus batallas ganadas y perdidas, sus glorias inmortales, sus manjares, sus mujeres, sus héroes, sus perros y sus caballos, la Europa culta, refinada, espiritual, divertida, inquietante e incomprensible. Al general Cork le gustaba sentar a Europa a su mesa, llevarla en su automóvil a su puesto de mando de Cassino o de Garigliano. Le gustaba poder decirle a Europa: «Hábleme de Schumann, de Chopin, del Giotto, de Miguel Ángel, de Rafael, de aquel *damned fool* de Baudelaire, de ese *damned fool* de Picasso, de Jean Cocteau.» Le gustaba poder decirle a Europa: «Nárreme en pocas palabras la historia de Venecia, cuénteme el argumento de la *Divina Comedia*, hábleme de París y de "Maxim's".» Le gustaba poder decirle a Europa en cualquier momento, en la mesa, en automóvil, en la trinchera, en avión: «Cuéntame qué vida lleva el Papa, cuál es su deporte favorito dime si es verdad que los cardenales tienen amantes.»

Un día, habiendo ido a ver al mariscal Badoglio en Bari, que era entonces la capital de Italia fui presentado a su Majestad el rey, quien me preguntó cortésmente si estaba contento de mi misión cerca del Mando Aliado. Contesté a Su Majestad que estaba contento, pero que los primeros tiempos mi misión había sido muy difícil; al principio no era más que *the bastard italian liason officer*; después, poco a poco, me había ido convirtiendo en *this fellow*, y que ahora, por fin, era *the charming Malaparte*.

—También el pueblo italiano — dijo el rey con una sonrisa triste— ha sufrido la misma metamorfosis. Al principio era *the bastard italian people*; ahora, gracias a Dios, se había convertido en *the charming italian people*. En cuanto a mí... — añadió, pero se detuvo: quería sin duda decir que para los italianos había seguido siendo «El pequeño rey».

—Lo más difícil — dije — es hacer comprender a estos bravos soldados americanos que no todos los europeos son unos imbéciles.

—Si logra usted convencerlos de que incluso entre nosotros hay gente honrada —dijo Su Majestad—, habrá dado prueba de ser un hombre de valor y habrá merecido el agradecimiento de Italia y de Europa.

Pero no era fácil convencer de ciertas cosas a aquellos bravos muchachos americanos. El general Cork me preguntaba qué era, en el fondo, Alemania, Francia, Suiza.

—El conde de Gobineau — respondía yo — ha definido Alemania como *les Indes de l'Europe*. Francia — añadía — es una isla rodeada de tierra. Suiza, una selva de abetos de *smoking*, —Todos me miraron maravillados, exclamando: «*Funny!*». Después me preguntaban por qué el pueblo italiano, antes de la guerra, no había hecho la revolución para echar a Mussolini. Yo contestaba: «Para no dar un disgusto a Roosevelt y a Churchill, que antes de la guerra eran muy amigos de Mussolini.» Todos me miraban maravillados, exclamando: «*Funny!*» Después me preguntaban qué era un Estado totalitario, y yo contestaba: «Es un Estado donde todo aquello que no está prohibido es obligatorio. Y todos me miraban maravillados, exclamando:

—*Funny!*

Yo era toda Europa. Era la historia de Europa, la civilización de Europa, la poesía, el arte, todas las glorias y todos los misterios de Europa. Y me sentía a la vez oprimido, destruido, liberado, me sentía bellaco y héroe, *bastard* y *charming*, amigo y enemigo, vencido y vencedor. Y me sentía incluso una persona de bien; pero era difícil hacer comprender a aquellos honrados americanos que había gente honrada incluso en Europa.

—¿Quiere usted contarle a Mrs. Flat, se lo ruego — me dijo el general Clark sonriendo—, su encuentro con el mariscal Rommel?

Un día, en Capri, mi fiel ama de llaves vino a advertirme que un general alemán acompañado de su ayudante de campo, estaba en el vestíbulo y deseaba visitar la casa. Era la primavera de 1942, poco antes de la batalla de El Alamein. Mi licencia había terminado: al día siguiente debía salir para Finlandia, Axel Munthe, que había decidido regresar a Suecia, me había pedido que lo acompañase hasta Estocolmo. «Soy viejo, Malaparte, y estoy ciego —me había dicho para conmovirme—; le ruego que me acompañe; viajaremos en el mismo avión.» A pesar de que Axel Munthe, pese a sus lentes negros, no era ciego (la ceguera era una ingeniosa invención, para enternecer a los románticos lectores de la *Historia de San Michele*; cuando le convenía veía muy bien), no podía negarme a acompañarlo, y le había prometido salir al día siguiente con él.

Fui al encuentro del general alemán y lo hice entrar en mi biblioteca. El general, observando mi uniforme de alpino, me preguntó en qué frente me encontraba.

—En el frente finlandés — respondí.

—Le envidio —me dijo—; yo sufro a causa del calor. Y en África hace demasiado calor.

Sonrió con una sombra de tristeza, se quitó la gorra y se pasó la mano por la frente. Vi con estupor que tenía un cráneo de una forma extrañísima, algo fuera de medida, o mejor, alargado por arriba, parecido a una enorme pera amarilla. Lo acompañé de estancia en estancia por toda la casa, de la biblioteca al bar, y cuando regresamos al inmenso vestíbulo de ventanales abiertos sobre el más bello paisaje del mundo, le ofrecí un vaso de vino del Vesubio de los viñedos de Pompeya, dijo *Prosit* levantando el vaso, lo bebió de un trago, y después, antes de marcharse, me preguntó si había comprado la casa hecha o si la había proyectado y construido yo. Le respondí —y no era verdad— que la había comprado hecha. Y con un amplio movimiento de la mano, mostrándole los muros cortados a pico de Matromania, los tres escollos gigantes de los Faraglioni, la península de Sorrento, las islas de las Sirenas, las lejanías azules de la costa de Amalfi y el remoto reflejo dorado de las riberas de Pesto, le dije:

—Yo he dibujado el paisaje.

—*Ach, so!* —exclamó el mariscal Rommel.

Y después de haberme estrechado la mano, salió.

Yo permanecí a la puerta viéndole subir la rápida escalera tallada en la roca que de mi casa lleva a Capri. De repente, lo vi detenerse, volverse rápidamente, fijar sus ojos en mí con una dura mirada; después dio media vuelta y se marchó.

—*Wonderful!* —exclamaron todos alrededor de la mesa, y el general Cork me miró con simpatía.

—En su lugar —dijo Mrs. Flat con una fría sonrisa—, no hubiera recibido en mi casa aun general alemán.

—¿Por qué no? —pregunté, estupefacto.

—Los alemanes —intervino el general Cork— eran entonces los aliados de los italianos.

—Quizá sí —dijo Mrs. Flat con tono de desprecio—, pero eran alemanes.

—Se han convertido en alemanes después de su desembarco en Salerno — dije yo —; entonces eran

nuestros aliados.

—Hubiera usted hecho mejor —dijo Mrs. Flat, levantando la cabeza con orgullo— en recibir en su casa a los generales americanos.

—Entonces en Italia —dije— no era fácil procurarse generales americanos, ni aún en el mercado negro.

—*That's absolutely true* —exclamó el general Cork mientras todos se reían.

—Es una respuesta demasiado fácil la suya —dijo Mrs. Flat.

—No sabrá usted nunca —dije— cuan difícil es una respuesta semejante. De todos modos, el primer oficial americano que entró en mi casa se llamaba Siegfried Reinhardt. Había nacido en Alemania, combatió en 1914 hasta 1918 en el Ejército alemán y había emigrado a América en 1929.

—Era, por consiguiente, un oficial americano —dijo Mrs. Flat.

—Ciertamente, era un oficial americano — dije echándome a reír.

—No veo de qué puede usted reírse —dijo Mrs. Flat.

Me volví hacia Mrs. Flat y la miré. No sabía por qué, pero me gustaba mirarla. Llevaba un espléndido vestido de noche de seda violeta con adornos amarillos, muy escotado, y aquel violeta, aquel amarillo, daban no sé qué de eclesiástico y de fúnebre a la vez a su rostro de rosa pálido, reavivado en los pómulos por una leve sombra de rojo, al brillo un poco vidrioso de sus ojos, redondos y verdes, a su frente alta y estrecha y a la violácea llama apagada de sus cabellos que, negros sin duda alguna pocos años antes, tenían ahora un poco aquel tinte leonado con el cual los peluqueros se ingenian en disimular los cabellos grises. Pero aquel color encendido, en lugar de disimular los años, los traiciona, revelando más profundas las arrugas, más apagados los ojos, más blanda la rosada cera del rostro.

Como todas las Red Cross y las WACS del ejército americano que cada día llegaban por los aires de los Estados Unidos con la esperanza de entrar victoriosas en Roma o en París en todo el esplendor de su elegancia, y de no hacer mal papel al lado de sus rivales europeas, también Mrs. Flat había traído en sus equipajes un traje de noche de seda última creación. «Summer 1943», obra de algún célebre modista de Nueva York. Estaba sentada erguida, rígida, los codos pegados a su cuerpo, las manos levemente apoyadas sobre el borde de la mesa, en la posición predilecta de las Madonnas y las Reinas de los pintores italianos del Cuatrocientos. Tenía el rostro lúcido y terso, parecía un rostro de porcelana antigua, algo resquebrajado por el tiempo. Era una mujer ya no joven, de no más de cincuenta años, y como ocurre a muchas americanas al envejecer, el color sonrosado de sus mejillas se había, no ya apagado, ni vuelto opaco, sino aclarado, hecho casi más puro, más inocente. Tal como era, más que una mujer madura de aspecto juvenil, su rostro parecía el de una muchacha joven envejecida por magia de ungüentos y artes de hábiles peluqueros, una muchacha disfrazada de vieja. Lo que había de absolutamente puro en aquel rostro, en el cual la Vejez y la Juventud contendían como en una batalla de Lorenzo *el Magnífico*, eran los ojos, de un verde puro de aguamarina, en los que los sentimientos salían a la superficie ondeando como verdes algas.

El amplio escote del vestido permitía ver unos hombros redondos y blanquísimos, y blancos eran los brazos, desnudos hasta el codo. Tenía el cuello largo y flexible, aquel cuello de cisne que para Sandro Boticelli era el signo de perfección en la belleza femenina. Yo miraba a Mrs. Flat y me causaba placer mirarla; acaso por ese aire cansado y al propio tiempo infantil del rostro o por ese orgullo y desprecio de sus ojos, de su boca pequeña de labios finos, sus cejas ligeramente fruncidas.

Estaba Mrs. Flat sentada en la sala de un antiguo y noble palacio napolitano de arquitectura solemne y fastuosa, perteneciente a una de las familias más ilustres de la nobleza italiana y de Europa; porque los duques de Toledo no ceden el paso ni a los Colonna, ni a los Orsini, ni a los Polignac, ni a los Westminster, salvo, en ciertas ocasiones, al duque de Alba. Y delante de aquella mesa suntuosamente aderezada, en el fulgor de los cristales de Murano y de las porcelanas de Capodimonte, bajo aquel techo pintado por Luca Giordano, entre aquellas paredes revestidas con los más bellos tapices árabe-normandos de Sicilia, desentonaba deliciosamente. Mrs. Flat era la imagen perfecta de lo que hubiera sido una americana del Cuatrocientos, educada en Florencia en la Corte de Lorenzo *el Magnífico*, o en Ferrara, en la Corte de los Esterri, o en Urbino, en la Corte de los Della Rovere, y cuyo *livre de cheret*, hubiese sido, no el *Blue Book*, sino el *Cortegiano* de Messer Baltasar Castiglione.

Fuese el color violeta de su vestido o los adornos amarillos (el violeta y el amarillo, no puesto en contraste,

sino armonizados uno con otro, son los colores dominantes en el paisaje cromático del Renacimiento), fuese aquella alta frente estrecha o el resplandor rosado y blanco del rostro, como las uñas lacadas, la forma de su peinado, los clips de oro sobre su seno, todo hacía de ella una americana contemporánea del Bronzino, de Ghirlandaio, de Botticelli. Incluso esa gracia que en las bellísimas y misteriosas damas retratadas por aquellos famosos pintores aparece amasada con la crueldad, adquiría en ella una inocencia nueva, hasta el punto de que Mrs. Flat parecía un monstruo de pudor y de virginidad. Y hubiera sin duda alguna aparecido más antigua que las propias Venus y las propias ninfas de Botticelli, si algo en su rostro, en el brillo de su piel, parecido a una máscara de porcelana, en sus redondos ojos verdes abiertos y fijos, no hubiese recordado ciertas imágenes en colores del *Vogue* o del *Harper's Bazar* dedicadas a la publicidad de algún «Institut de Beauté» o cualquier fábrica de productos alimenticios, o mejor aún, para no ofender el amor propio de Mrs. Flat, no hubiese recordado la copia moderna de un cuadro antiguo, con ese aspecto de demasiado brillante, de demasiado nuevo que tiene el barniz en la copia moderna de un cuadro antiguo. Era, osaría decir, un cuadro de buen autor, pero falso. Si no temiese molestar a Mrs. Flat, añadiría que era de ese mismo estilo Renacimiento, ya inclinado hacia el gusto barroco, de la famosa «sala blanca» del palacio de los duques de Toledo, en el que estábamos aquella noche reunidos en torno de la mesa del general Cork. Era un poco como *Tutchevich*, el personaje de *Ana Karenin*, de Tolstoi, que era del mismo estilo Luis XV que el salón de la princesa Betsy Tverskaia.

Pero lo que bajo la máscara del Renacimiento traicionaba en Mrs. Flat la mujer moderna, *in tuve with out times*, una típica americana, era la voz, el gesto, el orgullo que transparentaba en cada una de sus palabras, en su mirada y en su sonrisa; tenía la voz delgada y cortante, el gesto autoritario y *sofisticated* a la vez, el orgullo impaciente, con la aspereza de ese característico esnobismo de park Avenue para el cual no existen otros seres dignos de respeto que príncipes y princesas, duques y duquesas, en una palabra, la «nobleza»; y más la «nobleza» falsa que la auténtica. Mrs. Flat estaba allí, sentada a nuestra mesa, al lado del general Cork y, sin embargo, ¡cuán lejana! Volaba en espíritu a las esferas, hacia las sublimes esferas donde relucen, como astros de oro, las princesas, las duquesas y las marquesas de la antigua Europa. Estaba sentada erguida, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, la mirada fija en una invisible nube errante en un cielo azul turquesa; y siguiendo su mirada me di cuenta, en un momento dado, de que tenía la vista fija en una tela colgada en la parte de enfrente que representaba a la joven princesa de Teano, abuela materna del duque de Toledo, que hacia 1860 había iluminado con su belleza y con su gracia los últimos tristes días de la Corte de los Borbones en Nápoles. Y no pude menos que sonreír al darme cuenta de que la princesa de Teano estaba también sentada, erguida con la cabeza hacia atrás, mirando al cielo, en la misma postura que Mrs. Flat.

El general Cork sorprendió mi sonrisa, siguió mi mirada y sonrió también.

—Nuestro amigo Malaparte —dijo— conoce a todas las princesas de Europa.

—*Really?* —exclamó Mrs. Flat, sonrojándose de placer y bajando lentamente los ojos hacia mí.

Y entre sus labios entreabiertos en una sonrisa de admiración, vi el brillo de sus dientes, el cándido fulgor de aquellos maravillosos dientes americanos contra los cuales nada pueden los años y llegan a parecer verdaderos, tal es su blancura, su igualdad, su perfección. Esta sonrisa me cegó, me hizo bajar la vista con un estremecimiento de miedo. Era ese terrible brillo de dientes que en América es el primer feliz anuncio de la vejez, el último relámpago que todo americano, mientras desciende sonriente a la tumba, lanza como postrer saludo al mundo de los vivos.

— ¡Todas no, afortunadamente! —respondí abriendo los ojos.

—¿Conoce usted a la princesa Expósito? — dijo Mrs. Flat—. Es la *first lady* de Roma, *a real Princess*.

—¿La princesa Expósito? —respondí—. No hay ninguna princesa que lleve un nombre parecido.

—¿Pretenderá usted acaso que no existe la princesa Expósito? — dijo Mrs. Flat, frunciendo el ceño y mirándome con un frío desprecio—; es una buena amiga mía muy querida. Pocos meses antes de la guerra fue mi huésped en Boston con su marido, el príncipe Gerano Expósito. Es prima de vuestro rey y posee, naturalmente, un magnífico palacio en Roma, al lado mismo del Palacio Real. No veo el momento de que Roma esté liberada para llevarle el afectuoso saludo de las americanas.

—Lo lamento, pero no existe ni puede existir una princesa Expósito —respondí—. Expósito es el nombre que el Instituto de los Inocentes da a los chiquillos abandonados, a los hijos de padres desconocidos.

—Espero que no pretenderá usted hacerme creer —dijo Mrs. Flat— que todos los príncipes de Europa

conocen a sus progenitores.

—No pretendo tanto —dije—; quiero decir que, en Europa, las princesas, cuando son verdaderas princesas, se sabe cómo nacen.

—En nuestro país, *in the States* —dijo Mrs. Flat—, no se pregunta nunca a nadie, ni aun a una princesa, cómo nace. América es un país democrático.

—Expósito — dije — es un nombre muy democrático. En las callejuelas de Nápoles todo el mundo se llama Expósito.

—*I don't care* —dijo Mrs. Flat— no me interesa saber si en Nápoles todo el mundo se llama Expósito. Lo que sé es que mi querida amiga Carmela Expósito es una verdadera princesa. Es muy extraño que no la conozca usted. Es prima de vuestro rey y eso me basta. En Washington, en el State Department, me dijeron que se ha portado muy bien durante la guerra. Fue ella quien indujo al rey a detener a Mussolini. Es una heroína.

—Si se ha portado bien durante la guerra —dijo el coronel Eliot — quiere decir que no es una princesa auténtica.

—Es princesa —dijo Mrs. Flat—, *a real Princess*.

—En esta guerra —dije yo—, todas las mujeres de Europa, princesas o porteras, se han portado muy bien.

—*That's true* — dijo el general Cork.

—Las mujeres que han tenido relaciones con los alemanes —dijo el coronel Brand —son relativamente pocas.

—Se han portado, por lo tanto, mucho mejor que los hombres — dijo Mrs. Flat.

—Se han portado tan bien como los hombres — dije yo—, pero de otra forma.

—Las mujeres de Europa — dijo Mrs. Flat con acento irónico— se han portado muy bien también con los soldados americanos; mucho mejor que los hombres; ¿no es verdad, general?

—*Yes... no... I mean...* —respondió el general Cork, sonrojándose.

—No hay ninguna diferencia —dije yo— entre una mujer que se prostituye a un alemán y una que se prostituye a un americano.

—*What?* — dijo Mrs. Flat con voz ronca.

—Desde el punto de vista moral —dije yo — no hay ninguna diferencia.

—Hay una muy importante —dijo Mrs. Flat, mientras todos callaban, con el rubor en el rostro—, los alemanes son bárbaros y los soldados americanos son buenos muchachos.

—Sí —dijo el general Cork—, son buenos muchachos.

—*Oh, sure!* —exclamó el coronel Eliot.

—Si hubieran ustedes perdido la guerra —dije — ninguna mujer se dignaría dirigirles una sonrisa. Las mujeres prefieren los vencedores a los vencidos.

—Es usted un inmoral —dijo Mrs. Flat con voz fría.

—Nuestras mujeres —dije— no se prostituyen a ustedes porque sean bellos ni buenos muchachos, sino porque han ganado la guerra.

—*Do you think so, general?* —preguntó bruscamente Mrs. Flat volviendo el rostro hacia el general Cork.

—*I think... yes... no... I think...* —respondió el general Cork parpadeando.

—Ustedes son un pueblo feliz —dije—; no pueden comprender ciertas cosas.

—Nosotros, los americanos — dijo Jack, mirándome con simpatía—, no somos felices, somos afortunados. *We are not happy, we are fortunate.*

—Quisiera que todo el mundo de Europa —dijo Mrs. Flat— fuese afortunado como nosotros. ¿Por qué no tratan de ser afortunados?

—Nos basta con ser felices —respondí—, *porque nosotros somos felices.*

—¿Felices? —exclamó Mrs. Flat mirando con la estupefacción en los ojos —, ¿cómo pueden ser felices cuando sus hijos mueren de hambre y sus mujeres no se avergüenzan de prostituirse por un paquete de cigarrillos? Ustedes no son felices, son inmorales.

—Con un paquete de cigarrillos —dije en voz baja— se compran tres kilos de pan.

Mrs. Flat se sonrojó y me causó placer verla sonrojarse.

—Nuestras mujeres son todas dignas de respeto — dije—, incluso las que se venden por un paquete de cigarrillos. Todas las mujeres honradas del mundo, incluso las mujeres honradas de América, deberían aprender de las pobres mujeres de Europa cómo es posible prostituirse con dignidad, para calmar el hambre. ¿Sabe usted qué es el hambre, Mrs. Flat?

—No, gracias a Dios. ¿Y usted? —dijo Mrs. Flat.

Me di cuenta de que le temblaban las manos.

—Siento un profundo respeto por todos aquellos que se prostituyen por hambre —respondí—; si tuviese hambre, y no pudiese saciarla de otro modo, no vacilaría un instante en vender mi hambre por un trozo de pan, o un paquete de cigarrillos.

—El hambre, el hambre, siempre el mismo pretexto... — dijo Mrs. Flat.

—Cuando regresen ustedes a América —dije — habrán aprendido por lo menos este hecho horrible y maravilloso: que el hambre, en Europa, puede comprarse con un objeto cualquiera.

—¿Qué entiende usted por comprar el hambre? — me preguntó el general Cork.

—Pretendo decir por «comprar el hambre» — respondí— que los soldados americanos se imaginan comprar las mujeres y no compran más que su hambre. Creen comprar el amor, y compran un trozo de hambre. Si fuese soldado americano compraría un trozo de hambre y me lo llevaría a América para regalarlo a mi mujer, para enseñarle lo que se puede comprar en Europa por un paquete de cigarrillos. Es un bonito regalo un trozo de hambre.

—Las desgraciadas que se venden por un paquete de cigarrillos— dijo Mrs. Flat— no tienen aspecto de hambrientas. Parecen estar perfectamente.

—Hacen gimnasia sueca con la piedra pómez —dije sencillamente.

—*What?* —exclamó Mrs. Flat, abriendo los ojos.

—Cuando estuve deportado en la isla de Lípári — dije— los periódicos franceses e ingleses anunciaron que estaba muy enfermo y acusaron a Mussolini de crueldad con los condenados políticos. Estaba, en realidad, muy enfermo, y se temía que estuviese tuberculoso. Mussolini dio orden a la policía de Lípári de hacerme fotografiar en traje de deporte y mandar la fotografía a Roma, al Ministerio del Interior, que haría publicar la fotografía en los periódicos para demostrar que gozaba de buena salud. Y así, una mañana, vino a mí un funcionario de la policía con un fotógrafo y me ordenó que me pusiera un traje de deporte.

—No hago deporte en Lípári —respondí.

—¿Ni tan sólo un poco de gimnasia sueca?— dijo el funcionario de policía.

—Sí, a veces hago un poco de gimnasia sueca con la piedra pómez —respondí.

—Está bien —dijo el policía—, lo fotografiaremos mientras hace gimnasia con la piedra pómez. — Y añadió, como si quisiera darme un consejo para mi salud—: No es una gimnasia muy fatigosa. Tendría usted que ejercitarse en algo más pesado para desarrollar los músculos del pecho. Tiene necesidad.

—En Lípári se vuelve uno perezoso —respondí—; además, cuando uno está deportado a una isla, ¿de qué sirven los músculos?

—Los músculos —dijo el funcionario de policía — sirven más que el cerebro. Si hubiese tenido un poco de musculatura no estaría aquí.

Lípári posee los mayores yacimientos de piedras pómez de Europa. La piedra pómez es muy ligera, tan ligera que flota en el agua. Nos fuimos a Canneto, donde están las minas de piedra pómez, y cogí un enorme bloque de aquella porosa y ligera piedra que de aspecto parecía un bloque de granito de una docena de toneladas, pero que, en realidad, sólo pesaba un par de kilos y lo levanté sobre mi cabeza con las dos manos, sonriendo. El fotógrafo disparó y así fui fotografiado en actividad "deportiva. Los periódicos italianos publicaron mi fotografía y mi madre me escribió: «Soy feliz de ver que estás tan bien y que te has puesto fuerte como un Hércules.»

—Ya lo ve usted, Mrs. Flat; para aquellas desgraciadas que se venden por un paquete de cigarrillos, la prostitución no es más que una especie de gimnasia con la piedra pómez.

—*Ah! ah, ah! Wonderful!* —gritó el general Cork mientras una alegre carcajada corría en torno a la mesa.

Mrs. Flat, estupefacta, casi asustada, se volvió sonrojándose hacia el general Cork.

—No comprendo... —dijo.

—No es más que una broma — dijo el general Cork riendo—, *nothing, but a joke, a marvellous joke!* —y comenzó a toser para ocultar el placer que le producía aquella broma.

—Es una broma muy tonta —dijo Mrs. Flat severamente—, y me maravilla que un italiano pueda reírse de ciertas cosas.

—¿Está usted segura de que Malaparte se ríe de ellas? —dijo Jack.

Me di cuenta de que estaba conmovido. Mi miraba fijo, sonriéndome con simpatía.

—*Anyway, I don't like jokes* — dijo Mrs. Flat.

—¿Por qué no le gustan a usted las bromas? —pregunté—. Si todo esto que ocurre en torno a nosotros, en Europa, no fuese una broma, ¿cree que nos haría llorar, que bastaría llorarlo?

—Usted no sabe llorar — dijo Mrs. Flat.

—¿Por qué quiere que llore? ¿Acaso porque en los bailes que vuestras WACS organizan para divertir a los soldados y a los oficiales americanos, invitan ustedes gentilmente a nuestras mujeres, pero prohíben a los maridos, a los novios, a los hermanos, acompañarlas? ¿Querría usted que llorase porque en América no hay suficientes prostitutas que mandar, a Europa para divertir a sus soldados? ¿O debería llorar porque su invitación a nuestras mujeres de asistir al baile *solas*, no es una *invitación al vals*, sino una invitación a prostituirse?

—En América no hay nada malo en invitar a una mujer a un baile sin el marido —dijo Mrs. Flat, mirándome estupefacta.

—Si los japoneses hubiesen invadido América y se hubiesen comportado con sus mujeres como ustedes se comportan con las nuestras, ¿qué hubiera usted dicho, Mrs. Flat?

—¡Pero nosotros no somos japoneses! —exclamó el coronel Brand.

—Los japoneses son hombres de color —dijo Mrs. Flat.

—Para los pueblos vencidos —dije— todos los vencedores son hombres de color.

Un silencio embarazoso acogió mis palabras. Todos me miraban estupefactos, doloridos; eran hombres sencillos, honrados, eran americanos, los más puros y los más justos entre todos los hombres, y me miraban con muda simpatía, estupefactos y doloridos de que la verdad de mis palabras los obligase a sonrojarse. Mrs. Flat había bajado los ojos y callaba.

Al cabo de algunos instantes el general Cork se volvió hacia mí.

—Me parece que tiene usted, razón —dijo.

—*Do you really think Malaparte is right?*—preguntó en voz baja Mrs. Flat.

—Sí, creo que tiene razón —dijo lentamente el general Cork —, incluso nuestros soldados están indignados de *tener* que tratar a los italianos, hombres y mujeres, de una forma que éstos juzgan... *yes... I mean...* poco correcta. Pero no es culpa mía. La actitud que *debemos* adoptar acerca de los italianos nos ha sido dictada por Washington.

—¿Por Washington? —exclamó Mrs. Flat.

—Sí, por Washington, El periódico del Quinto Cuerpo de Ejército *Stars and Stripes*, publica cada día numerosas cartas de G. I. que repiten, sobre el mismo argumento, casi las mismas palabras de Malaparte. Los G. I., Mrs. Flat, son ciudadanos de un gran país donde la mujer es respetada.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Mrs. Flat.

—Yo leo atentamente cada día las cartas que nuestros soldados envían a *Stars and Stripes*; y precisamente el domingo pasado di orden de que en adelante a nuestros bailes sean invitados no solamente las mujeres, sino sus maridos o hermanos. Creo haber obrado bien.

—Pienso también que ha obrado usted bien —dijo Mrs. Flat—, pero no me sorprendería que Washington lo desaprobase.

—Washington ha aprobado mi decisión —dijo el general Cork con una sonrisa irónica—, pero incluso sin la aprobación de Washington creería haber obrado bien, especialmente después del último escándalo.

—¿Qué escándalo? —preguntó Mrs. Flat, inclinando la cabeza sobre su hombro.

—No es ciertamente una historia divertida —dijo el general Cork.

Y relató que hacía algunos días un muchacho había matado a tiros, en plena Via Chiaia, a su propia hermana, porque, a pesar de la prohibición, había asistido sola a un baile de oficiales americanos.

—La muchedumbre —añadió el general Cork— aplaudió al asesino.

—*What?* —preguntó Mrs. Flat.

—La muchedumbre no tenía razón —dijo el general Cork —, pero...

Dos noches antes, algunas muchachas napolitanas de buena familia que habían imprudentemente aceptado asistir a un baile a un club de oficiales americanos, habían sido obligadas a entrar en una habitación arreglada como dispensario, donde se las sometió, por la fuerza, a una visita médica. Todo Nápoles lanzó un grito de indignación.

—He denunciado a la Corte Marcial a los responsables de tal vergüenza —añadió el general Cork.

—Ha cumplido usted con su deber —dijo Mrs. Flat, sonrojándose.

—*Thank you* —contestó el general Cork.

—Las muchachas italianas —dijo el mayor Morrison — tienen derecho a nuestro respeto. Son muchachas bien, tan dignas de respeto como nuestras muchachas americanas.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Mrs. Flat—, pero no puedo estarlo con Malaparte.

—¿Por qué no? —preguntó el general Cork—, Malaparte es un buen italiano, es un amigo nuestro, y todos lo queremos mucho.

Todos me miraron sonriendo, y Jack, que estaba sentado delante de mí, me guiñó el ojo.

Mrs. Flat se volvió para dirigirme una mirada en la que la ironía, el despecho y la malicia se fundían en un estupor benévolo, y me sonrió diciendo:

—*You are fishing for compliments, aren't you?*

En aquel momento la puerta se abrió y en el umbral, precedidos del mayordomo, aparecieron cuatro criados de librea trayendo a la manera antigua, sobre una especie de angarillas recubiertas de un brocado rojo con el escudo de los duques de Toledo, un inmenso pez colocado sobre una enorme fuente de plata maciza. Un «¡oh!» de júbilo y admiración recorrió la mesa, y exclamando: «¡He aquí la sirena!», el general Cork se volvió hacia Mrs. Flat haciendo una inclinación.

El mayordomo, ayudado por los criados, colocó la fuente en medio de la mesa, delante del general Cork y de Mrs. Flat y se retiró unos pasos.

Todos miramos el pescado y palidecimos. Un débil grito de horror escapó de los labios de Mrs. Flat y el general se gusó lívido.

Una chiquilla, algo que parecía una chiquilla estaba tendida sobre la espalda en medio de la fuente, sobre un lecho de verdes hojas de lechuga, en el centro de una gran guirnalda roja de corales. Tenía los ojos abiertos, los labios entornados; y miraba con ojos de maravilla el *Triunfo de Venus* del techo pintado por Luca Giordano. Estaba desnuda, pero la piel oscura, brillante, del mismo color del vestido de Mrs. Flat, modelaba, como un vestido muy ceñido, sus formas todavía torpes, pero ya armoniosas, la dulce curva de los flancos, la leve prominencia del vientre, los pequeños senos virginales, los hombros anchos y llenos.

Podía tener no más de ocho o diez años, si bien a primera vista, tan precoz era, con formas ya femeninas, podía parecer quince. Aquí y allá, destrozada por la cocción especialmente sobre los hombros y los flancos, la piel dejaba ver, por los cortes y las resquebrajaduras, la carne tierna, argentina, en un punto, dorada en otro, hasta parecer vestida de violeta y amarillo, como la propia Mrs. Flat. Y, como Mrs. Flat, tenía el rostro (que el ardor del agua hirviendo había hecho saltar fuera de la piel como salta la de un fruto demasiado maduro) parecido a una reluciente máscara de porcelana antigua, y los labios salientes, y la frente alta y estrecha, los ojos redondos y verdes. Tenía los brazos cortos, una especie de aletas terminadas en punta, en forma de manos sin dedos. Un tufó de crines le brotaba de sobre la cabeza, que parecían cabellos y bajaban por los lados del pequeño rostro, como hechos de grumos, que parecía esbozar una mueca de sonrisa alrededor de la boca. Los flancos, largos y esbeltos, terminaban, como dice Ovidio, *in piscem*, en cola de pez. Yacía aquella chiquilla en la fuente de plata y parecía dormir. Pero, por un imperdonable olvido del cocinero, dormía como duermen los muertos, con los ojos abiertos, como aquellos a quienes nadie ha tenido la piadosa atención de bajar los párpados, con los ojos abiertos. Y miraba los tritones de Luca Giordano soplar en sus conchas marinas y los delfines enganchados en la cola de Venus, galopando sobre las olas, y Venus desnuda sentada en su áurea concha y el blanco y rosado cortejo de sus Ninfas y Neptuno, tridente en mano, correr sobre el mar arrastrado por la fuga de sus blancos cabellos, sedientos todavía de la sangre de Hipólito. Miraba aquel *Triunfo de Venus*

pintado en el techo, aquel mar turquesa, aquellos peces argentinos, aquellos verdes monstruos marítimos, aquellas blancas nubes errantes en el fondo del horizonte y sonreía estática; aquél era su mar, aquella era su patria perdida, el país de sus sueños, el reino feliz de las sirenas.

Era la primera vez que veía una chiquilla cocida, una chiquilla hervida; y callaba, poseído de un terror sacro. Todos, en torno a la chiquilla, estaban pálidos de horror.

El general Cork levantó la vista hacia sus comensales y con voz temblorosa exclamó:

—¡Pero eso no es un pescado! ¡Es una chiquilla!

—No — dijo —, es un pescado.

—¿Está seguro de que es un pescado, un *verdadero* pescado? —dijo el general Cork, pasándose la mano por la frente bañada en un sudor frío.

—Es un pescado —dije—, es la famosa sirena del Acuarium.

Después de la liberación de Nápoles los aliados habían prohibido por razones militares la pesca en el golfo; entre Sorrento y Capri e Ischia, el mar estaba plagado de minas errantes que hacían peligrosa la pesca. Y tampoco los aliados, especialmente los ingleses, se fiaban de dejar que los pescadores saliesen a alta mar por temor a que llevasen información a los submarinos alemanes o les procurasen nafta, o pusiesen de un modo u en peligro los centenares de navios de guerra, transportes militares y *Liberty-ships* anclados en el golfo. ¡Desconfiar de los pescadores napolitanos! ¡Crearlos capaces de un delito! Pero lo mismo daba; la pesca estaba prohibida.

En todo Nápoles era imposible encontrar no digo yo un pescado, sino una rodaja de pescado; ni una sardina, ni una escorpina, ni una langosta, un salmonete, un pulpito, nada. De manera que el general Cork, cuando ofrecía una cena a algún oficial aliado, a un mariscal Alexander, a un general Juin, a un general Ander, o a cualquier importante hombre político, a un Churchill, a un Vichinsky, a un Bogomolov o a cualquier comisión de senadores americanos venidos en avión de Washington para recoger las críticas de los soldados de la V Army a sus generales, y sus opiniones, y sus consejos sobre los más graves problemas de la guerra, había tomado la costumbre de surtir su mesa con los peces del Acuarium de Nápoles que, después del de Monaco, es sin duda el más importante de Europa.

En las cenas del general Cork el pescado era siempre, por consiguiente, fresquísimo y de especies raras. Durante la cena que había dado en honor del general Eisenhower, habíamos comido el famoso «pulpo gigante» ofrecido al Acuarium de Nápoles por el emperador de Alemania Guillermo II. Los célebres peces japoneses llamados «dragones», donativo del emperador del Japón Hiro Hito, fueron sacrificados en la mesa del general Cork en honor de un grupo de senadores americanos. La enorme boca de aquellos peces monstruosos, las branquias amarillas, las aletas negras y rojas parecidas a alas de murciélagos, la cola verde y oro, la frente erizada de puntas y crestada como el yelmo de Aquiles, habían deprimido profundamente el ánimo de los senadores americanos ya preocupados por la marcha de la guerra contra el Japón. Pero el general Cork, a cuyas virtudes militares acompañaba la cualidad de perfecto diplomático, había levantado el ánimo de sus comensales entonando el «*Johnny got a zero*», la famosa canción de los aviadores del Pacífico que todos cantaron a coro.

Los primeros tiempos, el general Cork había hecho pescar el pescado para su mesa en las riberas del lago de Lucrino, célebre por las feroces y exquisitas morenas que Lúculo, que tenía su villa en las cercanías de Lucrino, alimentaba con la carne de sus esclavos. Pero los periódicos americanos, que no perdían ocasión de hacer acerbas críticas del Alto Mando de la U. S. Army, habían acusado al general Cork de *mental cruelty*, por haber obligado a sus huéspedes, «respetables ciudadanos americanos», a comer las morenas de Lúculo. «¿Puede decirnos el general Cork —habían osado imprimir algunos periódicos— con qué nutre a sus morenas?»

Como consecuencia de estas acusaciones el general Cork dio inmediatamente la orden de pescar los peces para su mesa en el Acuarium de Nápoles. Y así, uno a uno, los peces más raros, los más famosos del Acuarium, fueron sacrificados a la *mental cruelty* del general Cork; incluso el famoso pez espada, regalo de Mussolini (que fue servido hervido rodeado de patatas hervidas), y el magnífico atún, donativo de Su Majestad Vittorio Emmanuele III, y las langostas de las islas Wright, gracioso regalo de Su Majestad Jorge V de Inglaterra.

Las preciosas ostras perlíferas que S.A. el duque de Aosta, virrey de Etiopía, había enviado al Acuarium (eran ostras perlíferas de la costa de Arabia, frente a Massaua), habían alegrado la cena que el general Cork ofreció a Wichinsky, vicecomisario soviético de Asuntos exteriores, entonces representante de la U. R. S. S. en la Comisión Aliada en Italia. Wichinsky quedó muy maravillado de encontrar en cada una de las ostras una perla rosada del color de la luna naciente. Y levantó la vista del plato, mirando al general Cork con la misma mirada con la cual hubiera mirado al emir de Bagdad durante una cena de *Las mil y una noches*.

—No escupa usted el hueso —le había dicho el general Cork—; es delicioso.

—*Of course, is a pearl! Don't you like it?*

Wichinsky se había embuchado la perla murmurando entre dientes en ruso:

—¡Estos asquerosos capitalistas...!

Y no menos maravillado quedó Churchill cuando, invitado a cenar por el general Cork, encontró en su plato un extraño pescado, redondo y delgado, de color de acero, parecido al disco de los antiguos discóbolos.

—¿Qué es eso? —preguntó Churchill.

—*A fish*, un pescado —respondió el general Cork.

—*A fish?* —dijo Churchill, observando atentamente aquel extraño animal.

—¿Cómo se llama este pescado? —preguntó el general Cork al mayordomo.

—Es un torpedo —respondió entonces el mayordomo.

—*What?* —preguntó Churchill.

—Un torpedo —dijo el general Cork.

—¿Un torpedo? —dijo Churchill.

—*Yes, of course, a torpedo* —dijo el general Cork; y volviéndose hacia el mayordomo le preguntó qué era un torpedo.

—Un pez eléctrico —dijo el mayordomo.

—*Ah, yes, of course*, un pez eléctrico! —dijo el general Cork, mirando a Churchill; y los dos quedaron mirándose, como dos peces entre dos aguas que no se atreven a tocar el torpedo.

—¿Está usted seguro de que no es peligroso? —preguntó Churchill, después de algunos instantes de silencio.

El general Cork se volvió hacia el mayordomo.

—¿Cree usted que puede ser peligroso tocarla Está lleno de electricidad.

—La electricidad —respondió el mayordomo en inglés pronunciado con acento napolitano— es peligrosa cuando está cruda; cocida no hace daño.

—¡Ah! —exclamaron a la vez Churchill y el general Cork; y lanzando un suspiro de alivio tocaron el pescado con la punta de un tenedor.

Pero un buen día se acabaron los peces del Acuarium; no quedaba más que la famosa sirena (ejemplar bastante raro de esa especie de «sirénidos» que por su forma casi humana han dado lugar a la antigua leyenda de las sirenas), y algunas maravillosas ramas de coral.

El general Cork, que tenía la laudable costumbre de ocuparse personalmente de las más íntimas cosas, había preguntado al mayordomo qué calidad de pescado podía encontrarse en el Acuarium para la cena en honor de Mrs. Flat.

—Poco ha quedado —contestó el mayordomo—, la sirena y algunas ramas de coral.

—¿Es un buen pescado la sirena?

—¡Excelente! —contestó el mayordomo sin pestañear.

—¿Y los corales? —preguntó el general Cork, que cuando se ocupaba de cosas de comida se mostraba sumamente minucioso—, ¿son buenos para comer?

—No, los corales no, son un poco indigestos.

—Entonces nada de corales.

—Podemos ponerlos alrededor —había respondido imperturbable el mayordomo.

—*That's fine!*

Y el mayordomo había escrito en la minuta de la cena:

«Sirena salsa mayonesa con corales.»

Y ahora todos contemplaban lívidos, mudos de sorpresa y de horror aquella pobre chiquilla muerta tendida con los ojos abiertos sobre la fuente de plata, sobre un lecho de verdes hojas de lechuga en medio de una guirnalda roja de corales.

Recorriendo las miserables callejuelas de Nápoles, ocurre con frecuencia vislumbrar en alguna habitación «baja» un muerto tendido en la cama entre una guirnalda de flores. Y no es raro ver a una chiquilla muerta. Pero no había visto nunca una chiquilla muerta tendida entre una guirnalda de corales. ¡Cuántas pobres madres hubieran asegurado para sus hijas muertas una tan maravillosa guirnalda de corales! Los corales se parecen a las ramas del melocotonero en flor, dan alegría al mirarlos, dan un no sé qué de alegre, de primaveral, a los cadáveres de los chiquillos. Yo miraba aquella chiquilla hervida, y temblaba de piedad y de orgullo dentro de mí. «¡Qué maravilloso país es Italia!», pensaba. «¿Qué otro pueblo del mundo puede permitirse el lujo de ofrecer a un ejército extranjero que ha destruido su patria una sirena con mayonesa, rodeada de corales?» ¡Ah! ¡Valía la pena perder la guerra, sólo por ver a aquellos oficiales americanos, a aquella orgullosa mujer americana, pálidos, aterrados de horror en torno al cadáver de una sirena, de una deidad marina muerta sobre una fuente de plata, en la mesa de un general americano!

—*Disgusting!* —exclamó Mrs. Flat tapándose los ojos con la mano.

—*Yes... I mean... yes...* —balbuceaba pálido y tembloroso el general Cork.

—¡Lleaos eso pronto! ¡Lleaos esta cosa horrible! —gritó Mrs. Flat.

—¿Por qué? —dije—. Es un pescado excelente.

—¡Pero tiene que ser un error...! *I beg pardon... but...* debe de ser un error... *I beg pardon...* —balbuceó, con un lamento de dolor, el pobre general Cork.

—Les aseguro que es un pescado excelente —dije.

—¡Pero no podemos comer *that...* esta chiquilla... *that poor girl!*—dijo el coronel Eliot.

—No es una chiquilla —dije—, es un pescado.

—General —dijo Mrs. Flat con voz severa espero que no me obligará a comer *that... that poor girl.*

—¡Pero si es un pescado! —dijo el general Cork—, un pescado excelente. *He knows...*

—No he venido a Europa para que *su* amigo Malaparte *and you* me obliguen a comer carne humana —dijo Mrs. Flat con voz que temblaba de rabia—. Dejemos para este *barbarous italian people to eat children at dinner. I refuse. I am a honest american woman. I don't eat italian children!*

—*I am sorry. I am terribly sorry* —dijo el general Cork, enjugándose la frente bañada de sudor—, pero en Nápoles todo el mundo come esta especie de chiquillos... *yes... I mean... no... I mean... that sort of fish...!* ¿No es verdad, Malaparte, que *that sort of children... of fish... is excellent?*

—Es un pescado excelente —respondí— y ¿qué importa que tenga el aspecto de una chiquilla? Es un pescado. En Europa los peces no tienen obligación de parecer peces.

— ¡Ni en América tampoco!—exclamó el general Cork, contento de encontrar alguien que tomase su defensa.

—*What?* —gritó Mrs. Flat.

—En Europa —dije—, los peces son libres, ¡por lo menos los peces! Nadie les prohíbe parecerse a... qué se yo..., a un hombre, a una chiquilla, a una mujer. Y esto es un pez, aunque... Por otra parte —añadí—, ¿que creían ustedes venir a comer a Italia, el cadáver de Mussolini?

—*Ah, ah, ah, funny!* —gritó el general Cork con una risa demasiado estridente para ser sincera—. ¡Ja, ja, ja! —Y todos le hicieron coro, con una carcajada en la cual el espacio, la duda, la alegría y el horror se conjugaban extrañamente. No he querido nunca tanto a los americanos, no querré nunca tanto como aquella noche, en aquella mesa, delante de aquel pescado.

—No pretenderá usted, espero —dijo Mrs. Flat pálida de ira y de horror—, ¡no pretenderá hacerme comer de esta horrible cosa! ¡Usted olvida que soy americana! ¿Qué dirían en Washington, general, qué dirían en el War Department si supiesen que en sus cenas se comen chiquillas hervidas, *boiled girls?*

—*I mean...? yes... of course...* —balbució el general Cork, dirigiéndome una mirada de súplica.

—*Boiled girls with mayonese!* —añadió Mrs. Flat con voz halada.

—Olvida usted el acompañamiento de corales —dije, como si quisiera con mis palabras justificar al general Cork.

—*I don't forget corals!* ¡No olvido los corales! —exclamó Mrs. Flat fulminándome con la mirada.

—*Get out!* — gritó de improviso el general Cork al mayordomo, indicándole con el dedo la sirena—, *get out that thing!*

—*General, wait a moment, please* — dijo el coronel Brown, capellán del Cuartel General —; *we must bury that... that poor fellow.*

—*What?* —exclamó Mrs. Flat.

—Hay que enterrar este..., esta... *I mean...* —dijo el capellán.

—*Do you mean...* —dijo el general Cork.

—*Yes, I mean bury* —dijo el capellán.

—*But... it's a fish...* —dijo el general Cork.

—Es posible que sea un pescado —dijo el capellán —, pero tiene más bien el aspecto de una chiquilla... Permítame que insista; nuestro deber es dar sepultura a esta chiquilla... *I mean*, a este pescado. *We are christians.* ¿No somos acaso cristianos?

—Lo dudo — dijo Mrs. Flat, dirigiendo al general una fría mirada de desprecio.

—*Yes, I suppose...* — dijo el general Cork.

—*We must bury it* — dijo el coronel Brand.

—*All right* —dijo el general Cork—, pero ¿dónde debemos enterrarlo? Yo propondría tirarlo a la basura; me parece lo más sencillo.

—No —dijo el capellán—; no estoy del todo seguro de que sea un pescado. Hay que darle una sepultura más decente.

—¡Pero en Nápoles no hay cementerios para peces! —dijo el general Cork volviéndose hacia mí.

—No creo que los haya —dije—; los napolitanos no entierran a los peces, se los comen.

—Podemos enterrarlo en el jardín —dijo capellán.

—Esto es una buena idea —dijo el general Cork, iluminándosele el rostro—. Podemos enterrarlo en el jardín. —Y volviéndose hacia el mayordomo añadió—: Por favor, vayan a enterrar *esto...*, este pobre pescado, en el jardín.

—Sí, mi general —dijo el mayordomo, inclinándose, mientras los criados levantaban la enorme fuente de plata maciza y la depositaban sobre las angarillas.

—He dicho enterrarlo en el jardín —dijo el general Cork—; les prohibo que se lo coman en la cocina.

—¡Oh, mi general! —dijo el mayordomo—, Pero ¡es una lástima! ¡Un pescado tan bueno...!

—No estoy seguro de que sea un pescado — dijo el general Cork —, y les prohibo que se lo coman.

El mayordomo se inclinó; los criados se dirigieron hacia la puerta llevando sobre las angarillas la reluciente fuente de plata, y todos seguimos con una mirada triste aquel extraño cortejo fúnebre.

—Será mejor —dijo el capellán levantando de la mesa — que vaya a vigilar la sepultura. No quiero tener nada sobre la conciencia.

—*Thank you, Father* —dijo el general Cork enjugándose la frente y dirigiendo tímidamente mirada a Mrs. Flat con un suspiro de alivio.

—*Oh, Lord!* — dijo Mrs. Flat, alzando los ojos al cielo.

Estaba pálida y las lágrimas brillaban en sus ojos. Me causó placer verla conmovida, y le agradecí profundamente aquellas lágrimas. La había juzgado mal; Mrs. Flat era mujer de corazón. Si lloraba por un pescado, hubiera acabado sin duda, un día, sintiendo incluso piedad por el pueblo italiano, llorando por los duelos y los sufrimientos de mi pobre pueblo.

CAPÍTULO OCTAVO

Triunfo de Clorinda

—El Ejército americano —dijo el príncipe de Candia— tiene el mismo olor dulce y suave que las mujeres rubias.

—*Very kind of you* —dijo el coronel Jack Hamilton.

—Es un ejército espléndido. Es un honor y un placer para nosotros haber sido vencidos por tal ejército.

—Es usted verdaderamente muy amable —dijo Jack, sonriendo.

—Han desembarcado ustedes en Italia con mucha cortesía —añadió el marqués Antonino Nunziante—; antes de entrar en nuestra casa han llamado a la puerta, como hacen todas las personas bien educadas. Si no hubiesen llamado no les hubiéramos abierto.

—A decir verdad —dijo Jack—, hemos llamado un poco demasiado fuerte. Tan fuerte que toda la casa se ha venido abajo.

—Esto no es más que un pormenor sin importancia — dijo el príncipe de Candia—; lo importante es que hayan llamado. Espero que no se quejarán del modo como les hemos recibido.

—No hubiéramos podido desear huéspedes más corteses —dijo Jack—; sólo nos resta pedirles perdón por haber ganado la guerra.

—Estoy seguro de que acabarán ustedes pidiéndonoslo —dijo el príncipe de Candia con ese aire suyo inocente e irónico de viejo napolitano

—No somos los únicos en deber pedirles perdón —dijo Jack—; también los ingleses han ganado la guerra; pero ellos no se lo pedirán nunca.

—Si los ingleses — dijo el barón Romano Avezana, que había sido embajador en París y en Washington y había permanecido fiel a las grandes tradiciones de la diplomacia europea — esperan que nosotros les pidamos perdón por haber perdido la guerra, se equivocan. La política italiana está basada en el principio fundamental de que hay siempre alguien más que pierde la guerra por cuenta de Italia.

—Tengo curiosidad por saber — dijo Jack riéndose— quién ha perdido esta vez la guerra por cuenta de ustedes.

—Los rusos, naturalmente —contestó el príncipe de Candia.

—¿Los rusos? —preguntó Jack, profundamente asombrado —¿Y por qué?

—Hace algunos días —dijo el príncipe de Candia— estaba cenando con el conde Sforza. Asistía también el vicecomisario soviético Wichinsky. Wichinsky contó que había preguntado a un muchacho napolitano si sabía quién había ganado la guerra. «Los ingleses y los italianos», había respondido el muchacho. «¿Y por qué?» «Porque los ingleses son primos de los americanos y los italianos son primos de los franceses.» «Y de los rusos, ¿qué piensas? ¿Crees que ganarán la guerra ellos también?», había preguntado Wichinsky al muchacho. «¡Oh, no, los rusos la perderán!», respondió el muchacho. «¿Y por qué?» «Porque los rusos son primos de los alemanes.»

—*Wonderful* —exclamó Jack.

Alto, delgado, el rostro curtido por el sol y el viento marino, el príncipe de Candia era un ejemplar perfecto

de esa nobleza napolitana que, entre las más antiguas y las más ilustres de Europa, acompaña a unos modales espléndidos un espíritu libre en el cual la ironía de los grandes señores franceses del 1700 atempera el orgullo de la sangre española. Tenía el cabello blanco y los ojos claros, la boca de labios sutiles. Su pequeña cabeza de estatua, sus manos leves de largos dedos afilados, contrastaban con sus anchos hombros de atleta, con su elegancia viril de hombre fuerte ejercitado en los deportes violentos.

Su madre era inglesa, y de la sangre inglesa tenía la mirada fría, la lentitud sobria y segura de los ademanes. Después de haber rivalizado durante su juventud con el príncipe Jean Gerace en llevar, incluso la moda de París y Londres, había, desde hacía muchos años, renunciado a los placeres mundanos para no tener contacto con aquella «nobleza» improvisada que Mussolini había llevado a las primeras filas de la vida política y social. Durante mucho tiempo no había dado que hablar de él. Su nombre había vuelto de pronto a la boca de todos cuando, en 1938, en ocasión de la visita de Hitler a Nápoles, se había negado a asistir al banquete dado en honor del Führer. Detenido y encerrado durante algunas semanas en la cárcel de Poggio Reale, fue más tarde desterrado por Mussolini a sus propiedades de Calabria. Lo cual le había valido la fama de hombre honrado e italiano libre, que no eran, en aquellos tiempos, títulos que despreciar, sino peligrosos.

El más afectuoso honor le había sido concedido el día de la liberación por haberse negado a formar parte del grupo de señores napolitanos elegidos para ofrecer al general Clark las llaves de la ciudad. De aquella negativa se había justificado sin altanería, con sencillez, diciendo que no era costumbre en su familia ofrecer las llaves de la ciudad a los invasores de Nápoles, y que no hacía más que seguir el ejemplo de su antepasado Berardo de Candia, que se había negado a rendir homenaje al rey Carlos VIII de Francia, conquistador de Nápoles, pese a que también Carlos VIII tuviese, en sus tiempos, fama de libedor. «¡Pero el general Clark es nuestro libedor!», había exclamado el prefecto que había sido el primero en tener la extraña idea de ofrecer las llaves de la ciudad al general Clark. «No lo dudo — había contestado con sencillez el príncipe de Candia —, pero yo soy un hombre libre y sólo siervos tienen necesidad de ser libertados.» Todo el mundo esperaba que el general Clark, para vencer el orgullo del príncipe de Candia, lo mandase detener como era costumbre en los días de liberación. Pero el general Clark lo había invitado a cenar y lo había acogido con perfecta cortesía manifestándose orgulloso de conocer un Italia que tuviese el sentido de la dignidad.

—También los rusos — dijo la princesa Consuelo Caracciolo— son gente muy bien educada. El otro día, en Vía Toledo, el automóvil de Wichinsky mató al pekinés de la vieja duquesa de Amalfi, Wichinsky se apeó del auto, y después de haber expresado su profundo dolor ante la duquesa, le rogó que le permitiese el honor de acompañarle hasta el palacio de Amalfi. «Gracias, prefiero regresar a casa a pie», le respondió con altivez la vieja duquesa dirigiendo una mirada de desprecio al banderín rojo con la insignia de la hoz y el martillo izado sobre la carrocería. Wichinsky se inclinó en silencio, volvió a subir al auto y se alejó rápidamente. Sólo entonces la duquesa se dio cuenta de que su pobre perro muerto había quedado en el auto de Wichinsky. Al día siguiente Wichinsky le mandó como regalo un bote de mermelada. La duquesa la probó y cayó al suelo desvanecida; aquella mermelada tenía sabor de perro muerto. La he probado yo también y les aseguro que sabía verdaderamente a perro.

—Los rusos, cuando son bien educados, son capaces de todo — dijo María Teresa Orilia.

—¿Está usted segura de que era mermelada de perro? — preguntó Jack, profundamente asombrado—; quizás era caviar.

—Probablemente —dijo el príncipe de Candia—. Wichinsky quiso rendir honores a la nobleza napolitana que es de las más antiguas de Europa. ¿No somos acaso dignos de recibir como regalo mermelada de perro?

—Son ustedes ciertamente dignos de recibir algo mejor —dije ingenuamente.

—En todo caso — dijo Consuelo —, yo prefiero la mermelada de perro que vuestro *spam*.

—Nuestro *spam* —replicó Jack— no es otra cosa que mermelada de cerdo.

—El otro día —dijo — Antonino Nunziante— regresaba a casa y encontré un negro que comía con la familia de mi portero. Un bello negro, muy cortés. Me dijo que si los soldados americanos no comiesen *spam* habrían ya conquistado Berlín.

—Yo tengo mucha simpatía por los negros dijo Consuelo—, tienen por lo menos el color de sus opiniones.

—*Leurs opinions son très blanches* —replicó Jack—, *ce son des véritables enfants*.

—¿Hay muchos negros en el ejército americano? —preguntó María Teresa.

—*Il y a des nègres portout* —dijo Jack—, *même dans l'armée américaine*.

—Un oficial inglés, el capitán Harari —dijo Consuelo—, me ha contado que en Inglaterra hay muchos soldados negros americanos. Una noche, durante una cena en el palacio de la Embajada de los Estados Unidos en Londres, el embajador le preguntó a Lady Wintermere cómo encontraba a los soldados americanos. «Son muy simpáticos», respondió Lady Wintermere, «pero no entiendo por qué se han traído detrás de ellos a todos esos pobres soldados blancos».

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Jack, riéndose.

—Si no fuesen negros —añadió Consuelo—, sería muy difícil distinguirlos de los blancos. Los soldados americanos llevan todos el mismo uniforme.

—*Oui, naturellement* —contestó Jack—, *mais in faut quand même un oeil très exercé pour les distinguer des autres*.

—El otro día —dijo el barón Romano Avezana— me detuve en la Piazza San Ferdinando, al lado de un muchacho que estaba limpiando los zapatos a un soldado negro. El negro le preguntó al muchacho: «¿Eres italiano tú?» El pequeño limpiabotas napolitano le contestó: «¿Yo? No, yo soy negro.»

—Este muchacho —dijo Jack— tiene mucho sentido político.

—Querrá usted decir que tiene mucho sentido histórico —dijo el barón Romano Avezana.

—Yo me pregunto por qué el pueblo italiano quiere a los negros —dijo Jack.

—Los napolitanos son buenos —respondió el príncipe de Candia—, y quieren a los negros porque los negros son buenos también.

—Son ciertamente mejores que los blancos; más generosos, más humanos —dijo María Teresa—; los chiquillos no se equivocan nunca, y los chiquillos prefieren los negros a los blancos.

—Las mujeres tampoco se equivocan nunca —dijo el barón Romano Avezana, suscitando los gritos de desdén de Consuelo y María Teresa.

—No comprendo —intervino Antonino Nunziante— por qué los negros se avergüenzan de ser negros. ¿Nos avergonzamos acaso nosotros de ser blancos?

—Los soldados negros —dijo Consuelo—, para convencer a las muchachas napolitanas a casarse con ellos, cuentan que son blancos como los demás, pero que en América, antes de embarcar Europa, los han teñido de negro para poder combatir de noche sin ser vistos por el enemigo. Cuando regresen a América, después de la guerra, se quitarán la pintura negra de la piel y volverán a ser blancos.

—*Ah, que c'est amusant!* —exclamó Jack, riéndose tan a gusto que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Algunas veces —dijo el príncipe de Candia— me avergüenzo de ser blanco. Afortunadamente no soy sólo blanco, soy cristiano también.

—Lo que nos hace imperdonables —replicó el barón Romano Avezana— es precisamente ser cristianos.

Yo callaba y escuchaba, presa de un oscuro presentimiento. Callaba y mi mirada vagaba por las paredes llenas de rojas pinturas pompeyanas, los muebles dorados del tiempo del rey Murat, los grandes espejos venecianos, el techo pintado al fresco por algún pintor educado al gusto español de la Corte de Carlos III de Borbón. El palacio del príncipe de Candia no figura entre los más antiguos de Nápoles; es de la edad espléndida y miserable del máximo rigor de la dominación española, cuando los señores napolitanos, abandonando los tristes palacios de los alrededores de la Porta Capua y a lo largo del Decumano, comenzaron a construir sus suntuosas mansiones sobre el Monde di Dio.

Pese a que su arquitectura sea de ese pesado estilo barroco español, en gran boga durante el reinado de las Dos Sicilias, antes de que el Vanvitelli reclamase el honor de la clásica simplicidad de los antiguos, las habitaciones del palacio del príncipe de Candia revelaban el influjo de la gracia y de las agradables creaciones de ese fastuoso espíritu que en Nápoles, en las cosas del arte, más que en las elegancias francesas, se inspiraba en aquellos tiempos en los estucos y en los frescos de Herculano y de Pompeya, sacados desde hacía poco a la luz por la docta curiosidad de los Borbones. De las pinturas y los juegos ornamentado de aquellas dos antiguas ciudades, durante tanto años sepultadas bajo su tumba de cenizas y lava, descienden en realidad las danzas de amorcillos pintados sobre las paredes, los Triunfos de Venus, los Hércules cansados, apoyados en unas columnas corintias, las Dianas cazadoras y los «vendeurs d'Amours» que más tarde fueron tema favorito del arte ornamental francés. En las puertas están incrustados grandes espejos de reflejos azules, que entre los

rosados resplandores de los estucos pompeyanos ponen una sombra azulada de mar en las sonrosadas carnes femeninas, en las negras cabelleras y en el vago ondear de los peplos.

Caía del techo una transparente luz verde; y si levantaban la vista, la mirada de los comensales penetraba en una selva profunda, donde, atravesando lo intrincado de la fronda, resplandecía un cielo azul sembrado de blancas nubes. En los márgenes de un río, mujeres desnudas, metidas en el agua hasta la rodilla, o tendidas sobre la hierba de un verde terso y luminoso (no era verde de Poussin, declinando hacia tonalidad amarillas y azules, ni el verde violado de Claude Lorrain), yacían ociosas o acaso indiferentes a los faunos y los sátiros que las espiaban a través de la espesura de los árboles.

Más allá del río lejano aparecían castillos almenados coronando lomas cubiertas de bosque. Guerreros emplumados de corazas centelleantes galopaban por los valles; otros, con los espadas en alto, combatían entre ellos; otros, prisioneros bajo sus caballos derribados, se apoyaban sobre el codo tratando de levantarse. Y jaurías de perros corrían tras los ciervos blancos, seguidos de caballeros vestidos con jubones azules y escarlata.

El verde reflejo que caía del cielo se proyectaba dulcemente en los dorados de los muebles, en la tapicería de raso amarillo de los sillones, en los leves tonos rosados y celestes de la inmensa alfombra de Aubusson, en las blancas esfinges de los candelabros de Capodimonte alineados en medio de la mesa que un antiguo mantel de blondas sicilianas cubría espléndidamente. Nada recordaba en aquella rica sala la angustia, la ruina, el luto de Nápoles; salvo los rostros pálidos de los comensales y la modestia de los manjares.

Durante toda la guerra, el príncipe de Candia, como muchos otros señores napolitanos, no había abandonado la infeliz ciudad, reducida hoy a un montón de escombros y ruinas. Después de los terribles bombardeos americanos del invierno de 1942, no habían quedado en Nápoles más que la plebe y algunas familias de la más antigua nobleza. Una parte de los señores había buscado refugio en Roma o en Florencia, otra parte en sus tierras de Calabria, la Apulia, o los Abruzzos. La burguesía rica había huido a Sorrento y a la costa de Amalfi, y la burguesía pobre se había dispersado por los alrededores de Nápoles, especialmente en las pequeñas poblaciones de las vertientes del Vesubio, por ese general convencimiento, sabe Dios por qué nacido, de que los bombarderos aliados no osarían desafiar la cólera del volcán.

Acaso este convencimiento naciese de la antigua creencia de que el Vesubio era la divinidad tutelar de Nápoles, el *totem* de la ciudad; un dios cruel y vengativo que de vez en cuando sacudía horriblemente la tierra, hacía derrumbarse templos, palacios, habitantes, quemaba en sus ríos de fuego a sus propios hijos, sepultando sus casas bajo una corteza de cenizas candentes. Un dios cruel, pero justo, que castigaba a Nápoles por sus pecados y a la vez velaba sobre sus destinos, sobre su miseria, sobre su hambre, padre y juez, verdugo y ángel custodio de su pueblo.

La plebe había quedado dueña de la ciudad. Nada en ese mundo, ni las lluvias de fuego ni los terremotos ni la peste conseguirá arrojar jamás al pueblo napolitano de sus tugurios, de sus sórdidas callejuelas. La plebe napolitana no huye ante la muerte. No abandona sus casas, sus iglesias, las reliquias de sus santos y los huesos de sus muertos, para buscar refugio lejos de sus altares y sus tumbas. Pero cuando más grave e inmediato es el peligro, cuando el cólera llena las casas de llanto, o la lluvia de fuego y de cenizas amenaza sepultar la ciudad, la plebe de Nápoles suele desde hace siglos levantar la vista hacia los «señores» para espiar sus sentimientos y sus propósitos, y por su actitud juzgar de la grandeza del azote, indagar la esperanza de salvación, tomar ejemplo de valor, de piedad y de fe en Dios.

Después de cada uno de los terribles bombardeos que desde hacía tres años asolaban la ciudad, la plebe del Pallonetto y de la Torretta veía salir, a la hora acostumbrada, de los portones de los antiguos palacios de Monte di Dio y de la Riviera de Chiaia, destrozados por las bombas y ennegrecidos por el humo de los incendios, a los verdaderas «señores» de Nápoles, aquellos que no se habían dignado huir y que por orgullo, o acaso por pereza, no se habían rebajado a incomodarse por tan poca cosa, sino que continuaban, como si nada hubiese ocurrido y nada ocurriese, sus costumbres de los tiempos alegres y felices. Vestidos impecablemente, los guantes intactos, una flor lozana en el ojal, se encontraban todas las mañanas, saludándose de una manera afable, delante de las ruinas del «Hotel Excelsior», entre los muros derrumbados del Corcolo dei Canottieri, en el muelle del pequeño puerto de Santa Lucia atestado de cascos quilla arriba o en la acera del «Cafish». El hedor atroz de los cuerpos muertos sepultados bajo los escombros apeataba el aire, pero ni el más leve temblor

pasaba por el rostro de aquellos viejos *gentlemen* que al roncar de los bombarderos americanos alzaban los ojos al cielo murmurando con una inefable sonrisa de desdén: «Ahí están esos cabrones.»

A menudo ocurría, especialmente por las mañanas, ver pasar por las calles desiertas, llenas de cadáveres abandonados y ya hinchados, de carrozas de caballo y de vehículos volcados por las explosiones, algún viejo tálburi, orgullo de un carrocer inglés, e incluso alguno de esos anticuados *char-à-banc*, arrastrado por caballos delgaduchos de los pocos que habían quedado en las vacías cuadras después de las últimas requisas del Ejército. Pasaban transportando viejos señores de la generación de Jean Gerace, acompañados de mujeres jóvenes de rostro sonriente y pálido. Asomada a los sórdidos callejones de Toledo y Chiaia, la gente pobre, vestida de harapos, el rostro demacrado, los ojos relucientes de hambre y de insomnio, la frente endurecida por la angustia, saludaba sonriendo a los «señores» que desde lo alto de sus coches cambiaban con los «lazzaroni» el familiar ademán de saludo, la muda exposición del rostro, el arquear afectuoso de las cejas, que en Nápoles valen tanto como las palabras.

«Estamos contentos de verlos con buena salud, señores», decía el ademán familiar, obsequio de los «lazzaroni». «Gracias, Genaro, gracias, Cuneetti», respondían los ademanes afectuosos de los señores. «No podemos más», decían las miradas y las reverencias de la pobre gente. «Paciencia, hijos míos, todavía un poco de paciencia. También esto pasará», respondían los señores con un movimiento de la mano o la cabeza. Y los «lazzaroni», levantando los ojos al cielo, parecían decir: «Esperemos que el Señor nos ayude.»

Porque príncipes y «lazzaroni», señores y gente pobre, se conocen todos, en Nápoles, de siglo en siglo, de generación en generación, de padres a hijos. Se conocen de nombre, son todos parientes entre ellos, por ese afectuoso parentesco que desde tiempo inmemorial existe entre la plebe y la antigua nobleza, entre los tugurios del Pallonetto y los palacios de Monte di Dio. Desde tiempo inmemorial la nobleza y la plebe viven juntas; en las mismas calles, en los mismos palacios, el pueblo en los *bassi*, aquellos antros oscuros que se abren al nivel de la calle; los señores en los ricos salones dorados de los pisos nobles. Durante siglos y siglos, las grandes familias de la nobleza han nutrido y protegido a la plebe amontonada en los callejones que rodean sus palacios no ya por espíritu feudal no tan sólo por caridad cristiana, sino por deber, por decirlo así, de parentesco. Desde hace muchos años también los señores son pobres; y el pueblo tiene casi el aspecto de excusarse por no poder ayudarlos. Plebe y nobleza tienen en común el júbilo de las bodas y de los nacimientos, la angustia de las enfermedades, las lágrimas de los lutos; y no hay «lazzaroni» que no sea acompañado al cementerio por el señor de su barrio, ni el señor que no lleve detrás de su féretro una multitud llorosa de «lazzaroni». Hay un antiguo dicho popular en Nápoles de que los hombres son iguales, no sólo frente a la muerte, sino frente a la vida.

La nobleza napolitana frente a la muerte tiene otro estilo que la plebe; la acoge no con lágrimas, sino con la sonrisa, casi con galantería, como si acogiese a una mujer amada, una joven esposa. En la pintura napolitana los esponsales y las exequias se encuentran con una cadencia obsesionante, como en la pintura española; son representaciones de un carácter macabro y a la vez galante, obras de oscuros pintores que continúan hoy todavía la gran tradición de El Greco y el Españolito, humillado de una manera anónima y fácil. Y hasta hace pocos años era antigua costumbre que las mujeres de la nobleza fuesen sepultadas envueltas en su blanco velo de novia.

Frente a mí, a espaldas del príncipe de Candia, pendía de la pared una gran tela, donde estaba representada la muerte del príncipe Filippo de Candia, padre de nuestro huésped. Dominada por la avara tristeza y malignidad de los verdes y los azules, por la fatiga de ciertos amarillos de color mustio, por la violencia de ciertos blancos crudos y fríos, aquella tela contrastaba extrañamente con la festiva riqueza de la mesa, rutilante de platería angevina y aragonesa y de porcelanas de Capodimonte y cubierta de las blondas antiguas de Sicilia, donde los motivos ornamentales árabes y normandos se entrelazaban en los temas tradicionales de las ramas de granadas y de laurel curvado bajo el peso de los frutos, de flores, de pájaros, en un cielo preñado de rutilantes astros. El viejo príncipe Filippo de Candia, sintiendo acercarse la hora de la muerte, había iluminado como para una fiesta la sala de baile, se había endosado su uniforme de alto dignatario de la Soberana Orden de Malta y, rodeado de sus siervos, había hecho solemne entrada en la inmensa sala resplandeciente de luces llevando en su mano contrahecha un ramo de rosas. El oscuro pintor, cuya manera de combinar los blancos sobre los blancos revelaba un remoto imitador de los españoles, lo había retratado de pie

en medio de la sala, en la reluciente soledad del pavimento historiado de preciosos mármoles, mientras, inclinándose, ofrecía el ramo de rosas a la invisible Señora. Y había muerto de pie, en brazos de sus siervos, mientras la plebe del callejón del Pallonetto, asomándose al umbral de la puerta entreabierta, contemplaba en silencio, con religioso respeto, la muerte de aquel gran señor napolitano.

En aquella tela había algo que me turbaba. No era el rostro cerúleo de moribundo, ni la palidez de la servidumbre, ni la riqueza fastuosa de la sala rutilante de espejos, de mármoles y dorados; era el ramo de rosas estrechado por el puño del moribundo. Aquellas rosas, de un bermellón vivo y tierno, parecían de carne, hechas de una tibia y rosada carne de mujer. Una inquieta sensualidad brotaba de aquellas rosas, y al mismo tiempo una dulzura pura y afectuosa, como si la presencia de la muerte no empañase la viva y tersa delicadeza de los pétalos carnosos, sino reavivase en ellos ese sentido de triunfo que es el sentido caduco y eterno de las rosas.

Aquellas mismas rosas, florecidas en el mismo invernadero, brotaban en mazos olorosos de los antiguos jarros de plata oxidada dispuestos en medio de la mesa; y más que la comida escasa y humilde, compuesta de huevos, patatas hervidas y pan negro, más que los rostros pálidos y demacrados de los comensales, aquellas rosas daban un sentido fúnebre a la candidez de los linos, a la misma riqueza de la platería, de los cristales, de las porcelanas, evocaban una presencia invisible, despertando en mí un pensamiento doloroso, un presentimiento del que no conseguía liberarme y me turbaba profundamente.

—El pueblo napolitano —dijo el príncipe de Candia— es el más cristiano de Europa.

Y refirió que el 9 de setiembre de 1943, cuando los americanos desembarcaron en Salerno, el pueblo napolitano, aun cuando estaba desarmado, se rebeló contra los alemanes. La lucha feroz por las calles y callejones de Nápoles duró tres días. El pueblo, que había contado con la ayuda de los aliados, combatía con el furor de la desesperación. Pero los soldados del general Clark, que hubieran debido acudir con mano fuerte a la ciudad sublevada, estaban agarrados a la orilla de Pesto y los alemanes les golpeaban las manos con sus gruesos zapatones herrados para obligarles a soltar la presa y arrojarlos de nuevo al mar. El pueblo, creyéndose abandonado, gritó a traición; los hombres, las mujeres, los chiquillos combatían llorando de dolor y de rabia. Después de tres días de lucha atroz, los alemanes que ya, arrojados por el furor popular, habían comenzado a retirarse por la ruta de Capua, regresaron con más fuerzas, volvieron a ocupar la ciudad y se entregaron a represalias horribles.

Los prisioneros alemanes caídos en manos del pueblo eran muchos centenares. Los héroes e infelices napolitanos no sabían qué hacer con ellos. ¿Dejarlos libres? Los prisioneros hubieran hecho estragos con los mismos que los habían hecho prisioneros y liberado. ¿Degollarlos? El pueblo napolitano es cristiano, no es un pueblo de asesinos. Y así los napolitanos ataron de manos y pies a los prisioneros, los amordazaron y los escondieron en el fondo de sus tugurios, esperando la llegada de los aliados. Pero entretanto había que alimentarlos y el pueblo se moría de hambre. La tarea de custodiar a los prisioneros fue encargada a las mujeres; las cuales, apagado en ellas el furor de los estragos y el odio, cediendo a la piedad cristiana, quitaban el pobre y escaso alimento de la boca de sus hijos para dárselo a los prisioneros, partiendo con ellos la sopa de habichuelas o lentejas, la ensalada de tomates, el poco y miserable pan. Y no solamente los alimentaban, sino que los lavaban y los curaban como chiquillos en pañales. Dos veces al día, antes de quitarles la mordaza para alimentarlos, les imbuían santas razones con el miedo de que, libres de la mordaza, no pidiesen ayuda, dando el aviso a sus compañeros que pasaban por la calle. Pero a pesar de la mezquindad de la nutrición, los prisioneros, que no podían hacer otra cosa que dormir, engordaban como pollos cebados.

Finalmente, a primeros de octubre, después de un mes de angustiosa espera, los americanos entraron en la ciudad. Y al día siguiente, sobre los muros de Nápoles, aparecían grandes manifiestos en los cuales el gobernador americano invitaba a la población de Nápoles a entregar a los prisioneros alemanes en el plazo de veinticuatro horas a las autoridades aliadas, prometiendo una recompensa de quinientas liras por cada prisionero. Pero una comisión de ciudadanos fue a ver al gobernados y le demostró que dados los precios a los cuales habían subido las habichuelas, las lentejas, el tomate, el aceite y el pan, el precio de quinientas liras por prisionero era demasiado bajo.

—Trate de comprender, Excelencia. Por menos de mil quinientas liras no podemos entregar a los prisioneros. No queremos obtener ningún beneficio, ni siquiera reembolsarnos.

El gobernador americano se mostró inflexible.

—He dicho quinientas liras, y ni una más.

—Muy bien, Excelencia; entonces nos los quedamos — dijeron los ciudadanos; y se fueron.

Algunos días después el gobernador hizo fijar unos pasquines en los que prometía mil liras por prisionero.

La comisión de ciudadanos volvió a ver al gobernador y le dijo que habían transcurrido algunos días, que los prisioneros comían con apetito y que entretanto los precios aumentaban, y que mil liras era poco.

—Trate de comprender, Excelencia. Cada día que pasa, el precio de los prisioneros aumenta. Hoy, por menos de dos mil liras, no podemos darlos. Nosotros no queremos especular, queremos, sencillamente, resarcirnos del gasto. Por dos mil liras, Excelencia, un prisionero es regalado.

El gobernador se enfureció.

—¡He dicho mil liras y ni un céntimo más! Y si dentro de veinticuatro horas no entregáis los prisioneros os meto a todos en la cárcel.

—Méтанos en la cárcel, Excelencia, háganos fusilar si así le place, pero el precio es éste, no podemos venderlos por menos de dos mil liras por cabeza. Si no los quiere haremos jabón con ellos.

—*What?* — gritó el gobernador.

—Haremos jabón — dijeron los ciudadanos con voz suave; y se fueron.

—¿E hirvieron verdaderamente a los prisioneros para hacer jabón con ellos? —preguntó Jack.

«—Cuando en América —pensó el gobernador— sepan que por culpa mía se fabrica jabón con los prisioneros alemanes, lo menos que puede ocurrirme es perder el puesto.» Y pagó dos mil liras por cada prisionero.

—*Wonderful!* —gritó Jack—. *Ah, ah, wonderful!* — se reía tan a gusto que todos se echaron a reír sólo de verlo.

—Pero ¡está llorando! —exclamó Consuelo.

No, Jack no lloraba. Las lágrimas acudían a su rostro, pero no lloraba. Era una manera infantil suya de reírse.

—Es una historia maravillosa —dijo Jack, enjugándose las lágrimas—; pero, ¿creen ustedes que si el gobernador se hubiese negado a comprar los prisioneros a dos mil liras por cabeza los napolitanos los hubieran realmente hervido para hacer jabón?.

—El jabón es caro en Nápoles —dijo el príncipe de Candia—, pero el pueblo napolitano es bueno.

—El pueblo napolitano es bueno pero por un trozo de jabón es capaz de todo — dijo Consuelo, acariciando con el dedo el borde de un cáliz de cristal de Bohemia.

Consuelo Caracciolo es española, tiene la belleza dulce, de color de miel de las mujeres rubias y esa sonrisa irónica, esa fría sonrisa en su rostro tibio, que tanta parte tiene en la gracia orgullosa de las españolas rubias. El sonido largo, terso, vibrante que Consuelo arrancaba con el dedo del cáliz de cristal se difundía por la sala aumentando poco a poco de volumen, tomaba un timbre metálico, parecía invadir el cielo, vibrando lejano en el verde resplandor de luna, parecido al ronquido de una hélice de aeroplano.

—Escuchad —dijo de repente María Teresa.

—¿Qué es? —preguntó Marcello Orilia, llevándose la mano al oído.

Marcello había sido durante muchos años *master* de las cacerías de Nápoles y ahora usaba su viejo *pink coat* como traje de casa en su bella propiedad de Chiatamone asomada al mar. El lamentable fin de sus pura sangre, requisados por el Ejército al principio de la guerra y muertos de hambre y de frío en Rusia, la nostalgia de los *meetings* para las cacerías de zorras de los Astroni, la lenta y orgullosa decadencia de Helena de Orleáns, duquesa de Aosta, a quien era fiel desde hacía cuarenta años y que envejecía en su propiedad de Capodimonte, su larga cabeza encaramada sobre sus largos huesos como una grulla sobre sus zancos, lo habían envejecido y anonadado.

—El Ángel viene —dijo Consuelo, al mismo tiempo que señalaba al cielo con el dedo.

Mientras todos se callaban y aguzaban el oído tratando de escuchar aquel zumbido de abeja errante en el cielo del Posillipo (un cielo de agua verde en el que una pálida luna subía como una medusa de las transparentes profundidades marinas), yo miraba a Consuelo, y pensaba en las mujeres de los pintores españoles, en las mujeres de Jaime Ferrer, Alonso Berruguete y Jaime Huguet, de los cabellos transparentes de

color de ala de cigarra que en las comedias de Fernando de Rojas y de Gil Vicente hablan de pie, con ademanes lentos y ampulosos. En las mujeres de El Greco, de Velázquez y Goya, con sus cabellos de color de miel fría que en las comedias de Lope de Vega, Calderón de la Barca, y entremeses de Ramón de la Cruz, hablan con voz estridente, caminando sobre la punta de los pies, en las mujeres de Picasso, con sus cabellos de color *Scafarleti doux*, de ojos negros y relucientes, parecidos a pepitas de sandía que miran de soslayo por entre las tiras de papel de diario pegadas a la cara. También Consuelo miraba de soslayo, con el rostro apoyado en el hombro, la negra pupila apoyada en el borde del ojo, como en el antepecho de una ventana. También Consuelo tiene los *ojos graciosos* de la canción de Melibea y de Lucrecia de *La Celestina*, que humillan *los dulces árboles frondosos*. También Consuelo es alta, delgada, de largos brazos sueltos, de largos dedos transparentes como ciertas mujeres de El Greco, esas *vertes grenouilles mortes* de piernas abiertas, de dedos divergentes.

*La medianoche es pasada
Y no viene*

cantaba Consuelo, acariciando con el dedo el borde del cáliz de cristal.

—Viene, Consuelo, viene tu enamorado —dijo María Teresa.

—¡Ah, sí, viene mi novio, mi amante viene! —dijo Consuelo, riendo.

Estábamos sentados en silencio, alrededor de la mesa, la cara vuelta hacia las grandes ventanas. El roncar de las hélices se acercaba, se alejaba, errando a la deriva sobre las largas olas del viento nocturno. Era sin duda alguna un aeroplano alemán que venía a lanzar sus bombas sobre el puerto atestado de centenares de navíos americanos. Todos escuchábamos, un poco pálidos, el sonido largo y vibrante del cristal de Bohemia, aquel zumbido de abeja errante en el verde resplandor de la luna.

—¿Por qué no disparan los antiaéreos? —dijo en voz baja Antonino Nunziante.

—Los americanos se despiertan siempre con retraso — respondió también en voz baja el barón Romano Avezzana, que durante su estancia en América, donde había sido embajador de Italia, había podido darse cuenta de que los americanos se levantan temprano, pero se despiertan tarde.

De repente oímos una voz lejana, una voz enorme, y la tierra tembló.

Nos levantamos de la mesa y, abiertas las ventanas nos asomamos al profundo abismo que por el lado que mira al Posillipo se abre al pie del abrupto Monte di Dio sobre el que se levanta el palacio del príncipe de Candia. Como desde lo alto de un castillo izado sobre la cumbre de una montaña el ojo explora y contempla la baja llanura, así nuestra mirada abarcaba toda la inmensa extensión de casas que, desde la colina del Posillipo, baja a lo largo del mar hasta las murallas a pico de Monte di Dio.

La luna lanzaba su dulcísima luz sobre las casas y los jardines dorando los antepechos de las ventanas y los

bordes de las terrazas. Los árboles, tras los muros de los huertos, chorreaban esa tierna luz como si fuese miel; y los pájaros, entre las ramas, dentro los setos de espliego, entre las relucientes hojas de los laureles y las magnolias, se habían despertado al oír aquella voz lejana, y cantaban.

Poco a poco la voz se acercaba, llenaba el cielo, parecida a una inmensa nube sonora, y haciéndose casi sensible a los ojos, se hacía más densa y turbaba la claridad leve de la luna. Subía de los barrios bajos a lo largo del mar, se propagaba de casa en casa, de calle en calle, hasta que se convertía en un clamor, en un grito, en un llanto humano.

Nos alejamos de la ventana y entramos en la sala antigua que daba sobre el jardín por la parte opuesta a Monte di Dio, hacia el puerto. Por los ventanales abiertos se veía el abismo glauco y dorado del mar, el puerto humeante, y allí frente a nosotros, pálido, aflorando fuera de la áurea caligine de la luna, el Vesubio. Resplandecía en medio del cielo la luna apoyada sobre el hombro del Vesubio como el ánfora de barro sobre el hombro de la portadora de agua. Lejana, en el borde, del horizonte, erraba la isla de Capri, de un delicado color violeta, y el mar, estriado de corrientes aquí blancas, allá verdes y inás allá purpúreas, tenía una sonoridad argentina en medio de aquel triste y afectuoso paisaje. Como en una vieja estampa descolorida, aquel mar, aquellos montes, aquellas islas, aquel cielo, aquel Vesubio de alta frente coronada de fuego, tenían en la noche serena un aspecto patético y dulce, la palidez propia de la belleza de la naturaleza que ha llegado al límite del sufrimiento; y me producían dentro de mí corazón como una pena de amor.

Consuelo estaba sentada delante de mí, sobre el brazo de un sillón, cerca de uno de los ventanales abiertos a la noche. Yo la veía de perfil; el rostro rubio, la áurea cabellera y el niveo resplandor del cuello, se liberaban en el dorado resplandor de la luna, apareciéndome con la gracia inmóvil de las estatuas sin cabeza. Iba vestida de seda color marfil, y el color de carne tomaba bajo el reflejo de la luna una palidez opaca de mármol antiguo.

Yo sentía la presencia del peligro como una presencia extraña, como algo ajeno a mí, como un objeto que yo pudiese tocar, mirar. Me gusta mantenerme alejado del peligro; poder extender los brazos con los ojos cerrados y apenas rozarlo, como uno toca con la mano, en la oscuridad, un objeto frío. Y estaba a punto de extender el brazo para rozar con mi mano el brazo de Consuelo, sin otra idea que tocar algo ajeno a mí, algo que fuese fuera de mí, casi para hacer un objeto del peligro inmanente en nosotros y de mi propia trubación, cuando una detonación horrisona desgarró la noche serena.

La bomba había caído en la callejuela de Pallonetto, más allá de la cinta de muros de los jardines. Durante algunos instantes no oímos más que el sordo estrépito de los muros que se derrumbaban; después, unos gemidos vagos, un llamar aún incierto y espaciado, un solo aullido, un solo llanto, un correr precipitado de la gente presa del terror, un llamar furioso a los portones de entrada en el patio y las voces de la servidumbre tratando de dominar el clamor confuso que, poco a poco, se acercaba, crecía hasta que un grito estridente resonó en la antigua biblioteca. Abrimos la puerta y nos asomamos al umbral.

De pie en medio de la sala, que un candelabro traído por un sirviente atemorizado e indignado iluminaba con una luz rojiza, había un grupo de mujeres horrorizadas, casi desnudas en gran parte, que agarradas unas a otras gemían y aullaban, ya con agudos gritos bestiales, ya con un mugir ronco y feroz. Todas tenían el rostro vuelto hacia la puerta por donde habían entrado como con el terror de que la muerte las siguiese y entrase por aquella puerta. No se volvieron siquiera cuando, alzando la voz, tratamos de tranquilizarlas, de calmar su espanto.

Cuando, finalmente, se volvieron, retrocedimos aterrados. Aquellos rostros eran de fiera; descarnados, exangües, llenos de manchas y postillas que primero me parecieron de sangre y después vi que eran de tierra. El ojo era turbio y fijo, la boca babeaba. Sobre las frentes bañadas de sudor se erizaban los cabellos que caían sobre el pecho y los hombros en mechones desordenados e hirsutos. Muchas, sorprendidas en medio del sueño, estaban casi desnudas, y trataban con selvático pudor de ocultar el seno flaccido, o la espalda huesuda con el borde de una manta o los brazos cruzados. Agrupados en medio de aquella bestial multitud femenina, unos rostros pálidos y amedrentados de chiquillos nos espiaban por entre las faldas con una extraña violencia en su mirada fija.

Sobre la mesa había un montón de periódicos, y el príncipe de Candia, ayudado por los sirvientes, los hacía distribuir entre aquellas infelices para que pudiesen ocultar sus desnudeces. Eran aquellas mujeres vecinas de casa, si así puede decirse, de nuestro huésped, que las llamaba por sus nombres con una antigua familiaridad. Tranquilizadas, sea por la suave luz de los candelabros que los criados habían dispuesto sobre el zócalo de la biblioteca y sobre la mesa, sea por nuestra presencia, y más aún por la del príncipe de Candia, «o signore», como ellas lo llamaban, sea por encontrarse en aquella sala con las paredes enriquecidas por el dorado reflejo de las encuademaciones de los libros y del dulce resplandor de los bustos de mármol alineados sobre las repisas de la biblioteca, se habían calmado poco a poco, no gritaban ya tan salvajemente, pero gemían u oraban a media voz, invocaban la misericordia de la Virgen; hasta que se callaron, y sólo de vez en cuando el aislado llanto de un chiquillo, o un grito que se alzase lejano en la noche rompían en un sordo murmullo, no ya de fiera, sino de perro herido.

El dueño les dijo en voz alta y breve que se sentasen. Hizo traer sillas, butacas, almohadones, y todas aquellas infelices se acurrucaron silenciosamente y callaron. El huésped hizo distribuir vino; excusándose de no poder darles pan porque no tenía, tan difíciles eran aquellos tiempos incluso para los señores; y dio orden de que se preparase café para los chiquillos.

Pero cuando los criados, escanciando el vino en los vasos y puestos los frascos sobre la mesa, se retiraron al fondo de la sala, en espera de las órdenes del dueño, vimos con sorpresa salir de un rincón de la sala a un hombre pequeño, encorvado, que acercándose a la mesa cogió con ambas manos uno de los jarros, y yendo de una mujer a otra llenó sus vasos hasta que el jarro quedó vacío. Acercándose entonces al huésped, e inclinándose torpemente, dijo con voz ronca:

—Con permiso de Vuestra Excelencia —y vertiéndose de otro jarro un vaso de vino, lo bebió de un trago.

Nos dimos cuenta entonces de que era jorobado. Era un hombre de unos cincuenta años, calvo, de rostro alargado y seco, bigotudo, con ojos negros y peludos. Algunas risas estallaron por la sala; una voz lo llamó por su nombre: «¡Gennariello!», y a aquella voz que debía serle conocida, el jorobado se volvió y sonrió a una mujer, no joven ya, gorda y flácida de cuerpo, y de rostro demacradísimo, que se acercaba a él tendiéndole los brazos. Todos lo rodearon en el acto, y cuál le tendía el vaso, cuál trataba de arrebatarle el jarro, cuál, en fin, como poseída de sacro furor, restregaba su flácido seno contra la joroba, riendo histéricamente y gritando: *Vi'che fortuna! Vi'che fortuna m'ha da venil.*

El huésped había hecho una seña a los servidores para que los dejaran y miraba con estupor y desagrado aquella escena que acaso en otro momento lo hubiera hecho sonreír o incluso divertido. Yo me encontraba cerca de Jack y lo observé; también él contemplaba la escena, pero con mirada severa, en la cual el estupor contendía con el desprecio. Consuelo y María Teresa estaban escondidas detrás de nosotros, más por pudor que por miedo. Y, entretanto, el jorobado que todas conocía y que era, como supimos después, un vendedor ambulante de cintas, peines y cabello postizo que hacía diariamente el recorrido de todos los tugurios del Pallonetto, se había animado no sé si por el vino o por el deseo, y había comenzado hacer una especie de pantomima, cuyo tema era algún hecho mitológico, las aventuras terrenales de algún dios, o la metamorfosis de algún bello jovenzuelo. Yo contenía la respiración, apretando fuertemente el brazo de Jack para advertirle que estuviese atento y para comunicarle un poco del extraordinario placer que me causaba aquella inusitada escena.

El jorobado se volvió primero hacia su huésped para inclinarse y decir «con su licencia», e hizo algunas piruetas acompañadas de muecas y pequeños gritos guturales; poco a poco se había entusiasmado y corría de una parte a otra de la sala agitando los brazos, golpeándose el pecho con las dos manos, o soltando por su repugnante boca sonidos groseros, gemidos, palabras malsonantes. Alargaba los brazos en el aire abriendo y cerrando las manos como si quisiese coger algo que revolotease en el espacio, pájaro, nube o ángel, o una flor arrojada de una ventana, o un jirón de ropa furtivo; y una mujer primero, otra después, otra aún, con los dientes apretados, jadeando como presa de una irrefrenable conmoción, se levantaron y se pusieron alrededor de él. Y una lo golpeaba con la cadera, otra trataba de acariciarle la cara, alguna quería agarrarle con ambas manos la enorme joroba, mientras las demás mujeres, los chiquillos y los mismos criados, casi como si asistiesen a una divertida e inocente comedia cuyo argumento les fuese familiar y pudiesen penetrar el oculto sentido, se reían e incitaban a los comediantes con su batir de manos, con palabras ásperas y truncadas, como un agitar de sus miembros.

Entretanto, otras mujeres habían seguido a las primeras y en torno al jorobado se agrupaba ya una multitud de mujeres que hablaban a la vez, primero en voz baja, después cada vez con voz más alta y estridente, al final con un gritar insensato que salía confusamente de sus bocas espumantes, encerrando al jorobado dentro de un círculo amenazador y golpeándolo como podría hacerlo una muchedumbre de hembras enfurecidas contra un sátiro que hubiese intentado atentar al honor de una chiquilla.

El jorobado trataba de evitarlas, se tapaba el rostro con las manos, arremetía con la cabeza baja contra el círculo que iba estrechándose paulatinamente y daba con la frente, ahora contra el vientre de una, ahora en el seno de la otra, gritando siempre sus soeces palabras con una furia, un terror, un placer que al fin culminó en un agudo grito, altísimo, desesperado; y así ululando se arrojó a tierra, se contorsionó sobre su espalda deforme, como si tratase de defender su joroba contra la furia de sus perseguidoras. Y éstas se arrojaban encima de él, destrozándole las ropas, desnudándole a la fuerza, mordiéndole las carnes desnudas y tratando de volverlo sobre la espalda como hace un pescador cuando arrastra a la orilla una tortuga trata de volverla sobre la concha. De repente oímos un fragor horrendo, una nube de polvo entró por las ventanas abiertas y el soplo de la explosión apagó las bujías.

En el repentino silencio no se oyó más que el jadear de los pechos y el rugido que producen los muros al derrumbarse. Después, un aullido confuso resonó en la sala, un gemir, un suspirar violento, un llorar alto y estridente, y al resplandor de las bujías, que los criados se habían apresurado a encender de nuevo, vimos sobre el pavimento un montón de mujeres inmóviles, con ojos desmesuradamente abiertos, y en medio de ellas al jorobado, desgarrado y lívido, que apenas volvió la luz se levantó, franqueó el intrincado círculo de mujeres y huyó por la puerta.

—No tengáis miedo, no os mováis —gritaba nuestro huésped a aquellas infelices mujeres que agarradas a sus chiquillos y estrujándolos contra su pecho se precipitaban hacia la puerta presa del terror—. ¿Dónde queréis ir? No os mováis de aquí, no tengáis miedo. — Y los criados, de pie en el umbral, abrían los brazos tratando de detener a aquella multitud de mujeres alocadas por el terror. Pero en aquel momento se oyó un gran barullo en la antecámara y un grupo de hombres, trayendo en brazos una jovencita que parecía desvanecida, apareció en el umbral.

Como una loba en las selvas del Septentrión, que perseguida por los cazadores y los perros se hunde en lo más profundo del bosque con el lobezno herido, y empujada por el instinto maternal, más fuerte que el miedo, busca refugio en la casa del leñador, y araña su puerta, y llama, y al hombre aterrado le muestra su prole ensangrentada, pidiéndole con la voz y los ademanes poder entrar, ponerse a salvo en la segura tibieza de la casa, así aquellos infelices buscaban contra la muerte refugio en la casa del «señor», mostrándole desde el umbral el cuerpo ensangrentado de la jovencita.

—Háganlos entrar, háganlos entrar — dijo a los criados nuestro huésped, apartando con el ademán la turba de mujeres; y él mismo precedió al grupo de hombres en la sala, buscando con la mirada un sitio donde depositar la muchachita.

—Ponedla aquí — dijo, despejando la mesa con el brazo, sin cuidarse de los vasos ni los jarros, que rodaron por el suelo.

Apenas depositada sobre la mesa, la muchachita pareció sin vida. Yacía exánime, un brazo abajo en el flanco, otro levemente apoyado sobre el seno izquierdo, destrozado por el peso de una viga o de un muro. Pero aquella horrible muerte no había alterado su rostro ni le había dado esa expresión de terror y al propio tiempo de éxtasis que tienen los muertos apenas desenterrados de los escombros. Tenía los ojos dulces, la frente serena, los labios sonrientes. Todo parecía frío e inerte en aquel cuerpo sin vida, salvo la mirada y la sonrisa, que eran suaves y extrañamente vivas. Aquel cadáver, tendido sobre aquella mesa, daba a la escena un tono claro y tranquilo; hacía de la sala, de la gente, un paisaje lleno de serenidad, dominado por la indiferencia alta y sencilla de la naturaleza.

El huésped había tomado el pulso de la muchacha y callaba. Y todos a su alrededor tenían la vista fija en el rostro del «señor», en espera, no ya de juicio sino de su decisión, como si sólo él pudiese decidir, y fuese el único en tener derecho, si la muchacha estaba todavía viva o había ya muerto y sólo de su decisión dependiese la suerte de la infeliz criatura; tanta es en Nápoles la fe de la plebe en los «señores», y la costumbre secular de depender, en la vida y en la muerte, de ellos.

—Dios se la ha llevado — dijo el huésped.

Y ante estas palabras, todos comenzaron a aullar, a gritar, a desgarrarse el rostro y a golpearse si pecho con los puños cerrados, a invocar en voz alta el nombre de la muerta: «Concetti! Concetti!», y dos viejas repugnantes, arrojándose sobre la criatura, la besaban y abrazaban con furia salvaje, sacudiéndola de vez en cuando como para despertarla, y gritaban: *Scétate, Concetti! Oh, scétate, Concetti!* Este grito estaba tan lleno de rabioso reproche, de furor desesperado, era tan amenazador, que yo esperaba de un momento a otro ver a las viejas golpear a la muerta.

—Llevala allá — dijo el huésped a los criados; éstos, arrancando a viva fuerza a las dos viejas del cuerpo de la chiquilla y repeliendo a las demás mujeres con una violencia que me hubiera indignado si no hubiese sido piadosa, levantaron dulcemente a la pobre muerta y con una extraña delicadeza la transportaron al comedor, depositándola sobre las antiguas blondas de Sicilia que cubrían la inmensa mesa.

La muchachita estaba casi desnuda, como están los cadáveres desenterrados de los escombros de un bombardeo. Y el huésped, levantando los bordes del precioso mantel, cubrió con ellos las carnes desnudas. Pero la mano de Consuelo se posó sobre su brazo, y dijo:

—Vayanse, déjenos a nosotras; es cosa de mujeres.

Salimos todos del comedor, donde quedaron únicamente Consuelo, María Teresa y algunas de aquellas mujeres, acaso parientas de la muerta.

Sentados en la habitación que da al jardín, a oscuras, contemplábamos el Vesubio y la argentina extensión del mar sobre el cual el viento levantaba las doradas escamas de la luna, haciéndolas centellear como escamas de pescado. Un olor fuerte de mar, al cual se mezclaba el aroma claro y fresco del jardín embalsamado por el húmedo sueño de las flores y el temblor de la hierba nocturna, entraba por las ventanas abiertas. Era un olor rojo y cálido, con sabor de alga y de cangrejo, que en el aire frío, recorrido ya por los lánguidos escalofríos de la primavera inminente, suscitaba la imagen de un toldo escarlata ondeado al viento. Una nube de un verde pálido se alza allá, en el fondo de la montaña de Agerola. Yo pensaba en las naranjas que la aproximación de la primavera doraba ya en los jardines de Sorrento, y me parecía oír un solitario canto de marinero errante triste sobre el mar.

Era ya casi el alba. El aire era tan transparente que las verdes venas del cielo resaltaban sobre el fondo azul dibujando extraños arabescos, parecidos a las nervaduras de una hoja. Todo el cielo semblaba como una hoja bajo la brisa matutina; y el canto de los pájaros en los jardines contiguos, ese temblor que el presentimiento del día difunde por los árboles formaban una música suave y triste. El alba surgía, no ya del horizonte, sino del fondo del mar, como un enorme cangrejo rosa, entre las selvas de corales purpúreos parecidos a los cuernos de una manada de ciervos que errase por los profundos pastos submarinos. El golfo, entre Sorrento e Ischia, era como una rosada concha abierta; Capri, lejano pálida piedra desnuda, lanzaba un muerto resplandor de madreperla.

El olor rojo del mar estaba lleno de mil leves susurros, de piar de pájaros, de batir de alar, una hierba de un verde agudo despuntaba sobre las olas de cristal. Una nube blanca salía del cráter del Vesubio y se elevaba hacia el cielo como un enorme velero. La ciudad estaba todavía envuelta en la niebla de la noche; pero ya pálidas luces se encendían en el fondo de los callejones. Eran las luces de las imágenes sagradas que, prohibidas durante la noche por la amenaza de los bombardeos, los fieles encendían en sus tabernáculos al apuntar el día; y las estatuitas de cera y de cartón piedra pintadas representando las ánimas del purgatorio ardiendo en un ramillete de llamas como un ramillete de flores rojas, se encendían de improviso a los pies de la Virgen vestida de azul. La luna, declinando ya, vertía sobre los tejados, por los que corría todavía el humo de las explosiones, su pálido silencio. Del callejón de Santa María Egipciaca salía un pequeño cortejo de chiquillas vestidas con cándidos velos, un rosario envuelto en la muñeca, un librito negro entre las manos enguantadas de blanco. En un jeep parado delante de una Estación Profiláctica, dos negros seguían con sus grandes ojos blancos el cortejo de las comulgantes. La Virgen, en el fondo de los tabernáculos, resplandecía cual gota de cielo azul.

Una estrella atravesó el firmamento y se apagó en el mar entre Capri e Ischia. Era el mes de marzo, la dulce estación durante la cual las naranjas demasiado maduras, casi podridas, comienzan a caer con un golpe sordo en el suelo como si fuesen estrellas de los altos jardines del cielo. Yo miraba el Vesubio, verde por la luz de la luna; y un sutil horror se apoderaba paulatinamente de mí. No había visto nunca el Vesubio de un color tan extraño; era verde como el rostro descompuesto de un cadáver.

Nos asomamos a la puerta y una escena extraordinaria se ofreció a nuestros ojos. La jovencita yacía enteramente desnuda; y María Teresa estaba lavándola y secándola, ayudada por algunas de aquellas mujeres que le traían la jofaina de agua tibia, la botella de agua de Colonia, la esponja, las toallas, mientras Consuelo levantándole la cabeza con una mano, le peinaba con la otra el cabello. Nosotros contemplábamos desde el umbral la escena dulce y viva; la luz dorada de los candelabros, el reflejo azul de los espejos, el delicado resplandor de las porcelanas y los cristales y el verde paisaje pintado sobre las paredes, los lejanos castillos, los bosques, el río, los prados en los que los caballeros cubiertos de hierro, de cimera ondeante de largas plumas rojas y turquesas, galopaban uno junto a otro levantando la flamante espada, como los héroes y las heroínas de Tasso en las pinturas de Salvatore Rosa, daban a aquella escena el aura patética de un episodio de la *Jerusalén liberada*. La jovencita, desnuda, muerta y tendida sobre la mesa, era ciertamente Clorinda; aquellas, las exequias de Clorinda.

Todos en torno a ella callaban, sólo se oía el gemir ahogado de la turba andrajosa y desgrefñada de mujeres

asomadas a la puerta de la biblioteca, y el llanto de un chiquillo que acaso no lloraba de miedo, sino de maravilla, turbado por aquella escena dulce y triste, por el tibio resplandor de las bujías, por los ademanes misteriosos de aquellas dos bellísimas jóvenes tan ricamente vestidas, inclinadas sobre aquel blanco cadáver desnudo.

De repente, Consuelo se quitó los escarpines de seda y las medias y con rápidos y precisos ademanes vistió con ellos a la muerta. Después se quitó la blusa de raso, la falda y la combinación. Se desnudaba lentamente, tenía el rostro palidísimo, los ojos iluminados por un extraño y firme resplandor. Las mujeres asomadas a la puerta entraban una a una, juntaban las manos, y riendo o llorando, radiante su rostro de una maravillosa alegría, contemplaban a la muchacha tendida sobre el rico lecho de muerte, con su espléndido atavío funerario. Voces dolientes y a la vez alegres se levantaban en torno.

—*Oh, bella! Oh, bella!* —Y otros rostros aparecían en el umbral, hombres, mujeres y niños entraban, juntaban las manos y gritaban—: *Oh, bella! Oh, bella!*

Y muchos se arrodillaban orando, como delante de una imagen sacra o una milagrosa Madonna.

—*O miracolo! O miracolo!* —gritó de repente una voz ácida.

—*O miracolo! O miracolo!* —gritaron todos, echándose hacia atrás, casi como si temiesen mancillar con sus miserables andrajos el espléndido vestido de raso de la pobre Concettina, milagrosamente transformada por la muerte en Princesa del Destino, en estatua de la Madonna. Al poco tiempo, toda la plebe del Pallonetto, llamada por la voz milagro, se reunía ante la puerta y un aire de fiesta invadió la estancia. Vinieron viejas con cirios encendidos y rosarios, recitando letanías, seguidas de mujeres y chiquillos que traían flores, y esas golosinas que es antigua costumbre en Nápoles comer durante las honras fúnebres. Otras traían vino, algunos limones o frutos. Otras, chiquillos vendados, o impedidos, o enfermos, para que pudieran tocar a la muerta «milagrosa».

Otras, todas ellas muy jóvenes, de ojos y cabellos negros, rostro pálido y amenazador, y hombros desnudos envueltos en chales de colores violentos, circundaron la mesa donde yacía Concettina y entonaron los antiquísimos cantos fúnebres con los cuales el pueblo napolitano acompaña a sus muertos largo rato por las calles, recordando y llorando los bienes de la vida, el solo bien, el amor, evocando los días felices y las noches afectuosas, y los besos, y las caricias, y las lágrimas amorosas, y se despedían de ellos en el umbral del país prohibido. Eran cantos fúnebres y parecían de amor, tan suavemente eran modulados y cálidos de una sensualidad triste y resignada.

Aquella multitud festivamente llorosa se movía en aquella sala como si estuviesen en cualquier plaza popular de Nápoles en un día de fiesta o de luto; y nadie, ni aun las jóvenes que cantaban, pese a que la rodearan y la tocasen, parecía darse cuenta de la presencia de Consuelo, que casi desnuda, blanca y temblorosa, estaba de pie al lado de la muerta, mirando fijamente su rostro con una extraña mirada, no sé si de miedo o de algún misterioso sentimiento. Hasta que María Teresa, sosteniéndola amorosamente en sus brazos, la apartó de la muchedumbre.

Mientras aquellas dos mujeres misericordiosas, abrazadas una a otra, temblorosas y sumidas en lágrimas, subían lentamente la escalera, un grito terrible desgarró la noche y un inmenso resplandor de sangre iluminó el cielo.

CAPÍTULO NOVENO

La lluvia de fuego

El cielo, a Oriente, desgarrado por una inmensa herida, sangraba y la sangre teñía de rojo el mar. El horizonte se resquebrajaba, hundiéndose en un abismo de fuego. Sacudida por profundas conmociones, la Tierra temblaba, las casas temblaban sobre sus cimientos, y ya se oía el ruido sordo de la caída de las tejas y las paredes que se derrumbaban desde lo alto de los tejados al pavimento de la calle, signo precursor de una universal ruina. Un estallido horrendo circuló por el aire, como de huesos triturados. Y sobre este horrible estrépito, sobre los llantos, sobre los aullidos de terror del pueblo que corría de un lado para otro andando a tientas como un ciego, se alzaba, desgarrando el cielo, un terrible grito.

El Vesubio aullaba en la noche escupiendo sangre y fuego. Desde el día que vio la ruina total de Herculano y Pompeya, sepultadas bajo una tumba de cenizas y lava, no se había oído en el cielo una voz tan terrible. Un gigantesco árbol de fuego brotaba de la boca del volcán; era una imensa y maravillosa columna de humo y llamas que se hundía en el firmamento hasta tocar los pálidos astros. Por los flancos del Vesubio, ríos de lava descendían hacia los pueblecillos diseminados por el verdor de los viñedos. El resplandor sanguíneo de la lava incandescente era tan vivo, que corría con increíble violencia por el inmenso espacio que rodeaba el monte. Los bosques, los ríos, las casas, los prados, los campos y los senderos aparecían nítidos y precisos como si fuese de día; y el recuerdo del sol era ya lejano y pálido.

Se veían los montes de Agerola y las lomas de Avellino destacarse de improviso, revelando los secretos de sus verdes valles, de sus selvas. Y si bien la distancia del Vesubio al Monte di Dio desde el cual contemplábamos mudos de horror aquel maravilloso espectáculo fuese de muchas millas, nuestra mirada, explorando y escudriñando la campiña vesubiana, poco antes tranquila bajo la luna, percibió, casi aumentados como con una lente, hombres, mujeres y animales huir a los viñedos, a los campos, a los bosques, o errar entre las casas del pueblo, que las llamas ya lamían por todas partes. Y no sólo percibía los ademanes, las indumentarias, sino que discernía incluso los cabellos erizados, las barbas hirsutas, los ojos fijos, las bocas abiertas. Parecía oírse incluso el ronco silbido que escapaba de los pechos.

El aspecto del mar era quizá más horrendo que el de la tierra. Hasta donde alcanzaba la mirada, no aparecía más que una costra dura y lívida, llena por todas partes de agujeros como las mil bocas de una monstruosa viruela; y bajo aquella inmóvil costra se adivinaba el ímpetu de una extraordinaria fuerza, de un furor apenas refrenado, como si el mar amenazase levantarse de lo más profundo y destrozar su dura corteza de tortuga para declarar la guerra a la Tierra y apagar sus horrendos furores. Delante de Portici, de Torre del Greco, de Torre Annuziata, de Castellamare, se veían barcas alejarse a toda prisa de la peligrosa orilla con la sola y desesperada ayuda de los remos, porque el viento, que sobre la tierra soplaba con violencia caía sobre el mar como un pajarillo muerto; y otras barcas acudían de Sorrento, de Meta, de Capri para aportar socorro a los desventurados habitantes de los pueblos marítimos devorados por la furia del fuego. Torrentes de barro descendían perezosamente por los flancos del Monte Somma, enrosándose sobre sí mismos como negras serpientes, y donde los torrentes de barro encontraban los ríos de lava, se alzaban altas nubes de un vapor purpúreo y un horrendo silbido llegaba hasta nosotros, como el estridente grito del hierro candente sumergido

en el agua.

Una inmensa nube negra parecida al saco de tinta de la sepia (y sepia se llama precisamente aquella nube), se apartaba fatigosamente de la cima del Vesubio y empujada por el viento, que por esa milagrosa fortuna soplabla en Nápoles hacia el Noroeste, se arrastraba lentamente por el cielo hacia Castellamare di Stabia. El estrépito que producía aquella nube hinchada de cenizas y pedruscos encendidos era como el rechinar de un carro cargado de gruesas piedras pasando por un camino destrozado. De vez en cuando, de algún desgarrón de la nube, se volcaba sobre la tierra y el mar un diluvio de piedras que caían sobre los campos y sobre la dura costra de las olas con intenso fragor, lo mismo que un carro de piedras que vuelca su cargamento; y las piedras, tocando la tierra o la dura costra marina, levantaban nubes de polvo rosado que se desparramaban por el cielo oscureciendo los astros. El Vesubio gritaba horrendamente en las tinieblas rojas de aquella noche espantosa, y un llanto de desesperación se levantaba de la infeliz ciudad.

Yo estrechaba el brazo de Jack y lo sentía temblar. Pálido, contemplaba aquel infernal espectáculo, y el horror, el espanto, la maravilla, se confundían en sus ojos abiertos.

—Vámonos —le dije, arrastrándolo del brazo.

Salimos y por la callejuela de Santa María Egipcíaca nos dirigimos hacia la plaza Real. Lo muros de aquella angosta callejuela estaban recorridos por tal furor de luces coloradas, que caminábamos como ciegos, tambaleándonos. Por todas las ventanas se asomaba gente desnuda agitando los brazos, con grandes gritos y llantos estridentes, llamándose unos a otros, y los que huían por las calles levantaban el rostro gritando también y llorando, sin refrenar ni disminuir su precipitada fuga. Por todas partes, gente de aspecto miserable y feroz, unos vestidos con harapos y otros desnudos, acudían llevando cera y antorchas a las Madonnas y a los santos de los tabernáculos, o de rodillas sobre las aceras, invocaban en voz alta la ayuda de la Virgen y de san Genaro, golpeándose el pecho y lacerándose el rostro con lágrimas salvajes.

Como ocurre en un grave y desesperado peligro, que una imagen sacra, o la débil llama de una candela en un tabernáculo, evoca de improviso en el corazón el recuerdo de una fe desde tanto tiempo olvidada y enciende de nuevo las esperanzas, los arrepentimientos, los temores y la fe, desde algún tiempo negada, o abandonada, en Dios, y el hombre que había abandonado a Dios se detiene, y, estupefacto, conmovido, contempla la sagrada imagen y el corazón le tiembla, así le ocurrió a Jack. Se detuvo repentinamente delante de un tabernáculo, y cubriendo su rostro con las manos gritó:

—*Oh, Lord! Oh, my Lord!*

A este grito respondió del fondo del tabernáculo el piar de un pájaro. Y oímos, un débil batir de alas, un temblor como de pájaros dentro de un nido. Jack retrocedió asustado.

—No tengas miedo, Jack —le dije—, son los pájaros de la Madonna.

Durante aquellos años terribles, apenas las sirenas de alarma anunciaban la aproximación de los bombarderos enemigos, todos los pobres pájaros de Nápoles acudían a refugiarse en los tabernáculos. Eran gorriones y golondrinas de plumas erizadas, de ojos redondos y brillantes bajo sus párpados blancos. Se escondían en el fondo de los tabernáculos como en el fondo de un nido, estrechándose unos contra otros y temblando, entre las estatuillas de cera y de cartón piedra de las ánimas del Purgatorio.

—¿Crees que los he asustado? —me preguntó Jack en voz baja.

Y nos alejamos de puntillas para no asustar a los pájaros de la Madonna.

Viejos casi desnudos, de canillas descarnadas y blanquísimas, caminaban pegados a los muros, la frente enmarcada en blancos cabellos alborotados por el viento del miedo y venían gritando confusas palabras, que me parecían latinas y eran quizá mágicas fórmulas rituales de maldición, o exhortación a arrepentirse, a confesar en alta voz los propios pecados, a prepararse cristianamente para la muerte. Turbas con el rostro descompuesto corrían furiosamente estrechándose unos contra otros como guerreros que van al asalto de una fortaleza, y mientras corrían gritaban contra la gente, accionando hacia las ventanas, lanzándoles insultos obscenos y amenazas, exhortándolos a arrepentirse de la común infamia, porque había llegado por fin el día del Juicio Final y el castigo de Dios no respetaría hombres, mujeres ni niños. A aquellos insultos y a aquella amenaza, la gente de los balcones respondía con grandes lamentos, con injurias atroces e imprecaciones nefandas, a las cuales la gente de la calle hacía eco con lamentos y gritos, tendiendo el puño al cielo y sollozando horriblemente.

Habíamos subido desde la plaza Real hasta Santa Teresella degli Spagnoli, y a cada paso que avanzábamos crecía el tumulto, las escenas de terror, de furor y de piedad se hacían más frecuentes, y más fiero y amenazador era el aspecto del pueblo. Cerca de la Piazza delle Carrette, delante de un burdel célebre por su clientela negra, un grupo de mujeres enloquecidas gritaba y vociferaba, tratando de derribar las puertas que las meretrices habían atrancado con gran furia. Hasta que la multitud invadió la casa y trajo, arrastrándolas por los cabellos, a putas desnudas y soldados negros ensangrentados, aterrorizados, a quienes la vista del cielo en llamas, de las nubes de piedras suspendidas sobre el mar y del Vesubio en su horrendo sudario de fuego hacía humildes como chiquillos aterrados. Al asalto de los burdeles se unía el de los hornos y carnicerías. El pueblo, como siempre, a su ciego furor mezclaba su hambre antigua. Pero el fondo de aquel fanático furor no era el hambre; era el miedo que se convertía en ira social, en sed de venganza, en odio de sí mismo y de los demás. Como siempre, la plebe atribuía a aquel inane flagelo significado de castigo, veía en la ira del Vesubio la cólera de la Virgen, de los Santos, de los dioses del cristiano Olimpo, confabulados contra el pecado, la corrupción, los vicios de los hombres. Y junto con el arrepentimiento con la dolorosa ansia de expiar, con la ávida esperanza de ver castigados a los malvados, con la ingenua fe en la justicia de una tan cruel e injusta naturaleza, junto con la vergüenza de la propia miseria, de la cual el pueblo tiene un triste conocimiento, se despertaba en la plebe, como siempre, el vil sentimiento de la impunidad, origen de tantos actos nefandos, y la miserable persecución de que en una tan gran ruina, en un tan inmenso tumulto, todo sea lícito y justo. Y así se vieron durante aquellos días llevarse a cabo actos horrendos y bellísimos con ciega furia o con fría razón, casi con una maravillosa desesperación; tanto pueden, en los ánimos simples, el miedo y la vergüenza de los propios pecados.

Y tal era también el fondo de mis sentimientos, y de los de Jack, frente a tan inhumano azote. No tan sólo en la amistad, en el afecto, en la piedad de los vencedores y de los vencidos estábamos unidos uno a otro, sino en ese miedo, en esa vergüenza. Jack estaba humillado y aterrado ante aquel horrendo estremecimiento de la naturaleza. Y como él, todos aquellos soldados americanos, poco antes tan seguros de sí mismo y tan despreciativos, orgullosos de su calidad de hombres libres, que ahora huían por doquier detrás de la muchedumbre alocada, abriéndose paso a fuerza de puños y codazos, revelaban el desorden de un ánimo en el desorden de sus uniformes y sus actos; y unos corrían con el rostro demudado, otros se cubrían el rostro con las manos, gimiendo; unos en grupos pendencieros, otros solitarios, pero todos espiando a su alrededor como perros perseguidos. En el dédalo de callejuelas que bajan a Toledo y a Chiaia el tumulto se hacía a cada paso más denso y furioso, porque en las conmociones populares ocurre como en las de la sangre en el cuerpo humano, que en un mismo lugar tiende a refrenarse y a romper con violencia, ahora en el corazón, ahora en el cerebro, ahora en tal o cual víscera. De los más alejados barrios de la ciudad la gente bajaba a recogerse en aquellos que desde los tiempos más antiguos son considerados como los lugares sacros de Nápoles: la plaza Real, los alrededores de los Tribunales, el Maschio Angioino, el Duomo, donde está custodiada la milagrosa sangre de san Genaro. Allí el tumulto era inmenso y tomaba quizás el aspecto de un motín. Los soldados americanos, confundidos en aquella espantosa muchedumbre que los arrastraba en su ímpetu de un lado para otro, volviéndose hacia ellos y golpeándolos, como la ventolera infernal de Dante, parecían también poseídos de un furor y de un terror antiguos. Tenían el rostro sucio de sudor y ceniza, los uniformes hechos jirones. También ellos, hombres humillados entonces, no ya hombres libres, no ya orgullosos vencedores, sino miserables vencidos en manos de la ciega furia de la naturaleza; también ellos estaban encenagados hasta lo más profundo del alma en el fuego que abrasaba el cielo y la Tierra.

De vez en cuando un tenue y sofocado estremecimiento, propagándose por las misteriosas entrañas de la tierra, sacudía el pavimento bajo nuestros pies y hacía estremecerse la casa. Una voz ronca, profunda, brotaba de los pozos, de las bocas de los albañales. Las fuentes soplaban vapores sulfurosos, o arrojaban salpicaduras de barro hirviendo. Aquel rumor subterráneo, aquella voz profunda del fango hirviendo, mancillaba, saliendo de las vísceras de la tierra, la miserable plebe que en aquellos dolorosos años, para sustraerse a los despiadados bombardeos, se había refugiado a vivir en los meandros del antiguo acueducto angevino, excavado bajo el suelo de Nápoles, según los arqueólogos, por los primeros habitantes de la ciudad, que fueron griegos o fenicios, o acaso pelagios, aquellos hombres misteriosos venidos por el mar. Del acueducto angevino y de su extraña población habla ya Boccaccio en la novela de Andreuccio de Perugia. Aquellos infelices

desembocaban de su sórdido infierno, saliendo de estos antros oscuros, de los pozos, de las bocas de las cloacas, llevando sobre los hombros sus míseros enseres, o, como nuevo Eneas, el anciano padre o los tiernos hijos, o el «pecuriello», el cordero pascual, que en los días de Pascua (eran precisamente los días de Semana Santa) alegraba la más miserable casa napolitana y es sagrado porque es la imagen de Cristo.

Aquella «resurrección», a la cual la coincidencia de la Pascua daba un sentido atroz, el salir del sepulcro de aquellas multitudes andrajosas, era signo seguro de grave e inminente peligro. Porque lo que no pueden el hombre, ni el cólera, ni el terremoto que según antigua creencia arruina los palacios y los tugurios, pero respeta las grutas y los subterráneos excavados bajo los cimientos de Nápoles, lo podían los ríos de fango hirviendo con los cuales el maligno Vesubio se complacía en arrojar de las cloacas, como ratas, a aquellos desgraciados.

Aquella muchedumbre de larvas sucias de fango que desembocaban de todas partes de bajo tierra, aquella turbamulta que, como un río desbordado, se precipitaba espumeante hacia la ciudad baja, y las peleas y los gritos, las lágrimas, las blasfemias, los cantos, los temores y las fugas improvisadas, las luchas feroces alrededor de un tabernáculo, de una fuente, de una cruz, de un horno, creaban en toda la ciudad un horrendo y maravilloso tumulto, que venía a desembocar en la marina, en Via Partenope, en Via Varacciolo, en la Rivera de Chiaia, en las calles y las plazas que de Granili a Mergelline dan vista al mar; como si el pueblo, en su desesperación; sólo en el mar esperase la salvación, o que las olas apagasen el fuego que abrasaba la tierra, o que la piedad milagrosa de la Virgen, o de san Genaro, les diese el poder de caminar sobre las aguas y huir.

Pero llegada ante el mar, desde el cual se abría el pavoroso espectáculo del Vesubio rugiente, de los riachuelos de lava serpenteando por los flancos del volcán, de los pueblecitos en llamas, la muchedumbre caía de rodillas, y a la vista del mar, cubierto por doquier de una piel horrible manchada de verde y amarillo como la piel de un repugnante reptil con ruidosos llantos, con aullidos bestiales, con blasfemias salvajes, la muchedumbre imploraba el auxilio del cielo. Y muchos se arrojaban a las olas, esperando poder dominarlas, y miserablemente se ahogaban, incitados por las imprecaciones y las atroces injurias de la plebe enfurecida y celosa.

Después de mucho vagar, desembocamos finalmente en la inmensa plaza dominada por el Maschio Angioino, que se abre delante del puerto. Y de allí, frente a nosotros, envuelto en su manto de púrpura, apareció el Vesubio. Aquel César espectral de cabeza de perro, sentado en su trono de lava y de cenizas, partía el cielo con su frente coronada de llamas y ladraba horriblemente. El árbol de fuego que salía de su boca se hundía profundamente en la bóveda celeste, desaparecía en los abismos superiores. Ríos de sangre brotaban de sus rojas fauces abiertas, y la tierra, el cielo y el mar temblaban.

La multitud que llenaba la plaza tenía los rostros pálidos y relucientes surcados por sombras blancas y negras, como en una fotografía hecha bajo la luz de magnesio. Algo de esa inmovilidad helada y cruel de la fotografía aparecía en aquellos ojos abiertos y fijos, en aquellos rostros inquietos, en las fachadas de las casas, en los muros, trepaba por las tuberías y las cornisas de las terrazas; contra el cielo sanguíneo, de un tono triste, tendiendo a violeta, aquella especie de encía roja que orlaba los techos contrastaba con efectos alucinantes. Multitudes de gentes acudían al mar desembocando por los cien callejones que por todas partes dan a la plaza, y caminando con el rostro en alto mirando las negras nubes, preñadas de pedruscos encendidos que flotaban en el cielo que se extendía sobre el mar, y las piedras incandescentes que rasgaban el aire silbando como cometas. Clamores terribles se alzaban de la plaza. Y de vez en cuando un profundo silencio caía sobre la muchedumbre, roto por un gemido, por un llanto, por un grito inesperado, un grito solitario que moría en seguida sin despertar eco, como un grito en la desnuda cumbre de un monte.

Allá, en el fondo de la plaza, turbas de soldados americanos trataban de forzar las cancelas que cierran el acceso al puerto, intentando torcer las gruesas barras de hierro. Las sirenas de las naves imploraban ayuda con roncós gritos lastimeros; sobre los puentes, a lo largo de las murallas, se reunían piquetes de marineros armados; peleas tremendas se encendían en los muelles y las pasarelas de los buques entre los marineros y los grupos de, soldados, enloquecidos de terror, que asaltaban la nave para buscar amparo contra la furia del Vesubio. Aquí y allá, perdidos entre la muchedumbre, soldados americanos, franceses, ingleses, negros y polacos erraban atónitos y desorientados; unos estrechaban el brazo de alguna mujer de buen ver, tratando de ser generosos en rendirlas, y parecía que las hubiesen robado; otros se dejaban llevar de la corriente,

embrutecidos por la crueldad y la novedad del inane flagelo. Negros casi desnudos, como si hubiesen en aquella multitud encontrado su antigua selva, se agitaban en medio de la gente con las aletas de la nariz coloradas y rojas, los ojos blancos y redondos saliéndoles de la frente negra, ataviados con racimos de prostitutas, medio desnudas ellas también, o envueltas en los sagrados atavíos de seda amarilla, verde o roja de los burdeles. Y algunos entonaban ciertas letanías suyas, otros gritaban palabras misteriosas con voces agudísimas, otros invocaban cadenciosamente el nombre de Dios:

—*Oh God! Oh my God!*

Y se abrían paso con los brazos en aquel mar de cabezas y de rostros descompuestos y tenían los ojos fijos en el cielo como si espiasen, a través de la lluvia de cenizas y de fuego, el lento vuelo de un ángel armado con una espada flameante.

La noche declinaba ya, y el cielo, allá abajo, hacia Capri, y sobre la espalda selvática de los montes de Sorrento, palidecía tiernamente. Los mismos fuegos del Vesubio perdían algo de su terrible resplandor, adquirían unas transparencias verdes, y las llamas iban haciéndose rosadas como inmensos pétalos de rosa que el viento esparcía por el aire. Los ríos de lava, a medida que la calígene nocturna cedía a la incierta luz del alba, parecían apagarse, se hacían más opacos, se transformaban en negras serpientes como el hierro candente que, dejado sobre el yunque, se cubre poco a poco de negras escamas, en las cuales lucen murientes chispas verdes y azules.

En aquel infernal paisaje, que aún rugiente de rojas tinieblas el alba iba sacando del profundo seno de la noche de fuego, como una mata de corales que saliese del fondo marino (la luz virginal del día lavaba el verde pálido de los viñedos, el viejo plateado de los olivos, el azul profundo de los cipreses y los pinos, el oro sensual de las retamas), los negros ríos de lava resplandecían con fúnebre fulgor, con ese negro brillante que tienen ciertos crustáceos en la orilla del mar, tocados por el sol, o ciertas piedras negras bañadas por la lluvia. Y poco a poco, allá abajo, detrás de Sorrento, una mancha rosa aparecía en el horizonte, liberándose lentamente en el aire, y el cielo entero, preñado de amarillas nubes sulfúreas, se teñía en aquella sangre transparente. Hasta que de improviso el sol hizo irrupción fuera de las nubes y apareció blanco, semejante a los párpados de un pájaro moribundo.

Un inmenso clamor se levantó en la plaza. La multitud tendía los brazos hacia el sol naciente gritando: *O sole! O sole!*, como si fuese aquella en realidad la primera vez que el sol saliese en Nápoles fuera del abismo del caos, en medio del tumulto de la creación, del fondo del mar todavía no totalmente creado. Y como siempre en Nápoles, después del terror y de las luchas y de las lágrimas, el retorno del sol al cabo de una noche de tan interminable angustia, transformó el horror y el llanto en júbilo y alegría. Estallaron aquí y allá el primer batir de manos, las primeras voces de alegría, los primeros cantos, y esos gritos guturales, modulados sobre los antiquísimos temas melódicos del primigenio terror, del placer, del amor, con los cuales el pueblo napolitano expresa a la manera de los animales, es decir de una manera maravillosamente ingenua e inocente, el júbilo, el estupor y el feliz temor que siempre acompaña, en los hombres y en los animales, el júbilo encontrado y el estupor de vivir.

Bandadas de chiquillos corrían tras la muchedumbre de un lado a otro de la plaza gritando: *E fornuta! E fornuta!* y aquellas voces de: «¡Ha acabado! ¡Ha acabado!», eran el anuncio del fin del azote, fuese del volcán o de la guerra. La muchedumbre respondía: *E fornuta! E fornuta!*, porque siempre la aparición del sol engañaba al pueblo napolitano, le da la falaz esperanza del fin de sus desventuras y miserias. Un carro arrastrado por un caballo entró por Via Medina, y el caballo suscitó el júbilo y estupor de la muchedumbre, como si fuese el primer caballo de la creación. Todos gritaban: *'U bi! 'u bi! 'o cavallo!* Y he aquí que por todas partes, como por encanto, se alzaron las voces de los vendedores ambulantes que ofrecían imágenes santas, rosarios y amuletos, huesos de muerto y tarjetas postales representando erupciones del Vesubio y la imagen de san Genaro que con el ademán detuvo el alud de lava en las puertas de Nápoles.

De improviso se oyó en el cielo el roncar de unos motores y todos levantaron la vista.

Una escuadrilla de cazas americanos había alzado el vuelo del campo de aviación de Capodichino y se dirigía contra la enorme nube negra, la «sepie» preñada de pedruscos encendidos que el viento empujaba lentamente hacia Castellamare di Stabia. Al cabo de algunos instantes se oyó el toc toc de las ametralladoras, y la horrenda nube pareció detenerse, hacer frente a los asaltantes. Los cazas americanos trataban de hender la

nube con las ráfagas de sus ametralladoras, hacer precipitar el alud de piedras candentes sobre el trozo de mar que se extiende entre el Vesubio y Castellamare para tratar de salvar de la ruina a la infausta ciudad. Era una empresa desesperada, y la muchedumbre contenía la respiración. Un profundo silencio cayó sobre la plaza.

De las rasgaduras que las ráfagas de las ametralladoras producían en la nube caían al mar torrentes de piedras incandescentes, levantando altos surtidores de agua rosada, y árboles de vapor de un verde intenso, y cometas de cenizas candentes, y maravillosas rosas de fuego que lentamente se deshojaban por el aire. *'U bi! 'U bi!*, gritaban la muchedumbre batiendo las manos. Pero la horrenda nube, empujada por el viento que soplaba del Septentrión, se acercaba cada vez más a Castellamare.

Y de repente, uno de los cazas americanos, parecido a un halcón de plata, se arrojó fulmíneo contra la «sepie», la desgarró con sus espolones, penetró en el desgarrón y estalló con una horrible detonación dentro de la nube que se abrió como una inmensa rosa negra y se precipitó en el mar.

El sol estaba ya alto. El aire iba haciéndose poco a poco más denso, un velo gris de cenizas oscurecía el cielo, y sobre la frente del Vesubio se formaba un nimbo color de sangre, roto por verdes relámpagos. El trueno resonaba lejano, tras el negro muro del horizonte, desgarrado por amarillentas saetas.

En las calles, en torno al Gran Cuartel, la afluencia era tal que tuvimos que abrirnos paso por la violencia. La muchedumbre aglomerada delante de la sede del G. C. G., esperaba, muda, un signo de esperanza. Pero las noticias de las regiones afectadas eran cada vez más graves. Las casas de los pueblos alrededor del Salerno se derrumbaron bajo la lluvia de piedras. Una tempestad de ceniza caía desde hacía algunas horas sobre la isla de Capri y amenazaba sepultar los pueblos entre Pompeya y Castellamare.

Por la tarde, el general Cork rogó a Jack que fuese a la zona de Pompeya donde el peligro era mayor. La cinta de la calzada estaba cubierta de una espesa alfombra de cenizas, sobre las cuales las ruedas de nuestro *jeep* giraban con un frufú de seda. Un extraño silencio reinaba en el aire, roto de vez en cuando por los gruñidos del Vesubio. Me sorprendió el contraste entre la agitación y los gritos de los hombres y la muda inmovilidad de los animales que, quietos bajo la lluvia de ceniza, se miraban unos a otros con los ojos llenos de un doloroso estupor.

De vez en cuando atravesábamos nubes amarillas de vapor sulfúreo. Columnas de automóviles americanos desfilaban lentamente por la calzada, portadores de socorros, víveres, medicinas y ropas a las desgraciadas poblaciones del Vesubio. Unas tinieblas verdes envolvían la fúnebre campiña. Apenas pasado Herculano, una lluvia de fango caliente nos azotó el rostro durante largo rato. A poco, por encima de nosotros, el Vesubio rugía amenazador, vomitando altas fuentes de piedras rojas que volvían a caer rugiendo sobre la tierra. Poco antes de Torre del Greco nos sorprendió una súbita lluvia de pedruscos. Nos amparamos detrás del muro de una casa, cerca del mar. El mar era de un maravilloso color verde; parecía una tortuga de cobre antiguo. Un velero surcaba lentamente la dura costra del mar, sobre la que la lluvia de piedras caía con un crepitar sonoro.

En el sitio donde estábamos, se extendía, a espaldas de una alta roca que lo protegía del viento, un breve prado lleno de matas de romero y retama florida. La hierba era de un color intensísimo, un verde crudo y reluciente, un resplandor tan vivo, tan inesperado, tan nuevo, que parecía recién creado; un verde virgen todavía, sorprendido en el momento de su creación, en los primeros instantes de la creación del mundo. Aquella hierba descendía hasta casi tocar el mar que, por contraste, aparecía de un verde ya cansado, como si perteneciese a un mundo ya antiguo, creado desde tiempos remotos.

En torno a nosotros, la campiña, sepultada bajo las cenizas, estaba en algunos sitios quemada por la loca violencia de la naturaleza, de aquel nuevo caos. Grupos de soldados americanos con el rostro oculto tras las máscaras de goma y de acero parecidas a las celadas de los antiguos guerreros iban vagando por los campos y llevaban parihuelas, recogían heridos, dirigían grupos de mujeres y chiquillos hacia una columna de automóviles parados en la calzada. Algunos muertos eran alineados en los bordes de la carretera al lado de una casa derrumbada; tenían el rostro oculto bajo una máscara de cenizas blancas y duras que les daba el aspecto de tener un hueso en el sitio de la cabeza. Eran muertos todavía informes, no enteramente creados, los

primeros muertos de la creación. Los lamentos de los heridos llegaban a nosotros procedentes de una zona situada más allá del amor, más allá de la piedad, más allá de la frontera entre el caos y la naturaleza, ya compuesta dentro del orden divino de la creación; eran la expresión de un sentimiento no conocido todavía de los hombres, de un dolor todavía no sufrido por los seres vivientes y, sin embargo, creados; era la profecía del sufrimiento, que llegaba hasta nosotros de un mundo todavía en gestación, aún sumergido en el tumulto del caos.

Y allí, en aquel breve mundo de hierba apenas salido del caos, aún fresco del trabajo de la creación, aún virgen, un grupo de hombres escapados a la desgracia dormían echados sobre la espalda de cara al cielo. Tenían unos rostros bellísimos, con la piel no mancillada por las cenizas y el fango, sino clara, como lavada por la luz; eran rostros nuevos, apenas modelados, de frente alta y noble, de labios puros. Estaban tendidos durmiendo sobre aquella hierba verde, como hombres escapados al diluvio sobre la cumbre del monte emergido de las aguas.

Una muchacha, de pie sobre la orilla arenosa, allá donde moría la hierba, se peinaba contemplando el mar. Contemplaba el mar como una mujer se mira en un espejo. Desde aquella hierba nueva, apenas creada, la muchacha, nueva en la vida, apenas nacida, se miraba en el antiguo espejo de la creación con una sonrisa de feliz estupor, y el reflejo del mar antiguo teñía de un verde cansado sus largos y mórbidos cabellos, su piel lisa y blanca, sus manos pequeñas y fuertes. Se peinaba lentamente y su ademán era ya un ademán de amor. Una mujer vestida de encarnado, sentada bajo un árbol, amamantaba a su hijo. Y el seno, brotando del corpino rojo, era blanquísimo, resplandecía como el primer fruto de un árbol recién salido de la tierra, como el seno de la primera mujer de la creación. Un perro, echado al lado de los hombres dormidos, seguía con los ojos los movimientos lentos y serenos de la mujer. Algunos corderos pastaban la hierba y de vez en cuando levantaban la frente mirando el mar verde. Aquellos hombres aquella mujer, aquellos animales estaban vivos, estaban a salvo. Lavados de sus pecados. Absueltos ya de la vida, de la miseria, del hambre, de los vicios y de los delitos de los hombres. Habían ya descontado la muerte, el descenso al infierno, la resurrección.

También nosotros, Jack y yo, habíamos escapado al caos, seres vivientes apenas creados, apenas llamados a la vida, apenas resurgidos de la muerte. La voz del Vesubio, aquel alto y ronco ladrido, llegaba amenazadoramente hasta nosotros, saliendo de la nube de sangre que se formaba frente al monstruo. Llegaba hasta nosotros a través de las tinieblas sanguinolentas, a través de la lluvia de fuego, una voz despiadada, implacable. Era la misma voz de la naturaleza convulsionada y maligna, la misma voz del caos. Estábamos en la frontera entre el caos y la creación, estábamos en el margen de la *bonté, ce continent énorme*, sobre el primer jirón de un mundo apenas creado. Y la terrible voz que llegaba hasta nosotros, aquel alto y ronco ladrido, era la voz del caos que se rebelaba contra las leyes divinas de la creación que mordía la mano del creador.

De improviso el Vesubio lanzó un grito terrible. El grupo de soldados americanos, reunidos junto a los automóviles parados en la calzada, retrocedió espantado, se desbandó y muchos, invadidos por el terror, huyeron hacia la orilla del mar. También Jack retrocedió algunos pasos y se echó atrás. Yo le agarré por un brazo.

—No tengas miedo —le dije—; mira aquellos hombres, Jack.

Jack se volvió y miró los hombres tendidos en el suelo durmiendo, la muchacha que se peinaba frente al mar, la mujer que amamantaba al niño. Yo hubiera querido decirle: «Dios los ha creado apenas y, no obstante, son los seres humanos más antiguos de la tierra. Aquél es Adán, y aquélla, Eva, apenas paridos por el caos, apenas subidos del infierno, apenas salidos del sepulcro. Míralos, acaban apenas de nacer y han sufrido ya todos los pecados del mundo. Todos los hombres, en Nápoles, en Italia, en Europa, son como ellos. Son inmortales. Nacen en el dolor, mueren en el dolor y renacen puros. Son los Corderos de Dios, llevan sobre sus espaldas todos los pecados y la totalidad de los dolores del mundo.»

Me callé. Y Jack me miró, sonriendo.

Volvíamos por la tarde tempestuosa bajo la lluvia de fuego. Hacia Portici encontramos de nuevo el verde antiguo de la hierba y de las hojas, las antiguas gemas de los árboles, el antiguo juego de la luz en los cristales de las ventanas. Yo pensaba en la gentileza de aquellos soldados extranjeros inclinados sobre los heridos y los muertos, en su conmovedora y temerosa piedad. Pensaba en aquellos hombres tendidos en el sueño sobre la

orilla del caos, en su eternidad. Jack estaba pálido y me sonreía. Me volví para mirar el Vesubio, aquel monstruo horrendo de cabeza de perro, que ladraba en el fondo del horizonte, entre el humo y las llamas, y en voz baja dije:

«¡Piedad, piedad! ¡Piedad para ti también! »

CAPÍTULO DÉCIMO

La Bandera

Amenazado por la retaguardia por la cólera del Vesubio, el Ejército americano, detenido desde hacía varios meses delante de Cassino, avanzó por fin; se lanzó hacia delante, rompió el frente de Cassino y, extendiéndose por el Lacio, se acercó a Roma.

Echados sobre la hierba en el borde del antiguo cráter apagado del lago de Albano, parecido a una cubeta de cobre llena de agua negra, contemplábamos Roma a lo lejos, en el fondo de la llanura, donde dormía perezosamente al sol el *flavus Tiber*, el Tíber rubio. Algunos disparos resonaban a lo lejos, en el viento tibio. La cúpula de San Pedro oscilaba en el horizonte bajo un inmenso castillo de nubes blancas que el sol hería con sus flechas. Yo, sonrojándome, pensaba en Apolo y sus flechas de oro. A lo lejos, el Soracte nevado emergía de una espesa neblina azul. El verso de Horacio acudió a mis labios y me sonrojé. En voz baja, dije:

«Roma, Roma querida...»

Jack me miró y esbozó una sonrisa.

Desde los bosques de Castelgandolfo, donde Jack y yo, después de habernos separado por la mañana de la columna del general Cork nos habíamos reunido con la división marroquí del general Guillaume, Roma, azotada por el reflejo cegador del sol sobre las nubes blancas, aparecía con una blancura lívida de yeso, parecida a esas villas de piedra blanca que surgen en el fondo de los paisajes de la *Iliada*.

Las cúpulas, las torres, los campanarios, la geometría rigurosa de los nuevos barrios que desde San Juan de Letrán descienden por el verde valle de la Ninfa Egeria hacia las tumbas de los Barberini, parecían hechos de una materia dura y blanca, vetada de sombras azules. Negros cuervos se elevaban sobre las tumbas rojas de la Via Apia. Pensé en las águilas de los Césares y me sonrojé. Hice un esfuerzo por no pensar en la diosa Roma sentada en el Capitolio, ni en las columnas del Foro, ni en la púrpura de los Césares. *The glory that was Rome*, pensé, sonrojándome. Aquel día, en aquel momento, en aquel sitio, no quería pensar en la eternidad de Roma, me gustaba pensar en Roma como villa mortal.

Bajo aquella luz inerte y cegadora todo parecía inmóvil, sin aliento. El sol estaba ya alto en el cielo; comenzaba a hacer calor; una bruma blanca y transparente velaba la inmensa llanura roja y amarilla del Lacio en la que el Tíber y el Aniene se enlazaban como dos serpientes haciéndose el amor. En los prados que surca la Via Apia se veían galopar los caballos como en una tela de Poussin o Claude Lorrain, y allá lejos, en el fondo del horizonte, movíanse por momentos los párpados verdes del mar.

Los *goumiers* del general Guillaume acampaban en los cenicientos bosques de olivos y de encinas sombrías que descendían lentamente por los flancos de las montañas para morir en el verde claro de los viñedos y en el oro rutilante del trigo. La villa papal de Castelgandolfo se erguía encima de nosotros sobre la tierra abrupta del lago Albano. Sentados a la sombra de las encinas y los olivos, con las piernas cruzadas y el fusil sobre las rodillas, los *goumiers* miraban con ojos ávidos las numerosas mujeres que se paseaban por entre los árboles por el parque de la villa papal. Eran las religiosas y las campesinas de los pueblecillos destruidos por la guerra que el Santo Padre había tomado bajo su protección. Un mundo de pájaros cantaba entre las ramas de las encinas y los olivos. El aire era dulce a los labios, como este nombre que no cesaba de repetir en voz baja:

Roma, Roma, Roma querida...

Una sonrisa inmensa y ligera corría como un escalofrío del viento a través de la llanura del Lacio; era la sonrisa del Apolo de Veies, la sonrisa cruel, irónica, misteriosa del Apolo etrusco. Hubiera querido regresar a Roma, a mi casa, no con la boca llena de palabras sonoras, sino con esta sonrisa en los labios. Temía que la liberación de Roma no fuese una fiesta de familia, una fiesta íntima, sino uno de los habituales pretextos para triunfos, arengas e himnos. Hacía un esfuerzo por pensar en Roma, no como una inmensa fosa común en la que los huesos de los hombres y de los dioses yacen entremezclados entre las ruinas de los templos y de los foros, sino como una villa humana, una villa de hombres simples y mortales donde todo es humano, donde la miseria y la humillación de los dioses no envilecen la grandeza de los hombres, no dan a la libertad humana el valor de una herencia traicionada, de una gloria usurpada y corrompida.

El último recuerdo que tenía de Roma era el de una celda pestilente de la cárcel Regina Coeli. Y ahora, al retornar a mi casa un día de victoria (victoria extranjera, con armas extranjeras, en un Lacio desolado por ejércitos extranjeros), me dejaba llevar por pensamientos puros y simples. Pero ya me parecía oír resonar en mis oídos el estruendo de las trompetas y de los címbalos, los discursos de Cicerón y los cantos de triunfo, y me estremecía.

Tendido sobre la hierba, contemplaba a Roma a lo lejos y lloraba. Jack, tendido cerca de mí, apretaba una hoja verde entre sus labios imitando el canto de los pájaros que cantaban entre las ramas de los árboles. Una dulce paz respiraba en el aire, en la hierba, en el follaje.

—No llores — dijo Jack con tono de afectuoso reproche —. ¿Los pájaros cantan y tú lloras?

Los pájaros cantaban y yo lloraba. Las palabras tan simples, tan humanas de Jack me hicieron sonrojarme. Este extranjero venido del otro lado del mar, este americano, este hombre cordial, generoso, sensible, había encontrado en el fondo de su corazón las palabras justas, las palabras verdaderas que yo buscaba en vano dentro y fuera de mí, las únicas que podían convenir a ese día, a ese momento, a ese lugar. ¡Los pájaros cantaban y yo lloraba!

Contemplaba a Roma temblar en el fondo del espejo transparente de la luz. Lloraba sonriendo; era feliz.

Entonces oímos resonar en el bosque unas voces joviales y nos volvimos. Era el general Guillaume acompañado de un grupo de oficiales franceses. Tenía el cabello gris de polvo, el rostro curtido por el sol, marcado por la fatiga, pero los ojos brillantes, la voz joven.

—He aquí Roma — dijo, descubriéndose.

Yo había visto ya este gesto, había ya visto a un general francés descubrirse delante de Roma en los bosques de Castelgandolfo. La había visto en los daguerrotipos borrosos de la colección Primoli que el viejo conde Primoli me mostró un día en su biblioteca, en los cuales el general Oudinot, rodeado de un grupo de oficiales franceses de pantalón rojo, saludaba a Roma desde aquel mismo bosque de encinas y olivos donde nos encontrábamos en aquel momento.

—Hubiera preferido ver la Torre Eiffel en lugar de la cúpula de San Pedro —contestó el teniente Pierre Lyautey.

El general Guillaume se volvió riendo.

—No la ve usted porque se oculta detrás de la cúpula de San Pedro — dijo.

—Es curioso; estoy emocionado como si viese París — dijo el comandante Marchetti.

—¿No encuentran ustedes —preguntó el teniente Lyautey— que en este paisaje hay algo francés?

—¡Oh, sí, sin duda! —dijo Jack—. Es el aire francés que le han dado Poussin y Claude Lorrain.

—Y Corot — dijo el general Guillaume.

—También Stendhal ha puesto algo francés en este paisaje — dijo el comandante Marchetti.

—Hoy comprendo por primera vez por qué Corot, al pintar el puente de Narmi, ha hecho las sombras azules — dijo Pierre Lyautey.

—Tengo en el bolsillo las *Promenades dans Rome* —dijo el general Guillaume, sacando un libro del bolsillo de su guerrera—. El general Juin se pasea con Chateaubriand. Para comprender Roma, señores, les aconsejo que no se fíen demasiado de Chateaubriand. Fíense ustedes de Stendhal. Si algún reproche puedo hacerle es no ver los colores del paisaje. No dice ni una sola palabra de sus sombras azules.

—Si algún reproche tengo que hacerle —añadió Pierre Lyautey—, es querer más a Roma que a París.

—Stendhal no ha dicho jamás cosa parecida — replicó el general Guillaume, frunciendo el ceño.

—En todo caso prefiere Milán a París.

—No es más que despecho de amante —contestó el comandante Marchetti—. París era para Stendhal una querida que lo ha traicionado muchas veces.

—No me gusta oírles hablar de esta manera de Stendhal, señores —dijo el general Guillaume—. Es uno de mis mejores amigos.

—Si Stendhal fuese todavía cónsul de Francia en Civitavecchia —replicó el comandante Marchetti—, estaría seguramente en este momento entre nosotros.

—Stendhal hubiera sido un excelente oficial de *goumiers* —dijo el general Guillaume. Y volviéndose con una sonrisa hacia Pierre Lyautey, añadió—: Le quitaría a usted todas las bellas damas que le esperan a usted

esta noche en Roma.

—Las bellas damas que me esperan esta noche en Roma son las nietas de las que esperaban a Stendhal — contestó Pierre Lyautey, que tenía muchas relaciones en la sociedad femenina de Roma y contaba cenar aquella noche en el Palacio Colonna.

Yo escuchaba, emocionado, aquellas voces francesas, aquellas palabras que volaban ligeramente en el aire, aquel acento rápido y ligero, aquella risa suave, afectuosa, tan propia de los franceses. Y me sentí lleno de vergüenza y confusión, como si fuese culpa mía que la cúpula de San Pedro no fuese la Torre Eiffel. Hubiera querido excusarme con ellos, tratar de persuadirlos de ello. También yo hubiera preferido en aquel momento (porque sabía que aquello los hubiera hecho felices), que aquella villa de allá abajo, en el fondo del horizonte, no fuese Roma, sino París. Y me callaba, escuchando las palabras francesas, oyéndolas volar dulcemente por entre las ramas de los árboles; fingiendo no darme cuenta de que aquellos rudos soldados, aquellos valientes franceses estaban emocionados, que tenían los ojos brillantes de lágrimas y que trataban de velar su emoción bajo un lenguaje ligero y sonriente.

Permanecimos largo rato silenciosos, contemplando la cúpula de San Pedro oscilar levemente allá abajo, en el fondo del llano.

—¡Qué suerte tienen ustedes! —me dijo el general Guillaume dándome un golpe en la espalda.

Y yo me di cuenta de que pensaba en París.

—Siento tener que dejarles a ustedes —dijo Jack—. Pero se hace tarde y el general Cork nos espera.

—El V Cuerpo de Ejército americano tomará Roma incluso sin ustedes... y sin nosotros —dijo el general Guillaume con una sombra de ironía en su voz. Y cambiando de tono, con una sonrisa a la vez triste y burlona, añadió—: Almorzarán ustedes con nosotros y después les dejaré marchar. La columna del general Cork no se pondrá en marcha, con la venia del Padre Santo, antes de dos o tres horas. Vamos, señores, el *kuskus* nos espera.

En un pequeño claro, bajo la sombra de los verdes robles poblados de pájaros, los *goumiers* habían instalado de punta a punta unas mesas que seguramente habrían traído de alguna casa de campo abandonada. Un *goumier* se acercó a nuestra mesa trayendo una fuente florida por un enorme rosetón de tajadas de jamón. De pronto oímos una detonación sorda por entre los árboles, y vimos algunos *goumiers* correr a través del bosque, detrás de las cocinas.

—Otra mina —dijo el general Guillaume levantándose—; les ruego me excusen, señores; voy a ver qué pasa.

Y seguido de algunos oficiales se dirigió hacia el sitio donde había tenido efecto la explosión.

El bosque estaba infestado de minas alemanas de las que los americanos llamaban *booby traps*; los marroquíes, paseándose por entre los árboles, ponían sobre ellas un pie imprudente y saltaban.

—Estos *goumiers* — dijo Pierre Lyautey — son incorregibles. No saben acostumbrarse a la civilización moderna. Los *booby traps* son también un elemento de civilización moderna.

—En toda el África del Norte — añadió Jack —, los indígenas se han acostumbrado inmediatamente a la civilización americana. Desde que desembarcamos en África, es innegable que las poblaciones de Marruecos, Argelia y Túnez han hecho grandes progresos.

—¿Qué progresos? —preguntó Pierre Lyautey.

—Antes del desembarco americano — respondió Jack — el árabe iba a caballo y su mujer lo seguía a pie, detrás de la cola del caballo, con su hijo en la espalda y un gran fardo en equilibrio sobre la cabeza. Desde que los americanos han desembarcado en África del Norte se ha producido un gran cambio. Ciertamente es que el árabe sigue yendo a caballo y la mujer a pie, como antes, con su hijo a cuestas y un fardo sobre la cabeza, pero no ya detrás de la cola del caballo; ahora camina delante. A causa de las minas.

Una explosión de risa acogió las palabras de Jack, y al oír las risas de los oficiales los marroquíes diseminados por el bosque levantaron la cabeza, contentos de ver a los oficiales de buen humor. En aquel momento surgió el general Guillaume; tenía la frente perlada de gotitas de sudor y parecía menos emocionado que irritado.

—Afortunadamente —dijo, recuperando su sitio en la mesa—, esta vez no hay ningún muerto y un solo herido. Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Es acaso culpa mía? ¡Tendría que atarlos a los árboles para impedirles ir a

darles a las minas con el pie! ¡No voy a fusilar a este pobre herido para enseñarle a no saltar!

Esta vez, afortunadamente, el imprudente *goumier* había salido con bien del accidente; la mina se le había llevado una mano, arrancada de cuajo.

—Todavía no han conseguido encontrar la mano — dijo el general Guillaume—; Dios sabe dónde habrá ido a parar.

Después del jamón se sirvieron las truchas del Liri, unas truchas de plata azul con un ligero reflejo rosa. Después le tocó el turno al *kuskus*, el famoso plato árabe, honor de la Mauritania y la Sicilia sarracena, hecho de cordero asado bajo una corteza de sémola, reluciente como las corazas doradas de las heroínas de Tasso. Y el vino dorado de los castillos romanos, un vino rico de Frascati, noble y tierno como una oda de Horacio, iluminaba el rostro y las palabras de los comensales.

—¿Le gusta a usted el *kuskus*? —preguntó Pierre Lyautey, dirigiéndose a Jack.

—¡Lo encuentro excelente! —respondió Jack.

—A Malaparte —dijo Pierre Lyautey con una sonrisa irónica— seguramente no le gusta.

—¿Y por qué no tiene que gustarle? —preguntó Jack, sorprendido.

Sin levantar los ojos de mi plato yo me callaba sonriendo.

—Leyendo *Kaputt* —respondió Pierre Lyautey—, cualquiera creería que Malaparte no se alimenta más que de corazones de ruiseñor, servidos en platos de vieja porcelana de Meissen o de Nynphenburg, en la mesa de altezas reales, duquesas y embajadores.

—Durante los siete meses que hemos pasado juntos delante de Cassino —dijo Jack— no he visto nunca a Malaparte comer corazones de ruiseñores en las mesas de altezas reales ni embajadores.

—Malaaparte tiene sin duda alguna una imaginación muy fértil — dijo el general Guillaume riéndose —, y verán ustedes cómo en su próximo libro este almuerzo se convertirá en un banquete regio y yo en una especie de sultán de Marruecos.

Todo el mundo se reía, mirándome. Sin levantar los ojos de mi plato, yo me callaba.

—¿Quieren ustedes saber —dijo Pierre Lyautey— lo que dirá Malaparte en su próximo libro respecto a este almuerzo?

Y con una liviana facilidad comenzó a describir la mesa ricamente puesta, no en este bosque de la ribera abrupta del lago Albano, sino en una sala de la villa papal de Castelgandolfo. Describió, con graciosos anacronismos, la vajilla de oro de César Borgia, el servicio de plata de Sixto V, obra de Benvenuto Cellini, los cálices de oro de Julio II, los camareros solícitos alrededor de nuestra mesa, mientras un coro de voces blancas entonaban, en el fondo de la sala, en honor del general Guillaume de sus valientes oficiales, el *Super flumina Babyloniae*, de Palestrina.

Escuchando las palabras de Pierre Lyautey todo el mundo se reía amablemente. Sólo yo no me reía; sin levantar los ojos de mi plato, sonriendo, callaba.

—Me gustaría saber — dijo Pierre Lyautey, dirigiéndose a mí con una cierta ironía cortés— qué hay de verdad en todo lo que cuenta en *Kaputt*.

—¿Qué importa —dijo Jack— que lo que cuenta Malaparte sea verdad o mentira? Lo importante es la forma como lo cuenta.

—No quisiera mostrarme descortés con Malaparte, que es mi huésped — dijo el general Guillaume—, pero creo que en *Kaputt* les toma el pelo a los lectores.

—Tampoco yo quisiera mostrarme descortés con usted —respondió Jack—, pero creo que no tiene usted razón.

—No querrá usted en todo caso hacernos creer — dijo Pierre Lyautey— que todo lo que Malaparte cuenta en *Kaputt* le ocurrió realmente. ¿Es posible que estas cosas no le ocurran más que a él? ¡A mí no me ocurre nunca nada!

—¿Está usted bien seguro? —preguntó Jack, entornando los ojos.

—Le ruego me excuse —dije yo al fin, dirigiéndome al general Guillaume— si me veo obligado a revelar que hace un momento, en esta mesa, me ha ocurrido la aventura más extraordinaria de mi vida. Pero puesto que ponen ustedes en duda la veracidad de lo que cuento en mis libros, permítame que cuente lo que me ha ocurrido ahora mismo aquí, en esta mesa.

—Tengo curiosidad de saber qué cosa tan extraordinaria le ha ocurrido — respondió riendo el general Guillaume.

—¿Recuerda usted el delicioso jamón que hemos comido al principio del almuerzo? Era un jamón de las montañas de Fondi. Han combatido ustedes sobre estas montañas que se levantan detrás de Gaeta, entre Cassino y los castillos romanos, y ya sabe usted que las montañas de Fondi es donde se crían los mejores cerdos de todo el Lacio y de toda la Crociaria. Son los cerdos de los que habla, con tanto amor, santo Tomás de Aquino, que nació precisamente en las montañas de Fondi. Son unos cerdos sagrados que hozan por el suelo delante del atrio de las iglesias de los pueblecillos de las altas mesetas de Ciociaria; su carne tiene perfume de incienso, su grasa es dulce como la cera virgen.

—Era, no cabe duda, un excelente jamón — dijo el general Guillaume.

—Después del jamón de las montañas de Fondi nos han servido las truchas del Liri. El Liri es un río muy bello. Sobre sus verdes riberas muchos *goumiers* han caído de cara a la hierba bajo el fuego de las ametralladoras alemanas. ¿Se acuerda usted de las truchas del Liri? Finas, plateadas, con un ligero reflejo verde sobre las delicadas aletas de un plateado más oscuro, más antiguo. Las truchas del Liri se parecen a las truchas de la Selva Negra; a las *blauforellen* del Neckar, el río de los poetas, el río de Holderlin, y a las del Titisee, y a las *blauforellen* del Danubio, en Donaueschingen, donde nace el Danubio. Este regio río nace en el parque del castillo de los príncipes de Furstenberg, en un surtidor de mármol blanco parecido a una cuna, adornada de unas estatuas neoclásicas. Es una cuna de mármol en la que se mecen los cisnes negros cantados por Schiller y al que los ciervos y gacelas acuden a abrevarse a la puesta del sol. Pero las truchas del Liri son quizá más claras, más transparentes que las *blauforellen* de la Selva Negra; y el verde plateado de sus leves aletas, parecido al color de la plata de los candelabros antiguos de las iglesias de Ciociaria, no cede ante el azul plateado de las *blauforellen* del Neckar y del Danubio, que tienen los reflejos azules secretos de las blancas porcelanas Nynphenburg. La tierra regada por el Liri es una tierra antigua y noble, una de las más antiguas y nobles de Italia; y hace un momento me he sentido emocionado al ver las truchas del Liri; curvadas en corona, con la cola en su boca rosada, de la forma como los antiguos representaban la serpiente, símbolo de la eternidad, en forma de corona con la cola en la boca, sobre las columnas de Micenas, de Paestum, de Selinonte y de Delfos. Y, ¿recuerdan también ustedes el sabor de las truchas del Liri, delicado y fugaz como la voz de este noble río?

—Estaban deliciosas —dijo el general.

—Finalmente nos han servido, sobre una inmensa fuente de cobre, el *kuskus* de sabor bárbaro y delicado. Pero el cordero de este *kuskus* no es un cordero del Atlas, de los pastos quemados de Fez, de Tarudant, de Marrakesh. Es un cordero de las montañas de Itri, en Ciociaria, encima de Fondi, donde reinaba Fra Diávolo. Sobre las montañas de Itri, en Ciociaria, crece una hierba parecida a la menta silvestre, pero más grasa, de un sabor que recuerda el de la saliva a la que los habitantes de estas montañas dan el nombre griego de *kallimeria*; es una hierba con la cual las mujeres embarazadas preparan una bebida para los partos, una hierba querida de Venus de la que los corderos de Itri son muy voraces. Es precisamente esta hierba, la *killimeria*, la que da a estos corderos esta gordura de mujer embarazada, esa pereza femenina, esta voz grasa, esta mirada cansada y lánguida de las mujeres encinta y los hermafroditas. Hay que mirar al plato con los ojos bien abiertos, cuando se come el *kuskus*; el marfil blanco de la sémola en la cual es cocido el cordero no es tan delicado a los ojos como su sabor al paladar.

—Este *kuskus*, en realidad, era excelente —dijo el general Guillaume.

— ¡Ah, si hubiese cerrado los ojos mientras comía el *kuskus*! Porque hace un momento, en el sabor cálido y vivo de la carne de cordero, he sentido de repente un gusto dulzón y bajo mis dientes una carne más fría, más blanda. Miré mi plato y me estremecí de horror. En la sémola vi asomar primero un dedo, después dos, después cinco y finalmente una mano de uñas pálidas. Una mano de hombre.

— ¡Cállese usted, por favor! —gritó el general Guillaume con la voz angustiada.

—Era una mano de hombre. Era seguramente la mano del desgraciado *goumier* que la explosión de la mina había arrancado en seco y proyectado a la gran marmita de cobre donde se cocía nuestro *kuskus*. ¿Qué podía hacer? He sido criado en el Colegio Cicognini, que es el mejor colegio de Italia, y de niño aprendí que no hay que turbar jamás, bajo ningún pretexto, la alegría de los demás en un baile, en una fiesta o en una comida. Me

esforcé en no palidecer y me puse tranquilamente a roer la mano. La carne estaba un poco cruda, no había tenido tiempo de cocer.

—¡Cállese usted, por el amor de Dios! —gritó el general Guillaume con voz ronca, rechazando el plato que tenía delante de sí.

Los comensales estaban lívidos y me miraban con la mirada extraviada.

—Soy un huésped bien educado — dije —, y no es culpa mía que mientras roía la mano en silencio pensando en el pobre *goumier*, sonriendo como si no ocurriese nada, para no turbar tan agradable almuerzo, hubiesen ustedes cometido la imprudencia de burlarse de mí. No hay que poner nunca en ridículo a un invitado, sobre todo cuando éste está comiendo la mano de un hombre.

—¡Pero no es posible! No puedo creer que... — balbució Pierre Lyautey, con el rostro verde y apretándose con la mano el estómago.

—Si no me creen ustedes —dije—, miren mi plato. ¿Ven ustedes todos estos huesecillos? Son las falanges, Y aquí, alineadas en el borde del plato, vean ustedes las cinco uñas. Perdónenme si, a pesar de mi buena educación, no he sido capaz de tragarme las uñas.

— ¡Dios mío! —exclamó el general Guillaume, vaciando su vaso de un trago.

—Así aprenderán ustedes a no poner en duda lo que Malaparte cuenta en sus libros.

En aquel momento sonó un disparo a lo lejos en el llano, después otro, y otro todavía. El cañón de un «Sherman» sonó claro y breve al lado de las Frattocchie.

—Ya estamos —gritó el general Guillaume, levantándose de un salto.

Nos levantamos todos y derribando los bancos corrimos hacia el lindero del bosque desde donde la vista podía explorar toda la campiña romana, desde la desembocadura del Tíber hasta el Aniene.

De la Via Apia, más allá de la encrucijada de las Frattocchie, vimos elevarse una nube azul y oímos subir hasta nosotros el rugido lejano de cien, de mil morteros; Jack y yo lanzamos un grito de júbilo al ver la interminable columna del V Cuerpo de Ejército americano que avanzaba en dirección a Roma.

—Hasta la vista, mi general —dijo Jack, cogiendo la mano del general Guillaume.

Los oficiales franceses, en torno nuestro, guardaban silencio.

—Hasta la vista —dijo el general Guillaume. Y en voz baja añadió—: No podemos seguirlos; nosotros tenemos que quedarnos aquí.

Tenía los ojos empañados en lágrimas. Yo le estreché la mano sin decir palabra.

—Vengan a verme cuando quieran —me dijo el general Guillaume con una triste sonrisa —; encontrarán ustedes siempre un sitio en mi mesa y una mano amiga.

—¿Su mano también?

—¡Váyase usted al diablo! —gritó el general Guillaume.

Jack y yo bajamos corriendo por la cuesta a través del bosque, dirigiéndonos hacia el lugar donde habíamos dejado nuestro jeep.

—¡Bien jugado, bien jugado, Malaparte! ¡Un truco admirable! —gritó Jack mientras corría—. Así aprenderán a no poner en duda lo que cuentas en *Kaputt*.

—¿Has visto la cara que ponían? Creí que iban a vomitar.

—¡Muy buena broma, Malaparte! ¡Ja, ja, ja! — gritaba Jack.

—¿Has visto con qué arte he dispuesto en el plato los huesecitos del cordero? ¡Parecían verdaderamente los huesos de una mano!

—¡Ja, ja! ¡Maravilloso! —gritaba Jack, corriendo—. Se hubiera dicho que era verdaderamente una mano, el esqueleto de una mano.

Nos reíamos mientras corríamos por entre los árboles. Llegamos a nuestro jeep, saltamos sobre el asiento, bajamos a toda marcha la carretera de Castelgandolfo y al llegar a la Via Apia subimos por la columna en medio de un torbellino de polvo. Por fin conseguimos meternos con nuestro jeep detrás del general Cork que, precedido por algunos «Sherman», guiaba la columna del V Ejército a la conquista de Roma.

Algunos disparos conmovían el aire polvoriento. El viento me traía un olor de menta y romero; como un olor de incienso, el olor de las mil iglesias de Roma. Y el sol se ponía, y en el cielo purpúreo lleno de nubes que se arrojaban a la manera de los cielos de los pintores barrocos, el rugido de mil aviones excavaba inmensas cavernas donde se sumergía el río rojo del poniente.

Delante de nosotros los «Sherman» avanzaban con un rumor de chatarra, disparando de vez en cuando un cañonazo. De repente, en un recodo de la ruta, en el fondo del llano, detrás de los arcos rojos de los acueductos, detrás de las tumbas de ladrillos de un rojo de sangre, bajo aquel cielo barroco apareció Roma, blanca en un torbellino de llamas y de humo, como si un inmenso incendio la devorase.

Un grito se elevó y corrió de un extremo a otro de la columna: «¡Roma, Roma!» De los jeeps, de los carros, de los camiones, miles y miles de rostros recubiertos por una máscara blanca se tendían hacia la ciudad lejana, abrasada por el fuego del sol poniente. Yo sentí desvanecerse en mi voz ronca todo el odio, la cólera, la angustia y toda la tristeza, toda la felicidad de aquel momento tan esperado y ahora tan dolorosamente temido. En aquel instante Roma me pareció dura, cruel, cerrada como una ciudad enemiga. Y me sentí invadido por un oscuro sentimiento de temor y de vergüenza, como si fuésemos a cometer un sacrilegio.

Delante de las ruinas humeantes del campo de aviación de Ciampino, la columna se detuvo. Dos «Tigres» alemanes tumbados sobre sus flancos, cerraban el paso.

Algunas balas perdidas pasaban silbando por encima de nuestras cabezas. Los soldados americanos, desde lo alto de los carros, de los camiones, de los jeeps, se reían y bromeaban, alegres y despreocupados, mascando su *chewing-gum*.

—Esta ruta —le dije a Jack— está sembrada de obstáculos. ¿Por qué no sugieres al general Cork tomar otra ruta?

En aquel momento el general Cork se volvió y agitando una carta topográfica hizo a Jack un signo con la cabeza. Jack saltó del jeep y acercándose al general comenzó a hablar con él, indicándole con el dedo un punto de la carta.

—El general Cork —dijo regresando hacia mí— desearía saber si no existe otra ruta más corta y más segura para ir a Roma.

—Si yo fuera el general Cork —respondí—, oblicuaría a la izquierda y por esta travesía llegaría a la Via Apia antigua, a unos dos kilómetros aproximadamente de las tumbas de los Horacios y los Curiacios y, pasando por Capo di Bove, entraría en Roma por la Via dei Triunfi y la Via deirimperio. Es más largo, pero más seguro.

Jack corrió hacia el general Cork y regresó un instante después.

—El general —dijo— pregunta si serías capaz de servir de guía a la columna.

—¿Por qué no?

—¿Puedes asegurarnos que no caeremos en una celada?

—No puedo asegurar nada. Estamos en guerra.

Jack volvió a discutir con el general Cork, y a los pocos instantes regresó diciéndome que el general quería saber si la Via Apia antigua era, *en general*, más segura.

—¿Qué quiere decir, *en general*? —pregunté a Jack —Quizá quiere decir *de costumbre*. En tiempo de paz es un camino muy seguro; ahora no lo sé.

—*En general*—respondió Jack—, significa probablemente, *en particular*.

—No sé si es la más segura en particular, pero sé que es la más bella. Es la ruta más bella del mundo, la que lleva a las Termas de Caracalla, al Coliseo y al Capitolio.

Jack corrió a hablar con el general Cork y regresó a decirme que éste quería saber cuál era la ruta por la cual los Césares entraban en Roma.

—Cuando regresaban de Oriente, de Grecia, de Egipto, de África, los cesares entraban en Roma por la Via Apia — respondí.

Jack se marchó y regresó para decirme que el general Cork venía de América y que, por consiguiente, había decidido entrar en Roma por la Via Apia.

—Me hubiera realmente asombrado — le dije a Jack— que hubiese elegido otra.

Y añadí que por la Via Apia antigua habían pasado Mario, Sila, Augusto, Tiberio y todos los demás emperadores y que, por consiguiente, el general Cork podía pasar también.

Jack corrió al lado del general Cork y le habló al oído y el general, volviendo su rostro hacia mí, me gritó: «O. K.!»

—¡Vamos! —me dijo Jack, saltando al jeep.

Doblamos el jeep del general Cork, nos pusimos a la cabeza de la columna, detrás de los «Sherman», tomamos el camino transversal que de la Via Apia nueva, desde delante del aeropuerto de Ciampino, lleva a la Via Apia antigua, y poco después desembocamos en esta noble ruta, la más noble del mundo, pavimentada con losas de piedra sobre las cuales son todavía visibles las rodadas dejadas por las ruedas de los carros romanos.

—*What's that?* — me preguntó el general Cork, señalándome las tumbas que, a la sombra de los cipreses y de los pinos, flanquean la Via Apia.

—Son las tumbas de las más nobles familias de la antigua Roma —le dije.

—*What?* —gritó el general Cork en medio del estruendo de los «Sherman».

—*The tombs of the noblest roman families* — gritó Jack.

—*The noblest what?* — gritó el general Cork.

—*The tombs of the 400 of the roman Mayflower* —gritó Jack.

La voz corrió de un vehículo a otro a lo largo de la columna, y los soldados americanos, de pie en los carros, en los camiones, en los jeeps, gritaban: «Gee...» y apoyaban el dedo en el disparador de las «Kodak».

De pie yo también sobre el jeep, señalaba con el dedo las tumbas y al azar gritaba:

—He aquí la tumba de Lúculo, el más famoso borracho de la antigua Roma; he aquí la tumba de Julio César, he aquí la de Sila, la de Cicerón, he aquí la tumba de Cleopatra...

El nombre de Cleopatra corrió de boca en boca, de vehículo en vehículo, y *el* general Cork me gritó:

—*A famous signorina, was'nt she?*

Cuando llegamos delante de la tumba del Actor, le dije a Jack que parase un momento, y, mostrando las máscaras de mármol empotradas en la alta muralla de ladrillo rojo que, como un decorado, un telón de fondo, se levantó cerca del mausoleo, gnté:

— ¡He aquí la tumba del más célebre actor romano!

—*Who's who?* —gritó el general Cork.

—*A most famous roman actor!* — gritó Jack.

—*I want an autograph!* — gritó un G. I. y una multitud de soldados americanos saltó de los coches y se lanzó al asalto del muro, que en algunos instantes quedó cubierto de firmas.

—*Go on!* — gritó el general Cork.

En aquel momento levanté los ojos y vi, sentado sobre los peldaños de la escalera de piedra que sube al mausoleo, a un soldado alemán. Era casi un chiquillo, rubio, los cabellos en desorden, el rostro cubierto por una máscara de polvo en el que los ojos claros relucían como los ojos muertos de un ciego. Estaba sentado con aire cansado, ausente, el rostro levantado, las dos manos apoyadas en la escalera de piedra, como indiferente a

todo, a la guerra, al paisaje, a la hora. Respiraba profundamente, jadeante, como un náufrago que acaba de alcanzar la orilla. Nadie lo había visto.

—*Go on! Go on!* —gritó el general Cork.

La columna se puso en marcha y poco después, delante de los dos grandes túmulos cubiertos de césped, parecidos a dos pirámides de tierra, coronadas de cipreses y de pinos, bajo las cuales duermen los Horacios y los Curiacios, le dije a Jack que se detuviese.

—¡He aquí las tumbas de los Horacios y los Curiacios! —grité.

Y brevemente conté la historia de los tres Horacios y los tres Curiacios; el reto, el combate, el ardid del último Horacio, la hermana que el vencedor atraviesa con su espada en el umbral de su casa para castigarla por amar a uno de los Curiacios.

—*What? What the hell with the sister?* —gritó el general Cork.

—*Where's the sister?* — gritaron algunas voces.

Todos los G. I. de la columna saltaron de los jeeps y comenzaron a trepar sobre las dos altas pirámides a las cuales los inmensos parasoles de los pinos y cipreses daban el color romántico de una tela de Poussin o de Boeklin. El general Cork quiso trepar también a la cúspide de una de aquellas tumbas y Jack y yo lo seguimos.

De lo alto de la tumba, ahora que el incendio del crepúsculo se había apagado, Roma aparecía a la vez sombría y tierna en la transparencia verde de la tarde. Una inmensa nube verde dominaba las cúpulas, las torres, los tejados poblados de estatuas. Aquella luz verde que llovía del cielo parecía una de estas lluvias que caen algunas veces sobre el mar a principios de primavera; parecía verdaderamente que del cielo cayese sobre la villa una lluvia de hierbas, y las casas, los techos, las cúpulas, los mármoles relucían como un prado en mayo.

Un grito de estupor brotó de los pechos de los soldados amontonados sobre los túmulos y, como despertada por este grito, una negra bandada de cuervos se elevó a lo lejos, sobre los rojos baluartes de Aureliano, entre la Puerta Latina y la tumba de Cayo Sexto. Las alas verdes lanzaban reflejos tan pronto verdes como sanguinolentos. Desde aquella cima se oteaban los prados y vergeles de la Via Apia y de la Via Ardeatina, el bosquecillo de la Ninfa Egeria, los macizos de cañaverales alrededor de la pequeña iglesia donde reposan los Barberini, los arcos rojos de los acueductos, y allá lejos, más allá de Capo de Bove, la gran torre almenada de la tumba de Cecilia Métela. En el fondo de la inmensa hondonada verde, sembrada de pinos, cipreses y tumbas que descendían lentamente hacia los *links* del *golf* de Acquasanta, aparecían las primeras casas de Roma, los altos muros blancos de cemento relucientes de cristal, contra los cuales el soplo verde y rojo de la campiña romana venía a morir como en el seno de una vela.

Algunos hombres corrían de una parte a otra del llano. A veces se detenían, inseguros, mirando a su alrededor, reprendían la carrera, vacilando como bestias salvajes perseguidos por los perros; los hombres desembocaban de todas partes los circundaban, les cerraban el paso y la salvación. El tableteo seco de las ametralladoras llegaba hasta nosotros con el viento del mar, que traía a nuestros labios un dulce sabor de sal. Eran las últimas escaramuzas entre la retaguardia enemiga y las bandas de *partigiani*; la transparencia del acuario de la tarde daba a aquella escena de caza un tono patético del que encontraba en mi memoria el sonido y el calor vago y lejano. Era una tarde dulce y verde, como aquella en que los troyanos, desde lo alto de los baluartes, siguieron ansiosamente los últimos combates de la sangrienta jornada y ya Aquiles, como un astro brillante, surgía del río para correr a través de la llanura de Escamandra hacia los muros de Ilion.

En aquel momento vi la luna elevarse por detrás de la espalda frondosa de Tívoli, una luna enorme, chorreando sangre, y le dije a Jack:

—Mira allá abajo; no es la luna, es Aquiles.

El general Cork me miró sorprendido.

—Es la luna — dijo.

—No, es Aquiles —dijo Jack.

Y comencé a recitar en voz baja y en griego los versos de la *Iliada* en los cuales Aquiles surge de Escamandra *parecido al astro fúnebre de otoño que se llama Orión*. Cuando me callé, Jack prosiguió, mirando la luna elevarse sobre las montañas del Lacio y recitaba rítmicamente los hexámetros homéricos con el tono cantarino de su Virginia University.

—*I must remember you, gentleman...* — dijo con voz severa el general Cork.

Pero se calló, descendió lentamente de la tumba de los Horacios, volvió a subir a su jeep y dio con rabia la orden de marcha.

—*Go on! Go on!* —gritaba, pareciendo no solamente irritado, sino profundamente sorprendido.

La columna se puso en marcha, y cerca de Capo di Bove, en el sitio donde se alza la tumba del Atleta, tuvimos que moderar la marcha para permitir a los G. I. cubrir de firmas la estatua del luchador.

—*Go on! Go on!* —gritaba el general Cork.

Pero llegados a Capo di Bove, delante del célebre merendero «*Qui non si moure mai*», es decir «Aquí no se muere nunca», me volví hacia el general Cork y, mostrándole el rótulo, le grité:

—Aquí no se muere nunca...

—*What?* —gritó el general Cork, tratando de dominar con su voz el estruendo de chatarra de los carros «*Sherman*» y los clamores de júbilo de los G. I.

—*Here we never dine* —gritó Jack.

—*What? We never dine?* — gritó el general Cork.

—*Never dine!* — replicó Jack.

—*Why not?* —gritó el general Cork—. *I will dine, I'm hungry! Go on! Go on!*

Pero delante de la tumba de Cecilia Metela pedí a Jack que se detuviese un momento y, volviéndome, le grité al general Cork que aquella tumba era la de una de las más nobles matronas de la Roma antigua, la tumba de aquella Cecilia Metela que fue pariente de Sila.

—*Sylla? Who was this guy?* —gritó el general Cork.

—Sila, el Mussolini de la antigua Roma — gritó Jack.

Y perdí lo menos diez minutos para hacer entender al general Cork que Cecilia Metela *was'at Mussolini's wife* — no era la mujer de Mussolini.

El rumor corrió de un jeep a otro y una multitud de G. I. se lanzó al asalto de la tumba de Cecilia Metela, *the Mussolini's wife*. Por fin nos pusimos nuevamente en camino, bajamos hacia las Catacumbas de San Calixto, volvimos a subir hacia San Sebastián y, llegados frente a la pequeña iglesia del *Quo Vadis?*, le grité al general Cork que era indispensable detenerse allí aun a costa de conquistar Roma los últimos porque aquella iglesia era la del *Quo Vadis?*

—«*Quo*» *what?* — gritó el general Cork.

—*The «Quo Vadis» church!* — le gritó Jack.

—*What? What means «Quo Vadis»?* —gritó el general Cork.

—*Where are you going? ¿Dónde vas?* —respondí.

—*To Rome, of course!* —gritó el general Cork—. *¿Dónde quiere usted que vaya? Voy a Roma. I am going to Rome.*

De pie en el jeep expliqué entonces que en aquel punto del camino delante de aquella pequeña iglesia, san Pedro había encontrado a Jesús.

El rumor se extendió por todo lo largo de la columna y un G. I. gritó:

—*Which Jesús?*

—*The Christ, of course* — gritó el general Cork con voz de trueno.

La columna se calló y los G. I. se agruparon llenos de respeto y de silencio delante de la pequeña iglesia. Querían entrar, pero estaba cerrada. Algunos intentaron entonces derribar la puerta empujando con los hombros, otros empezaron a dar puñetazos y patadas contra ella y el mecánico de un «*Sherman*» intentó hacerla saltar de sus goznes con una barra de hierro a guisa de palanca. De repente, una de las ventanas de las casuchas que se encuentran delante de la pequeña iglesia se abrió y apareció una mujer que arrojó una piedra sobre los G. I., escupiendo en su dirección y gritando:

—¡Crápulas! ¡Cochinos alemanes! ¡Hijos de puta!

—Diga a esa buena mujer que no somos alemanes, que somos americanos —me gritó el general Cork desde su jeep.

A estas palabras se abrieron todas las ventanas de las casas, cien cabezas aparecieron, y un coro de júbilo se elevó en todas partes. «¡Vivan los americanos! ¡Viva la Libertad!» Una multitud de hombres, mujeres y niños

armados de bastones y de piedras salió por las puertas y cercados y, arrojando las armas, se precipitaron sobre los G. I. gritando: «¡Los americanos, los americanos!»

Mientras los G. I. y la multitud se abrazaban en un clamor de fiesta, en una confusión indescriptible, el general Cork, en medio de este alboroto, se acercó a mí para preguntarme si era verdad que san Pedro había encontrado a Jesús en aquel sitio.

—¿Por qué no ha de ser verdad? —respondí—. En Roma los milagros son la cosa más natural del mundo.

—*Nuts!*—gritó el general Cork.

Y después de unos minutos de silencio me pidió que le contase de una manera precisa cómo se había producido el hecho. Yo le hablé de san Pedro, de su encuentro con Jesús, de la pregunta de san Pedro: *Quo Vadis, Domine?* «¿Dónde vas, Señor?»

El general Cork me pareció muy impresionado por mi relato, especialmente por las palabras de san Pedro.

—¿Está usted bien seguro —me dijo— de que san Pedro le preguntó al Señor dónde iba?

—¿Qué quería que le preguntase? Usted mismo, si lo hubiese encontrado, ¿qué le habría preguntado?

—Naturalmente —dijo el general Cork—, le hubiera preguntado dónde iba. — Se calló. Después, bajando la cabeza, añadió—: Roma es esto.

Y no dijo nada más.

Antes de dar a la columna la orden de volver a ponerse en marcha, el general Cork, que no carecía de una cierta prudencia, me rogó que preguntase a la pequeña multitud llena de júbilo que nos rodeaba quién se encontraba en aquellos momentos en Roma.

Me volví hacia un muchacho joven que me pareció más listo que los otros y le repetí la pregunta del general Cork.

—¿Y quién quiere usted que haya en Roma? — respondió el muchacho—. Los romanos.

Traduje la respuesta al general Cork y éste sonrió ligeramente.

—*Of course* — exclamó —. Los romanos.

Y levantando un brazo dio orden de ponerse en marcha.

La columna avanzó y poco tiempo después entrábamos en Roma por el arco de triunfo de la puerta de San Sebastiano, metiéndonos en la estrecha callejuela encajada entre los altos muros rojos, cubiertos de viejos musgos verdes. Cuando pasamos delante de las tumbas de los Escipiones, el general Cork se volvió para contemplar largamente el sepulcro del vencedor de Aníbal.

—*That's Rome* — me gritó, aparentemente emocionado.

Después llegamos delante de las Termas de Caracalla y la masa enorme de aquellas ruinas imperiales que la luna bañaba con una maravillosa delicadeza, suscitó en la columna un coro de silbidos entusiastas. Los pinos, los cipreses, los laureles daban sus manchas relucientes de sombras verdes, casi negras, a aquel paisaje de ruinas purpúreas y de hierbas claras.

En medio de un terrible estruendo de orugas desembocamos delante del Palatino; subimos por la Via del Triunfo y, de repente, inmensa bajo la claridad de la luna, surgió delante de nosotros la masa del Coliseo.

—*What's that?* — gritó el general Cork, tratando de dominar el coro de silbidos que llegaban de la columna.

—El Coliseo —respondí.

—*What?*

—*The Coliseum!* —gritó Jack.

El general Cork se levantó y de pie en su jeep miró largamente, en silencio, el esqueleto gigantesco del Coliseo, y después, volviéndose hacia mí con una punta de orgullo en su voz, exclamó:

—*Look at that!* ¡Nuestros bombarderos han trabajado bien! —Y como para excusarse añadió—: *Don't worry, Malaparte; that's war!* ¡Es la guerra!

En aquel momento la columna avanzaba hacia la Via del Imperio y mientras de cara al general Cork tendía la mano hacia el Foro y el Capitolio gritando: «¡He aquí el Capitolio!», un clamor terrible me cortó la palabra. Una inmensa muchedumbre de mujeres se lanzaba, aullando, a nuestro encuentro por la Via del Imperio, dispuestas, al parecer, a lanzarse al asalto de nuestra columna. Corrían desmelenadas, delirantes, agitando los brazos, riendo, llorando, gritando; en un instante nos vimos rodeados, asaltados, desbordados, y la columna

desapareció bajo un maremágnum inextricable de piernas y brazos, bajo una selva de cabellos negros, bajo una tierna montaña de senos, caderas carnosas, espaldas blancas. («Como de costumbre — dijo al día siguiente el joven cura de la iglesia de Santa Catalina en el Corso de Italia, en su sermón—, como de costumbre la propaganda fascista mentía al anunciar que el ejército americano, si entraba en Roma, atacaría a nuestras mujeres; han sido nuestras mujeres las que han atacado y vencido al ejército americano.») Y el ruido de los motores y tanques orugas se perdía en aquel aullar de la muchedumbre en delirio.

Pero cuando estuvimos a la altura de Tor di Noma, un hombre que corría al encuentro de la columna agitando los brazos y gritando: «¡Viva América!», se cayó y fue cogido por las orugas de un «Sherman». Un grito de horror brotó de la muchedumbre.

Un hombre muerto es un hombre muerto. No es más que un hombre muerto. Es más, o quizá menos, que un perro o un gato muertos. Varias veces ya, por las rutas de Servia, de Besarabia, de Ucrania, he visto impreso en el barro del camino un perro muerto, aplastado por un tanque. El perfil de un perro dibujado sobre la pizarra del camino con un lápiz rojo. Una alfombrilla en forma de piel de perro.

En Jampol, sobre el Dniéster, en Ucrania, en el mes de julio de 1941, vi en el polvo del camino, en el centro mismo de un pueblo, una alfombrilla de piel humana. Era un hombre aplastado por un carro de asalto. El rostro había adquirido una forma cuadrada, el pecho y el vientre se habían ensanchado y puesto de través, en forma de rombo; las piernas abiertas, y un brazo un poco separado del hombro, parecían los pantalones y las mangas de un traje recién planchado. Era un hombre muerto, algo poco más o menos que un perro o un gato muerto. No podría decir, ahora, lo que había en aquel hombre muerto de más o menos semejante a lo que hay en un perro o en un gato muertos. Pero entonces, aquella tarde, en el momento en que vi impresa su silueta en el polvo de la ruta en medio mismo del pueblo de Jampol, quizás hubiera podido decir lo que había de más o menos con respecto a un perro o un gato muertos.

Bandas de judíos de caftán negro, armados de palas y picos, recogían aquí y allá los muertos abandonados por los rusos. Sentado en el umbral de una casa en ruinas, yo contemplaba la niebla elevarse ligera y transparente de las riberas pantanosas del Dniéster, y a lo lejos, en la otra ribera, más allá del codo que forma el río, se elevaban en el aire las nubes de humo negro sobre las casas de Soroca. Como una rueda de fuego, el sol rodaba por un torbellino de polvo, allá en el fondo de las llanuras, donde los perfiles de los camiones, los hombres, los caballos y los carros de asalto se destacaban netamente sobre el resplandor polvoriento del poniente.

En medio de la ruta, allá, delante de mí, yacía el hombre aplastado por un carro blindado. Algunos judíos llegaron y comenzaron a despegar del polvo aquel perfil de hombre muerto. Levantaron suavemente con el borde de la pala los contornos de aquel dibujo, como se levantan los bordes de una alfombra. Era una alfombra de piel humana y la trama era una delgada armazón ósea, una verdadera telaraña hecha de huesos machacados. Parecía un vestido almidonado, una piel de hombre almidonada. La escena era atroz, ligera, delicada, lejana. Los judíos hablaron entre ellos y sus voces llegaban a mí dulces y apagadas. Cuando la alfombra de piel humana estuvo completamente despegada del suelo, uno de los judíos clavó la punta del pico en el lado de la cabeza y echó a andar con aquella bandera.

El abanderado era un judío joven de largos cabellos que le caían sobre los hombros; tenía un rostro pálido y demacrado en el que los ojos brillaban con una fijeza dolorosa. Caminaba con la cabeza alta, llevando como una bandera, en la punta de su pico, aquella piel humana que pendía y balanceaba al viento como un verdadero estandarte y yo le dije a Lino Pellegrini, que estaba a mi lado:

—He aquí la bandera de Europa, nuestra bandera.

—No es mi bandera —dijo Lino Pellegrini—; un hombre muerto no es la bandera de un hombre vivo.

—¿Qué hay escrito —dije yo— sobre esta bandera?

—Hay escrito que un hombre muerto es un hombre muerto.

—No — dije yo —; hay escrito que un hombre muerto no es un hombre muerto.

—No —dijo Pellegrini—; un hombre muerto no es más que un hombre muerto. ¿Qué quieres que sea un hombre muerto.

—Si supieses lo que es un hombre muerto no dormirías nunca más.

—Ahora veo —dijo Pellegrini— lo que hay escrito sobre esta bandera. Hay escrito: «Es necesario que los muertos entierren a los muertos.»

—No; hay escrito que esta bandera es la de nuestra verdadera patria. Una bandera de piel humana. Nuestra verdadera patria es nuestra piel.

Detrás del abanderado venía, con el pico al hombro, todo el cortejo de enterradores envueltos en su caftán negro. Y el viento hacía flotar la bandera, agitaba sus cabellos pegajosos de sangre y polvo, erizados sobre su ancha frente cuadrada como la rica cabellera de un santo en un icono.

—Vamos a ver enterrar nuestra bandera —le dije a Pellegrini.

Fueron a enterrarlo en la fosa común cavada a la entrada del pueblo, hacia las riberas del Dniéster. Iban a arrojarla a las inmundicias de la fosa común, llena ya de cadáveres quemados, de carroñas de caballos, sucios de sangre y de barro.

—No es mi bandera —dijo Pellegrini—; sobre mi bandera hay escrito: «Dios, Libertad, Justicia.»

Me eché a reír y levanté la vista hacia la ribera del Dniéster. Yo miraba más allá del río y pensaba en Taras Bulba. Gogol era ucraniano; había pasado por allá, había dormido en Jampol, en aquella casa, allá abajo, en el fondo del pueblo. Y desde lo alto de esta ribera abrupta los fieles cosacos de Taras Bulba se precipitaban a caballo en el Dniéster. Atado al piquete de suplicio Taras Bulba exhortaba a sus cosacos a que huyesen, a que se arrojasen al río. Desde allí arriba, delante de Jampol, un poco más arriba de Soroca siguiendo el río, Taras Bulba veía a sus fieles cosacos huir sobre sus finos caballos perseguidos por los polacos y arrojarlos de cabeza al precipicio desde lo alto de la ribera de Dniéster, y los polacos arrojarlos también al río y estrellarse contra la ribera, allí mismo, delante de mí. Sobre la ribera abrupta aparecían y desaparecían en dos bosques de acacias los caballos de una batería italiana de campaña, y allá, bajo los hangares de planchas onduladas del *koljós* de Jampol, centenares de carroñas de caballos, medio calcinadas, yacían humeantes.

El abanderado pasó con la cabeza alta y la mirada fija, con una tensión de lejanía, con la mirada fija y brillante de Dulle Griet. Caminaba como Dulle Griet, como Margot *la Loca*, de Breughel, que regresaba del mercado, la cesta al brazo, con la mirada fija ante sí y parece no ver, no oír el tumulto demoníaco a través del cual pasa, violenta y obstinada, guiada por su locura como un invisible arcángel. Caminaba erguido, envuelto en su caftán negro, y parecía no darse cuenta de la multitud de vehículos, hombres, caballos, carretelas y trenes de artillería que circulaban furiosamente a través del pueblo.

—Vamos a enterrar la bandera de nuestra patria —dije.

Y juntándonos al cortejo de enterradores, caminamos detrás de la bandera. Era un bandera de piel humana, la bandera de nuestra patria. Era nuestra patria misma. Y así vimos arrojar la bandera de nuestra patria, la bandera de la patria de todos los pueblos, de todos los hombres, a la fosa de las inmundicias.

La muchedumbre aullaba, loca de horror. De rodillas delante de aquella alfombra de piel humana tendida en mitad de la Vía del Imperio, una mujer gritaba, se arrancaba los cabellos, tendía los brazos y no sabía qué hacer, cómo abrazar a aquel muerto. Los hombres tendían los puños hacia el «Sherman» gritando: «¡Asesinos!» y eran rechazados brutalmente por los M. P. que, haciendo voltear sus matracas, trataban de liberar la cabeza de la columna de aquella muchedumbre desencadenada.

Me acerqué al general Cork y le dije:

—Esta muerto.

—*Of course, he's dead!* — gritó el general Cork. Y con voz irritada, añadió —: Haría usted mejor en tratar de saber dónde vive la mujer de este desgraciado.

Me abrí paso entre la multitud y me acerqué a la mujer, la ayudé a levantarse y le pregunté cómo se llamaba el muerto y dónde vivía. La mujer cesó de aullar y, ahogando sus sollozos, me miró fijo con aire aterrorizado, como si no entendiese lo que le decía. Pero otra mujer avanzó, me dijo el nombre del muerto, la calle donde vivía, y que aquella mujer no era siquiera parienta suya, sino tan sólo una de sus vecinas. Al oír aquellas palabras, la desgraciada redobló sus gritos y sus lamentos, y se arrancó el cabello con una furia más profunda y sincera que su dolor; pero pronto la voz de trueno del general Cork dominó el tumulto y la columna se puso en marcha. Un G. I. se inclinó en su jeep y arrojó una flor sobre el informe despojo, otro imitó este gesto piadoso y pronto un montón de flores cubrió el horrendo cadáver.

En la plaza Venecia una inmensa multitud nos acogió con un grito formidable que se cambió en un aplauso frenético cuando un G. I. de la *Signal Corps*, encaramado en el famoso balcón, comenzó a arengar la muchedumbre en dialecto italoamericano.

—Creíais que sería Mussolini quien saldría a hablaros, ¿eh? *you bastard!* Pero ahora soy yo quien os habla, John Expósito, soldado y ciudadano libre de América, y os digo que no seréis nunca americanos, ¡nunca, nunca, nunca!

La muchedumbre aullaba: «¡Nunca, nunca!», se reía, aplaudía. El estruendo de los tanques cubría el inmenso clamor popular.

Por fin nos metimos por el Corso, remontamos el Tritone y nos detuvimos delante del «Hotel Excelsior». Poco después, el general Cork me mandó a buscar. Estaba sentado en un sillón en medio del vestíbulo, su casco sobre las rodillas, todavía cubierto de polvo y sudor. En otro sillón estaba sentado el coronel Brown, capellán castrense del Cuartel General.

El general Cork me rogó que acompañase al capellán en una visita de pésame a la familia del desgraciado y entregara a la viuda y a los huérfanos la suma recogida entre los G. I. del V Cuerpo de Ejército.

—Dígale a la pobre viuda y huérfanos —añadió— que... quiero decir que... yo también tengo mujer y dos hijos, en América, y que... ¡No!, mi mujer y mis hijos no tienen nada que ver con esto.

Se calló, sonriéndome. Me di cuenta de que estaba profundamente turbado.

Mientras acompañaba al capellán en su jeep hacia Tor di Nona, miraba a mi alrededor con tristeza. Las

calles estaban atestadas de soldados americanos ebrios y de una muchedumbre vociferante. Los arroyos de orina corrían calle abajo por las aceras. Banderas americanas e inglesas pendían de las ventanas. Eran banderas de tela, no de piel humana. Llegamos a Tor di Nona, nos metimos por una callejuela y casi a la altura de Torre del Grillo nos detuvimos delante de una casa de aspecto miserable. Subimos una escalera, empujamos una puerta entreabierta y entramos.

La habitación estaba llena de gente que hablaba en voz baja. Sobre la cama vi aquella cosa horrible. Una mujer, con los ojos hinchados por las lágrimas, estaba sentada al lado de la cama. Me dirigí a ella y le dije que venía a presentar nuestros respetos a la familia del difunto en nombre del general Cork, del V Cuerpo de Ejército americano. Añadí que el general Cork ponía una suma importante a disposición de la viuda y de los huérfanos.

La mujer respondió que el desgraciado no tenía huérfanos ni mujer; era un evacuado de los Abruzzos que había venido a refugiarse en Roma después de ver su pueblo y su casa destruidos por los bombardeos americanos. Y en el acto añadió:

—Perdóneme, quería decir alemanes.

El desgraciado se llamaba Giuseppe Leonardo y era originario de una aldea cerca de Alfedena. Toda su familia había desaparecido bajo las bombas, se había quedado solo, y hacía, según dijo la mujer, un poco de mercado negro. Pero tan poco... El coronel Brown tendió a la mujer un grueso sobre. Ésta, después de haber vacilado, lo tomó con dos dedos y lo puso en la mesita de noche.

—Servirá para el entierro —dijo.

Después de esta breve ceremonia empezaron todos a hablar en voz alta y la mujer me preguntó si el coronel Brown era el general Cork. Le respondí que era el capellán, un sacerdote.

—¡Un sacerdote americano! —exclamó la mujer, levantándose para ofrecerle la silla, en la cual el coronel Brown, sonrojándose y confuso, se sentó. Pero se levantó en el acto como picado por una avispa. Todos miraban al «sacerdote americano» con respeto y de vez en cuando se inclinaban sonriéndole con simpatía.

—Y ahora —me susurró el coronel Brown—, ¿qué debo hacer? —Y añadió—: *I think... yes I mean...*, ¿qué haría en mi lugar un sacerdote católico?

—Haga lo que quiera —le respondí yo—, pero sobre todo que no se den cuenta, por el amor de Dios, de que es usted un pastor protestante.

—*Thank you* —dijo el capellán, palideciendo; y acercándose al lecho juntó las manos y se absorbió en la oración.

Cuando el coronel Brown se volvió y se apartó de la cama, la mujer me preguntó, sonrojándose, cómo podía componérselas para arreglar el cadáver. De momento no la entendí. La mujer me mostró el muerto. Era verdaderamente una cosa lamentable y horrible. Parecía uno de aquellos modelos de papel que utilizaban los sastres o los que se emplean en los campos de tiro. Lo que más me impresionó fueron los zapatos; aplastados, agujereados en algunos sitios por algo blanco, quizá por algunos huesecillos. Las dos manos, juntas sobre el pecho (¡oh, sobre el pecho...!), parecían dos guantes de algodón.

—¿Qué podemos hacer? —dijo la mujer—. ¡Es imposible enterrarlo en este estado!

Yo respondí que quizá podríamos probar de mojarlo con agua caliente; el agua quizá lo hiciese hinchar y le daría un aspecto más humano.

—Querría usted ponerlo en remojo como el bacalao —dijo la mujer; pero se interrumpió en el acto, sonrojándose, como si un sentimiento de pudor le hubiese cortado súbitamente la palabra.

—Eso es, ponerlo en remojo —dije yo.

Alguien trajo una jofaina llena de agua excusándose porque estaba fría; hacía días que no había gas ni un trozo de carbón para el fuego.

—Tanto peor —dijo la mujer—; probaremos con agua fría.

Y con ayuda de una comadre comenzó a verter agua sobre el muerto, que al empaparse se hinchó levemente, pero no más allá del espesor de un fieltro gordo.

De la Via del Imperio, de la plaza Venecia, del Foro de Trajano, de Suburra, llegaba el son estridente y orgulloso de las trompetas y los gritos de triunfo de los vencidos. Yo miraba aquella cosa horrible tendida sobre la cama y me reía solo, pensando que todos nosotros aquella noche, nos tomábamos por Brutos, Casios,

Aristogitones, y éramos todos, vencedores y vencidos, como aquella cosa horrible tendida sobre la cama; una piel cortada en forma de hombre, una pobre piel de hombre. Me volví hacia la ventana abierta, y al ver elevarse por encima de los tejados la torre del Capitolio me reí por dentro pensando que aquella bandera de piel humana era nuestra bandera, la bandera de todos nosotros, vencedores y vencidos, la única bandera digna de flotar aquella noche sobre la torre del Capitolio. Me reía por dentro pensando en aquella bandera de piel humana flotando sobre el Capitolio.

Hice signo al coronel Brown y nos dirigimos hacia la puerta. Al llegar al umbral nos volvimos y nos inclinamos respetuosamente.

Al llegar al pie de la escalera, en el zaguán oscuro, el coronel Brown se detuvo.

—Quizá si le hubiesen empapado de agua caliente se hubiera hinchado más —dijo.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

El Proceso

Los hombres jóvenes sentados en las escaleras de Santa María Novella, la pequeña muchedumbre de curiosos agrupados alrededor del obelisco, el oficial de *partigiani*, a horcajadas en un taburete al pie de la escalinata de la iglesia, los codos apoyados sobre una de las mesitas tomadas a un café de la plaza, el grupo de jóvenes partidarios de la división comunista «Potente», armados de fusiles ametralladores y alineados sobre el atrio delante de los cadáveres amontonados unos sobre otros, parecían pintados por Masaccio sobre un muro de cemento gris. Iluminados verticalmente por la luz color de yeso sucio que caía del cielo nebuloso, se callaban, inmóviles, con el rostro vuelto hacia el mismo lado. Un delgado hilo de sangre corría a lo largo de los escalones de mármol.

Los jóvenes sentados en los escalones de la iglesia eran fascistas de quince a dieciséis años, de cabello suelto y vasta frente, ojos negros y vivos en sus rostros pálidos. El más joven, vestido con una camiseta negra y pantalones cortos que dejaban desnudas sus piernas delgadas, era casi un chiquillo. Había también una muchacha entre ellos: una chiquilla, los ojos negros, con el cabello suelto sobre la espalda de ese rubio oscuro que se encuentra algunas veces en Toscana entre las mujeres del pueblo; estaba sentada con la cabeza atrás, mirando las nubes de verano por encima de los techos de Florencia relucientes de lluvia, un cielo pesado, de color de plomo, agrietado aquí y allá, parecido a los cielos de Masaccio en los frescos del Carmine.

Estábamos en el fondo de la Via della Scala, cerca de los Orti Oricellari, cuando oímos unos disparos. Llegados a la plaza habíamos ido a detenernos al pie del atrio de Santa María Novella, detrás del oficial de *partigiani* sentado delante del velador de hierro. Al chirrido de los frenos de nuestros dos jeeps, el oficial no se movió ni volvió la cabeza. Pero al cabo de un momento tendió un dedo señalando a uno de los muchos jóvenes y dijo:

—Te toca a ti. ¿Cómo te llamas?

—Hoy me toca a mí —dijo el muchacho, levantándose—, pero uno de estos días te tocaré a ti.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo como quiero —dijo el muchacho.

—¿Para qué le contestas al estúpido éste? — dijo uno de sus camaradas a su lado.

—Le contesto para enseñarle educación a este cochino —respondió el muchacho, enjugándose con el dorso de la mano la frente empapada de sudor.

Estaba pálido y sus labios temblaban. Pero se reía con una risa arrogante, mirando fijamente al oficial de *partigiani*. El oficial bajó la cabeza, jugueteando con su lápiz.

De repente, los muchachos comenzaron a hablar entre ellos, riéndose. Hablaban con el acento popular de San Frediano, de Santa Croce, de Palazzolo.

—¿Y éstos que están mirando aquí? ¿Es que no han visto nunca asesinar a un cristiano?

—¡Cómo se divierten, los imbéciles!

—Me gustaría verlos en nuestro lugar. ¿Qué harían los mamarrachos estos?

—Apuesto a que caerían de rodillas...

—Los oírías berrear como cerdos, pobrecitos...

Muy pálidos, los muchachos se reían, mirando las manos del oficial.

— ¡Qué guapo está con el pañuelito rojo alrededor del cuello...!

— ¿Quién debe ser?

—¿Quién quieres que sea? ¡Garibaldi!

—Lo que me molesta —dijo el muchacho de pie sobre el peldaño—, es que me maten estos maricas.

—¿Has acabado o no, mocoso? — gritó alguien de la muchedumbre.

—Toma mi sitio, si llevas prisa — respondió el muchacho, metiéndose las manos en los bolsillos.

El oficial de *partigiani* levantó la cabeza: —Date prisa. No me hagas perder el tiempo. Te toca a ti.

—Si es cuestión de no hacerte perder el tiempo, estoy a tu disposición en seguida — dijo el chiquillo en tono de mofa.

Y pasando por encima de sus camaradas fue a colocarse delante de los *partigiani* armados de ametralladoras, al lado del montón de cadáveres, en medio del charco de sangre que se agrandaba sobre las losas de la plaza.

—Ten cuidado de no ensuciar tus zapatos — le gritó uno de sus camaradas, mientras se echaron a reír.

Jack y yo saltamos del jeep.

—*Stop!* — gritó Jack.

Pero al mismo tiempo el chiquillo gritó: «¡Viva Mussolini!» y cayó acribillado a balazos.

—*Good gosh!* —gritó Jack, pálido como un muerto.

El oficial de *partigiani* levantó la cabeza y miró a Jack de arriba abajo.

—¿Oficial canadiense? —preguntó.

—No, coronel americano —respondió Jack.

Y, mostrando a los muchachos sentados en los escalones de la iglesia, añadió:

—Bonito oficio asesinar chiquillos.

El oficial de *partigiani* se volvió lentamente, lanzó una mirada de soslayo sobre los dos jeeps llenos de soldados canadienses, fusil ametralladora al puño, y después, habiendo fijado su mirada en mí y examinando mi uniforme, dejó el lápiz sobre la mesita y con una sonrisa conciliadora dijo:

—¿Por qué no contestas tú a tu americano?

Lo miré frente a frente y lo reconocí. Era uno de los ayudantes de campo de Potente, el joven comandante de la división de *partigiani* que había tomado parte con las tropas canadienses en el sitio y asalto de Florencia. Potente había muerto días antes en Oltrarno, al lado de Jack y mío.

—El Mando Aliado ha prohibido las ejecuciones sumarias —dije—. Deja estos chiquillos tranquilos si no quieres tener disgustos.

—¿Eres de los nuestros y hablas así? —dijo el oficial de *partigiani*.

—Soy de los vuestros, pero tengo que hacer respetar las órdenes del Alto Mando Aliado — dije.

—Me parece que te he visto en alguna parte — dijo —. ¿No estabas por casualidad allí cuando mataron a Potente?

—Sí —respondí—. Precisamente a su lado. ¿Y qué?

—¿Es los cadáveres lo que quieres? No sabía que te hubieses hecho sepulturero.

—Quiero los vivos, estos chiquillos.

—Toma los que están ya muertos. Te los daré baratos. ¿Tienes un cigarrillo?

—Quiero los vivos —declaré tendiéndole un paquete de cigarrillos—; serán juzgados por un Tribunal Militar.

—¿Por un Tribunal? —dijo el oficial, encendiendo un cigarrillo —. ¡Qué lujo!

—Tú no tienes derecho a juzgarlos.

—Yo no los juzgo — dijo el oficial —. Los mato.

—¿Por qué? ¿Con qué derecho?

—¿Con qué derecho?

—¿Por qué quiere usted matar a estos chiquillos? — preguntó Jack.

—Los mato porque gritan: «¡Viva Mussolini!»

—Gritan: «¡Viva Mussolini!», porque los matas — dije yo.

—Pero, ¿qué quieren esos dos? —gritó una voz en la muchedumbre.

—Queremos saber por qué los mata —dije, volviéndome hacia la multitud.

—Los mata porque disparaban desde los tejados — dijo otra voz.

—¿Desde los tejados? —dijo la muchacha, riéndose—. ¿Es que nos toman por gatos?

—No os dejéis ablandar —gritó un muchacho joven, saliendo de la multitud—. Yo os digo que tiraban desde los tejados.

—¿Lo has visto tú mismo?

—¿Yo? ¡No! —dijo el muchacho.

—Entonces, ¿por qué dices que tiraban desde los tejados?

—Tenía que haber alguien en los tejados para tirar. Los hay todavía — respondió el muchacho—. ¿No los oye usted?

Del fondo de la Via della Scala llegaba el ruido seco de algunos disparos, cortado por las ráfagas de las ametralladoras.

—¿No estarías tú también en los tejados, por casualidad?

—Tenga usted cuidado con lo que dice — dijo el muchacho con tono amenazador, avanzando un paso.

Jack se acercó a mí y me murmuró al oído:

—*Take it easy*. —Y habiendo dado la vuelta hizo un signo a los soldados canadienses, que saltaron de los jeeps y vinieron a colocarse detrás de nosotros fusil ametralladora al puño.

—La cosa va a arder —dijo la muchacha.

—Oiga, usted, ¿por qué se mete en nuestros asuntos? —gritó una de los fascistas, mirándole con maldad—. ¿Es que se figura usted que tenemos miedo?

—Tiene más miedo que nosotros — dijo la chiquilla—. ¿No ves qué pálido está? ¡Dale un cordial, pobrecito!

Se echaron todos a reír y Jack le dijo al oficial de *partigianit*:

—Me hago cargo de todos estos muchachos. Serán juzgados con arreglo a la ley.

—¿Qué ley? —preguntó el oficial.

—La del Tribunal Militar —respondió Jack—. Había que matarlos en seguida en el mismo sitio. Ahora es tarde. Ahora le corresponde al Tribunal, Usted no tiene derecho a juzgarlos.

—¿Son amigos suyos? —preguntó el oficial a Jack con una sonrisa de mofa.

—Son italianos — dije.

—¿Italianos ellos? —dijo el oficial de *partigiani*.

—¿Es que nos ha tomado por turcos? —gritó la muchacha—. ¡Vaya, hombre! ¡Como si fuese un lujo ser italiano!

—Si son italianos — dijo el oficial —, ¿qué tienen que hacer en eso los aliados? Nuestros asuntos los arreglamos entre nosotros.

—En familia — dije yo.

—¡Claro que en familia! Y tú, ¿por qué tomas el partido de los aliados? Si eres de los nuestros, debes estar con nosotros.

—Son italianos — dije.

—El tribunal del pueblo es quien debe juzgar a los italianos — gritó una voz en la muchedumbre.

—*That's all!* —dijo Jack.

E hizo un signo a los soldados canadienses, que rodearon a los jóvenes fascistas y, haciéndolos bajar los escalones de la iglesia, los empujaron hacia los jeeps.

El oficial de *partigiani*, con el rostro lívido, miraba fijamente a Jack, apretando los puños. De repente, extendió una mano y agarró a Jack por brazo.

— ¡Abajo las manos! —gritó Jack.

— No — dijo el otro sin moverse.

Entretanto había salido un monje de la iglesia. Un monje enorme, alto, gordo, el rostro redondo y rubicundo. Con una escoba en la mano, había empezado a barrer el atrio de la iglesia, lleno de paja, de viejos

papeles y de cápsulas de cartucho.

Cuando vio el montón de cadáveres y la sangre que corría por los escalones de mármol se detuvo, con las piernas separadas.

—¿Y esto, qué es esto? —Y volviéndose hacia los *partigiani* alineados, ametralladora al brazo, delante de los cadáveres, gritó—: ¿Qué significa esto de venir a matar gente delante de la puerta de mi iglesia? ¡Largo de ahí sinvergüenzas! ¡Id a hacer estas cosas en vuestra casa, no aquí! ¿Me habéis entendido?

—Cálmese usted, padre —dijo el oficial de *partigiani*, soltando el brazo de Jack—. No es el momento.

—¿Ah, no es momento? —gritó el monje—. ¡Ya le haré yo ver a usted si no es el momento! —Y blandiendo la escoba comenzó a golpear con el mango la cabeza del oficial de *partigiani*. Primero fríamente, con una rabia consciente, poco a poco calentándose, golpeando más fuerte y gritando—: ¿Qué es eso de venir a ensuciar las escaleras de mi iglesia? ¡Id a trabajar, holgazanes, en lugar de venir a matar gente en mi casa! —Y como hacen las campesinas para ahuyentar las gallinas, golpeaba con la escoba tan pronto la cabeza del oficial de *partigiani* como las de sus hombres, saltando de uno a otro, sin dejar de gritar—: ¡Toma, toma! ¡Fuera de aquí, cochinos! ¡Toma, toma...!

Hasta el momento en que, quedando dueño del campo de batalla, dio media vuelta sin dejar de cubrir de insultos a aquellos «canallas» y aquellos «inútiles», y comenzó a barrer los escalones llenos de sangre.

La muchedumbre se dispersó en silencio.

—A ti —me dijo el oficial de *partigiani* mirándome fijamente a los ojos con odio—, ya te encontraré un día u otro.

Y se alejó lentamente, volviéndose de vez en cuando para mirarme con ojos fríos.

—Me gustaría dispararle al vientre a ese pobre tipo —dijo a Jack.

Pero Jack se acercó a mí y me puso una mano sobre el brazo, sonriéndome con tristeza, y entonces me di cuenta de que yo temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias, padre —dijo al monje.

El monje se apoyó en el mango de su escoba.

—¿Les parece a ustedes justo, señores, que en una ciudad como Florencia se maten cristianos a la puerta de una iglesia? Gente, siempre se ha matado, y no tengo nada que decir. ¡Pero aquí delante de mi iglesia, delante de Santa María Novella! ¿Por qué no van a matarlos delante de la escalinata de Santa Croce? Allí hay un prior que se lo permitiría. Pero aquí, no. ¿No tengo razón?

—Ni aquí ni allá —dijo Jack.

—Aquí no, no quiero —dijo el monje—. ¿Han visto ustedes lo que hay que hacer? Desde luego, por la dulzura no se obtiene nada. Es necesaria la escoba. Bastante he golpeado las cabezas de los alemanes con esta escoba. ¿Por qué no había de golpear también las de los italianos? Y yo se lo digo: si a los americanos les venía la idea de venir a ensuciar de sangre los peldaños de mi iglesia, los echaría también con mi escoba. ¿Es americano usted?

—Sí —respondió Jack—. Soy americano.

—En este caso pongamos que no he dicho nada. Pero ya me comprende usted. También yo tengo mis buenas razones. Créame usted; deles escobazos.

—Somos militares —dijo Jack—, no podemos pasearnos armados con escobas.

—Es lástima —respondió el monje—. La guerra no se hace con fusiles, se hace con escobas. Esta guerra, quiero decir. Estos granujas son buena gente, han sufrido y, en cierto modo, los comprendo; pero el hecho de ser vencedores los ha estropeado. En cuanto un cristiano es vencedor olvida que es cristiano. Se vuelve turco. En cuanto un cristiano es vencedor, ¡adiós Jesucristo! ¿Es cristiano usted?

—Sí, soy cristiano —dijo Jack.

—Tanto mejor —dijo el monje—. Es mejor ser cristiano que turco.

—Y vale más ser cristiano que americano —dijo Jack sonriendo.

—Desde luego. Vale más ser cristiano que americano. Además... Ustedes lo pasen bien, señores —dijo el fraile.

Y se alejó refunfuñando hacia la puerta de la iglesia con la escoba ensangrentada en la mano.

Estaba cansado de ver matar gente. Desde hacía cuatro años no veía más que matar gente. Ver morir gente es una cosa, verla matar es otra. Se tiene la impresión de estar de parte de los que matan, de ser uno de ellos. Estaba, cansado, no podía más. Ahora, la vista de un cadáver me hacía vomitar; vomitar no solamente de asco, sino de horror, de rabia, de odio. Empezaba a detestar los cadáveres. La piedad había desaparecido, comenzaba el odio. ¡Odiar los cadáveres! Para comprender en qué abismo de desesperación puede caer un hombre, hay que comprender lo que significa odiar los cadáveres.

Durante estos cuatro años de guerra no había disparado nunca contra un hombre; ni contra un hombre vivo ni contra un muerto. Había permanecido cristiano. Permanecer cristiano, durante aquellos años, quiere decir traicionar. Ser cristiano quería decir ser un traidor puesto que esta cochina guerra no era contra los hombres sino contra Dios. Desde hacía cuatro años veía hordas de hombres ir en busca de Cristo, como un cazador va en busca de la caza. En Polonia, en Servia, en Ucrania, en Rumania, en Italia, por toda Europa, desde hacía cuatro años, veía hordas de hombres pálidos saquear las casas, buscar por los matorrales, los bosques, las montañas, los valles, para hacer salir a Cristo de su guarida y matarlo como un perro rabioso. Pero yo había permanecido cristiano.

Y ahora, después de dos meses y medio, desde que, después de la liberación de Roma, a principios de junio, nos habíamos lanzado a la persecución de los alemanes a lo largo de la Via Cassia y la Via Aurelia (Jack y yo estábamos encargados de mantener el enlace entre los franceses del general Juin y los americanos del general Clark, a través de los montes y los bosques de Viterbo, de Toscana, a través de las *maremme* de Crosseto, de Siena, de Volterra), ahora comenzaba a sentir yo también en mí el deseo de matar.

Casi cada noche soñaba que disparaba, que mataba. Me despertaba húmedo de sudor, estrechando la culata de mi ametralladora. Jamás había tenido sueños como aquellos. Jamás hasta entonces soñé que mataba un hombre. Disparaba y veía al hombre caer, lentamente, paulatinamente, en medio de un silencio cálido y blando. Una noche, Jack me oyó gritar soñando. Dormía en el suelo, al abrigo de un «Sherman», bajo la tibia lluvia de julio, en un bosque cercano a Volterra donde nos habíamos reunido con la división japonesa, una división americana formada por japoneses de California y de Hawái que tenía la misión de atacar Liorna. Jack me oyó gritar en mi sueño y llorar y rechinar los dientes. Era como si un lobo se hubiese despertado lentamente en el fondo de mí mismo, liberándose de los lazos de mi subconsciente.

Esta especie de rabia homicida, esta sed de sangre había comenzado a devorarme entre Siena y Florencia, cuando habíamos empezado a darnos cuenta de que entre los alemanes que tiraban contra nosotros había también italianos. En aquella época, la guerra de liberación contra los alemanes iba cambiándose paulatinamente para nosotros, italianos, en una guerra fratricida contra los italianos.

—*Don't worry* — me decía Jack —, es, desgraciadamente, lo que pasa en toda Europa.

No solamente en Italia, sino en Europa, una atroz guerra civil se estaba desarrollando, como un tumor purulento en el interior de la guerra que los aliados sostenían contra la Alemania de Hitler. Para liberar a Europa del yugo alemán, los polacos asesinaban a los polacos, los griegos a los griegos, los franceses a los

franceses y los rumanos a los rumanos. En Italia, los italianos que habían tomado el partido de los alemanes no tiraban contra los soldados aliados, sino contra los italianos que habían tomado el partido de los aliados; y, recíprocamente, los italianos que habían tomado el partido de los aliados no tiraban contra los soldados alemanes. Mientras los aliados se hacían matar para liberar a Italia de los alemanes, nosotros nos matábamos entre nosotros. Era el viejo italiano que se despertaba en cada uno de nosotros. Era la cochina guerra habitual entre italianos, bajo el habitual pretexto de liberar a Italia del extranjero. Pero lo que más me horrorizaba y me espeluznaba de este viejo mal era sentirme yo también alcanzado por el contagio. También yo me sentía sediento de sangre fraterna. Durante aquellos cuatro años, había conseguido mantenerme cristiano; y ahora, ¡oh, Dios!, he aquí que mi corazón estaba tan podrido de odio, que avanzaba yo también, con el fusil ametrallador, pálido como un asesino, he aquí que yo también me sentía abrasado hasta lo más profundo de mis entrañas por un horrible furor homicida.

Cuando atacábamos Florencia y por Porta Romana, por Bellosguardo, por Poggio Imperiale, penetramos en las calles de Oltrarno, retiré el cargador de mi ametralladora, y tendiéndoselo a Jack le dije:

—¡Ayúdame, Jack, no quiero ser asesino! Jack me miró sonriendo; estaba pálido y sus labios temblaban. Tomó el cargador que yo le tendía y se lo metió en el bolsillo. Después retiré el cargador de mi «Mauser» y se lo di. Jack avanzó la mano y siempre con aquella misma sonrisa triste y afectuosa me desembarazó de los cargadores que emergían de los bolsillos de mi guerrera.

—Te van a matar como a un perro —dijo.

—Es una bella muerte, Jack. Siempre he soñado morir un día como un perro.

Al extremo de la Via di Porta Romana, allá donde esta calle penetra oblicuamente en la Via Maggio, los francotiradores nos acogieron desde los tejados y las ventanas con una furiosa descarga de fusilería. Tuvimos necesidad de saltar de los *jeeps* y avanzar agachados, a lo largo de las casas, bajo las balas que rebotaban silbando en el pavimento. Jack y los canadienses que estaban con nosotros respondían al fuego, y el comandante Bradley, que mandaba los soldados americanos, se volvía de vez en cuando para mirarme asombrado y me gritaba:

—¿Por qué no dispara usted? ¿Es acaso por una objeción de conciencia?

—No — respondió Jack —, no es un *objektor* de conciencia, es un italiano, un florentino. No quiere matar italianos, florentinos.

Y me miraba sonriendo con tristeza.

—¡Se arrepentirá usted! —me gritaba el comandante Bradley—. No encontrará usted jamás una ocasión parecida.

Y los soldados canadienses me miraban también sorprendidos, y se reían y me gritaban en su viejo francés normando: «¡Perdóneme usted, mi capitán, pero nosotros no somos de Florencia!» Y tiraban contra las ventanas, siempre riendo. Pero yo sentía en sus palabras y en sus risas una simpatía afectuosa un poco triste.

Tuvimos que combatir durante quince días en calles de Oltrarno antes de conseguir cruzar el río y penetrar en el corazón de la villa. Estábalos acantonados en la «Pensión Bartolini», en el último piso del viejo palacio Serristori, y teníamos que caminar a gatas por las habitaciones para no ser acribillados a balazos por los alemanes agazapados detrás de las ventanas del palazzo Ferroni, justo frente a nosotros, al otro lado del Arno, en la entrada del puente de la Santa Trinità. por la noche, tendido al lado de los soldados canadienses y de los *partigiani* de la división comunista «Potente», apretaba mi rostro contra el pavimento de ladrillos, haciendo un esfuerzo para no levantarme, para no bajar a la calle, para no ir a las casas a tirar al vientre de todos los que, ocultos en los sótanos, esperaban temblando el momento de poder, una vez pasado el peligro, precipitarse fuera, con una escarapela tricolor en el pecho y un pañuelo rojo en el cuello, gritando: «¡Viva la Libertad!» Yo sentía vergüenza de este odio que me devoraba el corazón, pero tenía que agarrarme al suelo con las uñas para no ir a matar en sus casas a todos los falsos héroes que, un día cercano, cuando los alemanes hubiesen abandonado la villa, saldrán de sus escondrijos para gritar «¡Viva la Libertad!», mirando con desprecio con piedad, con odio, nuestros rostros barbudos y nuestros harapientos uniformes.

—¿Por qué no duermes? —me preguntaba Jack—. ¿Piensas en los héroes de mañana?

—Sí, Jack; pienso en los héroes de mañana.

—*Don't worry* —decía Jack—, ocurrirá lo mismo en toda Europa. Serán los héroes de mañana que habrán

salvado la libertad de Europa.

—¿Porqué habéis venido a liberarnos, Jack? Hubierais debido dejarnos morir en la esclavitud.

—Yo daría la libertad de Europa por un doble de cerveza bien helada — decía Jack.

—¿Un doble de cerveza helada? — exclamó el comandante Bradléy, despertándose sobresaltado.

Una noche, cuando estábamos a punto de salir de patrulla por los tejados, un *partigiano* de la «Potente» vino a avisarme que un oficial de artillería italiano preguntaba por mí. Era Giacomo Lombroso. Nos abrazamos en silencio, pero yo temblaba, mirando su rostro pálido, sus grandes ojos llenos de aquella extraña luz que tienen los ojos de un judío cuando la muerte se posa sobre sus hombros, como una invisible lechuza. Hicimos un largo reconocimiento de los tejados para descubrir a los francotiradores ocultos detrás de las techumbres y las lumbreras y al regreso fuimos a tendernos sobre el tejado de la «Pensión Bartolini», al abrigo de una chimenea.

Tendidos sobre las tejas calientes, en aquella noche de verano que sólo turbaban de vez en cuando los relámpagos de una tormenta lejana, hablábamos en voz baja, mirando la luna pálida elevarse lentamente en el cielo por encima de los olivos de Settigano y Fiesole, de los bosques de cipreses de Monte Morello, encima del espinazo desnudo de la Calvana. Allá lejos, en el fondo del llano, me parecía ver relucir a la luz de la luna los tejados de mi villa natal. Y le dije a Jack:

—Aquello, Jack, es Prato, mi pueblo. Allí está la casa de mi madre. Nací cerca de la casa donde nació Filippino Lippi. ¿Te acuerdas, Jack, de la noche que pasamos ocultos en el bosque de cipreses de las colmas de Prato? ¿Te acuerdas? Veíamos brillar en los cipreses los ojos de las madonnas y de los ángeles de Filippino Lippi.

—Eran luciérnagas — decía Jack.

—No, no eran luciérnagas; eran los ojos de las madonnas y de los ángeles de Filippino Lippi.

—¿Por qué quieres engañarme? Eran luciérnagas —decía Jack.

Eran quizá luciérnagas, pero los olivos y los cipreses bajo la luna parecían verdaderamente pintados por Filippino Lippi.

Algunos días antes, Jack y yo, acompañados por un oficial canadiense, habíamos ido en patrulla más allá de las líneas alemanas para saber si era verdad, como lo afirmaban los *partigiani*, que los alemanes renunciaban a defender Prato, la desembocadura del valle de Bisenzio y la carretera que va de Prato a Bolonia y habían abandonado la villa. Conociendo el lugar, servía de guía; en cuanto a Jack y el oficial canadiense, debían hacer conocer por radio al mando de la aviación americana si estimaban necesario un nuevo y más terrible bombardeo de Prato. La suerte de mi villa dependía de Jack, del oficial canadiense y de mí mismo. Caminábamos hacia Prato como los ángeles hacia Sodoma. Íbamos a salvar a Lot, y la familia de Lot, de la lluvia de fuego.

Después de haber atravesado el Arno a nado, cerca de Lastre a Signa, tomamos el camino a lo largo de la ribera de Bisenzio, el río que me vio nacer, el *benedetto Bisenzio*, de Marsile Ficino y de Angelo Firenzuola. Debajo de Campi abandonamos el río para huir de los sitios habitados, y después de haber hecho un largo rodeo, avanzamos hasta la vista de los muros de Prato; después de haber remontado, en la Querce, la cuesta de la Retaia, cortando por la montaña, a media altura, por encima de los Capuchinos, descendimos hacia Filettole, y allá, escondidos en un bosque de cipreses, pasamos la noche contemplando el pálido resplandor de las luciérnagas en las ramas.

—Son los ojos de las madonnas y de los ángeles de Filippino Lippi — le decía yo a Jack.

—¿Por qué quieres asustarme? —me decía Jack —. Son luciérnagas.

Y yo, riéndome, le decía:

—Y aquella débil claridad de allá abajo, cerca de la fuente que canta en la noche es la de los velos de la Salomé de Filippino.

—*Te hell with your Salomé!* ¿Por qué quieres engañarme? Son luciérnagas.

—Hay que haber nacido en Prato —le decía yo—, hay que ser un paisano de Filippino Lippi para comprender que no son luciérnagas, sino los ojos de las madonnas y de los ángeles de Filippino Lippi.

Y Jack decía, suspirando:

—¡Yo, pobre de mí, no soy más que un desgraciado americano!

Callábamos largo rato y yo me sentía lleno de afecto y gratitud por Jack y todos los que, ¡los pobres!, no eran más que desgraciados americanos y arriesgaban sus vidas por mí, por mi villa natal, por las madonnas y los ángeles de Filippino Lippi.

La luna se acostó y el alba blanqueó el cielo encima de la Retaia. Yo miraba las casas de Coiano y de Santa Lucía, allá lejos, al otro lado del río, más allá de los cipreses de Sacca y la cima venteada del Spazzavento, y le decía a Jack:

—Aquél es el país de mi infancia. Allí es donde vi mi primer pájaro muerto, mi primer lagarto muerto. Allí es donde vi mi primer árbol verde, mi primera brizna de hierba, mi primer perro.

Y Jack me preguntaba en voz baja:

—¿Aquél chiquillo que corre allá abajo, a lo largo del río, eres tú?

—Sí —respondí yo—, soy yo, y este perro blanco es mi pobre *Belledo*. Murió cuando yo tenía quince años. Pero sabe que estoy de regreso y me busca.

Por la carretera de Coiano a Santa Lucía pasaban columnas de camiones alemanes, subiendo hacia Vaiano, Vernio, Bolonia.

—Se van —dijo Jack.

En vano escudriñábamos con nuestros gemelos de campaña las lomas, los valles, los bosques; no descubríamos el menor rastro de alambradas, de trincheras, o emplazamientos de artillería, de depósitos de municiones, como tampoco blindados ni construcciones antitanque. La villa parecía abandonada, no solamente por los alemanes, sino también por sus habitantes; las de las chimeneas las fábricas, las de las casas, no dejaban escapar el menor hilo de humo; Prato parecía desierto.

Y, sin embargo, también en Prato, como en todas las poblaciones de Europa, los falsos «resistentes», los falsos defensores de la libertad, los héroes de mañana, estaban agazapados, pálidos y temblorosos, en los sótanos. Los imbéciles y los locos que se habían ido al «maquis», se juntaban a las bandas de los *partigiani*, combatían al lado de los aliados o se balanceaban colgados de los faroles de las ciudades; pero los cuerdos, los prudentes, todos los que un día, una vez pasado el peligro, tenían que reírse de nosotros y de nuestros uniformes sucios de sangre y barro, estaban allá bien agazapados en la seguridad de sus escondrijos, esperando poder lanzarse sin peligro a la calle para gritar: «¡Viva la Libertad!»

—Me siento verdaderamente feliz de ver que el rubio se ha casado con la morena —le dije a Jack sonriendo.

—Yo también me siento feliz.

Y, sonriendo, comenzó a transmitir por radio el mensaje convencional: *El rubio se ha casado con la morena*. Lo cual quiere decir: «Los alemanes han abandonado Prato.»

Sobre la ribera verde del Bisenzio pastaba un caballo y sobre la arena un perro corría ladrando; una muchacha vestida de rojo bajaba hacia la fuente de Filettole llevando sobre su cabeza, con los dos brazos levantados, un ánfora de cobre reluciente. Y yo sonreía feliz.

Las bombas de los liberadores no cegarían a las madonnas y los ángeles de Lippi no quebrarían las piernas de los «amores» de Donatello que danzaban alrededor del pulpito de la Catedral, no matarían ni a la Madonna de Mercatale ni a la del Olivo, ni al Pequeño Baco de Tacca, ni a las Vírgenes de Luca della Robbia, ni la Salomé de Filippi. No, ni el San Justo de la iglesia de las Carceri. No asesinarían a mi madre.

Aquella noche también, tendido al lado de Jack en el tejado de la «Pensión Bartolini», mirando la luna pálida elevarse lentamente en el cielo, era feliz, pero me dolía el corazón. Un olor de muerto subía del abismo azulado de las callejuelas de Oltrarno, de la profunda herida plateada que el río marcaba en la verde palidez de la noche, y cuando me inclinaba fuera del tejado, veía debajo de mí, entre el puente Santa Trinitá y la entrada de la Via Maggio, el alemán muerto fusil en mano, la mujer muerta con el rostro apoyado sobre un capazo lleno de tomates y calabacines, el muchacho muerto entre las varas de su vehículo y el cochero muerto en su asiento, con las manos en el vientre y la cabeza sobre sus rodillas.

Detestaba aquellos muertos. Aquellos muertos y todos los muertos. Eran los *extranjeros*, los únicos, los verdaderos *extranjeros* en la patria común de todos los hombres vivos, en nuestra patria común, la vida. Los americanos vivos, los franceses, los polacos, los negros vivos, pertenecían a la misma raza que yo, la de los hombres vivos, a la misma patria que yo, la vida; hablaban como yo un lenguaje cálido, vivo, sonoro, se

movían, caminaban, sus ojos brillaban, sus labios se abrían para hablar, para respirar, para sonreír. Pero los muertos eran extranjeros, pertenecían a otra raza, la de los hombres muertos; a otra patria, la muerte. Eran nuestros enemigos, los enemigos de mi patria, de nuestra patria común, los enemigos de la vida. Habían invadido Italia, Francia, Europa entera, eran los únicos, los verdaderos *extranjeros* en esta Europa vencida y humillada, pero viva, los únicos, los verdaderos enemigos de nuestra libertad. La vida, nuestra verdadera patria, era contra ellos contra quienes debíamos defenderla; contra los muertos.

Ahora comprendía la razón de aquel odio, de aquel furor homicida que me roía, que abrasaba las entrañas de todos los pueblos de Europa. Era la necesidad de odiar algo vivo, caliente, humano, algo que fuese *nuestro*, que fuese parecido a nosotros, que fuese de la misma raza que nosotros, que perteneciese a la misma raza que nosotros, a la vida; no aquellos extranjeros que habían invadido Europa y que, inmóviles, fríos, lívidos, con las órbitas vacías, oprimían desde hacía cinco años nuestro amor, nuestra libertad, la esperanza, la juventud, bajo el peso de su carne helada. Lo que nos lanzaba como lobos contra nuestros hermanos, lo que, en nombre de la libertad, arrojaba a los franceses contra los franceses, a los italianos contra los italianos, a los polacos contra los polacos, a los rumanos contra los rumanos, era la necesidad de odiar algo parecido a nosotros, algo que fuese nuestro, *algo en que pudiésemos reconocernos y odiarnos*.

—¿Has visto qué pálido estaba el pobre Tani? —preguntó súbitamente Lombroso, rompiendo nuestro largo silencio.

También él pensaba en la muerte. Quizá sabía ya que algunos días después la mañana de la liberación de Florencia en el instante en que al regresar a su casa después de años tan dolorosos llamaría a la puerta, un hombre escondido en el sótano de la casa vecina dispararía contra él desde abajo hiriéndole mortalmente en la ingle. Quizá sabía que moriría solo, sobre la acera, como un perro enfermo, mientras volarían sobre él las primeras golondrinas del alba y que la palidez de la muerte le velaba ya la frente, que su rostro estaba ya pálido y reluciente como el de Tani Masier.

Aquella misma noche, al regreso de nuestra patrulla a los tejados de Oltrarno, cuando atravesábamos la callejuela que está detrás del Lungarno Serristori, tuvimos que buscar en el corredor de una casa abrigo contra el tiro súbito de un mortero. Y vimos venir hacia nosotros, saliendo de la oscuridad, una sombra blanca, una dulce sombra de mujer que sonreía en medio de sus lágrimas. Era Tity Masier que, sin reconocirme, me invitó a entrar en una habitación de la planta baja, una especie de sótano donde estaban extendidas algunas formas humanas. Eran sombras humanas y yo noté en seguida el olor de la muerte. Una de estas sombras se levantó sobre el codo y me llamó por mi nombre. Era un espectro muy bello, parecido a aquellos jóvenes espectros que los antiguos encontraban en los caminos de la Fócida y la Argólida, bajo el sol de mediodía, o que veían sentados en el borde de la fuente Castalia en Delfos, a la sombra de una inmensa selva de olivos que de Delfos descendía hasta Itea, como un río de hojas argentinas hasta el mar. Lo reconocí, era Tani Masier; pero no sabía si estaba ya muerto o si, todavía vivo, se incorporaba para llamarme por mi nombre desde el umbral de la noche. Y sentía el olor de la muerte, este olor que se parece a una voz que canta, una voz que llama.

—Pobre Tani, no sabe que va a morir —dijo Giacomo Lombroso en voz baja.

Sabía ya que la muerte le esperaba apoyada en su puerta, de pie en el umbral de su casa. La cúpula de Brunelleschi oscilaba por encima de los tejados de Florencia, los pálidos relámpagos de luna iluminaban el blanco campanario de Giotto y yo pensaba en mi sobrino el pequeño Giorgio, aquel muchachito de trece años dormido en un charco de sangre detrás del seto de laureles del jardín de mi hermana, allá arriba, en Arcetri. ¿Qué querían de mí todos aquellos muertos tendidos al claro de luna sobre el adoquinado de las calles, sobre las tejas de los tejados, en los jardines que seguían el curso del Arno, qué querían de nosotros? Un olor de muerte subía del profundo laberinto de las callejuelas de Oltrarno, parecido a una voz que canta, una voz que llama. ¿Y por qué, después de todo? ¿Encontrarían bello morir? ¿Pretendían acaso hacernos creer que era mejor morir?

Una mañana cruzamos el río y ocupamos Florencia. Emergiendo de las cloacas, de las bodegas, los graneros, de los armarios, debajo las camas, de las grietas de los muros, donde vivían clandestinamente desde hacía un mes, salieron como los héroes de última hora, los tiranos de mañana; aquellas heroicas ratas de la libertad que un día, tenían que invadir toda Europa para edificar sobre las ruinas de la opresión extranjera el reino de la opresión nacional. Atravesamos Florencia en silencio, con los ojos bajos, como intrusos o

inoportunos en una fiesta, bajo las miradas despreciativas de los *clowns* de la libertad cubiertos de escarapelas, de brazaletes de galones, de plumas de avestruz, *clowns* de rostros tricolores y así penetramos en los valles de los Apeninos, trepamos las montañas en persecución de los alemanes. La lluvia fría del otoño cayó sobre las cenizas aún tibias del verano, y durante largos meses delante de la Línea Gótica, escuchamos su murmullo sobre los bosques y castaños de Montepiano, sobre los pinos del Abetone, sobre los blancos acantilados de mármol de los Alpes Apuanos.

Y después vino el invierno, y de Liorna, donde estaba el Alto Mando Aliado, subimos cada tres días en primera línea, por el sector Versilia-Carfagnana. Algunas veces, sorprendidos por la noche, íbamos a refugiarnos en la 92 División americana negra, en mi casa de Forte dei Marmi, aquella casa que el escultor alemán Hildrebrand se había construido, a fines del siglo pasado, ayudado por el pintor Boeklin, sobre la playa desierta, entre los pinos y el mar. Pasábamos la noche delante de la chimenea, en el gran vestíbulo decorado de frescos de Hildebrand y de Boeklin. Las balas de las ametralladoras alemanas del Cinquale azotaban los muros de la casa, el viento sacudía furiosamente los pinos, el mar aullaba bajo un cielo sereno por el que corría Orion con sus bellas sandalias, con su arco y su espada centelleante.

Una noche, Jack me dijo en voz baja:

—Mira a Campbell.

Miré a Campbell; estaba sentado delante de la chimenea, en medio de los oficiales de la 92 División negra y sonreía. Al principio no lo entendí. Pero en la mirada de Jack, fija sobre el rostro de Campbell, leí un saludo tímido, un adiós afectuoso, y también Campbell, cuando levantó la vista para mirar a Jack, tenía en ella un saludo tímido, un adiós afectuoso. Los vi sonreírse uno a otro y experimenté un dulce sentimiento de envidia, una tierna sensación de celos. En aquel momento comprendí que entre Jack y Campbell había un secreto, que entre Tani Masier, Giacomo Lombroso y mi pequeño Giorgio, el hijo de mi hermana, había un secreto que me ocultaban celosamente en una sonrisa.

Una mañana, un *partigiano* de Camaiore vino a preguntarme si quería ver a Magi. Cuando, algunos meses antes, llegamos a Forte dei Marmi en persecución de los alemanes, fui en el acto a llamar a casa de Magi sin que Jack lo supiese. La casa estaba abandonada. Los *partigiani* me dijeron que Magi había huido el mismo día en que nuestras avanzadas entraron en Viaregio. Si lo hubiesen encontrado en su casa, si cuando llamé a su puerta se hubiese asomado a la ventana, quizá yo hubiese disparado. No por el mal que me había hecho, no por la persecución que había sufrido por culpa de sus delaciones, sino por el mal que había hecho a los demás. Era una especie de Fouché del pueblo. Alto, pálido, delgado, con los ojos velados. Su casa era la misma donde había habitado Boeklin durante largos años, cuando pintaba sus centauros, sus ninfas y su *Isla de los Muertos*. Llamé a la puerta y levanté los ojos, esperando verle aparecer a la ventana bajo la cual está enclavada la piedra que recuerda los años pasados por Boeklin en Forte dei Marmi. Yo leía las palabras grabadas en la piedra y esperaba, ametralladora en ristre, a que la ventana se abriese. En aquel momento, si hubiese aparecido, quizás hubiera disparado.

Fui con el *partigiano* de Camaiore a ver a Magi. En un prado cercano al pueblo, el *partigiano* me mostró algo que emergía del suelo. «Helo aquí, a Magi» me dijo. Y sentí el olor de la muerte y Jack me dijo: «¡Vámonos!» Pero quise ver de cerca qué era aquello que emergía del suelo y habiéndome acercado vi que era un pie calzado todavía con la bota. Un corto calcetín de lana cubría un poco de carne negra y el zapato enmohecido parecía estar puesto en la punta de un palo.

—¿Por qué no enterráis este pie? —pregunté al *partigiano*.

—No —dijo—, tiene que estar así. Vino su mujer y después su hija. Querían el cadáver, pero es nuestro. Después volvieron con una pala y querían enterrar el pie. No, este pie es nuestro. Debe permanecer como está.

—Es horrible — dije.

—¿Horrible? El otro día se posaron dos gorriones sobre este pie y se hacían el amor. Era muy cómico ver dos gorriones haciéndose el amor sobre el pie de Magi.

—Ve a buscar una pala —le dije.

—No —respondió el otro—, debe quedar así.

Pensé en Magi clavado en tierra con el pie en alto. Para que no pudiese arrojarse en la tumba y dormir. Era como si estuviese suspendido por aquel pie sobre un abismo. Para que no pudiese precipitarse de cabeza al

infierno.

Un pie suspendido entre el cielo y el infierno, sumergido en el aire, en el sol, en la lluvia, en el viento, y los pájaros venían a posarse sobre este pie, arrullándose.

—Ve a buscar una pala. Me hizo tanto daño cuando vivía que ahora que está muerto quisiera hacerle un poco de bien. También era cristiano.

—No —dijo el *partigiano*—no era cristiano. Si Magi era cristiano, ¿qué soy yo, entonces? No podemos ser cristianos los dos, Magi y yo.

—Hay muchas maneras de ser cristiano — dije yo—. Incluso un canalla puede ser cristiano.

—No — dijo él —, no hay más que una manera de ser cristiano. Y, además, ¡por lo que querrá decir, en adelante, ser cristiano...!

—Si quieres complacerme, ve a buscar una pala.

—¿Una pala? —dijo el *partigiano*—si quiere le iré a buscar una sierra. Antes de enterrarlo, le siervo una pierna y se la doy a los cerdos.

Aquella tarde, delante de la chimenea de mi casa de Forte dei Marmi, escuchábamos en silencio el golpeteo de las balas alemanas contra las paredes de la casa y los troncos de los pinos. Yo pensaba en Magi clavado en tierra con la pierna al aire y empezaba a comprender qué querían de nosotros estos muertos, todos aquellos muertos tendidos en los campos, en los caminos, en los bosques. Ahora comenzaba a comprender por qué el olor de la muerte se parecía a una voz que canta, una voz que llama. A comprender por qué todos aquellos muertos nos llamaban. Querían algo de nosotros, algo que sólo nosotros podíamos darles. No, no era piedad, era algo más. Algo más profundo, más misterioso. No era la paz de la tumba, del perdón, del recuerdo. Era algo que venía de más lejos que el hombre, de más lejos que la vida.

Y después vino la primavera, y cuando nos dispusimos para el último ataque me enviaron a servir de guía a la división japonesa que atacaba Massa. De Massa avanzamos hasta Carrara y de allí, a través de los Apeninos, descendimos sobre Módena. Cuando vi a Campbell tendido en el polvo del camino, en medio de un charco de sangre, fue cuando comprendí lo que los muertos querían nosotros. Algo ajeno al hombre, ajeno a la misma vida. Dos días más tarde cruzamos el Po y, rechazando las retaguardias alemanas, nos acercamos a Milán. Ahora la guerra se moría y comenzaba la carnicería, aquella terrible matanza entre italianos, en las casas, en las calles, en los campos, en los bosques. Pero sólo el día en que vi morir a Jack comprendí finalmente lo que moría a mi alrededor y dentro de mí. Jack moría en silencio y me sonreía. Cuando sus ojos se apagaron había muerto para mí.

El día que entramos en Milán chocamos con un alud humano que se agitaba y gritaba en una plaza. De pie sobre mi jeep vi a Mussolun suspendido por los pies en un gancho. Estaba hinchado, blanco, enorme. Vomité sobre el asiento del jeep; la guerra estaba terminada, y no podía hacer nada ya por lo demás, nada por mi país, sólo vomitar.

Cuando salí del hospital militar americano regresé a Roma y fui a vivir en casa de uno de mis amigos, el doctor Pietro Marziale, ginecólogo, en el número 9 de la Via Lambro, en el fondo del barrio nuevo, blanco y frío que se extiende más allá de Piazza Quadrata. El piso era pequeño, tres piezas apenas, y yo dormía en un gabinete sobre un diván. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de libros de ginecología y en el borde de las estanterías estaban alineados una serie de instrumentos de ginecología, tales como fórceps, hierros, bisturís, separadores, espéculums, pinzas de todas clases; y bocales llenos de un líquido amarillento. Dentro de cada bocal flotaba un feto.

Desde hacía unos días vivía en aquel mundo de fetos y el horror me angustiaba. Porque los fetos son cadáveres, pero de un género monstruoso; son cadáveres que no han nacido ni muerto nunca. Si levantaba la vista de la página de un libro, mi mirada encontraba los ojos abiertos de aquellos pequeños monstruos. Algunas veces, al despertarme en medio de la noche, me parecía que aquellos fetos horribles, unos de pie, otros sentados en el fondo de su bocal, o bien con las rodillas dobladas como para tomar empuje, levantaban lentamente la cabeza y me miraban sonriendo. Sobre la mesita de noche había, como un jarro de flores, un gran bocal en el que flotaba el rey de este pueblo extraño; un horrendo y encantador tricéfalo de sexo femenino. Pequeñas y redondas, de color de cera, las tres cabezas me seguían con la mirada, me sonreían con una sonrisa triste y un poco cínica, llena de un pudor humillado. Cuando caminaba por la habitación, el suelo cedía un poco y las tres cabezas se movían de una manera horrenda y graciosa. Pero los demás fetos eran más melancólicos, más soñadores, más malvados.

Algunos tenían el aire pensativo de un ahogado y, si por casualidad tocaba alguno de estos bocales llenos de aquella «flotación lívida y horrenda», veía al feto a veces descender pensativo. Tenía la boca entreabierta, una boca ancha, parecida a la de las ranas, las orejas cortas y arrugadas, la nariz transparente, la frente surcada de arrugas, las arrugas de una vejez todavía virgen de años, todavía no corrompida por la edad. Otros se entretenían saltando a la comba con la larga cinta blanca de su cordón umbilical. Otros estaban sentados, agazapados sobre sí mismos, en una inmovilidad vigilante y suspicaz, como si esperasen de un momento a otro hacer su entrada en la vida. Otros estaban suspendidos en el líquido amarillento, como en el aire, y parecían descender lentamente de un cielo muy alto y muy puro. El mismo cielo, pensaba yo, que se curva por encima del Capitolio, de la cúpula de San Pedro, el cielo de Roma. ¡Qué extraña especie de ángeles tiene Italia, me decía, qué extraña especie de águilas! Otros dormían, relajados, en una actitud de extremo abandono. Otros se reían abriendo su boca de rana, con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas separadas, los ojos cerrados, por un grueso párpado de batracio. Otros tendían sus orejas de marfil antiguo, escuchando misteriosas voces lejanas. Otros, en fin, seguían con los ojos todos mis movimientos, el lento correr de mi pluma sobre el papel blanco, los pasos que daba, soñador, por la habitación, mi soñoliento abandono delante del fuego cendido de la chimenea. Y todos tenían el aire viejo de hombres que no han nacido todavía ni nunca nacerán. Estaban delante de la puerta cerrada de la vida, como nosotros estamos delante de la puerta cerrada de la muerte.

Había uno que parecía un Cupido en el momento de lanzar su dardo con un arco invisible, un Cupido arrugado, con la cabeza calva de viejo, la boca desdentada. Mis ojos se fijaban en él cuando la melancolía se apoderaba de mí al oír voces de mujer llegar desde la calle, llamarse y responderse de ventana en ventana. En aquellos momentos, la imagen más real de la juventud, de la primavera, del amor, era para mí aquel horrible Cupido, aquel pequeño monstruo deforme que los fórceps del comadrón habían arrancado a la fuerza a la tibia materna, aquel viejo calvo y desdentado madurado en el seno de una mujer joven.

Pero había algunos a los que no podía mirar sin un secreto espanto. Eran dos fetos de cíclopes, uno de ellos parecido al que describe Birnbaum, el otro como el que describe Sangalli; fijaban en mí su único ojo redondo, apagado e inmóvil en medio de su vasta órbita, como un ojo de pez. Eran algunos bicéfalos, cuyas dos cabezas oscilaban sobre sus frágiles hombros. Eran dos horribles diprosopos, monstruos de dos caras, parecidos al dios Jano; el rostro anterior joven y terso, el posterior más pequeño y arrugado, contraído en una mueca malvada de viejo.

Algunas veces, dormitando delante de la chimenea, los oía, o me parecía oírlos, como si conversaran entre ellos; las palabras de aquel misterioso e incomprensible lenguaje flotaban en el alcohol, reventaban como burbujas de aire. Y escuchándolos, me decía: «Quizá sea el antigua lenguaje de la vida, el que los hombres hablan antes de nacer a la vida, el que hablan cuando nacen a la muerte. Quizá sea el misterioso y antiguo lenguaje de nuestra conciencia.» Y algunas veces mirándolos, me decía: «Son nuestros testigos y nuestros jueces los que, en el umbral de la vida, nos ven vivir, los que, ocultos en la sombra del antro original, nos ven gozar, sufrir y morir. Son los testigos de la antigüedad que precede a la vida, los que garantizan la inmortalidad que sigue a la muerte. Son ellos quienes juzgan a los muertos.»

Y estremeciéndome, me decía: «Los hombres muertos son los fetos de la muerte.»

Había salido del hospital en un estado de extrema debilidad y pasaba los días en su mayor parte echado. Una noche fui presa de una alta fiebre. Me parecía que todo aquel mundo de fetos había salido de sus bocales y andaban por la habitación, trepando sobre la mesa, sobre las sillas, o a lo alto de las cortinas, sobre mi cama. Poco a poco se reunieron todos sobre el suelo de madera, en el centro de la habitación, dispuestos en semicírculo como una asamblea de jueces, e inclinaban la cabeza tanto a la derecha, tanto a la izquierda, para hablarse al oído, mirándome con sus ojos redondos de batracios, fijos y apagados. Su calvicie relucía repugnantemente a la claridad de la luna.

El tricéfalo estaba sentado en el centro del consejo, flanqueado por dos diprosopos de doble rostro. Para escapar al sutil horror que me inspiraba aquel areópago, levanté los ojos hacia la ventana, mirando las verdes praderas del cielo donde la plata serena y fría de la luna resplandecía como el rocío.

Súbitamente, una voz me hizo bajar los ojos. Era la voz del tricéfalo que decía: «Haced entrar al acusado», y se volvió hacia algunos pequeños monstruos agupados aparte, como unos esbirros. Me volví hacia el lado de la habitación donde todos ellos miraban y me estremecí de horror.

Lentamente, encuadrado por dos de los esbirros, un feto enorme avanzaba, con el vientre lacio las piernas cubiertas de pelos blanquecinos y relucientes, parecidos a la pelusilla de un cardo. Tenía los brazos pegados al pecho, las manos atadas con el cordón umbilical; los flancos adiposos se movían al ritmo de sus pasos graves y silenciosos, como si sus pies estuviesen hechos de una materia blanda. Pero su cabeza me espantó: hinchada, enorme, blanca; dos ojos relucían en ella, inmensos, amarillos, acuosos, parecidos a los ojos de un perro ciego. Su rostro estaba lleno de orgullo y al mismo tiempo era tímido; como si el viejo orgullo y un nuevo temor de cosas extraordinarias estuviesen luchando sin jamás llevar la victoria uno sobre otro y se encontrasen confundidos como creando una expresión que tenía a la vez algo de cobarde y de heroico.

Era un rostro de carne (una carne de feto y al mismo tiempo de viejo, una carne de feto viejo), un espejo en el que la grandeza, la miseria, la soberbia, la cobardía de la carne humana estallaban en toda su estúpida gloria. Lo que me pareció sobre todo maravilloso en aquel rostro, era aquella mezcla de ambición y de desengaño, de insolencia y de tristeza, propia del rostro del hombre. Y por primera vez vi la fealdad del rostro humano, lo que tiene de repugnante la materia de que estamos hechos. ¡Qué asquerosa gloria, pensé, hay en la carne del hombre! ¡Qué miserable triunfo hay en la carne del hombre, incluso durante la fugitiva época de la juventud y del amor!

Pero en aquel momento el enorme feto me miró y sus labios pálidos, pendientes como párpados, me

sonrieron. Su rostro iluminado se transformó poco a poco en un rostro de mujer, de mujer vieja en el que los restos de los afeites de la antigua gloria acusaban las arrugas de los años, de las desilusiones, de las traiciones. Contemplaba su pecho graso, su vientre lacio, como agostado por los embarazos, sus flancos anchos y blandos, y la idea de que aquel hombre, un día soberbio y orgulloso; no era ahora más que una vulgar vieja, me eché á reír. Pero en el acto sentí vergüenza de mi risa; porque si algunas veces en mi celda de Regina Coeli o en las riberas solitarias de Lípari, durante las horas de tristeza y de desesperación, me había complacido maldiciéndolo, rebajándolo, envileciéndolo a mis ojos, como hace un amante de la mujer que lo ha traicionado, ahora que estaba allí, delante de mí, feto desnudo y repugnante, me sonrojaba reírme de él.

La contemplaba y sentía nacer en mi corazón una especie de piedad afectuosa, como jamás la había experimentado por ningún vivo, una especie de respeto, un sentimiento nuevo del que estaba igualmente asustado y sorprendido. Me esforcé en bajar los ojos, huir de su mirada acuosa, pero en vano. Lo que su rostro, cuando estaba vivo, tenía de insolente, de orgulloso, de vulgar, se había convertido en una melancolía maravillosa. Y yo me sentía profundamente turbado, casi culpable, no porque mi sentimiento nuevo de compasión y de respeto pudiesen humillarlo, sino porque yo también durante numerosos años, antes de rebelarme contra su estúpida tiranía, había, como tantos otros, doblado el espinazo bajo el peso de su carne triunfante.

En aquel momento oí la voz del tricéfalo que me llamaba por mi nombre, diciendo:

—¿Por qué no dices nada? Quizá le tienes miedo todavía. Míralo, observa de qué manera está hecha su gloria.

—¿Qué esperáis de mí? — dije, levantando los ojos —, ¿qué me ría de él, que lo insulte? ¿Crees, quizá, que el espectáculo de su horror le hiera? Lo que ofende a un hombre no es el espectáculo de la carne humana deshecha, roída por los gusanos, sino el de la carne humana en su triunfo.

—¿Tan orgulloso estás de ser hombre? —dijo el tricéfalo.

—¿Hombre? —respondí yo riendo—. Un hombre es algo más triste y horrible que ese montón de carne podrida. Un hombre es orgullo, crueldad, traición, cobardía, violencia. La carne deshecha es tristeza, pudor, miedo, remordimiento, esperanza. Un hombre, un hombre vivo, es poca cosa en comparación con un montón de carne podrida.

Una sonrisa de maldad se elevó de la horrible asamblea.

—¿Por qué os reís? —dijo el tricéfalo, moviendo sus cabezas calvas y arrugadas —. El hombre es verdaderamente poca cosa.

—El hombre es una cosa innoble — dije yo —. ¡No hay espectáculo más triste, más repugnante que un hombre, que un pueblo en su triunfo. Pero un hombre, un pueblo vencido, humillado, reducido a un montón de carne podrida, ¿hay algo más bello, más noble en el mundo?

Mientras yo hablaba, los fetos se habían levantado uno a uno haciendo oscilar sus gruesas cabezas blanquecinas, tambaleándose sobre sus piernas raquílicas, y se agruparon en un rincón de la pieza, alrededor del tricéfalo y los dos biprosopos. Yo veía sus ojos relucir en la penumbra y oía sus risas entre ellos, lanzando gemidos estridentes. Después se callaron.

El enorme feto permanecía delante de mí, mirándome con sus ojos de perro ciego.

—He aquí lo que soy —dijo después de un largo silencio—. Nadie ha tenido piedad de mí.

—¿Piedad? ¿De qué te hubiera servido la piedad?

—Me han degollado, me han suspendido de un gancho como a un cerdo, me han cubierto de escupitajos — dijo el feto con una voz muy dulce.

—Yo también estaba en Piazzale Loreto — dije en voz baja—. Te he visto. Suspendido de un gancho.

—¿También tú me odias? —preguntó el feto, llorando.

—No soy digno de odiar —respondí—. Sólo un ser puro puede odiar. Lo que los hombres llaman odio no es más que cobardía. Todo lo que es humano es sucio y cobarde. El hombre es una cosa horrible.

—Yo también *era* una cosa horrible —dijo el feto.

—No hay cosa más repugnante en el mundo que un hombre en la plenitud de su gloria —dije—, que la carne humana sentada en el Capitolio.

—Sólo hoy comprendo cuán horrible fui entonces — dijo el feto, y se calló—. Si el día en que todos me

abandonaron, si el día en que me dejaron solo en manos de mis asesinos te hubiese pedido que tuvieses piedad de mí —añadió después de haberme mirado largamente en silencio —, ¿me hubieras hecho daño también?

— ¡Cállate! —grité.

—¿Por qué no contestas? —dijo el monstruo.

—No soy digno de hacer daño a otro hombre — respondí en voz baja —. El mal es una cosa sagrada. Sólo un ser puro es digno de hacer daño a otro hombre.

—¿Sabes lo que he pensado —me preguntó el monstruo después de un largo silencio—, cuando mi asesino apuntó su arma contra mí? He pensado que lo que iba a darme era una cosa sucia.

—Todo lo que el hombre da es cosa sucia — dije —, incluso el amor, incluso el odio, el bien, el mal, todo. Incluso la muerte que el hombre da al hombre es cosa sucia.

El monstruo bajó la cabeza. Y al cabo de un instante, dijo:

—¿Incluso el perdón?

—Incluso el perdón es una cosa sucia.

En aquel momento dos de los fetos de aspecto de esbirros se acercaron a él y uno de ellos, poniéndole la mano en el hombro, dijo:

—¡Vámonos!

El enorme feto levantó la cabeza, me miró y se echó a llorar dulcemente.

—Adiós — dijo.

El monstruo bajó la cabeza y se alejó entre dos esbirros. Al alejarse se volvió y me dirigió una sonrisa...

CAPÍTULO DUODÉCIMO

El dios muerto

Todas las tardes, Jimmy y yo bajábamos al puerto para leer en Capitanía la orden de embarque de las unidades americanas y la fecha de salida de los barcos que, de Nápoles, devolvían a América las tropas del V Cuerpo de Ejército americano.

—Todavía no ha llegado mi turno — decía Jimmy, escupiendo en el suelo.

E íbamos a sentarnos en un banco, bajo los árboles de la inmensa plaza que se abre delante del puerto y que domina las altas torres del castillo Angevino.

Yo había querido acompañar a Jimmy hasta Nápoles para estar con él hasta el último momento y decirle adiós desde la pasarela del barco que lo repatriaría a América. De todos mis amigos americanos con quienes había compartido, durante dos años, los peligros de la guerra y la dolorosa alegría de la liberación, no me quedaba más que Jimmy: Jimmy Wren, de Cleveland, Ohio, oficial del *Signal Corps*. Todos los demás se habían dispersado a través de Europa, por Francia, Alemania, Austria o habían regresado a América, o bien habían muerto por mí, por nosotros, por mi país; como Jack, como Campbell. El día en que fui a decirle adiós para siempre a Jimmy, en la pasarela del barco, hubiera dicho adiós, para siempre a mi pobre Jack, a mi pobre Campbell. Iba a quedarme solo, en medio de los míos, en mi país. Por primera vez en mi vida iba a quedarme solo, verdaderamente solo.

En cuanto las sombras de la noche tocaban los muros y el gran soplo negro del mar apagaba el verde follaje de los árboles, una muchedumbre apesadumbrada, lenta, silenciosa, desembocaba por las mil callejuelas de Toledo e invadía la plaza. Era la miserable, antigua, mítica muchedumbre napolitana; pero en ella había muerto algo, la alegría del hambre; incluso su miseria era triste, pálida, muerta. La noche subía poco a poco del mar y la muchedumbre levantaba los ojos enrojecidos hacia el Vesubio, que se erguía blanco, frío, espectral sobre el cielo oscuro. De las fauces del cráter no salía el menor hilo de humo, ningún resplandor coronaba la frente del volcán. La muchedumbre permanecía allí muda, durante horas y horas, hasta el corazón de la noche, y después se dispersaba en silencio. Al quedarnos solos en la inmensa plaza, delante del mar enlosado de negro, Jimmy y yo nos íbamos, volviéndonos de vez en cuando hacia el gran cadáver blanco del Vesubio que se descomponía lentamente en el fondo de la noche.

En abril de 1944, después de haber sacudido la tierra durante varios días y vomitado torrentes de lava, el volcán se apagó. Y no se apagó poco a poco, sino de repente; la frente envuelta en un sudario de nubes lanzó un gran grito y, súbitamente, el frío de la muerte petrificó sus venas de fuego.

El dios de Nápoles, el *tótem* del pueblo napolitano, estaba muerto. Un inmenso velo de crespón negro había cubierto la villa, la gente caminaba de puntillas, hablando en voz baja, como si temiese despertar a un muerto.

Un lúgubre silencio pesaba sobre la ciudad enlutada; la voz de Nápoles, la antigua y noble voz del hambre, de la piedad, del dolor, de la alegría, del amor, aquella voz ronca, alegre, sonora y triunfante, la voz de Nápoles, se había callado.

Y si alguna vez los fuegos del poniente, el reflejo plateado de la luna o un rayo del sol levante parecían

inflamar el blanco fantasma del volcán, un grito agudo, como el de una parturienta se elevaba en la villa. Todo el mundo se precipitaba a las ventanas, se lanzaba a la calle y se abrazaba llorando de júbilo transportado por la esperanza de que la vida hubiese vuelto, por milagro, a animar las venas exhaustas del volcán y que aquella nota sangrienta del sol poniente, aquel reflejo de luna, o aquella tímida claridad del alba fuese el anuncio de la resurrección del Vesubio, de aquel dios muerto que obstruía con su cadáver desnudo el triste cielo de Nápoles. Pero pronto la decepción y la rabia sucedían a aquella vana esperanza; las lágrimas se secaban y la muchedumbre, separando sus manos juntadas en una actitud de oración, levantaba los puños amenazadores o hacía ademanes obscenos al volcán, mezclando las súplicas y los lamentos a los insultos.

— ¡Ten piedad de nosotros, maldito! ¡Hijo de puta, ten piedad de nosotros!

Después vinieron los días de la luna nueva; y cuando la luna aparecía lentamente por encima de la fría espalda del Vesubio, una tristeza pesada se abatía sobre Nápoles. El alba lunar iluminaba los desiertos apagados de ceniza púrpura y los lívidos bloques de lava, parecidos a grandes rocas de hielo negro. Los gemidos y los lloros estallaban por todas partes, en el fondo de las callejuelas oscuras y a lo largo de las riberas de Santa Lucía, de Margellina, del Posillipo; los pescadores, dormidos bajo las quillas de sus barcas, sobre la arena tibia, salían de su sueño y, apoyándose sobre el codo, dirigían sus miradas hacia el espectro del volcán y escuchaban temblando el gemido de las olas y los sollozos de las gaviotas. Sobre la arena relucían las conchas y allá lejos, en el borde de un cielo cubierto de escamas de pescado, el Vesubio se pudría como un escualo arrojado a la playa por las olas.

Una tarde, era el mes de abril, mientras regresábamos de Amalfi, vimos en los flancos del volcán una larga hilera de llamas rojizas que subían hacia el cráter. Preguntamos a un pescador qué eran aquellas luces. Eran una procesión que subía, llevando al Vesubio ofrendas votivas para apagar su rencor y suplicarle que no abandonase a su pueblo. Después de haber orado todo el día en el santuario de Pompeya, precedido por un enjambre de sacerdotes revestidos de ornamentos sagrados y muchos hombres jóvenes portadores de las banderas y estandartes de las cofradías y grandes crucifijos negros, un largo cortejo de mujeres, chiquillos y ancianos se habían puesto en camino, llorando y rezando, por la carretera que de Bosco Treccase trepa hasta el cráter. Y algunos agitaban ramos de olivo o de pino, sarmientos cargados de racimos; otros llevaban cestos llenos de quesos de oveja, frutas, panes; otro *pizze* y pasteles de queso blanco en platos de cobre; otros, en fin, corderos, pollos, conejos y cestas llenas de pescado. Llegados a la cumbre del Vesubio, aquella multitud, con los pies desnudos y vestidos de harapos, con los rostros y los cabellos cubiertos de ceniza, penetraron en silencio, precedidos por los sacerdotes que salmodiaban, en el vasto anfiteatro del antiguo cráter.

La luna salía, roja, de las lejanas montañas del Cilento, azules y plateadas sobre el espejo verde del cielo. La noche era profunda y cálida. Aquí y allá, en la muchedumbre, resonaban los lloros y los gemidos ahogados, los gritos estridentes, voces roncas de miedo y de dolor. De vez en cuando alguien se arrodillaba y hundía los dedos en las frías grietas de la lava, como entre las losas de mármol de una tumba, para sentir si el fuego de antaño ardía todavía en las venas del volcán, y cuando retiraban la mano gritaba con una voz quebrada por la angustia y el asco: «*E' muorto! E' muorto!*» A estas palabras un inmenso clamor se elevaba de la muchedumbre, ritmado por el ruido sordo de los puños golpeando los pechos y los vientres y los gemidos de los fieles que se laceraban la carne con las uñas y los dientes.

El antiguo cráter tiene la forma de una concha ancha de casi una milla y sus bordes acerados están negros de lava y amarillos de azufre. Aquí y allá, los ríos de lava de las erupciones han tomado, al enfriarse, formas humanas, el aspecto de hombres gigantescos, agarrados como luchadores en una muda y negra presa. Son estas estatuas de lava las que los habitantes de los pueblos vesubianos llaman «los esclavos», sin duda en recuerdo de las turbas de esclavos que habían seguido a Espartaco y vivieron durante numerosos años esperando la señal de la revuelta, ocultos por entre aquellos viñedos de los que, antes de la brusca erupción que destruyó Pompeya y Herculano, estaban cubiertos los flancos y la cumbre del apacible Vesubio. La luna evocaba este ejército de esclavos que, arrancándose lentamente al sueño, levantaban los brazos y avanzaban al encuentro de la muchedumbre de fieles, hendiendo la bruma roja de la luna.

En medio del inmenso anfiteatro del antiguo cráter se eleva el cono del nuevo cráter, ahora mudo y frío, que durante cerca de dos mil años ha arrojado llamas, cenizas, piedras y ríos de lava. Después de haber trepado

por los flancos escarpados del cono, la muchedumbre se aglomeró en los bordes del cráter apagado, y llorando y riendo lanzaba en las fauces del monstruo las ofrendas votivas, el pan, los frutos, los quesos, el vino y vertía sobre los bloques de lava la sangre de los corderos, de los pollos, de los conejos degollados que arrojaban en seguida, palpitando todavía al fondo del abismo.

Jimmy y yo habíamos alcanzado la cumbre del Vesubio en el momento en que la muchedumbre, después de haber llevado a cabo el rito propiciatorio, acababa de arrodillarse arrancándose el cabello, lacerándose el rostro y el pecho, mezclando los cantos litúrgicos a las lamentaciones, las plegarias a la milagrosa virgen de Pompeya, a las invocaciones al cruel e impasible Vesubio. A medida que la luna, como una esponja empapada en sangre, subía por el cielo, el tono de los coros y las letanías aumentaba, las voces se hacían más agudas y más desgarradoras, hasta el momento en que la multitud, invadida por un furor salvaje, gritando imprecaciones e insultos, comenzó a lanzar fragmentos de lava y puñados de ceniza a las fauces del volcán.

Entretanto, se había levantado un fuerte viento y, atravesada por los relámpagos, una espesa nube, que pronto envolvió la cima del Vesubio, subió del mar. En medio de aquellas nubes amarillas, laceradas por el fuego del cielo, los crucifijos negros y las banderas, agitadas por las ráfagas, parecían inmensos y los hombres gigantes; las letanías, las imprecaciones, los lloros parecían salir de entre las llamas y el humo de un infierno que se hubiese despertado bruscamente. Finalmente los sacerdotes, después los portaestandartes, y al fin los fieles se precipitaron cuesta abajo por los flancos del cono bajo la lluvia que caía ya con un ruido estridente y todos desaparecieron en las tinieblas sulfurosas que, entretanto, habían invadido el antiguo cráter.

Al quedarnos solos, Jimmy y yo nos dirigimos hacia el lugar donde habíamos dejado nuestro jeep. Yo tenía la impresión de caminar sobre la corteza enfriada de un planeta muerto. Quizá los dos últimos hombres de la creación, los dos únicos seres humanos que habían sobrevivido a la destrucción del mundo. Cuando llegamos al borde del cráter, la tempestad había cesado y la luna palidecía en un cielo verde profundo.

Nos sentamos al abrigo de un bloque de lava, en medio de la multitud de «esclavos» convertidos en frías estatuas negras y permanecemos largo rato contemplando el rostro lívido de la tierra y del mar, las casas diseminadas al pie del volcán apagado, las islas errando a lo lejos, y Nápoles, allá abajo, como un amontonamiento de piedras muertas.

Éramos dos hombres vivos en un mundo muerto. Yo no sentía vergüenza de ser un hombre. ¿Qué me importaba ya que los hombres fuesen inocentes o culpables? Sobre la Tierra no había más que hombres vivos y hombres muertos. Todo lo demás no contaba. Todo lo demás no era más que miedo, desesperación, lamentos, odio, perdón, esperanza. Estábamos en la cima de un volcán apagado. El fuego, que durante miles de años había abrasado las venas de esta montaña, de esta tierra, de toda la Tierra, se había apagado de repente, y ahora, poco a poco, se enfriaba a nuestros pies. Aquella ciudad de allá abajo, en el borde de aquel mar cubierto de una corteza brillante, bajo un cielo ensombrecido por nubes de tormenta, estaba poblada, no de inocentes y culpables, de vencedores y vencidos, sino de hombres vivos, errando en busca de un poco de aliento, y de hombres muertos sepultados bajo los escombros de sus casas. Allá abajo, hasta donde alcanzaba mi vista millares y millares de cadáveres llenaban la tierra. No hubieran sido más que carne podrida si no hubiese habido entre ellos alguien que se hubiese sacrificado por los demás para salvar el mundo, para que todos aquellos que, inocentes o culpables, vencedores o vencidos, habían sobrevivido a estos años de lágrimas y sangre, no tuviesen que avergonzarse de ser hombres.

Entre los millares y millares de cadáveres de hombres muertos había seguramente el cadáver de un Cristo. ¿Qué hubiera sido del mundo, de todos nosotros, si entre tantos muertos no hubiese habido un Cristo?

—¿Qué necesidad hay de que haya un Cristo?—dijo Jimmy—. Cristo ha salvado ya al mundo una vez para todas.

—¡Oh, Jimmy! ¿Por qué no quieres comprender que todos estos muertos serían inútiles si no hubiera un Cristo entre ellos? ¿Por qué no quieres comprender que hay ciertamente millares de Cristos entre ellos? Sabes muy bien que no es verdad que Cristo haya salvado el mundo una vez para todas. Cristo murió para enseñarnos que cualquiera de nosotros puede llegar a ser un Cristo, que cada hombre puede, con su propio sacrificio, salvar el mundo. También Cristo hubiera muerto inútilmente si cada hombre no pudiese ser un Cristo que salvase el mundo.

—Un hombre no es nunca más que un hombre— dijo Jimmy.

—¡Oh, Jimmy! ¿Por qué no quieres comprender que no es necesario ser hijo de Dios, resucitar al tercer día de entre los muertos y estar sentado a la diestra de Dios Padre para ser un Cristo? Son estos millares y millares de muertos, Jimmy, los que han salvado el mundo.

—Das demasiada importancia a los muertos—dijo Jimmy—; el hombre no cuenta más que vivo. Un hombre muerto no es nunca más que un hombre muerto.

—En nuestro país —dije—, en Europa, sólo los muertos cuentan.

—Estoy cansado de vivir entre muertos — dijo Jimmy—; me alegro de regresar a mi país, a América, entre los vivos. ¿Por qué no te vas tú también a América? América es un país rico y feliz.

—Sé, Jimmy, que América es un país rico y feliz. Pero no me iré, tengo que quedarme aquí. No soy ningún cobarde, Jimmy. Y además, la miseria, el hambre, el miedo, la esperanza son también cosas maravillosas. Más maravillosas que la riqueza y la felicidad.

—Europa es un montón de inmundicias, un pobre país vencido. Ven con nosotros. América es un país libre.

—No puedo abandonar a mis muertos, Jimmy. Vosotros os lleváis a vuestros muertos a América. Todos los días sale para América un barco cargado de muertos. Son muertos ricos, felices, libres. Pero mis muertos no pueden pagarse un billete para América, son demasiado pobres. No sabrán jamás lo que es la riqueza, la felicidad, la libertad. Han vivido siempre en la esclavitud; han sufrido siempre el hambre y el miedo. Incluso muertos serán siempre esclavos, sufrirán hambre y miedo. Es su destino, Jimmy. Si supieses que Cristo yace entre ellos, entre estos pobres muertos, ¿lo abandonarías?

—No pretenderás hacerme creer que Cristo ha perdido la guerra.

—Es una vergüenza ganar una guerra —dije en voz baja.

FIN

INDICE

| | <i>Pág.</i> |
|------------------------------------|-------------|
| I. La peste..... | 3 |
| II. La Virgen de Nápoles..... | 24 |
| III. Las «pelucas»..... | 33 |
| IV. Las rosas de carne..... | 48 |
| V. El hijo de Adán..... | 76 |
| VI. El viento negro..... | 84 |
| VII. La cena del general Cork..... | 105 |
| VIII. Triunfo de Clorinda..... | 127 |
| IX. La lluvia de fuego..... | 142 |
| X. La Bandera..... | 152 |
| XI. El Proceso..... | 171 |
| XII. El dios muerto..... | 188 |